SIETE MANERAS DE ENAMORAR A UN CABALLERO UNIFORMADO



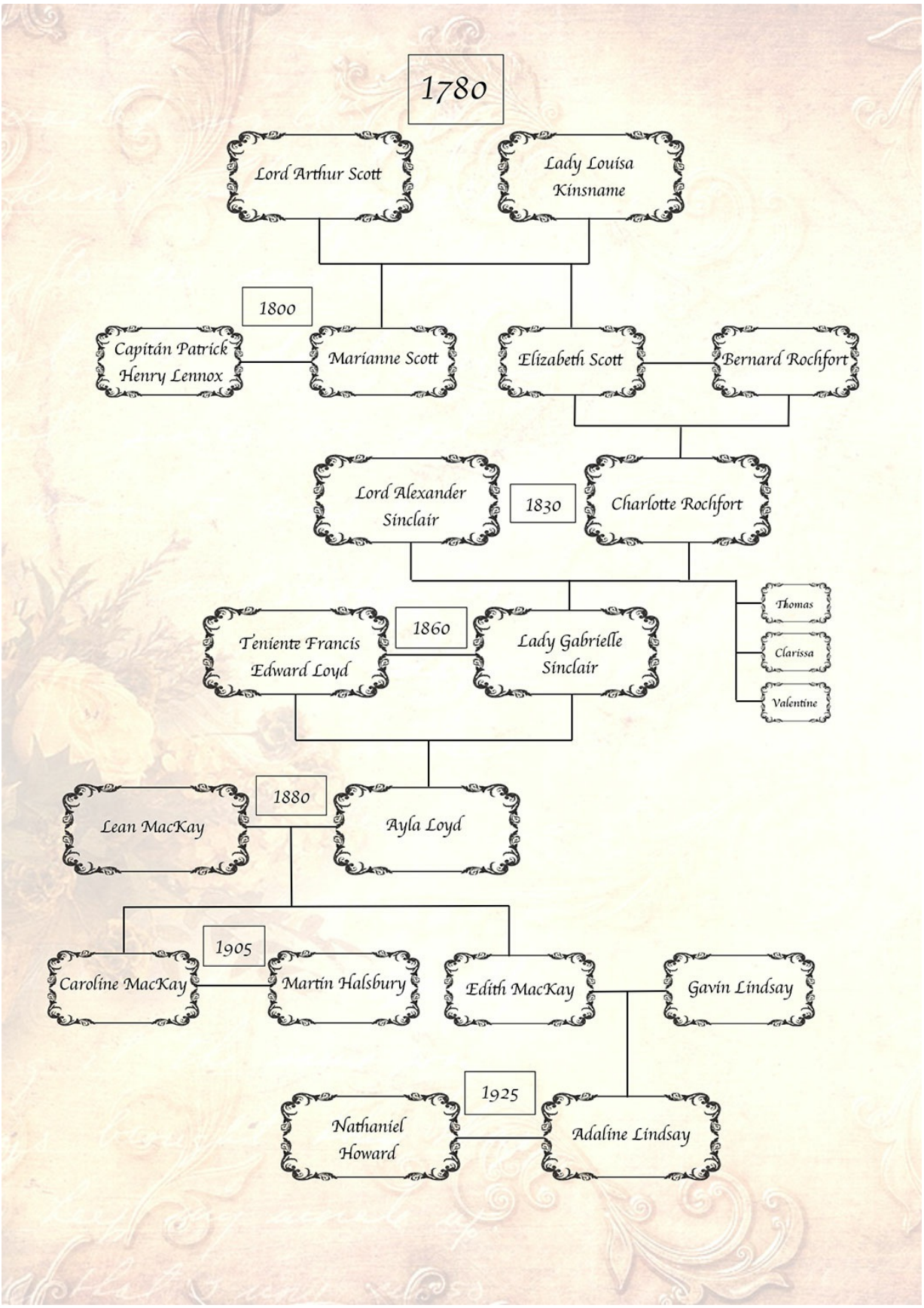
RUTH M. LERGA · JULIANNE MAY
SANDRA BREE · EVANGELINE CRUZ
CHRISTINE CROSS · MIA HEYWOOD
NIEVES HIDALGO

Selecta

Siete maneras de enamorar a un caballero uniformado

Ruth M. Lerga
Julianne May
Sandra Bree
Evangeline Cruz
Nieves Hidalgo
Christine Cross
Mia Heywood

Selecta


1780
Lord Arthur Scott
Lady Louisa Kinsname
1800
Capitán Patrick Henry Lennox
Marianne Scott
Elizabeth Scott
Bernard Rochfort
Lord Alexander Sinclair
1830
Charlotte Rochfort
Thomas
Clarissa
Valentine
Teniente Francis Edward Loyd
1860
Lady Gabrielle Sinclair
Lean MacKay
1880
Ayla Loyd
1905
Caroline MacKay
Martin Halsbury
Edith MacKay
Gavin Lindsay
1925
Nathaniel Howard
Adaline Lindsay

Siempre contigo

Ruth M. Lerga

Prólogo

Océano Atlántico, en algún punto entre Virginia e Inglaterra, 3 de junio de 1780

—Milady, esto solo empeorará su situación, así que sea razonable y baje el arma. —No había temor en la voz del capitán, tampoco irritación; solo un deje de impaciencia mientras mantenía las manos en alto frente a la puerta del pequeño camarote—. Baje las dos pistolas, a ser posible.

La joven negó con la cabeza, haciendo acopio del poco valor que todavía tenía.

—Bajen ustedes las suyas y entonces podremos hablar —exigió, felicitándose por la firmeza de su voz.

Había otros tres hombres junto al capitán, también armados y con más experiencia en el manejo de armas de fuego de la que ella tenía. No podía dejar de preguntarse si en verdad acabaría siendo disparada por alguno de ellos, el que se hartara antes de su bravuconada.

—Lady Louisa, no quiero ordenar a mis hombres que disparen a una mujer que...

—Una dama que es, además, la única persona con conocimientos de medicina en esta nave —les recordó, a modo de defensa.

No, no dispararían, se convenció Louisa. Y, mientras de ella dependiera, también sobreviviría el oficial al que había estado cuidando desde que embarcaran.

—A la única persona con conocimientos de medicina en esta nave —le concedió el caballero al mando— y la nieta del marqués de Durham, también. —Era un noble poderoso al que pocos se atrevían a contrariar—. Aun así, si no deja de apuntarme con esas pistolas, tendré que pedir a mis hombres que abran fuego y tanto usted como el caballero a quien pretende salvar morirán. No permitiré un motín a bordo, ni siquiera uno organizado por una sola dama —acabó, irónico.

La joven quería mantenerse firme, pero sus manos parecían tener otro plan, pues temblaban visiblemente. Chasqueó la lengua el segundo de a bordo.

—Capitán, si la muchacha sigue tiritando de miedo, acabará apretando el gatillo por error —advirtió, frustrado—. Señorita, por favor, atienda a razones y salga del camarote. Déjenos hacer cuanto antes lo que hemos venido a hacer.

—Si los dejo entrar, lo lanzarán por la borda.

Tras ella, un caballero ataviado con un uniforme de la Marina yacía acostado en el único

camastro de la diminuta estancia y gemía de dolor. Hacía tres días que el barco había zarpado desde la bahía de Delaware con muchos de los soldados que habían viajado desde otras partes del Imperio para la toma de Charleston y que ahora debían regresar a sus dependencias. Entre ellos estaba el comandante al que Louisa debía mantener con vida a toda costa. Su corazón se encogió ante la idea de fracasar.

—Es hombre muerto igualmente, milady —insistió el oficial, mirándola—, no importa si lo lanzamos al mar o no. Tiene la viruela americana, he visto a hombres con los mismos síntomas y apenas duraron unas pocas semanas. Es mejor acabar ahora con su sufrimiento.

—Olviden su caridad y dejen que la Parca se encargue de él, si ese tiene que ser el caso —replicó con testarudez.

—La tripulación teme una epidemia, lady Louisa. O lo echamos ahora por la borda o vendrán pronto los grumetes a cobrarse venganza, y, entonces, no podré garantizar su seguridad.

Emitió la dama un gritito de frustración. ¿Qué sabían esos marinos?, ¿acaso habían vivido los últimos seis años en América, como ella, ayudando a ejercer a un doctor en el ejército? ¿Habían leído tantos tratados de medicina, como hiciera Louisa desde que aprendió a leer, antes de emitir sus opiniones? No, solo se dejaban guiar por el miedo. Sabía que lord Arthur Scott no tenía la viruela americana porque no había bajado a tierra; era así de sencillo. Llegó desde Bombay en su navío, se unió a la embarcación del almirante Henry Clinton, quien dirigió la contienda desde el mar, participó en la batalla y, ya enfermo, tras la victoria de la semana anterior, fue trasladado al camarote donde se encontraba ahora para regresar a Londres y, desde allí, a la Compañía de las Indias Orientales en cuanto sanara. Un contagio era imposible. Nadie había bajado del barco y nadie había subido a este mientras duró el sitio y la ofensiva. Y la viruela requería de contacto directo para ser transmitida.

Aun así, no perdería el tiempo explicando obviedades. Si en cubierta no habían caído en algo tan básico, no la escucharían a ella, una mujer que decía ser médico pero que nunca había ido a la universidad de Medicina.

—Lo que deberían temer sus hombres —contestó al capitán con rencor— es la ira del rey si matan a uno de los héroes de Charleston, señor. El comandante Scott llegó para el sitio a primeros de mayo desde la India y ha luchado desde la bahía. No ha bajado a tierra para participar en la invasión con la infantería, así que no puede haber contraído una enfermedad americana. Si sus hombres tienen tantas ganas de matar soldados, que regresen a Virginia en el siguiente barco: la bahía de Delaware necesita de todos sus efectivos militares para no ser derrotada.

La amenaza velada de una represalia real rebasó la paciencia del hombre al mando, quien ordenó:

—Llenad su camarote con víveres para tres semanas y encerradlos. Si sobreviven a las fiebres, serán los últimos en desembarcar una vez que atraquemos en el puerto de Londres. Aquí acaba mi deferencia hacia lady Louisa.

Nadie pareció oponerse a la idea. Las siguientes dos semanas, hasta que la embarcación arribó a la capital de Inglaterra y todo el personal a bordo fue desalojado, la entrada de la pequeña estancia estuvo sellada por tablones clavados en la puerta. Salió primero el oficial, todavía muy enfermo; la dama lo haría horas después, protegida por la oscuridad de la noche.

Capítulo 1

Al conde de Wolfgrave le sorprendió saber que el marqués de Durham solicitaba verlo. Conocía al viejo desde que tenía memoria, había sido un buen amigo de su padre hasta que este falleciera. Sus fincas colindaban en el noreste de Inglaterra. Aun así, era la primera vez que lo visitaba en su residencia londinense. Ya fuera porque era mayor que él en edad o en rango, pero si en alguna ocasión tuvo Durham que discutir algún asunto sobre las fincas que no pudiera esperar al final de la temporada, lo llamó siempre a su mansión en Hannover Square, nunca acudió a ver al conde a su casa en Berkeley Street. Como fuera, lord John Scott no tenía más remedio que recibirlo, pensó no sin cierto hastío.

—¿Teníamos una cita concertada con su excelencia que haya olvidado, James? —preguntó a su mayordomo.

Este negó con la cabeza. Era ridículo; de haber quedado con el marqués, el sirviente se lo hubiera recordado puntualmente aquella mañana. ¿Qué diablos traería a Durham a su hogar?

—Insiste en que es urgente, milord —advirtió el criado—. ¿Quiere que lo acompañe hasta aquí?

—No, no. —Se movió al fin el conde, mirando a su alrededor. No quería a nadie en su estudio —. Mejor llévalo a la sala de las pinturas. Y asegúrate de servir té negro de Ceilán.

Con fastidio, dobló el *Times* y se levantó. Poco intrigado, se puso la chaqueta, olvidada en el respaldo de una silla, se ajustó el pañuelo y fue a la sala donde lo esperaba el marqués. Lo halló sentado en un sillón, cómodo y con semblante serio.

—Milord Durham —lo saludó con una reverencia el conde—, ¿a qué debo el honor de su visita?

—Wolfgrave. —Se levantó a tenderle una mano el marqués.

La tensión era palpable. Respondió al saludo con un ligero movimiento de cabeza, sentándose e invitando al otro con un gesto para que se acomodase, también.

—He pedido té, no tardará. —Rompió el silencio el anfitrión.

—Me temo que esta no es una visita de cortesía, Wolfgrave. Me conoces, no me gusta andarme por las ramas. —Por toda la capital era sabido que el marqués era tan directo que

resultaba brusco, incluso—. Tu hijo Arthur ha estado durmiendo con mi nieta.

A punto estuvo de ponerse en pie el conde y negarlo a voz en grito, tan agraviado se sintió al escuchar tamaña acusación. Era cierto que su hijo mayor y heredero no era un hombre recto, pero no había mácula alguna en el segundo de sus vástagos. Arthur era un caballero honorable, reconocido por todos por su palabra y buen hacer. No dormiría con una dama si no era esta su esposa. Buscó una forma elegante de refutarlo.

—No sé qué habrás escuchado, pero...

—El capitán del barco en el que regresaron me lo ha confirmado: tu hijo y mi nieta pasaron las casi tres semanas de travesía en el mismo camarote.

Se tensó el conde.

—Confío en la discreción del capitán a la hora de verter tan maliciosos comentarios al respecto...

—Puedes confiar en mis exigencias de discreción, pero eso no cambia el hecho. Mi nieta ha sido deshonrada.

Para fortuna del dueño de la casa, entró en ese momento el mayordomo con un servicio completo, ahorrándole una contestación cáustica. Los dos minutos que empleó James en servir el té lo ayudaron a calmarse y a avistar lo que podría haber ocurrido. No podía ofender a un marqués tan poderoso, pero no permitiría que este lo ofendiera a él, menos todavía bajo su propio techo.

—Hasta donde sé, Durham, tu hijo George fue destinado hace seis años a Norteamérica y su hija Louisa lo ha acompañado para ayudarlo en su labor de médico... No, déjame terminar —le pidió, al ver que se alteraba el marqués, quizá pensando que dudaría de la virtud de la muchacha tras tanto tiempo en el frente—. Arthur fue desplazado desde Bombay para el sitio de Charleston y enfermó durante la batalla. Sigue convaleciente y todavía no he podido hablar con él sobre lo ocurrido, pero entiendo que tu nieta, Dios la bendiga, debió de cuidar de él durante el pasaje de vuelta a Londres. Es la única explicación plausible para que ambos jóvenes compartieran camarote...

—¡Desde luego que es ese el caso! —bramó, ofendido, el otro noble—. Mi nieta jamás retozaría... jamás haría nada... —Se obligó a calmarse Durham antes de continuar—. Pero es no hace que la situación deje de ser inadecuada.

Se sintió aliviado el conde. No se acusaba a Arthur de nada indigno.

—Deberíamos esperar a que mi hijo se recupere para hablar de cómo...

—Tu hijo puede esperar, Wolfgrave, pero no mi nieta. Si se escucha que han estado durmiendo juntos...

—Louisa no durmió con Arthur, cuidó de él —rebatió con tono calmo. Era una excusa débil, pero no era menos cierta. Sentía la necesidad de defender a su hijo; se aseguró de elegir bien sus siguientes palabras—. No debe de ser la primera vez que lady Louisa cuida de otros heridos durante la noche.

—Pero sí la única vez que lo ha hecho en un camarote sellado y sin más compañía que la de un caballero. Y, aunque no tenga sentido remarcarlo, solo había una cama.

No, una o dos camas no implicaban una diferencia significativa. Sintió el conde cómo el yugo caía sobre la reputación de su segundo hijo. El matrimonio era indefectible. No consideraba que la nieta de Durham fuera una mala elección. Siendo el padre de la muchacha el segundo hijo de un marqués, que había elegido el ejército por obligación y la medicina por vocación, era lady Louisa Kinsname una joven de buena cuna y voluntariosa. La conocía desde siempre, dado que la finca de los Scott y la de los Kinsname eran colindantes.

No obstante, Arthur era su hijo predilecto, y la idea de que se casara por un escándalo que no lo era en realidad le dolía. Quería que su hijo eligiera a su esposa, no que le viniera impuesta.

Saber que no podía protegerlo lo llenó de angustia. No obstante, la situación exigía una respuesta rápida y no podía perjudicar a la joven que había apostado su nombre para salvar la vida de Arthur.

—¿Crees que podríamos esperar a que mi hijo se recupere y la corteje antes de anunciar un compromiso? Sería lo mejor para la reputación futura de ambos.

Sus esperanzas se vieron ahogadas frente a la convencida negativa.

—En el barco viajaban más de treinta oficiales. Si bien es cierto que todos ellos regresarán a sus destinos en las Colonias, tendrán unos días de permiso en Inglaterra y el riesgo de que el rumor se extienda es tan real como peligroso. —Suspiró el marqués, mostrando una humanidad poco frecuente en él—. Conozco bien la relación que tienes con Arthur; Louisa es también la niña de mis ojos, John, y la idea de imponerle un matrimonio... solo me consuela que el marido será tu segundo hijo. Quizá no tenga título, pero es el mejor hombre de entre todos los solteros del reino.

Asintió Wolfgrave.

—Tampoco podría haber elegido una mejor nuera —le concedió con sinceridad.

—Hagámoslo, entonces.

Dos días después, se celebró la ceremonia. El novio, todavía con fiebres, no estuvo presente.

***

Louisa metió el paño en el agua helada de la jofaina y lo escurrió. Su mirada no se apartaba del ancho torso que tenía frente a ella. Había visto a muchos soldados sin camisa en el ejército. No, se corrigió: había visto a muchos enfermos sin camisa. Fornidos, delgados, consumidos... eran demasiados para recordarlos y, no obstante, estaba convencida de no haber visto ninguno como el que tenía ahora frente a ella.

A pesar de las altas fiebres y de que había perdido peso durante la travesía, Arthur tenía unos pectorales anchos y fibrosos, unos brazos fuertes y musculados, unas abdominales bien definidas y una cintura delgada. Era... era un hombre muy viril, se dijo Louisa, sintiendo el rubor en sus

mejillas. ¿Por qué se sonrojaba si nadie podía escuchar sus pensamientos, no era el primer cuerpo que miraba y él era, además, su esposo?

La palabra «viril» era, sin duda, el origen de su zozobra.

Cuando se dijeron «adiós», siete años antes, la abrazó a modo de despedida un joven de veintiún años cuyo cuerpo seguía madurando. En aquel entonces no se lo pareció, claro, creyó que él era ya un adulto. Arthur tenía veintiún años y ella diecinueve, aquel caballero era todo su mundo y, a pesar del dolor de la despedida, se sintió rodeada por unos brazos que no sabía que podían ser más fuertes. Ahora tenía frente a ella a un hombre de veintiocho años curtido y recio, con un cuerpo poderoso que admiraba y por el que se sentía atraída. Porque Louisa podía ser virgen pero no inocente, no cuando había pasado tantos años entre soldados. Había escuchado demasiadas conversaciones para no entender sobre el deseo. Suspirando, tomó el paño y lo pasó de nuevo sobre la piel, deleitándose en la firmeza de su carne.

—Estás cuidando de un enfermo —se recordó, aprovechando que nadie podía escucharla—, compórtate como una profesional de la medicina, no como una esposa boba.

¿Cuántas veces en los últimos cuatro días había pensado en su boda? La idea la encogió. Su abuelo había llegado a la casa y le había anunciado que se casaría con el segundo hijo del conde de Wolfgrave, que así lo habían pactado.

—¿Ha despertado? —fue lo único que se le ocurrió preguntar, navegando entre la extrañeza y la esperanza.

Aunque lo peor de la enfermedad de lord Arthur había pasado a los diez días de embarcar, seguía muy débil y pasaba muchas horas inconsciente. Le sorprendía pensar que pudiera haber despertado y le preocupaba el dolor que pudiera sentir si estaba consciente.

—No, claro que no ha despertado todavía, sigue con mucha fiebre. Pero su padre te aceptará en su nombre.

No necesitó preguntar si era legal, desde luego que no lo era. El consentimiento de una dama no era necesario en un altar, pero sí el de un caballero; o unos poderes firmados previamente, que, imaginaba, habría manipulado de algún modo. Quién sabía cuánto habría pagado el marqués de Durham para que se celebrase una ceremonia discreta y sin preguntas, una que asegurase la reputación de ambos.

Volvió a escurrir el paño y lo pasó una vez más por la misma zona, bajando los iris azulados hacia el abdomen. Se le secó la boca mientras continuaba con la labor de asearlo y, sobre todo, de mantener su temperatura baja.

Había arrancado una promesa a los presentes el día de las nupcias: sería ella quien le dijera a Arthur que se habían casado. Una promesa de la que ahora se arrepentía. No quería ver su rostro cuando supiera de lo ocurrido. Vería ira, una furia que no se dirigiría a ella, sino a su padre; sin embargo, vería también pena y esa tristeza sí se debería a que fuera Louisa su esposa.

Porque si, en tantos años como se conocían, nunca había mostrado interés alguno en ella ni había respondido a las cinco cartas que le había enviado mientras ambos estaban en el ejército,

cada uno en un extremo del planeta, ¿cómo iba a querer aquel matrimonio? ¿Habría una mujer afortunada esperándolo en Bombay? No debía de estar casado o el conde de Wolfgrave lo habría sabido, pero ¿y si sí había una prometida?

Negó con la cabeza: si había alguien, ¿qué podía reprocharle Louisa a Arthur? Había decidido encerrarse en aquel camarote con él y conocía bien las consecuencias. ¿Buscó así casarse con él? No, pero sí salvarle la vida. Porque... ya lo había dicho antes: él era su mundo.

Y su mundo ahora estaba patas arriba. ¡En menudo lío se había metido!

Capítulo 2

Dos semanas más tarde

Louisa subía a la alcoba de su esposo cuando una voz la detuvo.

—¿Tienes cinco minutos, Louisa?

Dudó ella, pero accedió. No podía negarse, era la petición del conde de Wolfgrave —de su suegro, se recordó— la que la había interrumpido.

—Brian subirá el desayuno a la alcoba de Arthur en menos de diez minutos. Me gustaría acompañarlo —dijo tomando, en cambio, el brazo que le ofrecía lord John.

Asintió el caballero, aunque la guio hacia una salita, no hacia la escalera.

—Si vas a desayunar con él, ¿puedo presumir que vas a contarle al fin lo que no me permites decirle a mí?

Louisa seguía manteniéndose firme en el asunto de no descubrir su matrimonio. Ninguno de los dos había podido a negarse a contraer nupcias, pero quería ser ella quien le contase lo ocurrido a su esposo y, mientras estuviera Arthur enfermo, prefería callárselo. No esperaba que, con la mejora de su salud, la situación entre ellos fuera a mejorar también, no era tan ingenua. Aun así, entendía que, para afrontarlo correctamente, él debía estar en un buen momento, y con fiebres y semiinconsciente no necesitaba saber nada todavía.

O así había sido durante los primeros doce días. Se estaba recuperando deprisa una vez superada la fase más crítica y le costaba encontrar buenas razones para dilatarlo durante más tiempo.

—Todavía es pronto —alegó, en cambio.

Si bien hasta ese día había Wolfgrave respetado sin fisuras su decisión, por primera vez le rebatió:

—En breve se levantará de la cama. El servicio no sabe que vuestro matrimonio es un secreto ni debe saberlo. De ser así, se convertiría en algo a ocultar, como si fuera una vergüenza. Ahora mismo creen que os enamorasteis durante el regreso desde las Colonias, que Arthur enfermó cerca de arribar a Londres, o lo que sea que hayan querido entender, y que eso justifica las prisas por la boda. No sería conveniente ningún rumor sobre nuestro apellido, Louisa. —El tono se

volvió casi suplicante.

El heredero del condado, lord Edward Scott, era un tirano y un irresponsable. Repartía su tiempo entre el juego y las mujeres, ignorando todo lo que tuviera que ver con su territorio. Para salvaguardar la herencia, lord John había modificado su testamento, atando el mayorazgo al nieto que pudiera llegar, limitando la cantidad de fortuna que el derrochador de Edward pudiera dilapidar en menos de veinte años con el estilo de vida que llevaba.

Asintió ella. Tampoco quería que nadie la señalara.

—Será pronto, te lo prometo. —Había comenzado a tutearlo a petición suya tras convertirse en su nuera—. Necesito unos días más. Para mí tampoco es fácil.

Alzó la vista el conde y la miró de forma distinta. Se dio cuenta entonces de que había estado tan concentrado en Arthur que no había pensado en cómo podía haber encajado tantos cambios su nueva hija. Para lord John, casarse con un hombre de la valía de su hijo menor era lo mejor que podía ocurrirle a una dama entregada al matrimonio de manera forzosa.

—Se portará bien contigo, estoy seguro. Y te dejará cuidar de otros enfermos, también.

Sonrió Louisa.

—Me alivia escucharlo.

Dio la conversación por concluida, no quería decirle que no era esa la parte de su matrimonio que temía, sino la que no conocía. Ni siquiera la intimidad de un esposo le preocupaba tanto como ser rechazada nada más comenzar la vida de casada, bien por no haber sido elegida, bien porque ya hubiera otra ocupando su corazón.

Sin más que decir, aprovechó el silencio de su suegro y regresó a las escaleras; de ahí se encaminó hacia el dormitorio que, en breve, se vería en la obligación de ocupar. ¡Ojalá no hubiera criados frente a los que aparentar las formas adecuadas! Los nobles no dormían juntos con frecuencia, cierto..., salvo que aún no tuvieran descendencia o que estuvieran recién casados. Entonces sí, se esperaba que se visitaran cada noche, aunque se despertaran por separado y, en esa cuestión, era imposible engañarlos.

***

Arthur llevaba ya un rato despierto cuando escuchó cómo el criado de turno abría la puerta y depositaba una gran bandeja repleta de comida en la mesa redonda, ubicada frente a la ventana. Estaba el lacayo por servir algunas viandas en un plato, que le acercaría después, cuando una voz lo detuvo.

—No te molestes, Brian —pidió al joven, adelantándose a sus tareas—, me levantaré para comer, estoy cansado de permanecer acostado. Son demasiados días ya.

—Pero lady Louisa ha dicho que...

—Discutiré con milady después, tú haz lo que digo. —Levantó la vista para mirarlo con un gesto divertido que suavizaba la orden—. No prives a un hombre de comportarse como tal.

Devolvió la sonrisa Brian y preparó el servicio de desayuno en la mesa. El oficial se había aseado a las cinco de la mañana, en cuanto los primeros rayos de sol iluminaron su dormitorio. Tras siete años en la Armada, levantarse al alba era parte de su rutina y, ahora que volvía a encontrarse bien, estaba deseando salir de su alcoba sin necesidad de esconderse. ¿El inconveniente? Louisa. Sería difícil convencer a una mujer tan testaruda de que su labor como enfermera había llegado a su fin. Sabía que tenía mucho que agradecerle; no solo había cuidado de él mientras estuvo enfermo, sino que había evitado también que se deshicieran de él durante la travesía. Y, sin embargo, sentía cierto malestar en su presencia desde que había despertado. Seguramente la alianza que lucía en su dedo anular fuera la causa de dicha incomodidad, si tenía que ser sincero consigo mismo.

¿Con quién diablos se habría casado la joven? Aunque ya no era tan joven, tenía edad de tener no solo esposo, sino también varios hijos. Si Arthur tenía veintiocho años, Louisa debía de tener veintiséis ya, calculó. Lo último que supo de Louisa fue que seguía en Virginia con su padre, un reputado doctor del ejército de Su Majestad, cuidando de los heridos de guerra. ¿Sería un soldado el dichoso esposo?

¿Seguiría vivo ese marido, estando ella en Londres cuidando de un caballero soltero, acaso? La conciencia lo abofeteó. ¿De veras deseaba la muerte de un hombre solo porque ella lo amara? Porque ¿se habría casado ella por amor?, conjeturó.

—Déjalo ya —se exigió, frotándose la cara.

—Como desee, milord —respondió Brian, creyendo que hablaba con él, se despidió y lo dejó solo.

Asomó una sonrisa irónica a su boca.

—Debo de estar volviéndome loco —continuó hablando consigo mismo, tranquilo ahora de que nadie podía escuchar—. Aunque es Louisa quien siempre me ha vuelto un poco loco...

Como si se supiera conjurada, la dama llamó a la puerta para, acto seguido, anunciarse.

—Milord, voy a entrar.

Bufó a modo de recibimiento.

—¿Qué sentido tiene que me llames «milord» si, por una parte, nunca hasta ahora lo habías hecho y, por otra, no me tratas como a un caballero? Se pide permiso, no se anuncia la llegada —la aleccionó, medio en broma, medio en serio.

Chasqueó ella la lengua, ignorando su diatriba.

—¿Qué haces en pie? —lo regañó.

—Desayunar. ¿Te unirás a mí?

Para su sorpresa, Louisa se acercó a la mesa sin rechistar. Su mirada debió de reflejar su asombro, porque ella preguntó:

—¿Por qué te extrañas?

No iba a decirle que una dama casada no desayunaba en alcoba ajena con un hombre que no era su esposo y que portaba por atuendo un pijama y una bata. Sería él quien acabaría sonrojado,

no ella.

—Esperaba que me enviaras a la cama, no que me acompañaras.

—Hace tres días que no tienes fiebre, y ayer, mientras tu padre y yo estábamos en la iglesia, saliste a dar un paseo por los jardines —contestó, encogiéndose de hombros—. Si no has muerto ya, entonces puedes levantarte a desayunar.

Torció él el gesto, irónico, pero no negó su acusación. Prefirió preguntarle por su vida en el frente como ayudante del capitán lord Kinsname. No solo disfrutaría de un buen relato y aprendería más sobre la mujer adulta en la que se había convertido, sino que, con suerte, también saldría a relucir su esposo en la conversación, ese hombre que permitía que su amada desayunara con un oficial de la Armada. Le parecía demasiado trasgresor... ¿sería acaso americano? La idea de que ella pudiera estar casada con un rebelde hizo que aborreciera todavía más a aquel maldito hombre.

Capítulo 3

Salieron juntos a dar un paseo por los extensos jardines de la casa. Aunque sabía que él ya había abandonado, al menos, un par de veces su alcoba, quiso acompañarlo para su propia tranquilidad. Sí, era cierto que las fiebres habían ido rebajando hasta desaparecer, pero había pasado casi un mes enfermo y alimentándose de caldos. Necesitaba recuperar fuerzas antes de comenzar sus rutinas.

Y, si alguien quería escuchar su opinión, Arthur debía tardar en regresar a las Indias Orientales un año como mínimo. O hasta estar seguros, al menos, de que la dolencia había remitido por completo y no era de esas enfermedades raras que quedaban latentes en alguna parte del cuerpo y regresaban cada varios meses, cada vez con más fuerza.

A su pesar, tuvo que reconocer que su esposo se estaba recuperando deprisa y eso significaba que pronto tendría que contarle la verdad sobre su matrimonio. Lo había intentado en un par de ocasiones, sin éxito. Las palabras se le quedaban atascadas en la garganta cada vez que él miraba su alianza. Lo hacía con disimulo, pero estaba convencida de que él se preguntaba qué hacía un anillo en el dedo de Louisa.

Tal vez recordara algunos momentos en el camarote y hubiera caído en la cuenta de que entonces no lo llevaba. ¿Sabría ya que era él la razón, que eran marido y mujer? ¿Estaría esperando que se lo confirmara para... para qué?

—Parece que podría llover esta tarde —dijo Arthur.

El estado meteorológico era el tópico inglés por excelencia y, aun así, Arthur prefería quedar como un estúpido a seguir preguntándose por el esposo de Louisa. ¿Por qué no aparecía de una buena vez aquel hombre y la apartaba de su lado? Se sentía en una especie de tortura continua, teniéndola tan cerca, en su alcoba, atendiéndolo y sin poder tocarla como desearía.

—A mediados de junio son frecuentes los aguaceros —respondió ella en el mismo tono anodino que había utilizado él.

Parecían dos extraños, cuando habían sido buenos amigos en el pasado.

—Ajá. —Se escuchó decir Arthur, sintiéndose un patán sin habilidades sociales.

—¿Vas lo bastante abrigado? Tal vez deberíamos...

—No soy ningún desvalido, Louisa. Quizá haya estado enfermo, sí, pero me encuentro bien ahora; desde hace días, en realidad. Gracias a tus cuidados, estoy más fuerte a cada momento. Ya no necesito que me des de comer ni tu compañía constante. —Supo que se había excedido cuando vio el dolor en los ojos de la dama—. No pretendía ser desagradecido. No encuentro palabras para expresarte la enormidad de lo que has hecho por mí —acabó, frustrado.

Quiso detenerlo; Louisa no quería su agradecimiento, quería mucho más. Pero sentía que se lo había cobrado ya al casarse.

—No es eso...

Es que no podía alejarse de él, nunca más podría hacerlo. Y no solo porque su corazón lo anhelara, sino porque ahora estaban unidos para siempre.

«Hasta que la muerte nos separe», recordó sus votos.

—Lo que quiero decir, Louisa, es que supongo que echarás de menos tu casa, a tu abuelo... O tal vez tu padre te esté esperando en Norteamérica... No, es mejor que no regreses allí, no hasta que la revuelta no haya sido aplacada. Quizá podrías venir conmigo hacia el este, también allí son necesarias las manos de buenos doctores y...

Calló al recordar el anillo que lucía en su dedo.

—Tal vez podría ir contigo, sí —murmuró, esperanzada con aquel «conmigo».

¿La invitaba a irse con él? La actitud de Arthur la confundía. En ocasiones la miraba como si quisiera tenerla a su lado para siempre, en otras parecía querer alejarla o huir él, no estaba segura.

—Tal vez no sea buena idea —se corrigió el oficial—. Quizá... —Calló también, negándose a preguntar aquello que no quería saber.

Se acercó por un momento a ella y la tomó de la mano sin más motivo que poder tocarla, evitando que la dama replicase. El silencio se prolongó por unos momentos y Arthur alzó la vista. No sabía qué buscaba en las pupilas de Louisa, pero encontró un tormento similar al suyo. Quiso calmarla y levantó la palma de la otra mano para acariciarle la mejilla, ansiando sentir su contacto, aliviar su desasosiego. Pero la bajó antes de alcanzar su suave piel; no tenía derecho a ofrecerle ningún consuelo. Soltó la otra mano, también, y se obligó a separar la distancia entre ellos.

¿Dónde había quedado la confianza que tuvieron cuando eran jóvenes, cuando podían hablar de cualquier idea, sueño o anécdota sin miedo ni vergüenza? ¿Era la distancia la que los había convertido en dos extraños, o eran los sentimientos que callaban?

Louisa deseó sentir la caricia que no llegó. Tensa, como cada vez que trataban de mantener una conversación, y cansada de callar, lo detuvo y tomó aire. Había llegado el momento de sincerarse...

—Arthur, la verdad es que...

Un rayo surco los cielos, que se habían vuelto repentinamente plomizos. El trueno que le seguía no se hizo esperar: la tormenta estaba sobre ellos. Se deshicieron las nubes, de repente, en

un aguacero inclemente sobre ellos, cayendo las repentinas gotas de lluvia con furia sobre sus cuerpos.

Arthur le tomó una mano y gritó para hacerse oír:

—¡Regresemos! —Y la urgió—: ¡Corre!

Capítulo 4

Entraron en el dormitorio de Arthur a la carrera; sus carcajadas, reverberando por los pasillos de la primera planta. En cuanto se detuvieron, el agua que caía de sus ropas comenzó a dejar un pequeño reguero en el suelo.

—Será mejor que te cambies cuanto antes. No te conviene coger un resfriado tras varias semanas con fiebres.

Sin pensárselo, se acercó a él y tiró de su pañuelo, deshaciéndolo con habilidad. Ante la inamovilidad de Arthur, continuó con los cordones que cerraban el cuello de la camisa. Iba a tirar de la prenda cuando el cuerpo masculino reaccionó, apartando las pequeñas manos de su cuello y dando un paso atrás.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —le preguntó, soliviantado.

Louisa lo miró sin entender.

—Te quito la ropa. Estás empapado y es mejor que...

—Soy un caballero —le dijo en tono amenazante.

Pero ¿acaso ella no se daba cuenta de que no podía desnudarlo? ¿Y tampoco que, al hacerlo, que sencillamente con acercarse demasiado, lo alteraba de todas las maneras posibles? O era demasiado inocente o lo tenía a él por un eunuco.

La sonrisa despreocupada que ella le devolvió lo acabó de enfadar.

—No es la primera vez que te desvisto —razonó con él, como si hablara con un niño pequeño.

—¡Louisa! —bramó, aún más indignado. Se obligó a rebajar el tono, aunque no el enojo. Acaba de explicarle en el jardín que tenía que apartarse de él; o lo había intentado, al menos—. Entonces estaba enfermo e inconsciente. Sobre todo, inconsciente —especificó, deseando deletrearlo, incluso, para darle importancia—. De otro modo, no hubiera permitido que me quitaras la ropa. Ni tú ni ninguna otra mujer. Llevo siete años en el ejército, por el amor de Dios, sé cambiarme sin ayuda.

—Adelante, pues —le respondió la dama, también molesta—. Ni que hubiera dudado de tus capacidades.

Arthur a punto estuvo de zarandearla de impotencia. ¡Sentía que de lo que dudaba era de su

hombría!

—Me cambiaré cuando te marches —respondió enfurruñado, cruzando los brazos.

—Quiero estar segura de que no te has enfriado, así que esperaré. De hecho —dijo más para sí que para él—, creo que debería pedir un baño para ti y añadir al agua unas sales que...

No pudo seguir hablando, unos brazos la tomaron, la elevaron del suelo y la depositaron después sobre la cama, cercana, sentándola en el cómodo colchón de plumas. Antes de que supiera ella qué estaba pasando, dos manos de dedos ágiles comenzaron a quitarle el corpiño.

—¡Arthur!, ¿qué se supone que estás haciendo? —le inquirió, apartándolo de un manotazo, perdiendo la compostura por primera vez frente a él.

—También tú te has empapado —le dijo con exagerada inocencia—. Te devuelvo el favor y te desvisto.

—Pero yo soy una mujer. No puedes...

—Y yo un hombre y tú sí crees poder desnudarme a mí.

La palabra «desnudar» hizo que se ruborizara. No podía saberlo, pero él la veía preciosa así, azorada y con las mejillas sonrosadas.

—No es lo mismo —respondió, terca, manteniéndose en su posición, a pesar de que su voz hubiera perdido fuerza—. Tú no me has desvestido nunca. Yo a ti, en cambio...

—¿Pretendes arrogarte ese derecho porque me cuidaste mientras estaba enfermo?

—No seas ridículo. Solo lo hago porque temo que vuelvas a enfermar...

—Entonces déjame devolverte el favor. Tú me cuidaste, yo cuidaré de ti ahora.

Y volvió a intentar desabotonarle el corpiño, recibiendo de nuevo un manotazo y una mirada amenazante.

No, claro que no pensaba desnudarla, se justificó Arthur, supondría hacer el ridículo frente a ella. Las manos le temblarían y cierta parte de su anatomía lo pondría en un compromiso al hacerse evidente. Pero Louisa tenía que entender que no podía tratarlo como menos que un hombre.

Intentó levantarse ella y, solo por diversión, porque una parte diabólica de él quería hacerla sentirse igual de incómoda, volvió a tirar de su camisa. Su mirada se tornó satisfecha mientras la veía caer de nuevo. Se retiró ella bruscamente de su cuerpo, buscando marcar distancias, quedando así enganchada en los dedos de Arthur una fina cadena de oro que debía de usar Louisa y en la que no había reparado. Temeroso de que se rompiera, tiró de ella para desengancharla de la tela de su escote.

La dama no se percató de lo que hacía él hasta que sintió cosquillear los finos eslabones contra su piel. Para cuando quiso evitar que Arthur viera lo que colgaba al final de la cadena, ya era tarde: su esposo ya había visto la pieza y, por la tensión de su rostro, sin duda alguna había reconocido lo que era.

Un botón de vástago de oro, de dos centímetros de diámetro y con la cruz de San Jorge grabada en un escudo custodiado por dos leones coronados, pendía del final de la cadena,

también de oro.

—¿Por qué lo llevas colgado en el cuello?, ¿y por qué ocultarlo?

No contestó. No tenía una respuesta válida que darle y no quería mentirle, tampoco. Después de todo, tenía que ser obvio para él, ¿no? ¿Por qué la presionaba, entonces? Era un caballero, nunca la había hecho sentir incómoda. En ese momento, en cambio, la miraba con fijeza y toda su actitud indicaba que no dejaría estar el tema.

Calló, decidida. Pero el oficial insistió:

—Louisa, te he hecho una pregunta —su voz era tan seria que sonaba, incluso, dura—: ¿por qué llevas la alianza de un esposo en el dedo anular y, colgado del cuello, el recuerdo de otro hombre?

***

Siete años antes, en la finca de los Kinsname

El oficial, ataviado con su uniforme recién estrenado, se acercó a la muchacha que estaba sentada en un banco del jardín. Se detuvo por un segundo a absorber la belleza de lo que tenía frente a él: una dama joven, engalanada con un vestido de tarde de color azul que iluminaba los ojos del mismo color y el cabello blondo, abstraída con un libro en las manos —un tratado de Medicina, si tenía que apostar—, al lado de una fuente, acompañada del sonido del agua y el trinar de los pájaros.

Necesitaba poder atesorar aquella escena, pacífica, en su pecho durante los años venideros, durante el tiempo que tardaría en volver a verla y en el que dudaba de que encontrara instantes tan perfectos con los que deleitar su alma en alta mar.

La ilusión, las expectativas de los días anteriores se desvanecieron. Arthur quería unirse al ejército y su deseo iba más allá de la obligación de hacerlo por ser el segundo hijo de un par del Reino: amaba el mar y también la idea de explorar nuevos territorios; la Armada le ofrecía ambas cosas, amén de la honra de servir a su país.

Perder a Louisa sin haberla tenido siquiera era, no obstante, el precio a pagar, uno que en aquel momento se le antojaba prohibitivo.

Quizá intuyera la joven su presencia, pues alzó ella la mirada y se encontró con la de Arthur. Por un instante infinito sus ojos entendieron los anhelos del otro.

—¿Ha llegado la hora?

Su voz era un susurro valiente; su tono, lleno de tristeza. Asintió el joven caballero; si hablaba, su deje sería tan lastimero como el que acababa de clavársele en el corazón al escuchar a Louisa.

Sin saber qué decir, el joven abrió los brazos, deseando sentirla contra su cuerpo por primera y única vez.

La muchacha no necesitó más invitación, se lanzó entre ellos y se dejó envolver. Era indecoroso pegarse a su cuerpo buscando su calor y, sin embargo, le parecía el único refugio

posible en el que yacer.

Arthur se embebió de su olor a flores recién cortadas, de la calidez de su piel, de su contacto. Sus pequeñas manos aferradas a su espalda, reteniéndolo contra ella.

Pasaron varios minutos sin decir nada, sintiéndose, hablando en silencio, confesando cada uno sus sentimientos, incapaces de escuchar o reconocer los del otro.

Finalmente, el oficial separó sus cuerpos.

Había llegado la hora de la despedida, mas no podía decir «adiós» con palabras. Tampoco ella parecía saber pronunciar vocablo alguno.

Buscando desviar la mirada del hombre que pronto se alejaría para siempre, los ojos de Louisa se clavaron en uno de los botones dorados del uniforme. Antes de saber lo que haría, Arthur, que había seguido su mirada hasta la hermosa pieza de oro brillante, lo arrancó y se lo tendió a modo de ofrenda.

—Guárdalo. Y recuérdame cada vez que lo mires.

Quiso apartar la joven la mano, como si no aceptando el presente pudiera retenerlo más tiempo a su lado. Con un suspiro triste ante la negativa de la muchacha, Arthur lo metió en el bolsillo de su falda.

—Volveremos a vernos. Te lo prometo —juró con la voz preñada de afecto.

Le dio un sentido beso en la mejilla y se fue sin volverse.

Si la veía llorar, no sería capaz dejarla atrás.

Capítulo 5

—Louisa —repitió Arthur, impaciente, moviendo la fina cadera que rodeaba el cuello de la dama—, ¿por qué llevas el botón que te regalé cuando nos despedimos? ¿Por qué llevaría una mujer casada, la esposa de otro hombre, mi...?

Lo besó porque no podía decirle que era él su esposo.

Lo besó porque no quería explicarle que aquel botón era su mayor posesión y lo era únicamente porque era Arthur quien se lo había regalado.

Lo besó porque estaba cansada de huir de su cercanía, de negarse lo que deseaba.

Lo besó porque lo amaba.

En cuanto los labios se unieron, el oficial olvidó su pregunta. La respuesta que estaba recibiendo era clara y mucho más satisfactoria que cien palabras. Se aferró a aquella boca anhelante como si le estuviera regalando la vida a través de sus besos.

Más experto, tomó enseguida el control de sus cuerpos, rebajando la fuerza de sus bocas febriles, transformándolo en algo menos alocado, más íntimo e igual de apasionado. La deseaba tanto que lamentaba cada minuto de ausencia, por lo que no quería precipitarse ahora que la tenía entre sus brazos. Intuía la inexperiencia de la dama. Así que se obligó a apartarse un poco para mirarla, para asegurarse de no encontrar arrepentimiento o miedo en sus iris azulados. No sabía qué esperaba ver en su rostro, pero lo que avistó fueron las pupilas dilatadas, lo que escuchó fue la respiración acelerada de una mujer apasionada. Regresó a sus labios para guiarla en sus caricias, introduciendo la lengua en su boca con delicadeza, dejando que se acostumbrara a la humedad de su contacto hasta que notó cómo la lengua de Louisa devolvía el envite con timidez. Sabiéndose victorioso, siguió amándola con cada beso mientras sus manos comenzaban un recorrido sensual por su espalda y sus costados, sintiéndola retorcerse en algunos puntos que rozaba aquí y allá, prometiéndose que los acariciaría más tarde, sobre la piel desnuda y con su boca, hasta escucharla gemir de necesidad.

Como ocurriera antes, ella lo imitó. Valientes, las pequeñas manos comenzaron a explorar sus hombros y su torso. La dejó hacer, deleitándose en su osadía, mientras le dejaba él un reguero de besos por la garganta, el cuello y la delicada oreja. El contacto de la dama se estaba volviendo

más exigente por momentos, desequilibrando su conciencia, llevándolo también a él al abismo de la pasión compartida.

—Eres tan hermosa —le susurró, para volver a su boca y asaltarla, hambriento.

Pronto las caricias se volvieron desesperadas y la ropa comenzó a molestar. Cayó al suelo su camisa. El corpiño fue detrás. Los pantalones y las faldas, empapados por el aguacero de minutos antes, los obligaron a separarse el tiempo justo para retirar las pesadas telas y regresar al otro con hambre renovada.

Se encontraron en la cama y las caricias se tornaron íntimas, los besos feroces, hasta que sus cuerpos se hallaron y se convirtieron en uno solo, meciéndose al unísono en un ritmo atávico que los condujo al éxtasis, juntos, entre susurros y promesas.

***

Dejaron pasar unos minutos en silencio, el uno en los brazos del otro, asumiendo lo que acababa de ocurrir y lo que podía significar, recuperándose de tan gloriosa experiencia.

Fue Arthur quien, a su pesar, insistió en su pregunta. Necesitaba saber, entender. Necesitaba escuchar de la boca de Louisa lo que tanto anhelaba.

—Louisa, ¿qué ocurrió con tu esposo? —Porque a esas alturas ya estaba convencido de que aquel hombre ya no podía formar parte de su vida.

La pregunta, hecha con tiento, la devolvió a la realidad. Suspiró, cansada. Había llegado el momento ineludible de confesarse.

—Date la vuelta, por favor —le pidió, necesitada de un poco de distancia entre ellos. Y también de su ropa.

—Louisa —le respondió Arthur, corto de paciencia.

—Déjame vestirme y te lo contaré todo.

Aceptó porque no era una conversación que pudieran mantener desnudos ambos. Y porque si alguien entraba en ese momento, ambos estarían en un buen lío. Se puso una bata cómoda, ella lo imitó, tomando un camisón y un batín del armario de él. Esperaba verla ridícula con la ropa de un hombre mucho más alto y fornido que ella. Sin embargo, le pareció muy sensual, envuelta en las prendas que solía usar él para dormir.

—Si alguien entrara, estaríamos en un lío.

Le sorprendió su calma, la seguridad al responderle:

—No te preocupes por eso, nadie entrará. —Y se decidió a empezar—. ¿Qué recuerdas del viaje de vuelta?

Después de todo coma, lo mejor era comenzar por el principio.

Arthur no entendía qué tenía que ver su accidentado regreso con el esposo de Louisa, pero comprendió que, de algún modo, era su forma de poder explicarse, así que le siguió el juego.

—Poco. Primero estaba en el navío de Henry Clinton en plena batalla naval contra los

colonos; después, en un barco de regreso a Londres, enfermo y encerrado en un camarote contigo. Te recuerdo a ti, sobre todo a ti; y poco más. Lo que sé me lo ha explicado después mi padre.

—¿Qué te ha explicado lord John?

La miró impaciente, su tono tampoco fue complaciente; aun así, prosiguió:

—Que me salvaste. Que querían echarme por la borda y que me defendiste con la tuya propia. —Rebajó el tono en ese punto—. Gracias por todo, yo...

—Pasamos más de dos semanas en el camarote, sellado por tablones para evitar que tu enfermedad se propagara —lo interrumpió. Ya le había agradecido su ayuda en múltiples ocasiones y se sentía avergonzada cada vez—. A solas.

Asintió Arthur. Lo había imaginado. Y también lo indecorosa que era la situación, por más que no hubieran intimado.

—Tu esposo ¿te ha repudiado por eso?

Navegaba entre la indignación, si era el caso, y la esperanza de que así fuera. Retaría a duelo a aquel desgraciado, desde luego que lo haría. Y, ya viuda, se casaría con ella. Por su honor y por su amor, se juró.

¿Es que aquel hombre no sabía sumar uno más uno?, quiso gritarle Louisa.

—Mi familia y la tuya, que supieron enseguida de tu enfermedad y de mi ayuda por una carta del capitán nada más atracar, habían enviado sendos carruajes a recogernos en el puerto, con los blasones que anuncian nuestros apellidos. Todo el pasaje fue consciente de quiénes eran los dos nobles que habían dormido juntos durante veinte noches, y solo entendieron dos posibilidades: o estábamos casados o estábamos a punto de hacerlo.

Asintió, despacio, mirando de nuevo la alianza en su dedo, intentando recordar si durante el viaje la llevaba o todavía no. ¿Significaría eso...? Pero no podía ser, no recordaba ninguna ceremonia. Y, aun así...

—¿Cómo...?

—Con dinero —sentenció Louisa—. Dinero, un sacerdote discreto y la influencia del marquesado de Durham, supongo, nadie me explicó los detalles. A mí solo se me requería mi presencia, soy una dama, nada tengo que decir; y tú estabas inconsciente, no parecía haber tiempo para esperar a que te recuperaras y preguntarte qué había ocurrido —hablaba con la tranquilidad de quien había asumido una situación inevitable; que no hubiera pena aliviaba la conciencia de Arthur—. Ni tú ni yo pudimos evitar la boda.

—La otra opción era esperar, pero podría haber muerto y tu reputación no hubiera podido ser salvada. —Asumió la situación él—. Lo lamento.

Lo miró. No sabía qué esperar: quizá enfado; tal vez, decepción, negación... Lo que fuera, excepto una disculpa de su parte.

—¿Qué es lo que lamentas?

Fue el turno de Arthur de mirarla como si no supiera sumar uno más uno.

—Que por salvar mi vida te vieras atada a mí el resto de la tuya.

Louisa se armó de valor y regresó a la cama a su lado, sentándose hasta que sus cuerpos casi se rozaron.

—Después de lo que acaba de ocurrir, ¿de veras lo lamentas?

Alzó el oficial la cabeza y la miró a los ojos, esperanzado.

—Solo quiero que estés con quien quieres estar, no con quien te han forzado a tener a tu lado.

Tiró de la cadena que tenía en el cuello y le mostró el botón.

—Me atrapaste al regalármelo, al pedirme que te recordara. Al prometerme que volverías. He estado esperando desde entonces.

Arthur la abrazó con fuerza porque necesitaba sentirla contra él y para que no viera sus ojos humedecidos por las lágrimas de alivio. Había creído que era de otro hombre y, para su fortuna, era suya. Tanto como él le pertenecía a Louisa.

Ya se lo diría en otro momento, tenía toda la vida para confesarle sus sentimientos.

—Te amo —le murmuró en el oído.

Y volvió a besarla, para hacerle saber con su cuerpo lo que pronto le diría también con palabras.

Epílogo

Finca Kinsname, once meses después

Abrió los ojos con pereza y se incorporó sobre la cama. Había pasado mala noche, el bebé, ya enorme dentro de su barriga, no la dejaba descansar. Faltaba poco para poder verle la cara a su retoño. Le podía la impaciencia. Arthur, acostado a su lado y también despierto, la miraba con preocupación.

—¿Por qué no descansas un ratito más? Pediré que te suban el desayuno.

Lo tomó de la mano y la colocó sobre su tripa. Como alertado, el bebé dio una patada. Louisa ahogó un gritito, Arthur dio un respingo, haciéndola reír una vez pasado el dolor.

—Deja de preocuparte, mi padre está aquí y será él quien me ayude a dar a luz a nuestro hijo. Todo irá bien.

Hacía una semana que había regresado de América el teniente coronel Kinsname con un permiso.

—Me gustaría que el momento de alumbrar no llegara nunca y, al mismo tiempo, que ya hubiera pasado.

Cariñosa, se inclinó a darle un suave beso. Al hacerlo, la cadena de su cuello se salió del camisón, mostrando el precioso botón de oro. La besó él para, después, coger con la mano la pieza dorada.

—¿Debería pedir que lo engarzaran con diamantes?

—Claro que no —se opuso Louisa por enésima vez—. Me gusta así.

—Es solo un botón —se quejó por el poco valor que tenía aquel recuerdo que, finalmente, los había unido.

—Es la promesa de que siempre volverás a mí —lo rectificó Louisa con la voz llena de orgullo.

—Volveré siempre a ti y a nuestro hijo, eso suponiendo que alguna vez me separe de vosotros —le juró, solemne.

Seguía en Londres gracias a los contactos de Durham, pero, en un futuro cercano, tendría que regresar a la Armada. Estaba valorando un puesto más cercano, en algún puerto de Europa. India

era demasiado exótico y peligroso para una familia. Las fiebres no habían regresado, para alivio de todos. Aun así, ahora tenía que pensar en su esposa y su hijo, y en los que pudieran llegar; prefería mantenerse cerca del mundo civilizado que conocía bien.

Ajena a sus pensamientos, se quitó ella el collar y se lo pasó con delicadeza por la tripa, como si así pudiera acariciar también a su bebé. Viéndola, Arthur tuvo una idea.

—Si eres una niña —le hablaba a la enorme barriga—, tu madre te lo regalará cuando te cases para que tu esposo esté siempre a tu lado —propuso.

Lo pensó Louisa con detenimiento.

—Creo que me gusta la idea.

—Y yo creo que a mí me gustas más tú.

La abrazó con suavidad y volvió a tumbarla en la cama, a su lado, donde esperaba verla cada mañana.

—Te amo, Louisa —le susurró, mimoso—. Gracias por esperarme durante tantos años.

—Gracias por volver a mí.

—Siempre.

—Siempre —prometió también ella.

Un destino para el capitán

Julianne May

Para quienes nunca pierden las esperanzas

Prólogo

Londres, 1796

Querida Marianne:

Huyamos. Sí, no estoy loco, no he perdido el juicio. ¡O sí! ¡Pero no me importa! Lo único que quiero es estar contigo. Y para siempre.

Sé que contar con la bendición de nuestras familias habría sido el broche ideal para nuestro amor, pero no podemos permitir que la necedad de ellos arruine lo que la vida, estoy seguro, tiene destinado para nosotros.

Desde el momento en que te vi, desde ese día en que tu mirada se cruzó con la mía, lo supe: eres la mujer de mi vida. Y, tal como tú misma me lo has confesado, no solo con tus palabras, sino también con el calor de tus labios, yo soy el hombre de la tuya.

Por eso, mi amor, mi único y más adorado amor, te lo ruego: olvidemos lo ocurrido ayer, olvidemos las estúpidas palabras de mi padre y dejemos todo atrás para construir nuestro propio camino y así viajar hacia un único destino, en el que solo tú y yo estemos juntos por siempre.

Porque lo sé, Marianne: te amo, y no hay lugar en el que desee estar si no es contigo. Tú eres mi destino. Tú eres mi hogar.

Sé que mañana, a primera hora, tu padre tiene intenciones de enviarte a Bath, junto a tu tía. Pero no lo permitamos, mi vida. Huyamos. Huyamos y unamos nuestros caminos en Gretna Green.

Te espero en la posada The Rose. Trata de llegar antes de que despunte el sol. Y, por supuesto, no olvides traer aquel hermoso botón al que le debo haberte conocido. Aunque no suelo creer en esos temas, debo reconocer que nos ha dado la mejor de las suertes.

Por siempre tuyo,
Patrick

Las manos de Marianne temblaron por la mezcla de emociones, pero una lágrima cayó sobre la carta cuando alzó la vista y observó cómo Louisa, su madre, la miraba con profunda pena.

—Lo siento mucho, hija. —Se acercó a Marianne, que estaba sentada en el borde de la cama. Se acomodó a su lado y, tras sacarle suavemente la misiva que ella ya había leído, le tomó las manos—. Pero debes entender que no es justo. No lo es para ti y tampoco para él.

—Pero lo amo —soltó en un hilo de voz que amenazaba con quebrarse en un llanto.

Comprensiva, Louisa asintió con la cabeza.

—Y por eso mismo debes dejarlo ir. —Miró en dirección al tocador, donde Marianne había dejado la reliquia familiar, ese botón que ella le había obsequiado, y tras tomarlo y ponerlo en las palmas de su hija, continuó—: Escríbele lo que te diré y envíaselo junto con el botón. Si sientes que de verdad es tu amor, al menos que conserve un recuerdo tuyo. —Le sonrió.

Hundida en el más absoluto dolor, Marianne sintió por primera vez su corazón quebrarse en dos. Y, sin poder evitarlo, rompió en un llanto desgarrador que ni siquiera el refugio de los brazos de su querida madre fue capaz de consolarla.

Capítulo 1

Londres, 1800

Cuatro años. Cuatro años habían pasado desde el momento en que la vida de Marianne se había envuelto en sombras. Y aunque para la mayoría de las personas el tiempo hubiera transcurrido en un abrir y cerrar de ojos, para ella solo había sido el comienzo de una dolorosa eternidad.

No importó lo mucho que Louisa, su madre y más fiel confidente, la hubiera acompañado a lo largo de ese tiempo. El impulso de ella para que Marianne disfrutara, en aquel entonces, su debut en sociedad no funcionó. Ni los bailes ni las filas interminables de pretendientes en Bath fueron suficientes para distraerla. La mente de la hija de lord Arthur Scott, segundo hijo de lord Wolfgrave, se había aferrado a una única idea: la de casarse con Patrick Henry Lennox. Y peor aún: su corazón se había fusionado con el de él para siempre.

Pero la unión no fue posible. Aunque el comandante de la Armada, lord Arthur Scott, perteneciera a un linaje ciertamente *tory* por parte de Wolfgrave, la verdad era que Louisa era nieta del marqués de Durham, un noble conocido por una clara tendencia *whig*. Claro que esta particularidad no fue de relevancia para los padres de Marianne ni para sus respectivas familias, mas muy diferente fue para la familia del capitán Lennox.

William Peter Lennox, conde de Bredford, había sido un *tory* acérrimo. Las ideas conservadoras habían corrido por sus venas desde el momento en que nació; y, como no podía ser de otra manera, en cuanto su matrimonio lo bendijo con dos hijos varones, transmitió a estos sus valores políticos como la ley máxima de la familia.

Al poco tiempo, la condesa pasó a mejor mundo, y aunque aquella ausencia fue dura al principio, el conde jamás perdió la rigurosidad, en especial a lo referido a la educación de sus hijos. Por supuesto que el énfasis estuvo puesto en el mayor de ellos, pues era quien heredaría los deberes como conde para cuando él ya no estuviera en este plano.

Sin embargo, la vida le dio el peor revés cuando, una fría noche de enero de 1796, su primogénito falleció de una repentina y mortal enfermedad. El golpe fue duro para lord Bredford; y con el tiempo lo habría superado de mejor manera... de no haber sido por la inesperada noticia

que recibió por parte de su segundo hijo, apenas unos meses después. El conde no lo aceptaba, pero mucho menos entendía en qué había fallado para que Patrick, un joven aunque reconocido capitán de la Marina, formado y moldeado por las ilustres ideas *tory* que habían creado al reino, hubiera declarado las intenciones de casarse ni más ni menos que con una jovencita cuya familia materna había sido infestada por las ideas liberales. Quizá para otro noble, aquel detalle no hubiera sido tan contundente, pero para él, el máximo representante del conservadurismo, aprobar aquella unión hubiera sido, como poco, una traición a Inglaterra y, peor aún, a su linaje.

Por supuesto, en cuanto Patrick le cristalizó las intenciones de casarse aun sin su bendición, el conde no tardó en amenazarlo: si contraía matrimonio con Marianne Scott, entonces él, como conde, se encargaría de preparar todo con su abogado para que al día de su fallecimiento no heredara un solo penique de la fortuna familiar. Y, desde ya, haría hasta lo imposible para que su ascendente carrera militar se esfumara hasta los confines de la pobreza y el olvido.

Por muy doloroso que fue oír aquellas palabras, Patrick mantuvo su postura, pues, tal como le había confesado, se había enamorado de Marianne Scott. No obstante, a lord Bredford poco le importó. Nada estaba por encima de la historia familiar, ni siquiera el amor, por lo que no se cruzó de brazos.

De forma inmediata, el conde escribió una carta a lady Arthur Scott en la que no solo recalcó el trágico futuro que le depararía a Patrick, sino que también se deleitó en describir con lujo de detalles el infortunio por el que pasaría su hija si ellos, como padres, permitían la unión. Louisa fue incapaz de confesarle cada detalle a su esposo, pues no sabía de lo que Arthur habría sido capaz de haberse enterado de la insultante amenaza por parte del conde. Pero sí le pidió que confiara en ella y que, por el futuro de su hija, se opusiera en cuanto el noble capitán se presentara a declarar sus intenciones respecto de Marianne.

Y así fue. El capitán Patrick Henry Lennox no dudó en marchar directo hacia la residencia de los Scott para expresar sus intenciones sin dejar de ser honesto respecto de la postura de su padre. Por supuesto que no mencionó de forma minuciosa las decisiones extremas que el conde adoptaría en caso de que se efectivizara el matrimonio, pues él estaba seguro de que, sin importar cómo, lograría darle a Marianne la vida que merecía.

Sin embargo, y para su sorpresa, el padre de la joven, aunque gentilmente, rechazó la propuesta. Patrick le pidió una explicación a una decisión tan taxativa, pero Arthur solo le respondió que tenía razones suficientes para oponerse a esa unión, además de que tenía pensado enviar a Marianne a Bath, a pasar unas semanas con una tía de la familia de Louisa.

Aunque impactado, como el caballero que era, Patrick aceptó la decisión, mas su corazón no lo detendría. Y así fue que, impulsado por los gritos desesperados de su alma, envió aquella misiva que Marianne aún conservaba y leía cada noche desde que lo había visto por última vez.

«Patrick», pensó Marianne tras leer la carta. Una lágrima se deslizó por su mejilla y, soltando un amargo suspiro, se dejó caer sobre la cama. Cerró los ojos, para evitar que el dolor continuara derramándose por su rostro, mas el corazón la traicionó, pues el más hermoso y triste de los

recuerdos la invadió:

—¡Marianne! —exclamó Louisa, harta de que su hija no se quedara quieta. Estaba detrás de ella, tratando de hacer los últimos retoques al peinado, mientras Marianne, sentada frente al tocador, no dejaba de hablar y de hacer conjeturas sobre lo que le depararía la noche al tiempo que movía la cabeza en dirección a su madre.

Aunque no fuera su primera vez, era el primer baile que celebraban en la residencia londinense de los Scott desde que Marianne había sido presentada en sociedad. Y, tal como se lo había prometido, era ella y no la doncella la que se estaba encargando de peinarla en la propia habitación de Louisa.

—¿Qué? ¿Acaso ya no puedo hablarte, madre? —preguntó, una vez más, girando la cabeza hacia un costado.

Rendida, Louisa suspiró.

—¿Podrías hablar, pero sin moverte? Son los últimos retoques y ya te dejaré en paz —le suplicó con los ojos abiertos como dos pelotas de cróquet.

Marianne casi vuelve a girar la cabeza, pero tras notar cómo Louisa la fulminó de forma graciosa con la vista, suspiró entre risas.

—Está bien. Mantendré la mirada fija en el espejo, más firme que una estatua, para que *tu obra de arte* no se vea afectada —resaltó exagerada.

Divertida, Louisa curvó los labios al tiempo que negó con la cabeza. Colocó unas horquillas más en el intrincado peinado que su hija lucía en la coronilla y, tras acomodarle los bucles a los costados de las sienes, miró el reflejo en el espejo y sonrió.

Marianne era una belleza. Sí, era cierto: hablaba de una de sus hijas, pero no por eso se engañaba a sí misma. La verdad era que aquel fruto de su amor con Arthur no solo había resultado la más deseada de las bendiciones, sino que, además, había sido premiada con una hermosura tan particular que ni ella se explicaba. El cabello azabache era una cascada de bucles infinitos, difícil de domar. Pero la mirada celeste, clara y cristalina como el agua, destilaba un mar envuelto de una energía incontenible y que, le era claro, había heredado de los Kinsname, la familia de nacimiento de Louisa. Marianne era preciosa, pero como si aquello fuera poco, había sido premiada con el peligroso don de la palabra, una cuestión que tanto ella como Arthur sabían que era muy difícil de disimular.

—¿Qué? —Marianne entrecerró los ojos y, a través del espejo, los clavó en la vista perdida de su madre—. ¿Ahora qué?

Louisa se mordió el labio inferior y, tras apoyar las manos en los hombros de su hija, suspiró.

—Que estás hermosa. —Sonrió, tratando de contener la emoción—. Hoy y siempre.

Marianne exhaló al ver el brillo en la mirada de Louisa. Se giró para quedar de frente a ella, se puso en pie y le tomó las manos.

—No, madre, no empieces. Sabes que con que derrames una sola gota harás que llore como una *maldita* condenada.

—¡Marianne! —la reprochó Louisa, y ambas rieron. Se hizo un breve silencio en el que las dos se miraron con ese profundo amor de madre e hija que encima estaba reforzado por una inquebrantable amistad. Una lágrima rebelde rodó por el rostro de Louisa, pero esta, veloz, la atajó con los dedos y continuó—: No te preocupes, no permitiré que mi emoción arruine *mi gran obra de arte* —soltó divertida, y le acarició una mejilla.

—Sería una pena, en especial porque siento que esta noche sí conoceré al gran amor de mi vida.

Louisa puso los ojos en blanco y Marianne volvió a carcajearse.

—¡En serio! —Se giró en dirección al espejo, inspiró profundo y sonrió—. Estoy segura. —La miró a través del reflejo—. Encima he practicado mucho. Juro que esta vez no pisaré a nadie.

Louisa, que se había cruzado de brazos, cerró los ojos ante la promesa de su hija. Era cierto: aunque hermosa y de lengua poderosa, Marianne carecía de arte a la hora de bailar.

—¿Estás segura? —inquirió, tras abrir los ojos y alzar una ceja.

Con la vista fija en Louisa, Marianne meditó por un instante.

—¿De qué? ¿De si conoceré al amor de mi vida o de si seré capaz de no pisar a nadie?

—¡Oh, Marianne! —soltó entre risas y la abrazó por detrás. La observó por unos segundos, recordando su propio pasado y, tras suspirar, siguió—: Pues... no puedo hacer nada más para evitar que pises a tus parejas de baile. Sin embargo...

—¿Qué? —la interrumpió Marianne expectante, con los ojos entrecerrados.

—Sin embargo... —Se acercó al tocador, abrió el pequeño cofre que solía tener allí y tomó lo que, erróneamente, Marianne creyó una joya—. Puedo ayudarte con lo del *amor de tu vida* —remarcó. Le tomó una mano y, tras sonreírle, depositó la reliquia en la palma de su hija.

Marianne extendió los dedos y, tras ver lo que su madre acababa de obsequiarle, frunció las cejas.

—¿Un... botón?

Louisa rio.

—Así es. Un botón.

Marianne lo inspeccionó de todas las formas posibles, pero seguía sin comprender.

—Pues... gracias, madre. Aunque todavía no estoy segura de qué podré hacer con tan... tan particular obsequio.

—Sé lo extraño que es cuando lo más común hubiera sido que te obsequiara un collar o un anillo, ¿cierto?

—Cierto, porque al menos me harían ver más bonita. En cambio un botón... No se me ocurre cómo podría ayudarme.

Esta vez fue Louisa la que se carcajeó.

—Bueno, es verdad. No creo que un botón pueda servir o aportar mucho a tu aspecto, aunque

tampoco hace falta. —Sonrió orgullosa de su hija—. Pero si te lo entrego no es para eso, Marianne. Se trata de una reliquia familiar. Me la regalaron a mí como un símbolo de suerte y... resulta que, de una u otra manera, ha sido muy importante en mi historia de amor con tu padre.

Marianne contempló a Louisa. El brillo en los ojos de ella era irreproducible.

—Un botón... —Lo observó y, tras volver a mirar a su madre, curvó los labios con alegría—. ¡Entonces ni lo dudaré! Me lo guardaré en el corpiño y, tal como ya te lo he dicho, ¡conoceré al hombre de mi vida!

—Y esperemos que no lo pises —comentó Louisa, graciosa.

—¡No lo pisaré! ¡Te lo prometo!

Y, entre risas, se abrazaron a la espera de la mejor velada.

La noche llegó, y con esta, una fila interminable de posibles candidatos para Marianne. Claro que no era la única jovencita con marcado deseo de casarse. Y aunque fueron muchas las miradas que se posaron sobre ella, la del joven barón Winston destacó sobre las demás. Por supuesto que, en cuanto detectó que el lord se le acercaría, la hija de Louisa no tardó en tomar una limonada y simular jamás haberse dado cuenta.

—Creo que vendrá a por mí —le soltó a su madre.

Louisa echó un fugaz vistazo y, al ver cómo lord Winston se aproximaba con decisión, susurró:

—Tú lo has dicho, hija. —Y le sonrió nerviosa.

El barón llegó en un santiamén. Saludó gentilmente a la esposa de lord Arthur Scott y, sin perder tiempo, se dirigió a Marianne.

—Señorita Scott, es un placer volver a verla. —Con delicadeza, le tomó una mano y le besó los nudillos.

Lord Winston era un joven agradable. Alto, de figura estilizada y facciones angulosas, no solo destacaba por su intachable presencia, sino por las maneras elegantes que siempre tenía al dirigirse. Y aunque solo lo había visto una vez, una semana atrás, en la velada de los Smith, la hija de Louisa había quedado más que complacida al conocerlo.

Marianne recordó la reliquia y, tras apoyarse la mano en el pecho, miró a Louisa de manera fugaz y sonrió. Era claro: el barón era el candidato ideal para coronarse con el botón familiar.

—Es un gran placer reencontrarnos, lord Winston. —Esperó a que la mirada castaña de él se hundiera en la de ella y curvó los labios con sentida alegría.

El barón sonrió de lado.

—Entonces ¿me concedería el honor de bailar esta pieza conmigo?

Marianne contuvo la emoción y, tras mirar a Louisa, asintió con entusiasmo cuando esta le dio su permiso.

—Será un placer, barón. —Extendió la mano y se dejó guiar por Winston hasta el centro del salón.

La música comenzó y cada una de las parejas danzó al ritmo de un clásico minueto que abrió

el baile en la residencia de los Scott. El ambiente rebosaba de expectación, en especial por la pareja que formaban el barón y Marianne. De hecho, nadie podía discutir la elegancia con la que lord Winston guiaba a la entusiasta joven, mas, a medida que pasaban los segundos, ligeras gotas de sudor rodaban por las sienes de Louisa. Y no se la podía culpar, pues no solo ella, sino varios de los espectadores ya habían desvelado el talón de Aquiles de la prometedora belleza Scott. Claro que no pasó mucho tiempo para que el salón completo lo descubriera, pues un efímero aunque nítido grito de dolor llevó las miradas directo al pobre de lord Winston. Y el segundo chillido, más fuerte y de marcado tono furioso, provocó que todos los ojos se posaran irremediablemente en la única culpable: Marianne.

Por fortuna, y tras hacer un gran esfuerzo, la hija de Louisa logró domar la rebeldía de sus pies hasta el final de la pieza.

Lord Winston, conteniendo la rabia por la miradas que se había ganado gracias a su compañera de baile, guio a Marianne hasta un costado, dispuesto a marcharse sin emitir una sola palabra. Pero ella no lo dejó.

—Lord Winston, siento mucho haberlo pisado —se apresuró a disculparse Marianne, y tragó saliva—. Pero le prometo que no volverá a ocurrir. —Sonrió nerviosa, aunque esperanzada.

El barón, completamente ofuscado por el momento ridículo que acababa de pasar, inspiró profundo y, fulminándola con la vista, se envaró para soltarle lo que serían las últimas palabras que le dedicaría en años:

—No se preocupe, señorita Scott. Yo mismo me encargaré de que no vuelva a pasar. Con haber bailado una única vez me alcanza y me sobra para saber que no volveré a hacerlo. Al menos con usted. —Y con una velocidad insultante, se despidió con un movimiento de cabeza.

La dureza de las palabras y la rapidez con la que lord Winston la rechazó por el resto de la vida habían dejado a Marianne boquiabierta hasta que Louisa, con una sonrisa nerviosa, se le acercó.

—Mantén la compostura, querida. —Desplegó el abanico y lo agitó sin dejar de observar cómo las miraban: algunos, asombrados; otros, con burla.

Pero nada de esto registró Marianne, pues, como si el mismísimo infierno la hubiera poseído, se echó a correr hacia una de las terrazas que daban al parque trasero de la residencia de los Scott.

Louisa, desconcertada por la reacción de su hija, a punto estuvo de seguirla, mas Arthur, sereno y ágil, llegó a tiempo para detenerla al ofrecerle una copa.

—Déjala que se calme. —Bebió un sorbo y sonrió para que ella lo imitara—. Es mejor así.

Arthur no tardó en iniciar una conversación para disimular y calmar las aguas, pues solo así lograría que las miradas curiosas se enfocaran en los demás invitados y no en ellos, los anfitriones.

Sin embargo, Marianne no había podido controlar su rabia. Poco le importó que un grupo de debutantes desesperadas rieran al verla huir. Tampoco si aquella impulsiva actitud había

manchado la imagen de sus padres. Lo cierto era que su ego había sido herido, tanto que, desde ese momento, supo que odiaría los bailes hasta el fin de sus días.

—¡Maldito barón de cuarta! ¡Y estúpido botón! —vociferó en cuanto apoyó las manos en la balaustrada de piedra. Inspiró profundo y exhaló con violencia, pero la furia la había dominado y, de solo recordar las expectativas que había puesto en aquel arrogante barón, se llevó las manos al pecho, decidida a lanzar por los aires el botón que su madre le había obsequiado. Nerviosa, introdujo la mano en el corpiño del vestido, mas al no encontrarlo, la ira la hizo estallar—. ¡¿Pero dónde demonios está?!

En una mezcla de desesperación con rabia, Marianne usó las dos manos para buscar el botón entres sus senos, mas un risa gruesa y contenida la paralizó de inmediato.

—Si se refiere al barón, no lo sé. —Avanzó unos pasos en dirección a ella, que estaba de espaldas a él, y continuó—: Ahora, si se trata del botón, pues...

Aunque enrojecida hasta los huesos, el espíritu impulsivo de Marianne la giró al instante. Y, aunque la vergüenza fue clara, una tímida sonrisa se le dibujó en el rostro al ver que aquel hombre sostenía entre sus dedos la reliquia que Louisa le había obsequiado.

No obstante, aquellos segundos que tardó él en acercarse fueron suficientes para que Marianne lo contemplara incluso en contra de su voluntad.

Era un hombre alto y fornido, y aunque su tono de voz le había resultado afable, la postura firme y el uniforme azul oscuro destilaban una seguridad que no había percibido en ningún otro caballero.

Y a pesar de que aquellas elegantes prendas lo cubrieran con justicia, lo cierto era que hasta una inexperta como ella era capaz de distinguir el cuerpo del que estaba dotado. Los brazos, fuertes y gruesos, parecían haber sido diseñados a imagen y semejanza de un dios guerrero. Y las piernas no tenían nada que envidiarle a los guerreros espartanos. Claro que el torso prometía ser el refugio ideal para cualquier jovencita. Mas ninguna parte de su cuerpo llamó tanto la atención de Marianne como el rostro ligeramente tostado. La media sonrisa, provocadora, le auguraba que detrás de esa imponente imagen viril, yacía un alma cálida y amable; pero la mirada... ¡Dios, esa mirada! Jamás en la vida había contemplado un par de ojos tan profundo y misterioso. Eran como el océano, de un azul tan intenso, magnético e infinito, que desconcertaron a Marianne al punto de que no dejaba de observarlo... hasta que él, divertido por el impacto que le había causado, carraspeó.

—¿Es suyo, señorita? —Se aproximó hasta quedar a dos pasos de ella.

Marianne parpadeó para cortar con el hechizo y, tras tragar saliva, asintió con la cabeza.

—Lo es. Gracias... —Lo invitó a que completara.

—Capitán Patrick Henry Lennox, a su servicio. —Se inclinó y extendió la mano en la que tenía el botón.

Complacida, sonrió.

—Marianne Scott —se presentó. Avanzó un paso y, para tomar el botón, acercó su delicada

mano a la de él. Sin embargo, en cuanto entraron en contacto, un inevitable suspiro brotó de los labios de ambos.

Se hizo un silencio. Un profundo y triunfal silencio en el que, anhelantes, las miradas se penetraron.

Inmediatamente, los dos lo supieron: sus almas, sus corazones, se habían condenado hasta el fin de los días.

Al tiempo que abrió los ojos, una lágrima rodó por la mejilla de Marianne y, con esta, se fue el recuerdo de esa noche que le había marcado el destino.

Se sentó en el borde de la cama, guardó la vieja misiva debajo de la almohada y, tras respirar profundo, trató de calmar el dolor que le atravesaba el pecho. No era la primera vez que le ocurría y sabía que, fuese como fuese a terminar su vida, cada día y cada noche recordaría el momento en que su corazón había sido conquistado por aquel capitán que hacía varios años había zarpado a un viaje sin tiempo.

Como fuera, ya no importaba. Tampoco que su alma se hubiera tornado taciturna y ligeramente amargada. Para entonces, lo único que le quitaba el sueño a Marianne era complacer a sus padres, a quienes, a pesar de todo, les debía el mayor de los amores. Y aunque ninguno de ellos la hubiera presionado, era claro que ambos esperaban ansiosos que esa temporada al fin aceptara casarse. Por ella, por ellos y por Elizabeth —su hermana menor—, a quien debía darle el ejemplo.

Así, en contra de lo que su desdichado corazón le rogaba, se puso en pie y, tras observarse en el espejo, suspiró. En la sala, alguien a quien nunca creyó que volvería a ver la esperaba.

«Lord Winston...», pensó.

Sonrió de lado y, con un dejo de amargura, salió de la habitación.

Capítulo 2

—Lord Winston. —Con extrema educación, Marianne se inclinó ante el barón, que se puso en pie en cuanto ella ingresó en la sala.

No obstante, al verla entrar, Louisa tragó saliva.

Ya no le importaba si su hija había finalmente aprendido a bailar como la dama que se le exigía ser. De hecho, pocas cosas le interesaban más que lo que sentía Marianne. Quizá la mayoría pensara que la alteración en la actitud de la joven Scott por una conducta más recatada se debiera a la llegada de la madurez y el paso del tiempo, mas Louisa conocía la verdadera razón del cambio.

La mirada cristalina y clara de Marianne se había apagado. Su espíritu impetuoso e indomable se había rendido. Y el fuego que encendía su corazón se había extinguido la misma noche en que ella, como madre, la había convencido de dejar atrás al capitán Lennox. Y no había día en que Louisa no se culpara por semejante dolor.

Sin embargo, las razones por las que la había alejado de ese amor habían sido más que suficientes, pues si el dolor que sentía Marianne era tan profundo, no entraban en su imaginación las penurias que tanto su hija como el capitán habrían sufrido de haberse lanzado al vacío del matrimonio.

Y aunque jamás había existido un reproche por parte de su hija, Louisa se sentía responsable de la tristeza que, hasta entonces, había envuelto los días de Marianne. Solo esperaba que, esta vez, sí se diera la oportunidad de, al fin, intentar ser feliz.

Claro que se sorprendió sobremanera cuando su hija estuvo de acuerdo con recibir al barón. A «ese» en particular.

—Le comentaba a lord Winston que, al terminar la temporada, sería un gran honor para nosotros invitarlo unos días para la caza de urogallos, ¿no crees, querida? —Sonrió Louisa al tiempo que le entregó una taza de té.

Marianne la observó por unos segundos bastantes incómodos para los tres, y, tras dar un sorbo a la infusión, curvó los labios de forma acartonada.

—Por supuesto. Siempre que lord Winston tenga mejor puntería que yo al bailar. Lo último

que quisiera es que se vea, una vez más, avergonzado.

Se hizo silencio.

Louisa, con los ojos abiertos como dos platos de postre, tragó saliva, pero sonrió en cuanto el serio barón estalló en una carcajada inesperada.

Marianne alzó una ceja y bebió un sorbo de té para esconder la sonrisa.

—¡Oh, señorita Scott! Más allá de los años, veo que no ha cambiado tanto. —Tomó un poco de su té—. Y, aunque no puedo negar que tengo buena puntería, no me molestaría errar si con eso la hago más feliz. —Sonrió.

Marianne frunció las cejas ligeramente.

—Y, por lo que noto, usted tampoco ha cambiado tanto, milord —soltó, con un leve tono impertinente. Echó una fugaz mirada a su madre, que contuvo la respiración, y continuó—: Digo, por su carácter tan afable...

Lord Winston sonrió con sutileza.

—Le agradezco, señorita Scott. Y también lo hago por haber aceptado recibirme. Por lo que me ha comentado su madre, últimamente la vida social ya no la entusiasma como antaño, ¿verdad?

«¿"Últimamente"? Yo no llamaría así a los peores cuatro años de mi vida», pensó Marianne con resentimiento.

Se guardó el pensamiento para ella, bebió un poco más de té y, tras respirar profundo, respondió:

—Es cierto, milord. Y entiendo que si ha venido hasta aquí, no es precisamente para encontrar alegría, ¿verdad?

—¡Marianne! —la reprochó su madre.

—No se preocupe. —La tranquilizó el barón. Dejó la taza a un lado—. Comprendo lo que debe de estar atravesando la señorita Scott. —Se dirigió a Marianne—: E imagino que semejante angustia se debe a que aún no me perdona la descortesía de mis palabras aquella noche en nuestro primer baile.

La joven entrecerró los ojos.

Era cierto que la conducta de lord Winston la había enfurecido, pero estaba muy lejos de ser la razón de su amargura. La realidad era que, a pesar de la estimulante vida social a la que sus padres la habían expuesto esa temporada, Marianne no había alcanzado a olvidarlo. Ninguna emoción ni sensación se comparaba con la que había compartido con el capitán Lennox. Y estaba segura de que así seguiría siendo.

—Creo que desvelar el motivo de mi melancolía es completamente irrelevante, lord Winston, cuando resulta más curioso comprender el porqué de su visita. —Lo miró fijo a los ojos—. Hasta donde recuerdo, volver a verme no entraba en sus planes futuros... al menos después de *ese* baile.

Un escalofrío recorrió la espalda de Louisa.

—Discúlpela, lord Winston. Mi hija no está pens...

—Tal como le he dicho antes, no tiene por qué preocuparse —la interrumpió amable, y retornó a Marianne—. Tiene usted razón, señorita Scott. Pero justamente el motivo de mi visita es para pedirle perdón.

Tanto Louisa como Marianne fruncieron el ceño.

—¿Perdón? ¿Ha dicho que ha venido para pedirme disculpas? —inquirió ella.

Winston asintió con la cabeza.

—Exacto. —Se aclaró la garganta—. Debo reconocer que, en ese entonces, el ego y la falta de experiencia nublaron mi mente. Y a esto le sumo el paso de los años, que me ha llevado a reconocer todas las bondades que tiene usted y que aquella noche no valoré lo suficiente.

Marianne parpadeó varias veces. Louisa, sorprendida, contuvo la sonrisa.

—Debo ser honesta, lord Winston. Jamás hubiera esperado estas palabras de su parte.

Él sonrió de lado. Pero no perdió tiempo: se puso en pie, se aproximó a Marianne y, tras arrodillarse, le tomó los dedos de una mano y la invitó a que lo observara a los ojos.

—Señorita Scott, ¿podría usted perdonarme? Porque si esto fuera posible, no quisiera perder la oportunidad de rogarle, en este preciso momento, que me conceda el honor de convertirse en mi esposa.

El impacto fue rotundo. Tanto Louisa como Marianne abrieron los ojos como platos.

—Pues... —Rio nerviosa, miró a su madre, que la observó con tanta o más incertidumbre que la que sentía ella, y retornó a él—. Pues desde ya que lo perdono, lord Winston. Después de todo, no ha sido más que un mal momento. Ahora, en cuanto a su pedido de matrimonio, yo...

—Con su perdón es más que suficiente, señorita Scott —la interrumpió animado al tiempo que se puso de pie—. Al menos por ahora. —Sonrió—. Si no le es molestia, preferiría que la respuesta a mi pedido me la haga conocer luego de que hable con su padre. ¿Quizá en el baile de los Watson?

Completamente abrumada, Marianne miró a su madre, y esta, en un estado peor, solo alcanzó a asentir con la cabeza.

—Está bien, lord Winston. Si así lo desea...

Él, extrañamente complacido, le besó la mano y, tras inclinar la cabeza ante Louisa, se despidió de ambas.

—Entonces que así sea, señorita Scott. Hasta el baile de los Watson. —Y sin más, se retiró de la sala.

La joven Scott, con la vista fija en el umbral por donde había salido el barón, no parpadeó por varios segundos hasta que enfocó la vista en su madre, que, a pesar de lo atónita que estaba, no tardó en expresarse:

—Hija, creo que tenemos mucho de que hablar.

Marianne, segura del monólogo que la esperaría, soltó un largo y amargo suspiro.

Capítulo 3

Tal como lo había imaginado, Marianne pasó más de tres horas escuchando a su madre acerca de las miles de razones por las que debía aceptar la propuesta de lord Winston. Y la comprendía; tenía razón. De casarse, no solo tendría la vida que Louisa y Arthur habían aspirado para ella, sino que también resultaría un gran ejemplo para su hermana menor. Sin embargo, ella no necesitaba de cientos de explicaciones ni de horas para replicarle, pues tenía un solo motivo para negarse: su corazón pertenecía irrevocablemente a un único hombre. Al capitán Lennox. Y eso era una cuestión que ni ella misma tenía cómo remediar.

Aun así, no se opuso a las recomendaciones de su madre. Hacía años que no sabía nada acerca del capitán. Lo último que había oído de él fue que había servido al almirante sir John Jervis en la batalla del Cabo de San Vicente contra los españoles, mas nada sabía sobre su vida personal. El aislamiento paulatino que Marianne había tenido de la esfera social la llevó a un ostracismo en el que no importó lo mucho que sus padres o Elizabeth le hablaran del mundo exterior, pues palabra que entraba por un oído, palabra que salía por el otro.

Y aunque ella habría preferido vivir en la completa soledad, la realidad era que ver a sus padres sufrir por la angustia que la atravesaba no le parecía justo. Tampoco que su conducta afectara el futuro de su hermana menor. Claro que la reaparición de lord Winston la había sorprendido sobremanera, y más aún su propuesta, pero lo cierto era que, de los jóvenes que había conocido, él era el único al que le había prestado un poco más de atención. Eso sumado a que, de los pretendientes, tal como la misma Louisa le había remarcado, era el único que tenía título y que, de alguna manera, la conocía más.

Marianne, lejos de pensar que el barón fuera capaz de soportar su lengua filosa por el resto de sus vidas, entendía a lo que apuntaba su madre: al menos él comprendía un poco su nuevo carácter taciturno. Y no era un detalle a menospreciar si de verdad aspiraba a un matrimonio medianamente conveniente... y pacífico.

Y allí estaba, una semana después, como alma perdida en la niebla del limbo, sin rumbo y guiada tan solo por las voces de sus padres y hermana, que no dejaban de expresar la emoción porque al fin ella contrajera matrimonio y comenzara una nueva etapa en su vida que, según

ellos, la cambiaría para bien.

«Casarse», pensó mientras observaba el parque de su casa a través de la ventana. De pronto, una repentina brisa jugó con las hojas caídas del parterre. Un remolino danzante se formó, y el corazón se le aceleró cuando, para su infortunio, el recuerdo de él la invadió una vez más...

—Capitán Lennox... Qué visita *inesperada* —remarcó Marianne intentando, inútilmente, contener la sonrisa.

Y no era para menos. No había pasado tanto tiempo desde la noche del baile y, sin embargo, los encuentros «casuales» con Patrick en Green Park, en Hyde Park e, incluso, en The Pot and Pineapple —negocio que pocos años después pasaría a llamarse Gunter's Tea Shop— se habían convertido para ella en lo más esperado de cada día. No obstante, que entonces hubiera decidido ir a visitarla directamente a su residencia resultaba, como poco, excitante.

Patrick, imponente con su uniforme, avanzó un paso en dirección a Marianne, que acababa de entrar en la sala junto con su doncella, quien sostenía un pequeño ramo de flores recién cortadas. Observó las delicadas manos de su amada y, al notar que estaban ligeramente cubiertas de tierra, sonrió.

—Disculpe si la he interrumpido, señorita Scott. Mi intención era ver a su padre y no molestarla a usted. —Enfocó la vista en las manos de ella.

Marianne se limpió en el vestido.

—No se sienta mal. Es solo un pasatiempo. —Señaló uno de los sillones—. ¿Desea un té, capitán? No creo que mis padres tarden en llegar.

Patrick no supo por qué, pero el brillo en la mirada de ella le avivó el fuego interior. Quería saber todo de Marianne, incluso sobre aquel pasatiempo.

—Me encantaría. En especial si así me cuenta sobre esta pasión suya, señorita Scott.

Una pícara sonrisa se dibujó en el rostro de ella.

—Podría pasarme la tarde hablándole sobre mis tulipanes y rosas favoritos, pero, además de que corremos el riesgo de que se duerma al cabo de unos minutos, creo que sería un despropósito teniendo la oportunidad de mostrárselos directamente, capitán.

Patrick inspiró de golpe y no le pasó desapercibido el carraspeo de la doncella. Sabía que era una completa locura aceptar la imprudente invitación de Marianne, mas su corazón galopante le dominó el juicio.

—Nada me complacería más que acompañarla y ser testigo de su felicidad.

Marianne sonrió de lado.

—Por favor, sígame.

Y, como el mejor soldado que era, cumplió la orden de ella.

Hacía varios días que el sol no brillaba como en ese momento, y lo agradeció con el alma, pues era la primera vez que veía la verdadera luz de Marianne. Caminaban por entre las flores, en extremo cuidadas, mas Patrick solo tenía ojos para ella. Incluso envidiaba al sol, pues este tenía el privilegio de acariciar aquel delicado y dulce rostro, de cuyo recuerdo él no había logrado

librarse desde la noche en que la conoció. Y mientras Marianne hablaba y cortaba algunas flores, él pensaba que contemplaba a la más bella de ellas.

—... Sin embargo, debo reconocer que las más exquisitas son las rosas rojas de la glorieta de mi madre.

—¿Rosas rojas? —Sonrió—. Clásicas pero, sin duda alguna, elegantes.

Marianne se detuvo, y él y la doncella la imitaron.

—¿Clásicas? —Graciosa, curvó los labios—. ¿Es mi imaginación o acaba de llamarme *aburrida*, capitán?

Sorprendido, Patrick abrió tanto los ojos que el azul de su mirada se tornó más claro.

—¡Jamás me atrevería a semejante barbaridad, señorita Scott! —dijo divertido mientras ella reía.

—Pues no le creo. Pero, en su defensa, entiendo por qué lo dice. Así que... —Le entregó a la doncella las últimas flores que había cortado—. Le haré un favor y le permitiré que vea las rosas. Y sé que cuando lo haga, entenderá por qué son mis predilectas. —Con un gesto, lo animó a que la siguiera.

Y así lo hizo hasta que llegaron a la glorieta que tanto cuidaba Louisa.

Sin duda alguna, era un espectáculo floral, pues un sinfín de rosas rojas envolvía de forma posesiva la estructura.

—¿Lo ve, capitán? —Marianne se acercó a una de las flores y la tomó sin arrancarla—. Su color no es un rojo cualquiera, es el de la pasión, uno peligroso y magnético. —Acarició un pétalo y, despacio, apenas rozando, arrastró la yema del dedo hasta una de las primeras espinas del tallo—. Y aunque es delicada como pocas, posee una protección inigualable que la defiende de quien ose tomarla por la fuerza. —Acercó su respingona nariz entre los pétalos, cerró los ojos, inspiró profundo y los volvió a abrir—. Entonces dígame, capitán, ¿sigue pensando que son *clásicas*?

Patrick, completamente perdido en la imagen celestial pero pecaminosa de Marianne entre las flores, se aproximó hasta quedar a solo dos pasos y se sumergió en la mirada clara de ella.

—Por supuesto que no, señorita Scott, pues estas flores son un reflejo de usted.

El corazón de Marianne estalló en un galope al escuchar el tono grueso y grave del capitán Lennox. Pero al notar que la doncella estaba cerca, cortó una rosa y observó a la criada para que la mirara.

—Alice, por favor, lleva esta flor y las demás a la sala. Nosotros te seguiremos luego.

La doncella estuvo a punto de replicar, mas la mirada fulminante de Marianne le indicó que lo mejor era cumplir con la orden.

Un silencio profundo los envolvió cuando la criada los dejó solos.

Los ojos del capitán penetraban la mirada de ella, y los de Marianne se sumergían en los de él con unas ansias por saber qué era lo que se escondía en aquella profundidad azul. Y así, con la vista encima y fija en él, avanzó en dirección a Patrick.

—¿A qué ha venido, capitán Lennox?

—A hablar con su padre —respondió de inmediato.

—Pero es extraño. Si mi padre hubiera sabido que vendría, no se habría ido.

—Lo sé, y fue un error no haber avisado de antemano mi visita, pero es que... —Respiró profundo y se animó—. Fue un acto del impulso, señorita Scott.

Con una tímida sonrisa, ella entrecerró los ojos.

—¿Un impulso? ¿A qué se refiere?

Patrick avanzó el paso que los separaba.

—A que no puedo esperar más. Y aunque sé que lo prudente hubiera sido aguardar algún evento más en el que coincidiéramos, lo cierto es que la agonía de tenerla lejos me está consumiendo. —De pronto, una rebelde brisa envolvió la glorieta. Pero la intensidad del viento aumentó, y un remolino de pétalos sobrevoló por encima de ellos, hasta que uno cayó sobre los bucles de Marianne. Patrick elevó una mano y, delicado, tomó el pétalo. No sabía dónde había quedado su razón y tampoco le importó, pues, olvidándose de la locura que estaba a punto de cometer, deslizó el suave pétalo por una mejilla de ella y, completamente desbordado de deseo, lo llevó hasta los labios de Marianne—. He venido porque deseo abrazar sus espinas por el resto de mis días, señorita Scott. Incluso si aquello implica desangrarme.

—¿Y dejaría de viajar? Usted es un hombre de mar, capitán. Su destino está allí.

Patrick soltó el pétalo y dejó que el viento se lo llevara.

—Mi único destino, señorita Scott, es usted. —Y, guiado por el estallido de su corazón, devoró los carnosos labios de Marianne.

Una deliciosa electricidad recorrió los cuerpos de ambos. Y aunque el beso comenzó suave e inocente, la pasión de Marianne estalló en una necesidad que llevó a las lenguas a enredarse en una danza húmeda y caliente.

Patrick, desbordado, la envolvió entre sus brazos y la fusionó contra su cuerpo para que sintiera el deseo que lo dominaba.

Al sentir la dureza de él, Marianne se entregó en un gemido que el capitán devoró entre suspiros.

Era claro: podía hacerla suya.

Sin embargo, la fuerza de su voluntad y el verdadero motivo que lo había llevado a la residencia de los Scott lo llamaron a actuar con la prudencia que había perdido al besarla.

Con delicadeza y muy lentamente, se desprendió de los labios de ella, mas aún la mantenía entre sus brazos.

—Quiero que seas mi esposa, Marianne —se animó a llamarla por su nombre de pila—. Y es por eso que procederé como debo. —Le besó la frente y le acarició una mejilla—. Hablaré con mi padre primero y luego solicitaré una audiencia con el tuyo.

Ella, perdida en el océano que era la mirada de él, sonrió de forma completa.

—Prométeme que lo harás cuanto antes.

—Lo prometo. —Y la volvió a besar, aunque esta vez con una pasión que por poco los consume.

El sonido de la puerta al abrirse despertó a Marianne del recuerdo, y a pesar de que una densa lágrima le rodó por la mejilla, no tardó en secársela.

—¿Marianne? ¿Querida? ¿Ya estás lista? —inquirió Louisa al entrar.

Se alisó el vestido de satén celeste cielo y, tras respirar profundo, se giró.

—Sí, madre. Ya nos podemos marchar.

Satisfecha con la imagen de su hermosa hija, Louisa sonrió.

—Pues bien. Vayamos pronto que no solo los Watson nos esperan. Un barón ansioso aguarda por ti, Marianne. —Y, entusiasmada, la guio para que marcharan juntas escaleras abajo.

No había dudas: sería una noche especial... al menos para su familia.

Capítulo 4

En cuanto se apearon del elegante coche familiar, Marianne dejó que sus padres se adelantaran para ella poder ver el cielo. Estaba nublado y, aunque era un día de luna llena, apenas se vislumbraba la luz plateada que tanto amaba.

Suspiró. La noche le recordó la de cuatro años atrás; solo esperaba que no fuera tan nefasta como aquella en la que no solo había pisado al barón, sino en la que también había conocido al amor de su vida para luego dejarlo ir como quien deja que el viento arrastre las hojas caídas de un árbol... o los pétalos de una rosa.

Inspiró profundo para darse fuerzas y, tras oír el llamado de su madre, avanzó hasta ellos.

El recibimiento por parte de los Watson fue agradable, y, aunque la cantidad de invitados comenzó a abrumar a Marianne, no fue hasta que Louisa se acercó que sintió el corazón darle un vuelco.

—¿Qué ha ocurrido? —Le dio un vaso de limonada y la invitó a que se girara para que el resto de invitados no le vieran la expresión—. Pocas veces te he visto tan preocupada, madre.

Louisa bebió hasta la mitad del vaso y respiró profundo para calmarse.

—Hay veces que en serio me pregunto por qué el destino es tan cruel con los más buenos. —Bebió el resto de limonada.

Marianne frunció el ceño.

—No entiendo. ¿Acaso se trata del barón? ¿Se ha arrepentido de su propuesta? —preguntó, aunque sin mostrar mucha pena ante la posibilidad.

Louisa puso los ojos en blanco.

—Dios nos libre de semejante barbaridad, Marianne. —Negó con la cabeza y exhaló—. No es eso. Es solo que... —Tragó saliva y se llevó una mano al pecho en un intento por tranquilizarse —. Es solo que... el conde de Bredford acaba de llegar.

El corazón de Marianne se detuvo. ¿Era cierto? ¿Qué tenía el destino con ella? ¿No le bastaba con haberle quitado un futuro con el capitán de sus sueños que entonces la obligaba a soportar la presencia del hombre por el que había tenido que renunciar a su verdadero amor?

No era justo.

Un sudor frío le recorrió el cuerpo y, aunque Louisa trató de calmarla al anunciarle que también había llegado lord Winston, Marianne apenas la oyó.

—Lo siento, madre. Necesito un poco de aire. —Y sin siquiera darle la oportunidad de replicar, la hija de Louisa se marchó en dirección a la terraza de los Watson.

Esta vez no corrió, aunque no le faltó tanto, pues más rápido de lo que se hubiera esperado salió al exterior y respiró profundo como quien permanece debajo del agua por varios segundos y sale a la superficie en busca de una bocanada de aire.

Apoyó las manos en la balaustrada de piedra y, tras respirar profundo una vez más, alzó la vista hacia el cielo.

—¿Por qué? ¿Por qué tanta crueldad? —reclamó con marcado dolor.

Pero entonces, cuando creyó que sus palabras se las llevaría el viento, una gruesa y conocida voz la paralizó.

—Lo mismo le he preguntado por varios años al mar, pero aún no he tenido una respuesta certera.

De inmediato, Marianne se giró para quedar frente a él.

—¿Capitán... Lennox? —inquirió, incrédula.

Era él, Patrick. Y aunque cuatro años hubieran pasado, su figura seguía tan imponente como la de un guerrero espartano. La piel mantenía ese color tostado, aunque lucía visiblemente curtida por el viento de los mares. Sin embargo, aquel par de ojos azules y profundos, como los océanos que habría domado, reflejaban un vacío infinito que solo había visto en una mirada más: en la propia, en la de ella.

Patrick sonrió al tiempo que avanzó en dirección a Marianne.

—En realidad, desde hace un tiempo, capitán Bredford, señorita Scott.

Ella entrecerró la vista.

—¿Acaso su padre...?

—Sí —la interrumpió—. Mi padre ha pasado a mejor vida y, aunque mi nueva posición no sea mi mayor orgullo, soy yo quien ahora responde a las responsabilidades como conde.

Pensativa, Marianne lo observó por varios segundos hasta que, en un repentino acto de consciencia, reaccionó.

—Disculpe mis modales. Lo siento mucho, su señoría. —Se inclinó en una gentil reverencia —. Es un placer volver a verlo..., lord Bredford.

La mirada de Patrick se apagó.

—Agradezco sus palabras, aunque sé que son por mera cortesía.

Indignada, ella frunció el ceño.

—¿De verdad me cree tan hipócrita, conde?

Hundiendo su mirada azul en la cristalina de ella, el capitán avanzó un paso más.

—Me gustaría afirmar que no, pero honestamente no sabría decirle.

Superada por el coraje, Marianne exhaló.

—Es claro que solo se está dejando llevar por el rencor, capitán Bredford. Por mucho dolor que me genere verlo otra vez, mi alegría es sincera, además de que no podría desearle más que el bien.

—Ya lo creo. De hecho, la última misiva que me envió junto con el botón expresaba las mismas palabras, señorita Scott: que, a pesar de todo, lo único que deseaba era lo mejor para mí. —Rio, irritado—. Aunque es claro que poco me conoce, pues con aquel mensaje, pobre y llano, no ha hecho más que hundirme en la miseria.

Marianne sintió cómo la ira creció de un instante a otro, al punto de que cerró las manos en puños.

—¿Miseria, dice? Si no lo hubiera dejado ir, si no lo hubiera dejado partir, no solo no se hubiera convertido en el alabado capitán que es hoy en día, sino que tampoco podría disfrutar de los beneficios de haberse tornado en lord Bredford. ¿O acaso ya ha olvidado las palabras de su difunto padre?

—Y aun así, me dejó a la completa deriva, señorita Scott. Y a la merced de la peor de las penurias. —Se hizo un breve silencio en el que las miradas de ambos se penetraron en una batalla entre la furia y la necesidad. No obstante, Patrick, seguro de su cometido, bajó la vista y retomó la palabra—. Pero no se preocupe. Entiendo lo que ha hecho y, de igual manera, he venido hasta aquí para devolverle el gran favor.

Marianne frunció el entrecejo.

—¿Favor?

Despacio, él asintió con la cabeza.

—Sé que no es un asunto que me incumba, y hablarlo con su padre podría resultar en extremo incómodo, en especial al conocer él cuáles han sido mis intenciones para con usted. —Respiró profundo—. Es por eso, señorita Scott, y por el aprecio que aún siento por usted, que me veo en la obligación de informarle que las intenciones de matrimonio de lord Winston no son genuinas ni favorables para usted.

Un escalofrío recorrió la columna de ella.

—¿Cómo dice?

—Lo que ha oído. Aunque lamento mucho ser yo quien la decepcione. —Se aclaró la garganta y continuó—: Al regreso de uno de mis viajes, mis viejos amigos y yo nos reunimos en White’s. Claro que lord Winston jamás se percató de mi presencia. Y agradezco que así fuese, pues, de lo contrario, hoy no podría estar advirtiéndole sobre este granuja —soltó las últimas palabras con extrema furia.

—¡Capitán! —exclamó Marianne, sorprendida por la rabia con la que se había expresado Patrick.

—Lo siento, pero es lo más cordial que puedo decir de ese barón. Y aunque no repetiré las desagradables palabras que ha usado para referirse a usted, sí le confesaré que si tiene intenciones de casarse con usted no es más que por desesperación, señorita Scott.

—¿Desesperación? No lo entiendo.

—Lord Winston está ahogado en deudas. Ebrio, se lo confesó a uno de sus acompañantes. Es evidente que las familias de las jóvenes por las que mostraba interés han descubierto su realidad financiera. Y, tal como lo reveló en aquella atolondrada conversación, usted es su última esperanza, pues es sabido que hace años se ha mantenido junto con sus familiares lejos de la esfera social... hasta hoy, claro es.

Un breve silencio los envolvió y una ligera llovizna comenzó a caer sobre ellos.

La noticia sobre las razones que motivaban al barón a casarse con ella era, sin duda alguna, una sorpresa. Sin embargo, no la asombraba que motivos turbios como ese hubieran sido la única causa por la que el ególatra de lord Winston hubiera optado por ofrecerle matrimonio.

—Ya veo... —suspiró y, aunque con un tono de derrota, volvió a dirigírsele—: Entonces debo agradecerle, al menos por evitar que cayera en la peor de las miserias.

—No, señorita Scott. —Se aproximó hasta quedar a medio dedo de distancia. Le observó los ojos; luego, las mejillas; y, finalmente, los labios llenos que brillaban por las gotas de la incipiente lluvia. Por unos segundos, la tentación de devorarlos se apoderó de su juicio, mas el orgullo tomó las riendas de su voluntad y, a centímetros de que sus alientos se entremezclaran, alejó el rostro y retornó la vista a la mirada perdida de ella—. No tiene que agradecerme nada, pues esa hazaña la ha logrado usted hace cuatro años atrás.

Patrick tragó saliva, retrocedió varios pasos y, tras inclinarse, se despidió aunque sin soltar una palabra más.

En cuanto el capitán se retiró, Marianne exhaló con violencia y, de forma inevitable, estalló en un llanto cuyas lágrimas se mezclaron con las gotas de la lluvia que ya la había empapado. Se tomó de la balaustrada de piedra y, superada por el dolor, volvió a mirar el cielo.

—¿Por qué? Solo quiero saber por qué...

De pronto, y gracias al destino, Louisa salió a la terraza en busca de ella.

—¿Marianne? —Observó que su hija estaba a punto de derrumbarse y, de inmediato, corrió hasta sostenerla—. ¡Marianne! ¡Por todos los cielos! ¡Dime qué ha ocurrido!

Y aunque su hija no fue capaz de emitir una sola palabra, Louisa entendió que lo mejor que podían hacer en esos momentos era marcharse de aquel baile cuanto antes.

Capítulo 5

Gracias a la rapidez de Louisa y la amabilidad de la señora Watson, tanto ella como Arthur y Marianne pudieron retirarse sin que, prácticamente, nadie lo notara. Un malestar fue la justificación dada por Louisa, mas ella y su hija sabían la verdad. Una verdad que tenía nombre y apellido, incluso, título: Patrick Henry Lennox, el nuevo conde de Bredford.

Sin embargo, poco fue lo que Marianne le contó a su madre. Mencionó lo central para su futuro: que la propuesta de lord Winston era un completo engaño; mas cuando Louisa intentó ahondar respecto del capitán, Marianne se negó rotundamente a hablar y el llanto se apoderó de ella por horas.

Así fue durante toda la madrugada. Y aunque Louisa intentó que el dolor de su hija se apaciguara, no lo logró. De allí que, cuando alcanzó a dormirse por cansancio, Louisa la dejó descansar con expresa orden de que nadie, absolutamente nadie, se atreviera a despertarla.

No obstante, jamás pensó que esa misma tarde el motivo del sufrimiento de su hija se presentara en la sala de su residencia.

—¿Lord Bredford, dice? —preguntó Louisa al mayordomo, que acababa de entregarle dos cartas selladas y un pañuelo doblado.

—Sí, milady. Le pregunté si deseaba aguadar en la sala por usted o por lord Arthur, mas con gentileza lo rechazó. Mencionó que pronto zarpará, aunque no sin antes dejar en orden Bredford House.

Louisa, que yacía sentada en el parque junto a sus flores, se puso en pie. Observó las misivas: una, dirigida a ella; y la otra, a Marianne. Leyó la que era para ella y no se sorprendió, pues no relataba más que las razones viles y desafortunadas por las que lord Winston quería casarse con Marianne. Pero frunció el ceño cuando miró el pañuelo. Tenía las iniciales de él.

Lo desplegó y, al descubrir lo que aquella pequeña tela había cubierto hasta entonces, se alarmó de inmediato. Era el botón, ese que ella le había obsequiado a su hija la misma noche en que Marianne lo conoció a él.

—Recién se ha ido, ¿cierto?

—Así es, milady. Estimo que a su residencia.

—Mande a preparar el coche cuanto antes. Y, por favor: que nadie más que usted y yo se entere de que alguien de esta familia saldrá en unos minutos.

El fiel mayordomo asintió con la cabeza y, tras despedirse, se dirigió a cumplir la orden.

Louisa, sin perder tiempo, marchó directo a la habitación de su hija, y cuando entró, el corazón se le partió en mil pedazos al verla con los ojos abiertos, perdidos en algún punto vacío del suelo de madera.

—Marianne, hija mía... —Se acercó al borde de la cama y, tras sentarse, le tomó las manos—. Ya no sufras, por favor. Ya no sufras más.

Marianne, intentando contener el llanto que hacía unos minutos la había dominado, observó a su madre directo a los ojos.

—Lo he perdido, madre. Para siempre.

Un vendaval de coraje se adueñó del corazón de Louisa y, tras inspirar profundo para hacer frente a las posibles consecuencias de lo que haría, giró las manos de Marianne y depositó sobre las palmas la misiva que él había dejado... y el botón junto con el pañuelo del capitán.

Su hija frunció el ceño, pero cuando vio la reliquia que antaño su madre le había obsequiado, el corazón le latió como el del más bravo de los cimarrones.

De inmediato, se incorporó en la cama y, tras dejar el botón a un lado, desplegó el papel:

Querida Marianne:

Antes que nada, pido disculpas por dirigirme a ti sin las debidas formalidades, pero es mi corazón quien escribe.

De más está decir que deseo para ti el mejor de los futuros, aunque sé que no podría ser sincero sin antes devolverte el botón que me enviaste cuando decidiste que yo no era suficiente para ti. Porque sí: esas fueron las otras tristes y exactas palabras que me escribiste. Aun así, es al día de hoy que agradezco el obsequio de tu reliquia. Sé que lo has hecho para que mi dolor no fuera tan intenso y profundo, mas siento decepcionarte, pues incluso ahora, mientras escribo estas letras, mi corazón llora por ti.

No es mi intención responsabilizarte de mi tristeza, mas mi alma me exige ser honesto contigo. Y aunque tú hayas creído que gracias a tu abandono hoy mi vida es más feliz, tal como te he dicho, la realidad no puede ser más lejana a esa fantasía. Sí, es cierto lo que has mencionado: he logrado una gran carrera, y hasta un título y una gran fortuna me protegen de algunas desdichas terrenales. Sin embargo, mi querida Marianne, ni mi uniforme ni mi riqueza han servido para librarme de la peor de las penurias, de la peor de las desgracias que un hombre puede sufrir. Ninguna ha sido capaz de protegerme del dolor agonizante que causa el desamor, Marianne. Ninguna, pues, desde el momento en que me dejaste libre, mi alma y mi corazón sangrante no han hecho más que vagar sin rumbo, a la deriva, por los inmensos océanos que, incluso hoy, no han sido capaces de

curarme.

Y aunque sé que es probable que sea lo último que desees leer, debo confesártelo: si existe o al menos ha existido un destino para este capitán, ese solo has sido tú, Marianne. Solo tú.

Aun así, y lejos de querer provocarte algún tipo de culpa, me despido. Y con este adiós para siempre, te devuelvo la reliquia que sé que jamás rendirá frutos para mí, aunque ruego a los cielos que sí funcione para ti.

Con lo que queda de mi corazón y por siempre tuyo,

Patrick

En cuanto Marianne terminó de leer la carta, las manos le temblaron y el papel se deslizó hasta caer en el suelo.

Louisa no tardó en adueñarse de la carta y, tras leerla lo más rápido posible, tomó a Marianne por los hombros y la miró fijo a los ojos.

—¿Lo amas, Marianne? ¿Tanto como tiempo atrás?

Su hija, con los ojos cubiertos por un mar de lágrimas, soltó lo que su corazón se había guardado por años:

—¡Con mi alma, madre! ¡Con mi alma!

Louisa abrazó a Marianne para calmar el llanto que enseguida la dominó y, tras respirar profundo, entendió que no debían perder más tiempo.

Era hora de reparar el daño del pasado. Era hora de arriesgarlo todo por amor.

Capítulo 6

Ya no le quedaban pendientes. Bredford House se alquilaría pronto y él, al fin, podría volver a altamar, allí donde los recuerdos de Marianne lo atormentarían como siempre, pero donde, limitado por los inmensos océanos, no podría salir en su búsqueda, tal como se lo exigía su corazón desdichado.

Firmó una última misiva y, tras dejar la pluma a un lado, se puso en pie, dispuesto a marchar lo más lejos de Londres. Sin embargo, el llamado a la puerta lo detuvo.

—Adelante.

El mayordomo entró en el estudio y, tras una gentil inclinación, habló:

—Siento importunarlo, su señoría, pero una visita aguarda por usted en la sala.

Patrick frunció la frente.

—¿Una visita?

—Una señorita, milord. Y ha venido sola —aclaró el empleado, y carraspeó.

—¡¿Una señorita?! ¡¿Sola?! —Se asombró el conde.

Pero no dio tiempo a que el mayordomo respondiera, pues, veloz como un rayo, marchó directo hacia la sala.

Los signos de pregunta carcomían la mente del capitán, mas cuando entró en la sala, el corazón se le detuvo.

—¿Ma... Marianne?

Al solo oír la voz de Patrick, ella se giró para quedar frente a él. Y aunque su mirada era triste, una débil sonrisa asomó cuando fijó la vista en la desconcertada del conde.

—Siento molestarlo, su señoría, pero me temo que, luego de la misiva que me ha escrito, no me ha dejado más opción que venir personalmente.

Patrick avanzó hasta quedar a dos pasos de ella.

—No era necesario. Sé lo que piensas y repetírmelo no haría más que aumentar mi dolor.

—No he venido a repetir aquellas palabras que tanto te han hecho sufrir, Patrick —se animó a tutearlo—. No lo haré porque jamás han sido ciertas y no existe posibilidad de que algún día lo sean.

El capitán frunció el entrecejo.

—No comprendo.

—Por eso he venido hasta aquí. —Se aproximó un paso y fijó los ojos en los de él—. Patrick, habría huido contigo el mismo día en que te conocí, pero si no lo hice fue solo porque mi madre, con la mejor de las intenciones, me convenció del daño que podía significar para el futuro de ambos, pero en especial para el tuyo. Jamás me hubiera perdonado que, por casarte conmigo, tu padre te hubiera condenado a una vida de pobreza, injusticias y limitaciones.

—No me habría importado siempre que tú hubieses estado a mi lado.

—Lo sé, pero también habría existido la posibilidad de que hubieras terminado odiándome.

—¡Eso nunca, Marianne! ¡Nunca! —se descargó con el pecho agitado.

—Patrick... —Avanzó el paso que los separaba y, tras tomarle las manos, le sonrió—. Mi corazón por siempre será tuyo. Por eso te obsequié el botón. —Y le entregó la reliquia envuelta por el pañuelo de él.

El corazón del capitán estalló en un galope irrefrenable y, tras clavar los ojos en los melancólicos de ella, se dejó llevar por los gritos del alma.

—Marianne... —Dejó caer el pañuelo junto con el botón y, ágil aunque delicado, la tomó por la cintura y, sin más, la besó.

El calor de los cuerpos, ese que por años se había ocultado en lo profundo de sus corazones, los envolvió de inmediato.

Los labios de Marianne, fusionados con los de él, permitieron la unión de sus lenguas que, danzantes, aumentaron la pasión de forma irremediable.

Un gemido exigente brotó de la boca de ella, y Patrick, cual fiel y obediente soldado, la alzó en brazos para llevarla hasta la cama de su habitación, allí donde la depositó cual tesoro recién hallado.

Marianne, extasiada, observó cómo al fin su capitán se libraba de las prendas que, hasta entonces, le habían cubierto la escultural figura masculina. Era perfecto, tallado a imagen y semejanza del mismísimo Hércules. El torso auguraba la dureza del mejor de los hierros; y los brazos, torneados y musculosos, prometían el hogar más seguro para ella.

Sin embargo, cuando creyó que contemplarlo podía ser la máxima de las satisfacciones, Patrick se posó sobre ella y, tras devorarle los labios, se lanzó a la aventura de recorrerle a besos el cuello hasta el inicio de su escote.

En cuanto llegó a los pechos de Marianne, la miró a los ojos y, tras ella asentir, la ayudó a liberarlos para que estos fueran besados por vez primera.

La calidez de la lengua de Patrick volvió loca a Marianne, y aunque la experiencia era nueva, sentir la humedad en la entrepierna la llevó a gemir de una forma tan salvaje que excitó sobremanera al pobre capitán.

Aquel llamado había sido claro: ella necesitaba más. Y él se lo daría.

Magistral, liberó a Marianne de su delicado vestido de muselina y, tras contemplar con

devoción la figura virginal, volvió a besarle los senos, pero esta vez para descender hasta el monte de Venus, el centro del placer de ella.

Cuando Patrick, suave y servicial, comenzó a beber de su miel, Marianne creyó desfallecer. No obstante, cuando comprendió que lo que más deseaba en el mundo era, por fin, unirse en el más puro acto de amor, le acarició el cabello para que la mirara.

—Hazme tuya, Patrick. Solo tuya —le suplicó jadeante.

Y entonces el nuevo conde de Bredford cumplió.

Sin perder tiempo, se recostó sobre ella y, tras acariciarle una mejilla, la besó al tiempo que la penetró.

Marianne sintió una leve punzada, mas el dolor fue desapareciendo gracias a los lentos y suaves movimientos de él. El cuerpo de ella volvió a relajarse, y cuando la cálida miel de ella embebió el enorme miembro viril, el capitán aumentó la cadencia de las embestidas.

La pasión de los cuerpos desbordaba en cada suspiro y auguraba la llegada del máximo de los disfrutes.

Patrick, al sentir la estrechez del conducto de Marianne, creyó que explotaría, mas cuando su amada se desahogó en un grito de extremo placer, fue inevitable y, sin más, se derramó en el interior de ella de forma escandalosa.

Ambos cayeron rendidos ante el poder de la pasión, y aunque dormirían enredados hasta las primeras horas de la mañana, no lo hicieron sin antes jurarse mutuo amor.

—Prométeme que te convertirás en mi condesa, en mi esposa. En el único y verdadero destino de este capitán.

Marianne, abrazada al cuerpo de Patrick, convencida de que ese hombre era y sería por el resto de los días su hogar, sonrió.

—Lo juro. —Se sumergió en el mar calmo que eran entonces los ojos de Patrick y selló su amor con unas últimas palabras que brotaron desde lo más profundo de su corazón—: Por siempre, mi capitán.

Entonces, él la besó

Sandra Bree

Prólogo

V*erano de 1810*

El lago de Mansfield se extendía como un espejo reflejando el azul del cielo y las esponjosas nubes que lo sobrevolaban aquel día. El sol se deslizaba sobre la superficie creando destellos dorados que danzaban al ritmo de las ondas.

Alexander Sinclair, de ocho años de edad e hijo primogénito del conde de Blackwood, disfrutaba de la tarde. Se sumergía en el lago, deleitándose con el agua que acariciaba su piel mientras sus brazos y piernas se movían al nadar.

Desde el sitio en el que estaba podía ver los contornos de las colinas que se alzaban como guardianas, cubiertas de hierba y flores silvestres. También la iglesia de piedra que asomaba entre los árboles, cuyo campanario apuntaba al cielo.

De repente, un movimiento en la orilla captó su atención. Se trataba de la figura de una niña, que, cabizbaja, emergía de entre los árboles y se acercaba al lago. Su cabello era rojo como el fuego, y aunque no podía verlos debido a la distancia, sabía que sus ojos poseían un color verde, como las hojas de los robles cercanos. Alexander la había visto en alguna ocasión paseando junto a su hermano gemelo por las calles del pueblo.

Distraída, ella se sentó sobre una piedra, con la mirada perdida en el horizonte. Él no se atrevió a moverse por temor a que lo descubriera; siempre había sido muy tímido, y este defecto, más que virtud, le impedía jugar con los otros niños de Mansfield, al menos hasta que adquiría alguna clase de confianza con ellos.

Sin previo aviso, la muchacha se levantó con una expresión furiosa y, con un grito de rabia, arrojó una piedra del tamaño de un puño al agua. La mala suerte fue que él no lo vio venir y la roca lo golpeó en la cara. Enseguida, un dolor fuerte y punzante le atravesó la cabeza y todo a su alrededor se tiñó de rojo. Durante unos angustiosos minutos luchó por no hundirse en las profundidades del agua, pues era consciente de que podía ahogarse; aun así, sus pulmones comenzaron a arder por la falta de aire. Como pudo, no sin gran esfuerzo, logró llegar hasta la orilla, donde rompió a llorar, asustado, al ver la sangre que se deslizaba por su cuello y por su pecho. Sin pensar en sus ropas que había dejado bajo la sombra de un árbol, corrió hasta donde

estaba su madre. Ella tarareaba una alegre canción al tiempo que recogía flores y levantó la cabeza al escucharlo. Al verlo de esa guisa, soltó la cesta con un grito que retumbó en el bosque y también corrió hacia él.

—Alex, Alex. ¿Qué ha ocurrido?

Entre hipos y sin poder dejar de llorar, el niño se lo contó.

Aquel día la vida de Alexander dio un giro inesperado. No perdió el ojo de puro milagro, pero ese golpe le dejó una cicatriz bastante profunda. Una línea que nacía en el rabillo del párpado superior y terminaba en la sien, justo donde crecía el pelo. Una marca que no olvidaría nunca, pues, aparte de haber estado a punto de matarlo —según dijo el doctor—, lo acomplejó durante toda su infancia.

La imagen de Charlotte Rochfort, la causante de su larga agonía, se grabó en su memoria como una sombra constante; y a medida que él fue creciendo, su odio hacia ella se intensificó cada vez más. La culpaba de su sufrimiento y de los años posteriores que pasó escondido, evitando el contacto con otros niños, pues temía sus miradas y susurros.

El odio se convirtió en una llama que ardía en su interior, alimentada por cada recuerdo doloroso. Se prometió a sí mismo que algún día se vengaría de ella, que Charlotte pagaría por lo que le había hecho. Esa promesa le dio fuerzas para soportar los años de aislamiento y vergüenza.

Sí, la odiaba con toda su alma.

Capítulo 1

Londres, 1830

Charlotte Rochfort miró que no quedara nadie en la biblioteca y una, a una, apagó las lámparas de las mesas hasta que el espacio quedó sumido en las sombras. Le gustaba estar sola en aquel recinto inmenso, rodeada de estanterías repletas de libros. Allí se sentía reconfortada y le permitía escapar del bullicio y de las cosas ruidosas que tanto detestaba.

Recogió su sombrero y el bolso y se aseguró de cerrar con llave al salir. La rutina era algo que le agradaba mucho y a lo que ya estaba acostumbrada a pesar de que su hermano gemelo no comprendía su pasión por la lectura y el estudio. Pero desde que escuchó hablar de Egipto por primera vez, había sentido una conexión especial con ese país: las pirámides, la arena dorada de las dunas, las inscripciones en piedras y objetos. Para ella todo estaba repleto de magia e historia, por eso, se había convertido en una experta en Egiptología.

En realidad, se sentía adelantada para su época. No todas las damas podían presumir de tener un trabajo remunerado; además, de vez en cuando colaboraba en el museo, catalogando objetos y descifrando jeroglíficos, algo que la apasionaba y la absorbía totalmente.

Cuando salió al exterior, la calle bullía llena de vida. El verano estaba a la vuelta de la esquina, y como los días se alargaban, la gente aprovechaba más para salir a pasear. Pero ese día, sin embargo, tuvo la sensación de que había más personas de lo habitual.

—Señorita Rochfort.

Su cochero, al otro lado de la vía, agitó las manos para llamar su atención.

Con una sonrisa, ella cruzó la calle y lo saludó, después subió al carruaje pensando en las cosas que debía hacer cuando llegara a casa. Esa tarde irían sus tíos y ella no tendría tiempo de continuar leyendo el nuevo tomo sobre Egipto que su padre le había regalado por su cumpleaños, pero la visita le agradaba enormemente, pues tío Patrick solía contar de sus muchas experiencias vividas en el ejército.

Durante el camino observó que varios agentes de la Yard, con sus elegantes uniformes y altos

sombreros de estilo chimenea, se habían reunido en la puerta del museo y conversaban entre ellos. Se extrañó y con curiosidad miró la hora. Sintió ese pequeño hormigueo en su cuerpo que siempre fluía antes de hacer algo inesperado, como querer abrir la puerta para ir a preguntarle al señor Fielding, director del museo, qué era lo que estaba pasando. Sin embargo, en aquella ocasión debió renunciar a la idea, porque detestaba ser siempre la última en llegar a la cena.

Eso no le impidió observar con atención lo que se cocía, pues el coche se deslizaba con una lentitud que parecía desafiar el tiempo, e incluso llegó a detenerse durante unos minutos debido al intenso tráfico que había.

En los escalones, el señor Fielding charlaba con un caballero alto elegantemente vestido, y en ese preciso momento, el hombre miró en su dirección. Charlotte sabía que no lograba verla a través de la ventana, pero no pudo evitar que un escalofrío recorriera su espalda al descubrir que una tenía una larga cicatriz cerca de uno de sus ojos. Y no solo eso, sino que era un caballero muy atractivo; alto, de hombros anchos y joven. Él apartó los ojos cuando sir Robert Peel le dijo algo, y ella estuvo a punto de sacar la cabeza al reconocer al caballero, quien, ante el ascenso descontrolado de la delincuencia en la ciudad, había fundado el año anterior una policía específica para controlar Londres. Su nombre oficial era Scotland Yard, aunque también se les conocía como *bobbies*, en referencia al diminutivo del nombre de pila de Robert.

Charlotte había entablado conversaciones con él en varias ocasiones, y le parecía un caballero amable y bastante atractivo, a pesar de haber superado la cuarentena. Sus padres lo consideraban muy inteligente, de hecho, Elizabeth y Bernard lo admiraban, ya que a los veintiún años se había dedicado a la política, ejerciendo como ministro de Irlanda. Más tarde, Peel emergió como una figura destacada dentro del partido Tory y se unió al gobierno en 1822 como ministro del Interior, cargo que aún ostentaba.

El carruaje continuó su marcha, y ella los perdió de vista. Suponía que, si había ocurrido algo importante, se enteraría al día siguiente a primera hora por los periódicos.

Una vez que llegó a casa, subió con prisa los escalones y se encerró en su dormitorio. Dejó sus pertenencias sobre el banco situado bajo la ventana y comenzó a desvestirse. Aún no había desprendido ningún corchete de su corpiño cuando su madre entró en el dormitorio y cerró la puerta.

—Me estaba empezando a preocupar. Pensé que no vendrías a tiempo. —La mujer fue hasta el armario para inspeccionar la ropa—. Tus tíos están a punto de llegar.

—Búscame el vestido cereza, por favor —pidió, dejando que las ropas se deslizasen por su cuerpo hasta quedar sobre la alfombra. Salió de entre las prendas y vertió agua de una jarra en el aguamanil. Hundió un paño y se lo pasó por los brazos, los hombros y la cara—. Madre, ¿has oído si ha pasado algo en el museo?

Elizabeth se giró hacia ella con una ceja alzada.

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Por nada —respondió, encogiéndose de hombros—. Me pareció raro ver tantos *bobbies* en

la puerta. —Se encontró con su propia imagen en el espejo y se quedó absorta en él, con ojos brillantes—. Tal vez hayan traído algún envío especial que deba ser custodiado.

—Olvídate ahora de eso, quiero comentarte algo. La tía Marianne viene a darte un obsequio y me gustaría que no pusieras caras raras ni muecas extrañas.

Charlotte salió del trance en el que había caído y frunció el ceño.

—¿De qué se trata?

—Del botón de la familia.

No pudo evitar hacer precisamente lo que Elizabeth no quería que hiciera: una mueca irónica que transformó su cara.

—¿Por qué no se lo da a Edward? Él se va a casar antes que yo.

—Sabes muy bien que es como una reliquia y solo pasa de mano en mano a las mujeres de la familia.

—¡No es más que un botón! —replicó—. Lo más seguro es que yo lo pierda. Además, es una tradición que se inventó la abuela.

—Por favor, Charlotte, sé respetuosa. Marianne piensa que te dará suerte y que con él encontrarás el amor.

—Eso sería si lo fuera buscando, madre. Pero ya sabes lo que los hombres piensan de mí, que soy aburrida. —Aunque sin saber muy bien por qué, el rostro del desconocido de la cicatriz pasó por su mente como un relámpago. Tal vez fue porque algo en él había llamado poderosamente su atención. Sacudió la cabeza borrándolo de sus pensamientos de un solo plumazo.

—No piensan eso, es solo que tú nunca encuentras tiempo para despegar la nariz de un libro; además, encerrada todo el día en la biblioteca, jamás te enamorarás.

Ella miró a su madre con un brillo burlón.

—¿Y lo haré solo porque tenga un botón? Tú te enamoraste de papá sin ninguna intervención divina.

Elizabeth la contempló, divertida.

—Yo pensaba que creías en esas cosas, como hablas mucho sobre las maldiciones egipcias y todo eso...

—Para nada. Las leyendas son solo mitos inventados. —Se encogió de hombros y añadió con un guiño travieso—: ¡Menos mal que por lo menos no es una pata de conejo o el espolón de un gallo lo que va a entregarme!

Elizabeth trató de no sonreír y miró a su hija con las manos en las caderas, dispuesta a contarle de nuevo la historia del botón, pero Charlotte alzó las palmas en señal de rendición.

—No te preocupes, madre. Lo aceptaré como si fuera un tesoro. Aprecio mucho a la tía Marianne y nunca rechazaría nada suyo.

Elizabeth, agradecida, se acercó a ella y comenzó a ayudarla con el vestido, ajustando los lazos y alisando las arrugas. Como no le daba tiempo a peinarla, permitió que dejara sus cabellos como estaban, a pesar de que algunos mechones rojos habían escapado del rodete y caían sueltos

junto a sus orejas.

Mientras su madre la ayudaba, Charlotte recordó la historia del botón, que databa del año 1780, bajo el reinado de Jorge III y la reina Carlota. El objeto había pertenecido a su abuela, Louisa Kinsname, quien se lo había dado a su hija mayor, hermana de Elizabeth. Y como Marianne no tenía descendencia, deseaba entregárselo a ella para que continuara con el legado.

Elizabeth terminó de ajustar el vestido y se apartó para admirar su trabajo.

—Listo, querida. Estás perfecta. Es mejor que vayas bajando, iré a ver cuánto le falta a tu padre.

Charlotte descendió las escaleras con elegancia, recogiendo un poco el vestido que rozaba los escalones. El corpiño ajustado realzaba su figura, y la falda caía en pliegues suaves hasta el suelo. Desde la galería llegó el murmullo de personas hablando, y ella aceleró el paso con una sonrisa, pero en el último peldaño se dio cuenta de que sus tíos no venían solos. Frunció el ceño al observar que dos agentes uniformados de la Yard los acompañaban.

Capítulo 2

Charlotte disimuló su sorpresa y pasó a saludar a su tía Marianne, besando su mejilla; después hizo lo mismo con su tío, y por fin se volvió hacia los hombres. Tuvo el presentimiento de que aquella visita podría estar relacionada con el museo, porque ahora tenía claro que algo había pasado.

—Los señores quieren hablar contigo un momento, Charlotte —dijo Patrick—; Marianne, querida, será mejor que esperes en la sala.

La mujer obedeció, aunque Charlotte la conocía de sobra como para no saber que los escucharía de igual modo.

—Señorita Rochfort, disculpe que hayamos venido a estas horas, pero necesitamos comentarle algo.

Con una paciencia mal disimulada, preguntó:

—¿De qué se trata?

—Verá, hace unos meses, el doctor John Logan encontró un antiguo objeto egipcio y habló con el señor Fielding para cederlo durante una temporada al museo. —Charlotte elevó una ceja, mirándolo con escepticismo, y el hombre se dio cuenta—. ¿No lo cree?

Ella se encogió de hombros con naturalidad.

—Conozco al señor Logan y se llama a sí mismo «arqueólogo», pero en realidad no es más que un buscador de tesoros. —Uno que a ella, por cierto, no le agradaba nada, pues lo consideraba un mero comerciante—. Lo que encuentra nos lo envía solo para conocer el valor de los objetos y de ese modo venderlos al mejor postor. Si nos lo cede es para que lo tasemos.

—Sí, algo así nos ha dicho el director; el caso es que esta mañana, cuando se dirigía al museo, le han robado el objeto en cuestión.

—¿Qué era? —preguntó, intrigada, inclinándose ligeramente hacia adelante.

—Un medallón de oro.

Charlotte alzó las cejas con sorpresa. No existían muchos y los pocos hallados —se creían que eran amuletos— pertenecían a gente de la nobleza e incluso a faraones. Se cruzó de brazos.

—¿Por qué ha venido a decírmelo a mí?

—En realidad el asunto le concierne —respondió.

Charlotte, sin comprender, intercambió una mirada con su tío.

—No estarán sospechando de mi sobrina, ¿verdad? —preguntó, con semblante serio, dando un paso adelante.

—No —negó el *bobbie*, sacudiendo la cabeza—. Al contrario, pensamos que la persona que efectuó el robo puede ponerse en contacto con ella. —Miró a Charlotte directamente a los ojos —. Al parecer, el medallón contiene unas inscripciones y, dado que es la única que en este momento podría descifrarlas, es posible que la busque de alguna manera. El señor Fielding ha asegurado que es una eminencia en este campo.

—Me siento halagada, pero el señor Fielding es un exagerado y lo de «eminencia» me queda grande —le aseguró ella, modesta, y colorada como un tomate—. Dejémoslo en que soy una entendida. Pero no se preocupe, si alguien me preguntara o llegara hasta mí con ese medallón, se lo haría saber.

—Señorita, tememos más por su seguridad que por ese objeto.

—¿Mi seguridad? —repitió sin comprender.

Su tío la miró y apoyó una mano sobre su hombro con afecto.

—Temen que intenten hacerte daño y obligarte a que leas lo que hay escrito. ¿No es cierto? —le preguntó al agente, y este asintió.

Los ojos de Charlotte se dilataron con preocupación. No entendía el interés que podía tener alguien en descifrar algo del pasado, de no ser que se tratara de algún historiador, y aun así, este último habría hecho todo lo posible por comprarlo y no robarlo.

—¿Qué puedo hacer entonces? No pueden pedirme que me quede encerrada hasta que atrapen al ladrón.

—Esa sería una buena opción —contestó uno de ellos.

—Quizá para usted, pero no para mí —replicó—. Rotundamente me niego. —Miró a su tío agitando la cabeza—. Han perdido el juicio si pretenden eso.

—Hay que buscar otra solución. Mi sobrina tiene razón y no puede quedarse encerrada como si fuera una presa. Tal vez deberían ponerle una escolta.

Ella arqueó las cejas, sorprendida. ¿Estaba hablando en serio?

—¿Alguien que me vigile todo el tiempo?—preguntó, con voz estrangulada.

—Eso es lo mejor —aseveró su tío—. De las dos opciones, ¿cuál elegirías?

—¡Ninguna! —respondió alterada, dando largos pasos por la galería—. ¡Las dos son horribles!

—Nosotros habíamos pensado también en eso. Introducir a un hombre camuflado para que la acompañe. Como no queremos que llame la atención, se haría pasar por su cochero.

—¡Ja! ¡El cochero! —se mofó ella—. ¿No existen guardaespaldas para eso?

—Lo interesante sería que nadie supiera que va protegida, para dar caza a quien fuera.

—¡Sí, vamos! Como si yo fuera el cebo.

En ese momento, Bernard se reunió con ellos, y cuando Patrick le relató lo que ocurría, estuvo de acuerdo con la propuesta del hombre infiltrado. Al final, Charlotte, después de renegar hasta en hebreo, no tuvo más remedio que aceptar. Era eso o aburrirse de muerte contemplando pasar la vida desde una ventana.

***

Alexander Sinclair habría preferido que la mujer eligiera la opción de quedarse en casa, porque de solo imaginar que tendría que verla y hablar con ella se le revolvía el estómago. ¡Maldita fuera! No podía llevar la cuenta de las veces que había maldecido desde que Robert le ordenara que fuera la escolta de aquella arpía pelirroja. Pero ¿qué podía hacer si aquel era su trabajo? ¿Renunciar a lo único que le importaba en la vida?

—Lo voy a hacer —se dijo a sí mismo, mirando su reflejo en el espejo con ojos hostiles como si la viera a ella—. Pero no creas que seré amable contigo. —Se levantó el mechón que caía sobre parte de su ojo y una vez más observó su cicatriz, el viejo recordatorio que se había adherido a su cara como una lapa a las rocas.

Durante todos esos años había evitado encontrarse con ella, aunque perfectamente sabía dónde vivía, y que también todos los domingos, después de la iglesia, solía dar un paseo por Hyde Park. Pero la ciudad era grande, y dado que él tampoco se relacionaba con mucha gente, había sido fácil esquivarla.

Al principio, cuando Robert le dio la orden, se negó a cumplirla, pero después él le había tenido que recordar que su promesa de servir y proteger a los ciudadanos era más fuerte que todo lo demás, y aceptó de mala gana y porque no le quedaba más remedio.

¿Sería que el destino le estaba dando una oportunidad para vengarse de ella? Eso era algo con lo que siempre había fantaseado, pero se consideraba un caballero y un hombre de honor, aunque... pensándolo fríamente, sabía que Charlotte no tenía un pretendiente conocido. ¿Qué tal si lograba ganarse su afecto? Podía convertir su vida en un suplicio si la tomaba como esposa. No le importaba que lo odiara después, pero podría asegurarse de que ella sufriera de un tedioso encierro imposible de escapar. Él disfrutaría de su venganza, y ella agonizaría en su culpa.

Aquella idea nada desdeñable se clavó en su cerebro como un puñal, y tal vez de forma apresurada, se dejó arrastrar por su lado resentido. Sí, ¿por qué no? Podía ser divertido interpretar el papel de ferviente enamorado.

Desde algún lugar escuchó las campanadas de un reloj, y volviendo a dejar caer el mechón de su pelo sobre la frente, se enderezó.

—Voy por ti, señorita Rochfort —dijo estirando su chaqueta. Recogió los guantes y el sombrero de encima del aparador y salió del apartamento en el que se alojaba en Londres.

Llegó en menos de una hora a la residencia de su protegida, y con firmeza tocó la aldaba de la puerta. El mayordomo le hizo pasar a una luminosa sala, en la que con un primer vistazo observó

una decoración nada ostentosa ni lujosa.

El señor Rochfort acudió a recibirlo y le ofreció algo de beber, pero Alexander lo rechazó. Prefería entrevistarse con él sin que ninguna criada entrara a distraerlos. Le preguntó directamente sobre las personas con las que se relacionaba su hija y si tenía alguna rutina que siguiera a rajatabla, aunque por Robert sabía que ella estaba empleada como bibliotecaria y de sus colaboraciones en el museo.

Con rostro imperturbable escuchó sus respuestas. Una técnica que había cultivado con los años y que escondía lo que realmente pensaba; y solo cuando el hombre afirmó que ella era una mujer tranquila, nada dada a la violencia, se permitió arquear una ceja con escepticismo, aunque el gesto, tan imperceptible, duró apenas unas milésimas de segundo.

Los pasos de unos tacones lo obligaron a ponerse en pie, y entonces fue cuando la vio, después de una eternidad de lamentos y sufrimientos. Lo primero que hizo fue preguntarse si ella lo reconocería, pues de ser así, debía ser consciente del daño que le había causado. Su difunto padre, el conde, había ido personalmente a hablar con el señor Rochfort para echarle en cara el comportamiento de su hija. Alexander nunca supo en qué derivó la conversación, pues estaba tan mal en aquella época que no le interesó nada más que la fealdad que le aportaba la larga cicatriz de su ojo.

Miró a Charlotte, intentando mostrar una actitud cordial, mientras luchaba por desterrar de su mente la fugaz imagen de ella lanzando la piedra. La joven vestía de verde en tono pastel y caminaba con aire modesto, ligeramente nerviosa. Sin duda aquella niñita se había convertido en una mujer muy hermosa y atractiva, de tez tan clara que no podía ocultar la lluvia de pecas que regaba su nariz. Llevaba el cabello rojo recogido en la coronilla y varios mechones caían como al descuido sobre su largo cuello de cisne.

A su vez, ella lo observó con curiosidad, deslizando los ojos verdes sobre su cuerpo, un ademán que provocó que todos los sentidos de Alexander se agitaran de un modo extraño.

—¿Usted es el agente que me acompañará? —le preguntó ella, con voz dulce y un brillo de desconcierto en sus ojos.

Su belleza lo dejó un poco desconcertado, pero se recuperó enseguida. Había conocido mujeres excepcionalmente bellas que habían resultado ser peores que el demonio: asesinas de esposos, ladronas, espías.

—Me llamo Alexander Sinclair, conde de Blackwood. —Se presentó con una ligera inclinación de cabeza.

Ella parpadeó con sorpresa.

—¿Es usted conde?

—Espero que no tenga ninguna duda sobre ello —respondió, cortés—. Pero si necesita mis credenciales, puedo hacérselas llegar.

—Oh, no, milord. —Ella se ruborizó—. Lo vi ayer en la puerta del museo hablando con sir Peel y el señor Fielding y en absoluto me atrevería a dudar de usted, es solo que pensaba que los

condes no serían agentes de a pie.

—Y lleva razón, señorita Rochfort, no soy un agente de a pie. —Tampoco iba a decirle exactamente cuál era su cargo ni sus funciones. Lo que sí que le parecía extraño era que ella no se diera cuenta de quién era él, porque el señor Rochfort sí lo había hecho, incluso se había tensado al escuchar su título.

—¿Usted es el hijo del conde de Blackwood? —le preguntó.

Alexander asintió, entrelazando las manos en la espalda.

—Espero que eso no le suponga ningún problema ni ningún rechazo —respondió, alzando una ceja.

El señor Rochfort sacudió la cabeza con rapidez y en seguida sus ojos fueron a parar a su cicatriz. Tragó saliva y Alexander notó la culpa en su rostro. Charlotte, ajena a la tensión, comentó que ellos poseían una pequeña propiedad en Mansfield.

—Son muchas las personas que pasan las temporadas estivales allí —dijo, obligándose a sí mismo a sonreír—. Una pena no habernos conocido antes. Aunque admito que apenas salgo de casa cuando voy; me gusta mucho la tranquilidad del hogar y leer.

Los ojos de Charlotte brillaron con una chispa de admiración.

—Hace mucho que nosotros no vamos, ¿verdad, padre? —El hombre asintió—. Pero recuerdo que era un sitio que me encantaba, sobre todo su lago, es precioso.

Alexander la miró con ojos dilatados. ¿Acaso se estaba burlando de él?, ¿acaso era tan cruel que se permitía el lujo de tomarle el pelo?

No, no podía ser eso, se dijo. De hecho, ahora tenía muy claro que ella, pobre ignorante, no lo reconocía.

El señor Rochfort carraspeó, incómodo, y comentó algo sobre que el lago era un sitio peligroso y que lo mejor era centrarse en el asunto del ladrón. Alexander estuvo de acuerdo con él y se dirigió a Charlotte:

—Seré su escolta durante una temporada. Pero deberá seguir mis instrucciones al pie de la letra.

Ella asintió con obediencia, aunque inquirió:

—¿A qué se refiere, milord?

—Para empezar, no use mi título. Con que me llame señor Sinclair es suficiente.

—De acuerdo —contestó ella, tomando asiento. Alexander la imitó, mientras el señor Rochfort se disculpaba y los dejaba solos, eso sí, con la puerta abierta hacia el vestíbulo para que pudieran hablar tranquilos sin ser molestados, pero negándoles una intimidad absoluta.

Bernard tenía la boca seca cuando salió de la sala. Esperaba que a Alexander no se le ocurriera mencionar lo sucedido en el lago, pues cuando el conde había ido a reprochárselo, se había negado a decirle nada a su hija. La conocía y sabía que se habría sentido culpable, y los

remordimientos no le hubieran permitido vivir como había hecho hasta ahora.

Capítulo 3

Charlotte esperaba acordarse de todo lo que el conde le estaba diciendo, aunque eran bastantes cosas y a algunas de ellas ni siquiera les prestaba atención, pues estaba mucho más interesada en él. Había sido toda una sorpresa descubrir que era el mismo hombre que conversaba con sir Peel en la puerta del museo, y ahora que lo veía desde tan cerca, no tenía ninguna duda de que era muy atractivo; su sonrisa era agradable y olía de maravilla, e incluso la cicatriz que tenía junto al ojo le daba un toque de misterio y carácter.

—Si advierte algún signo de peligro o se siente vigilada, infórmeme de inmediato. Si nos separamos, acuda a un lugar público con mucha gente, como la tetería de la rotonda, por ejemplo.

—¿Tiene que ser allí? ¿No puedo volver a casa? —preguntó Charlotte, con una mueca contrariada.

El conde de Blackwood arqueó una ceja.

—¿No le agrada ese lugar?

—No mucho, hay demasiada gente.

Él la miró un poco desconcertado, y sonrió con nerviosismo.

—Precisamente por eso. Si no hubiera nadie, no le pediría que fuera allí.

—Bueno, si no hay más remedio... —se encogió de hombros y se puso de pies estirando la falda—, iré allí. Creo que lo he entendido todo. Acudir a un sitio público si me siento en peligro. —Se colocó los guantes—. Usted se hará pasar por mi cochero. Ahora, si no le importa, necesito ir a la biblioteca.

Alexander también se incorporó y la siguió a la calle.

Charlotte se quedó con ganas de preguntarle si no lo reconocerían por ser conde, pero guardó silencio. Después de todo, él parecía saber bien lo que hacía, aunque ahora que caía en la cuenta, realmente no le había dicho qué clase de agente era.

Cuando llegaron, se decepcionó un poco al ver que el señor Sinclair —tenía que llamarlo así, y no conde de Blackwood— no hacía ningún intento por acompañarla al interior, pero comprendía que un cochero tuviera ciertas limitaciones.

¿Estaría casado? ¿Tal vez comprometido? Los hombres de la Yard apenas tenían tiempo para nada y no se les permitían ciertas actividades, como si sus vidas no les pertenecieran. Su tío decía que por eso los agentes no duraban mucho en el cuerpo y cambiaban continuamente, pues no soportaban reducir sus vidas a una profesión peligrosa exenta de rutina. Aunque, por supuesto, seguramente se refería a los agentes de a pie, y se recordó que el señor Sinclair no lo era.

Buscó dentro del bolso la llave que abría su cajón personal del escritorio, y al sacarla, descubrió el botón que tía Marianne le había entregado la noche anterior, augurándole que encontraría al amor de su vida. Se mordió el labio inferior, pensativa. ¿Podría ser que ese hombre fuera el señor Sinclair? ¡Santo cielo! Era mucha casualidad que aquellos dos hechos sucedieran de un día para otro, y tenía que admitir que él tenía algo que la atraía de forma irremediable.

La mañana transcurrió de un modo natural y se alegró cuando vio al joven estudiante que la relevaba durante las horas de la comida y las tardes que pasaba en el museo. Recogió sus cosas, se despidió de él y salió a la calle. El sol no ofrecía ninguna compasión aquel día, y el calor la obligó a buscar una brizna de aire fresco que tocara la piel de su escote. Al levantar la cabeza, descubrió a Alexander Sinclair bajo la sombra del carruaje, en una pose relajada, con los brazos cruzados sobre el pecho y conversando con otro caballero.

A pesar de llevar el uniforme de cochero —pantalones grises, chaqueta larga de un tono verde oscuro con cuello y puños blancos, y sombrero de copa— se veía elegante. Podría haber parecido uno más de los muchos conductores, pero no pasaba desapercibido dado su porte y la forma de elevar el mentón.

Alexander la vio y, descruzando los brazos, se dirigió hacia ella. Se movía con la gracia innata de un felino, con paso silencioso y preciso. Sus ojos brillantes y atentos la observaban con intensidad.

—¿Ocurre algo? —preguntó él al llegar a su lado, curvando una ceja con intriga.

Charlotte, que no se había dado cuenta de que se había detenido en mitad de la calzada, observándolo con cara de pánfila, disimuló con el pulso acelerado.

—Lo estaba buscando, señor Sinclair.

—No me he movido de aquí en toda la mañana —respondió, con un guiño burlón—. ¿Dónde quiere que vayamos ahora?

—Parece que se toma muy en serio su papel.

—Soy un profesional; aparte de eso, siempre es un placer colaborar con una dama tan encantadora.

Por un momento, ella apreció en sus ojos un brillo acerado que la hizo estremecer, era como una repentina sensación de desconfianza, pero Alexander se acababa de volver y caminaba hacia el carruaje.

Charlotte iba a seguirlo; sin embargo, su interés se desvió hacia un niño de unos tres años que caminaba con su nana. La niñera lo sostenía con fuerza, pero el pequeño se revolvía como un

pajarillo luchando por su libertad, hasta que se soltó y corrió hacia el centro de la carretera, justo en el momento en el que se acercaba un vehículo. La nana soltó una exclamación y se quedó paralizada, en cambio Charlotte, sin meditarlo y con un grito de socorro, corrió hacia el niño con los brazos abiertos. Solo podía pensar en el sufrimiento de sus padres y en el de la niñera si algo le ocurría. El cochero vociferaba, intentando detener a los caballos, pero el carruaje avanzaba a gran velocidad.

Ella aceleró más, enfocada solo en el niño. Lo alcanzó justo a tiempo, lo agarró y continuó corriendo al otro lado de la calle. Ambos cayeron rodando y ella protegió al niño con su cuerpo.

El carruaje logró detenerse y los pocos transeúntes guardaron un profundo silencio esperando a que alguno de los dos hiciera un movimiento. Charlotte fue la primera en hacerlo, preocupada por el niño que sostenía contra su cuerpo, y suspiró aliviada al escuchar su llanto.

—No se levante, señorita Rochfort. —Alexander había llegado hasta la joven con una rapidez que la dejó estupefacta, pero ella no pensaba seguir en el suelo cuando todo el mundo parecía que se acercaba para enterarse de lo sucedido. Empezó a incorporarse, y él, agarrando uno de sus brazos, la ayudó. Su mano firme y cálida le transmitió una extraña sensación de seguridad—. ¿Por qué ha hecho eso? ¡Podría haberla matado!

Ella lo miró desconcertada; y con el corazón latiendo descompasado en su pecho, todavía afectado por el susto, le aseguró:

—Me encuentro bien, señor Sinclair. No asuste al chiquillo más de lo que está.

El cochero y la niñera llegaron a la carrera: el primero, disculpándose; y la segunda, cogiendo al niño en brazos, se marchó sin siquiera darle las gracias.

—¿De verdad se encuentra bien? —insistió él, mirándola de arriba abajo, buscando en ella algún signo de dolencia o herida.

Charlotte sentía los brazos arder y sabía que si se levantaba la falda vería raspones en sus rodillas, pero prefirió no quejarse. Lo hecho hecho estaba, y no se arrepentía de haberle salvado la vida al niño.

—Estoy en perfecto estado, señor Sinclair, aunque creo que debería sentarme.

—Yo también —contestó él, tomándola del brazo con suavidad. La guio hacia el carruaje y preguntó—: ¿Por qué ha hecho eso?

Ella lo miró perpleja.

—¿Acaso usted no habría hecho lo mismo de darse cuenta a tiempo? —inquirió con sorpresa. Se suponía que era un... guardaespaldas y que protegía a las personas.

El asintió. Lo hubiera de haberse dado cuenta. Eso si no hubiera ido pensando en cómo incidía el sol en los rojos cabellos de Charlotte, que parecían crear una corona de fuego sobre su cabeza. Ella era preciosa y parecía no ser consciente de su propia belleza. Ahora también sabía que era valiente y había arriesgado su vida para salvar a un niño que ni conocía. ¿Por qué lo había hecho? Estaba totalmente desconcertado con ella.

—Quiero creer que sí, pero no sé si hubiera reaccionado tan rápido.

—Le puedo asegurar que solo fue un impulso, me temo que a veces hago las cosas sin pensar.

Alexander se negó a dejarse engañar por esa dulzura. Conocía su faceta más ruin y salvaje y nada iba a hacerle cambiar su opinión sobre ella. La llevó a la casa para que almorzara y se cambiara de ropa, y declinó el ofrecimiento de unirse a la familia en el comedor, prefiriendo tomarse algo en la cocina. De ese modo aprovechó para averiguar más cosas sobre Charlotte entre los empleados. Lo que descubrió lo dejó aún más confundido. La servidumbre la adoraba y reiteraban las palabras del señor Rochfort, describiéndola como compasiva, buena y aborreciendo toda clase de violencia.

Más tarde se marcharon al museo. Al haber más bullicio de lo esperado, Alexander dejó el carruaje en la calle de atrás y la acompañó al interior, donde se encerraron en una sala llena de objetos: cuencos de barro, jarrones con símbolos, máscaras...

—¿Por qué estas cosas no están expuestas en la galería? —preguntó él.

Charlotte se sorprendió de que volviera a dirigirle la palabra, pues se había mostrado hermético desde que salieron de la casa, como si algo le preocupara. Quizá ella se había pasado de impulsiva, pero él reaccionaba de una manera muy rara. Era difícil de explicar, pero sentía que, aunque él pretendía ser amable, en ocasiones parecía enojado con ella. Como hablar de reliquias era su pasión y no la suponía ningún esfuerzo, le explicó:

—El museo no tiene espacio suficiente para mostrarlas todas a la vez. Además, es una manera de que los visitantes no se aburran de ver siempre las mismas cosas. Por eso las exponemos a cuentagotas, dándole a cada una el interés que merece.

Alexander la escuchaba con interés y no pudo evitar admirar su entusiasmo. Era obvio que adoraba aquel tema; sus ojos brillaban y sus gestos eran apasionados; además, tenía una forma de morderse el labio que lo estaba llevando a la locura. El plan era enamorarla y no enamorarse él, y de repente esa idea comenzaba a asustarlo de verdad.

Capítulo 4

Alexander se sintió consumido por la culpa en los días posteriores. Desde el momento en que abría los ojos hasta que el sueño finalmente lo vencía, su mente no podía apartarse de Charlotte y del plan que había trazado en su contra. No había sido educado para comportarse de manera tan vil, y aunque algo dentro de él lo empujaba a seguir adelante, había otra parte que censuraba sus acciones y sus pensamientos. Tenía que reconocer que ella era todo un enigma; sin pretendientes, y prefiriendo perderse en las páginas de un buen libro antes que asistir a las reuniones de la aristocracia, como haría cualquier joven de su edad. Parecía que su única obsesión era el estudio del Egipto antiguo, y esa pasión la mantenía aislada del mundo exterior.

Estar tan cerca de ella le pesaba como una cadena invisible, recordándole constantemente el rencor que había albergado y que esos días ardía con menos intensidad en su corazón. Siempre la había considerado una enemiga, una sombra oscura en su vida. Pero su voluntad comenzaba a flaquear por la sencilla razón de que su admiración por ella crecía cada día un poco más: cuando veía cómo hablaba con los niños de la calle y les ofrecía palabras alentadoras con una sonrisa cálida o regalaba algunas monedas a los más necesitados, aquellos que vagaban por las calles sin un techo que los cobijara o sin nada que llevarse a la boca.

En esos momentos, observaba en ella una bondad genuina y una compasión que no había querido reconocer antes y que sabía que no era fingida, sino una parte intrínseca de su ser.

Charlotte y él compartían más similitudes de las que estaba dispuesto a admitir. Ambos eran apasionados, determinados y, en el fondo, vulnerables. Esta revelación lo inquietaba, porque deseaba con toda su alma seguir odiándola. El odio era un escudo, una barrera que lo protegía de sus propios sentimientos. Sin embargo era imposible hacerlo, cada gesto amable de Charlotte, cada acto de generosidad erosionaba lentamente ese escudo, y él se encontraba atrapado en un torbellino de emociones contradictorias. No quería reconocerlo, pero ella estaba cambiando su percepción del mundo y de sí mismo. Y por mucho que se resistía a aceptarlo, una parte de él sabía que ese cambio era inevitable.

Habían establecido una especie de rutina diaria, hasta que una tarde, Robert y él discutieron la situación. El ministro le dijo que, si no había movimientos durante la siguiente semana, lo

pondría en activo en la investigación y lo retiraría de la escolta. Además de su título nobiliario, Alexander era un agente de la policía secreta. Su mente analítica y su habilidad para moverse en las sombras lo convertían en un investigador formidable.

Los *bobbies* se distinguían por llevar tan solo un silbato, un sombrero y una porra, aunque sí existían algunos miembros del cuerpo que podían llevar armas de fuego, como Alexander —esto era la excepción y no la regla—.

El comentario de Robert no le entusiasmaba demasiado; si bien era cierto que había aborrecido la idea de protegerla al principio, también le había permitido conocerla de otro modo. Ya no solo era que su plan inicial se fuera al traste, de hecho no le importaba en absoluto; simplemente era que no quería dejar de verla, de oler su perfume cada mañana, de escuchar sus risas cuando él trataba de leer algunos de los jeroglíficos que ella le mostraba. Además, él notaba que Charlotte se sentía a gusto a su lado, la forma en que lo miraba, cómo se estremecía con sus caricias accidentales y se ruborizaba con sus cumplidos. Eran pequeños gestos cargados de significado: una sonrisa compartida, un roce de manos, una mirada que duraba un segundo más de lo necesario.

—¿Por qué ya no va a Mansfield? —le preguntó Alexander, una tarde al salir del museo. Esa misma noche, cuando se despidieran, debía decirle que ya no sería su escolta. No sabía cómo podía reaccionar ella, aunque pensándolo fríamente, aquello era lo mejor para los dos. Él pasaría unos días jodido, lo sabía, pero pronto le saldría otra misión y dejaría de pensar en ella hasta que no fuera más que un recuerdo.

—No lo sé —respondió Charlotte, encogiéndose de hombros—. Al principio creí que era porque mis padres no soportaban que Edward y yo discutiéramos, pero después, cuando él se marchó a la escuela, siguieron poniendo excusas para no ir.

—¿Ahora mantienen cerrada la casa?

—Mi hermano suele ir a menudo. Su prometida es de allí y pueden verse con más frecuencia.

—¿A qué se dedica él?

—Hace proyectos de ingeniería para mejorar la población; puentes, calles, esas cosas.

—No sé por qué pensaba que los hermanos gemelos se llevaban bien.

—Eso es un mito, señor Sinclair. Recuerdo una discusión que tuvimos el último año que estuve en Mansfield. Le pedí a papá que me enseñara a montar a caballo. Lo convencí, y cuando estaba a lomos de una yegua, llegó Edward gritándome lo torpe que era. Me puse nerviosa y transmití mi inquietud al animal hasta el punto de caerme. Si hubiera podido, habría estrangulado a mi hermano.

Él soltó una carcajada al imaginar la escena.

—¿Y qué hizo?

—Nada. ¿Qué podía hacer? —Se encogió de hombros—. Escapé de su vista y fui a gritar de rabia cerca del lago.

—Seguro que se desahogó tirando piedras al agua —dijo Alexander, sin poder reprimir un

tono irónico que le nació del alma.

Ella lo miró boquiabierta, sorprendida.

—¿Cómo lo ha sabido? ¿Usted también lo hacía?

Él negó tristemente con la cabeza. Le parecía increíble que ella no recordara lo ocurrido, pero al menos ahora sabía que la culpa no había sido solo de ella, sino que fue empujada de forma indirecta por su hermano. ¿Era posible que ella ni siquiera lo hubiera visto nadando ese día en el lago?

Charlotte se detuvo repentinamente en mitad de la calle y miró hacia atrás con preocupación. Alexander, alerta, la imitó.

—¿Qué siente? —preguntó, con voz baja y tensa.

—Creo que alguien nos sigue —susurró.

Él observó la calle con atención y descubrió a un hombre que los miraba fijamente. Tomó a Charlotte del brazo y la hizo caminar más rápido.

De repente, dos sujetos se precipitaron hacia ellos. El sombrero de Charlotte voló, marcando el inicio de una frenética huida. Alexander, sin soltarla, la apremió a correr más rápido. Lo hicieron zigzagueando entre los transeúntes y carruajes, con el sonido de sus pasos resonando en el empedrado y los olores de la ciudad en el aire.

Cuando Charlotte no pudo más, Alexander le indicó que fuera a la tetería donde tenía una mesa reservada.

—¿Y usted qué va a hacer?

—Intentaré conocer sus identidades y despistarlos —dijo él, empujándola con suavidad para que corriera sin mirar atrás, pero ella se volvió a él y lo agarró de la mano con fuerza.

—Por favor, no me deje —le suplicó a punto de echarse a llorar.

Alexander rodeó su cara con las manos y la miró a los ojos. No iba a permitir que nada malo le sucediera.

—Estaré con usted enseguida, lo prometo, ni siquiera notará mi ausencia.

***

El corazón de Charlotte latía con una fuerza brutal y salvaje mientras corría hacia el punto acordado. El miedo la invadía, no tanto por ser descubierta —aunque también—, sino por la posibilidad de que algo le sucediera a Alexander. Ese hombre tan tierno y protector que se había comportado tan bien con ella había logrado ganarse su afecto sin saber cómo. O quizá era mucho más que eso, porque él la hacía sentir especial, y dada su poca —o nula— experiencia con el sexo opuesto, se había enamorado de él.

Estuvo a punto de detenerse y pedir ayuda, pero no vio a nadie confiable en su camino. Además, si Alexander lograba salir airoso y no la encontraba en la tetería, se preocuparía innecesariamente.

Aminoró el paso cuando llegó al local. Se pasó una mano sobre la falda para librarla de arrugas y se colocó bien la indumentaria, con disimulo. La gente hacía cola en la puerta, donde un empleado, vestido con un uniforme impecable, se encontraba atento a las personas que ocupaban las mesas exteriores.

Charlotte se acercó al empleado y le dijo que tenía una reserva. En cuanto le dio su nombre, él la hizo pasar al interior y la guio directamente hacia una mesa situada en un discreto rincón. La tetería, iluminada por candelabros de bronce y lámparas de aceite, desprendía un aroma a té recién hecho y pasteles horneados. Las paredes estaban decoradas con paneles de madera oscura y cuadros de paisajes bucólicos, creando una atmósfera cálida y refinada.

Todavía con el cuerpo tembloroso, Charlotte se acomodó en la silla de madera tallada. Sus ojos volaban hacia la puerta cada vez que alguien accedía, esperando ver a Alexander. El murmullo de las conversaciones y el tintineo de las tazas de porcelana llenaban el aire, pero ella apenas los notaba, concentrada en su propia ansiedad.

Alexander llegó con el corazón acelerado, buscando a Charlotte con la mirada. Al verla, ella se levantó de su asiento y, con lágrimas en los ojos, corrió hacia él, arrojándose en sus brazos. La abrazó con fuerza, sintiendo su miedo y alivio al mismo tiempo.

—Está a salvo —susurró, acariciando su cabello.

Charlotte, aún temblorosa, abrió su limosnera para sacar un pañuelo y secarse las lágrimas. En ese momento, un pequeño objeto cayó al suelo con un leve tintineo. Ambos miraron hacia abajo.

—¡El botón! —exclamó ella, agachándose rápidamente para recogerlo.

—¿Un botón?

Charlotte enrojeció y sacudió la cabeza. Le contó la historia, aunque le avergonzaba decirle que su tía Marianne pensaba que ese objeto la ayudaría a encontrar el amor.

—Sé que es ridículo para usted, porque también lo es para mí. Yo no creo en milagros ni en cosas indemostrables.

Alexander la escuchó sin manifestar ningún gesto, pero la sorprendió al decir:

—Debe guardarlo muy bien, porque tendrá que entregárselo a nuestra hija.

Ella lo miró bizqueando, luego se echó a reír, y al final se puso roja como la grana.

—Creo que no lo he entendido bien. Está bromeando, ¿verdad? —De forma inevitable, sus ojos se desviaron hacia la cicatriz de su rostro. Él, incómodo, la cubrió rápidamente con el flequillo—. ¿Se hizo eso en alguna misión? —preguntó curiosa. Levantó la mano y apartó el pelo de su cara para verlo mejor.

Alexander se quedó inmóvil, mirándola con intensidad.

—¿Le parezco feo?

—¡No! —Ella negó con la cabeza—. ¿Cómo puede pensar eso? Creo que es usted el hombre más guapo que he visto nunca.

—¿Se casaría conmigo? —preguntó, frunciendo el ceño.

Su pregunta la cogió desprevenida y su corazón brincó como una pelota.

—Lo haría —contestó, rozando su cicatriz con delicadeza. La piel era muy suave, pero de pronto Alexander detuvo sus caricias, tomándola de la muñeca—. ¿Le duele? —preguntó ella, desconcertada. Él negó con la cabeza y Charlotte siguió hablando—: Cualquier mujer estaría dispuesta a convertirse en su esposa.

—¿Por qué me hace esto? —inquirió él, con voz rota, como si estuviera sufriendo.

Ella parpadeó con sorpresa y frunció el ceño. No entendía a qué se refería. ¿Qué es lo que le estaba haciendo? ¿Mostrarse tierna con él? Se sonrojó y con una disculpa dejó caer la mano. Tal vez estaba siendo demasiado descarada, o quizá había malinterpretado su comportamiento y sus palabras hacia ella.

—No es usted quien debe pedir perdón, señorita Rochfort, sino yo. La cicatriz no me la hice en una misión. Me la hizo usted.

—¿Yo? —preguntó en un susurró, abriendo los ojos como platos.

—Fue su rabia.

Charlotte frunció el ceño, incrédula.

—¿Mi rabia? ¿Cómo...?

—Yo tenía ocho años cuando nadaba en el lago, y de pronto una niña furiosa me lanzó una piedra.

Ella perdió repentinamente el color de la cara y alzó la cabeza para enfrentar su mirada y averiguar si lo que estaba diciendo era cierto.

—Yo... yo... no...

—¿De verdad no lo recuerda?

Ella retrocedió unos pasos, mientras su mente trabajaba frenéticamente para acordarse.

—No sé de qué habla. No lo conocía hasta hace unas semanas. No puede ser... —murmuró, sintiéndose confundida.

Él asintió despacio, con una expresión más suave.

—Sí, Charlotte. Fue usted. Pero no se lo digo para recriminarle. Solo quería que supiera la verdad. Mi padre fue a hablar con el suyo. Él debió decirle algo. Estuve a punto de perder la vida porque usted, llena de frustración, lanzó una piedra al lago y me golpeó en la cabeza. He pasado muchos años encerrado en casa porque no soportaba que nadie viera mi cara y aprendí a moverme en las sombras, por ese motivo me hice detective.

Los ojos de Charlotte se dilataron.

—No... sabía nada —murmuró—. ¿Por qué no me lo dijo?

—Se lo estoy diciendo ahora, usted me ha preguntado y yo he respondido —contestó.

—¿Soy la culpable de lo ocurrido? —se preguntó más para sí misma que para él. Entonces rompió a llorar, abrumada por aquella confesión.

—No haga eso, Charlotte. —Alexander la encerró entre sus brazos, sintiendo su cuerpo temblar contra el suyo—. No llore por algo que sucedió hace siglos.

—Lo lamento tanto —sollozó—. Debió ser terrible para usted.

—Lo fue, pero me he dado cuenta de que la he estado odiando sin motivos.

Ella se quedó blanca. Intentó apartarse de él, pero Alexander se lo impidió tomándola por los hombros.

—¿Me odiaba? Claro, claro, es normal, yo arruiné su vida —murmuró—. Pero le juro que no lo sabía. Mi padre... nunca me dijo nada. —Lo miró a los ojos—. Tiene que creerme, si lo hubiera sabido...

Alexander la interrumpió acariciando su mejilla, y confesó:

—Yo me he comportado mucho peor con usted. Cuando sir Peel me ordenó que debía escoltarla, fragüé un plan para vengarme. Quería que sufriera como yo lo había hecho.

Charlotte sintió un nudo en la garganta, incapaz de hablar. Las palabras de Alexander resonaron en su mente, cada una como un golpe.

—Alexander... —susurró, con voz quebrada—. No puedo cambiar el pasado, pero haré todo lo posible por enmendarlo.

Los ojos de él reflejaron el conflicto interno que sentía. Al revelar su plan, sintió vergüenza y liberación. Había pasado años alimentando su odio, permitiendo que la cicatriz en su rostro se convirtiera en un símbolo de su rencor. Cada vez que se miraba en el espejo, recordaba el dolor y la humillación, y había jurado que Charlotte pagaría por ello. Pero ahora, al verla tan vulnerable y arrepentida, se daba cuenta de lo equivocado que había estado. Había esperado ese momento, pero no sentía satisfacción ninguna. En cambio, sí una profunda tristeza.

—No necesito que enmiende nada, Charlotte.

—¿Me sigue odiando? —le preguntó ella con voz titubeante y los ojos llenos de incertidumbre.

—Fue un accidente, ahora lo sé. No quiero vengarme, no quiero seguir odiándola.

Charlotte, con labios temblorosos, parpadeó para retirar el exceso de lágrimas. ¿Podría realmente ser perdonada por algo que ni siquiera recordaba haber hecho?

—¿Eso significa que ya no me culpa?

—Charlotte, me he enamorado de usted y no deseo que sufra. —Alexander le acarició un mechón de su cabello con ternura.

Las mejillas de ella se sonrojaron y una oleada de emociones la invadió; aun así, no pudo ocultar el alivio y la confusión que sentía. ¿Cómo podía él amarla después de todo lo que había pasado?

—No está... ¿no está enfadado conmigo?

Durante unos largos segundos, Alexander miró fijamente los labios de fresa que parecían llamarlo con la fuerza del canto de una sirena. Controló el impulso de saborearlos, de lamerlos y besarlos, y, sacudiendo la cabeza, susurró:

—Ya no, dejé de estarlo cuando la conocí.

Los pensamientos de Charlotte se arremolinaron en su mente. Estaba abrumada, e imaginó a un niño herido en el lago. Fue como si una parte de su infancia hubiera sido arrancada de su

memoria.

Capítulo 5

Alexander sabía que Charlotte continuaba asimilando lo que ahora conocía de él, y al ver su reacción, podía llegar a comprender que Bernard no hubiera dicho nada a su hija. Ella se encontraba desolada y él se sentía muy culpable por ello. Aunque no había sido su intención confesar que la amaba, era cierto que lo hacía. Más de lo que creía. Y no solo la amaba, sino que ahora su mente repasaba todas las veces que había observado su boca con el deseo de besar sus labios. Había sido un estúpido al pensar que podía haber ganado una batalla donde se enfrentaba el odio al amor.

¡Qué falso e hipócrita creer eso! Él, que siempre había dado por hecho que ninguna mujer se enamoraría de él por su fealdad. Por su título y su dinero, sí, pero jamás por el físico. ¿Cómo iba a imaginarlo, si se había mantenido escondido en su capullo de seda, sin relacionarse más que con unas pocas personas?

Y ahora había llegado Charlotte, y había destrozado todas sus defensas haciendo que el vengador se convirtiera en víctima. Cuando, por una vez en su vida, entendía que existía alguien que le preocupaba de verdad, resultaba que ese alguien tenía tras de sí un peligro inminente, y, por supuesto, él no iba a permitir que sufriera daño alguno. Era consciente de que los bandidos no se detendrían hasta conseguir que Charlotte leyera la inscripción del medallón egipcio.

Decidió que debía actuar antes que ellos y recuperar la joya, e ideó un plan. Contactó a un agente de Scotland Yard, el inspector Thompson, conocido por su astucia y valentía, con el que había trabajado en otras ocasiones.

Esa noche, Alexander y Thompson se encontraron en un callejón oscuro cerca de Whitechapel. Thompson, un hombre de mediana edad con una mirada penetrante, escuchó atentamente mientras Alexander le explicaba la situación.

—Necesitamos atraerlos a un lugar donde podamos capturarlos sin poner en peligro a la señorita Rochfort —le dijo.

Thompson asintió.

—Tengo un sitio, se trata de un almacén abandonado en los muelles. Podemos preparar una emboscada allí.

Ambos se dirigieron allí y comenzaron a preparar la trampa. Colocaron cajas y barriles estratégicamente para crear escondites y puntos de observación. Luego, Alexander envió un mensaje a los bandidos —ahora que había descubierto sus identidades era mucho más fácil— haciéndoles creer que Charlotte estaría sola en el almacén, lista para leer la inscripción.

Pasaron tres días sin recibir noticias, y al caer la noche del cuarto, los bandidos llegaron confiados en que su presa estaba indefensa. La luna llena iluminaba tenuemente el lugar, proyectando sombras inquietantes sobre las paredes de ladrillo. El aire estaba cargado de tensión, y el sonido de las olas que rompían contra el muelle añadía un toque siniestro a la escena.

Los ladrones, liderados por un hombre corpulento, avanzaron con cautela sobre el suelo de madera. Al entrar, no se dieron cuenta de que agentes de la Yard se escondían entre las sombras.

Alexander y el inspector observaron desde un rincón, listos para actuar, y en cuanto uno de ellos hizo la señal acordada, los *bobbies* salieron de sus escondites apuntando con sus armas a los bandidos. La sorpresa en los rostros de los delincuentes fue evidente, pero rápidamente intentaron resistirse. Uno de ellos sacó un cuchillo, aunque fue desarmado con habilidad por un agente. Otro intentó huir, y fue derribado por un golpe certero.

—¡No se muevan! —ordenó Thompson, haciendo que su voz resonase en el almacén.

Alexander, con el corazón latiendo con fuerza, se acercó al líder de los bandidos. El hombre corpulento gruñó y trató de resistirse, pero él fue más rápido. Con un movimiento ágil, le arrebató el medallón egipcio de las manos.

—Esto ya no te pertenece —le dijo con firmeza, sosteniendo la joya en alto.

El jefe, furioso, intentó abalanzarse sobre él, pero fue sometido con rapidez por dos agentes que lo esposaron con destreza. El hombre gruñó, pero no pudo hacer nada mientras era inmovilizado.

—Buen trabajo, señor Sinclair —dijo Thompson, acercándose—. Hemos capturado a todos.

Alexander asintió, aliviado. Miró el medallón atentamente, satisfecho de cómo habían ido las cosas, e imaginando que cuando Charlotte viera la joya, se iba a pasar horas estudiando aquel objeto, mientras se mordisqueaba los labios, concentrada.

Los agentes comenzaron a llevarse a los bandidos y Alexander se acercó al señor Thompson con una sonrisa.

—Gracias, inspector. No podría haberlo hecho sin su ayuda.

—Es nuestro deber. Ahora ya puede informar a sir Peel, y sobre todo tranquilizar a la señorita Rochfort. Estoy seguro de que estará ansiosa por saber que todo ha terminado.

Alexander asintió y se dirigió hacia la salida del almacén, con el medallón firmemente sujeto en su mano. El aire fresco de la noche lo recibió al salir, y se permitió un momento para respirar profundamente, sintiendo que a partir de ese momento comenzaba una nueva vida para él, siempre y cuando Charlotte aceptara ser su esposa.

***

—¿Qué te pasa, cariño?, ¿por qué lloras?

Charlotte levantó la cabeza de la almohada y, limpiándose los ojos con el cobertor, miró a su madre con tristeza.

—¿Por qué no querías que volviera a Mansfield? —preguntó en un hilo de voz.

—No sé a qué te refieres.

—El señor Sinclair me ha contado lo que sucedió. Estuve a punto de matarlo y no me dijisteis nada.

Elizabeth se sentó a su lado y tomó su mano con afecto.

—Fue un desagradable accidente, Charlotte. Tu padre y yo no quisimos que te sintieras culpable por ello, de modo que preferimos ocultarlo.

—¿Y si se hubiera muerto? ¿Tampoco me lo habrías dicho?

—No lo hizo —respondió, intentando calmarla—. Debes entender, hija, nosotros no podíamos hacer nada.

—¿Sabías que Alexander se ha pasado toda la vida odiándome?

Elizabeth frunció el ceño.

—¿Se ha atrevido a hacerte algo?

Charlotte negó con la cabeza y reprimió las lágrimas que amenazaban con volver a escapar de sus cuencas.

—No. Ha dicho que me ama. —Buscó su mirada—. ¿Puedes creerlo? Después de todo me ama, y yo... yo...

—¿Tú lo amas?

—Sí, pero estuve a punto de matarlo. Él lo seguirá recordando cada día al verse en un espejo. ¡No es justo! Teníais que habérmelo dicho, habría ido a verlo.

—¿Con qué propósito?

—Con el de ser su amiga. Alguien con quien pudiera desahogarse.

—Piensas así porque estás enamorada de él, pero quizá no hubieran permitido que te acercaras. —Elizabeth vio que ella mantenía un puño apretado con fuerza, y frunció el ceño, curiosa—. ¿Qué tienes ahí?

Charlotte abrió la palma y le mostró el botón. Su madre lo cogió, se levantó y lo guardó en el joyero.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Charlotte, mirándola.

—Confiar en el destino, hija.

Capítulo 6

Alexander se dirigió a casa de Charlotte con el corazón lleno de determinación y esperanza. Había pasado la noche en vela, pensando en las palabras que le diría, pues en realidad, era una tontería querer negar lo imposible.

Al llegar, fue recibido por el mayordomo, quien lo condujo al salón donde Charlotte y sus padres, el señor y la señora Rochfort, lo esperaban.

—Buenos días, lord Blackwood —dijo el señor Rochfort, levantándose para estrechar su mano.

—Tengo noticias importantes que compartir con ustedes —respondió Alexander, lanzando una mirada significativa a Charlotte, quien lo observaba con ansiedad.

—Por favor, siéntese —ofreció Elizabeth, indicando un sillón cercano.

Alexander tomó asiento y comenzó a relatar los eventos de la noche anterior. Describió cómo, con la ayuda del inspector y los agentes de Scotland Yard, habían capturado a los bandidos y recuperado el medallón. Los padres de Charlotte escucharon con gratitud que hubiera acudido personalmente a contárselo.

—Estamos profundamente agradecidos, milord —dijo el señor Rochfort, con voz solemne—. No sabemos cómo agradecerle lo suficiente por proteger a nuestra hija.

—No tienen que agradecerme, señor Rochfort. Lo hice porque... —Alexander hizo una pausa, mirando a Charlotte con intensidad. De nuevo sus ojos se posaron en sus labios, que se encontraban entreabiertos, húmedos—. Porque ella significa mucho para mí.

Elizabeth intercambió una mirada con su esposo y luego se levantó.

—Creo que deberíamos dejarlos a solas —sugirió, tomando del brazo a su marido.

—Por supuesto —asintió el señor Rochfort, comprendiendo. Ambos salieron del salón.

Charlotte se acercó a él con los ojos llenos de preguntas y emociones contenidas.

—Milord, ¿qué sucede? —preguntó con voz temblorosa.

Alexander se levantó y tomó sus manos, mirándola con una ternura que hizo que el corazón de Charlotte latiera con fuerza.

—Charlotte, desde el momento en que te conocí, supe que eras especial. Cada día que he

pasado contigo, mi cariño por ti ha crecido más y más. Eres valiente, inteligente y tienes un corazón puro. Quiero estar a tu lado.

Charlotte sintió que las lágrimas comenzaban a acumularse en sus ojos, pero esta vez eran de felicidad.

—Alexander, yo...

—Déjame terminar —la interrumpió suavemente, apretando sus manos—. Sé que el futuro puede ser incierto, pero hay algo de lo que estoy seguro. Te amo, Charlotte, y quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Alexander se arrodilló, sacando un pequeño estuche de su bolsillo. Al abrirlo, reveló un anillo de compromiso con un delicado diamante que brillaba a la luz del sol que entraba por la ventana.

—Charlotte Rochfort, ¿me harías el honor de convertirte en mi condesa?

Ella se llevó una mano a la boca, incapaz de contener las lágrimas. Asintió vigorosamente, sin poder articular palabra.

—Sí, Alexander, sí. ¡Claro que sí!

El conde se levantó y la abrazó con fuerza, sintiendo que, en ese momento, todo en el mundo estaba en su lugar. La besó con ternura en la frente, sellando su promesa de amor eterno.

Los padres de Charlotte, que habían estado observando discretamente desde la puerta, entraron al salón con sonrisas radiantes.

—¡Felicidades! —exclamó Elizabeth, abrazando a su hija.

—Estamos muy felices por ustedes —añadió Bernard, estrechando la mano de Alexander.

***

El jardín estaba en plena floración, con rosas y jazmines llenando el aire con su fragancia dulce. Charlotte y Alexander paseaban lentamente, disfrutando de la tranquilidad del lugar. El sol de la tarde bañaba todo con una luz dorada, creando un ambiente mágico.

Charlotte se detuvo junto a un rosal y miró a Alexander con ojos llenos de emoción. Levantó una mano y la llevó suavemente a su rostro, tocando la cicatriz que se perdía en su pelo.

—Alexander, ¿serás capaz de dejar el pasado atrás y perdonarme sinceramente por todo lo que te hice sufrir? —preguntó con voz temblorosa.

Él la miró con ternura, tomando su otra mano y acercándola a su corazón.

—Charlotte, esta cicatriz ya no es un recordatorio del dolor —dijo, acariciando su mejilla—. Es un símbolo de la primera vez que te vi. Desde ese momento, mi vida cambió para siempre. Creí que era un castigo, pero en realidad, siempre fue el destino.

Charlotte sonrió emocionada.

—No puedo imaginar mi vida sin ti —continuó Alexander—. Todo lo que hemos pasado nos ha llevado hasta aquí, y no cambiaría nada de eso. Te amo, Charlotte, y te perdono con todo mi corazón.

La joven se lanzó a sus brazos, sintiendo el calor y la seguridad que solo él podía ofrecerle. Se abrazaron con fuerza, como si el mundo entero desapareciera a su alrededor.

—Te amo, Alexander —susurró ella, con lágrimas de felicidad corriendo por sus mejillas.

Entonces, él la besó por fin.

La travesura de Gabrielle

Evangeline Cruz

Capítulo 1

Mansfield, campiña inglesa. Mayo de 1860

—¿Se puede saber por qué llevas más de media hora dándole vueltas a las flores de ese jarrón?

Gabrielle se sobresaltó al oír la voz de Clarissa, su hermana mayor, llamándola al orden. Probablemente, no llevaría más de media hora, pero sí unos buenos veinte minutos ensimismada en sus pensamientos, mirando a través de la ventana como si contemplara el paisaje, intentando distribuir las flores del jarrón sin percatarse de que no hacía ni una cosa ni otra.

—Déjalo como está, anda, sube a arreglarte —le aconsejó su hermana, mientras ojeaba de forma despectiva el desafortunado arreglo floral de Gabrielle y esperaba paciente a que saliera del salón para darle su toque personal.

Si la cabeza de Gabrielle hubiera estado despejada, habría dicho la última palabra de la conversación, como siempre le ocurría cuando su hermana, tres años mayor que ella, la reconvenía, pero, deseosa de quedarse a solas, se limitó a sacarle la lengua y hacerle caso. Clarissa se extrañó mucho de lo segundo. Se preguntó si su parlanchina y vivaz hermana no estaría enferma o incubando algo.

La joven de cabellos cobrizos y grandes ojos color miel ya subía las escaleras, con las faldas arremangadas sin ninguna delicadeza, hacia su alcoba, situada en la fabulosa mansión de los condes de Blackwood en Mansfield.

Su servicial y leal doncella Ada le tenía preparado un baño con las sales que su madre le había llevado de regalo de una de sus escapadas al extranjero con su padre. Le había contado que tenía propiedades relajantes, y aunque le molestó en aquel momento el sutil comentario que iba con segundas intenciones, le pareció que usarlas ahora sería una buena idea porque, verdaderamente, se sentía un poco inquieta... incluso puede que más que un poco. Tal vez la descripción correcta sería «bastante nerviosa».

Se desvistió y se sumergió por completo en el agua caliente de la bañera de cobre. Metió la cabeza debajo del agua, y al sacarla sintió las manos de su doncella lavándole los largos y ondulados cabellos. Intentó relajarse, y aunque Ada no paraba de parlotear sobre los invitados que se suponía irían a la fiesta de bienvenida de su hermano esa noche, Gabrielle se dejaba llevar

por los pensamientos que habían ocupado su tiempo la última semana: su hermano había regresado al hogar después de varios años destinado en la India y a la fiesta asistiría el teniente Francis Edward Loyd.

¿Cómo sería convertirse en la señora Loyd? ¿Lady Gabrielle Loyd? No sonaba nada mal, se dijo risueña, y no pudo evitar volver a sumergirse en la tina. Cuando estuvo dentro, su doncella la sujetó un minuto más de lo esperado para enjuagarle el pelo; y cuando al fin pudo sacar la cabeza, escupió un buen chorro de agua.

—¡Ada! ¡Casi me ahogas!

—Pero si la he avisado, señorita Gabrielle.

La joven soltó un bufido. Definitivamente, no tenía la cabeza en nada que no fuera ese mundo interior en el que quería vivir. Un mundo que esperaba se hiciera realidad cuando volviera a ver a Edward tras varios años ausente y este le dijera lo mucho que la había echado de menos y que, ya que estaba en Inglaterra, no se marcharía sin hacerla su esposa. Ella protestaría al principio, no estaría bien que cayera rendida en sus brazos al primer intento. Sabía que iba a ser muy complicado resistirse; pero, como decía su madre, uno no aprecia tanto las cosas si no cuesta conseguirlas, así que su querido Edward tendría que sufrir un poco e intentarlo una segunda vez.

Ada la dejó un rato más en remojo mientras preparaba los pololos, enaguas, corsé, la crinolina... y las mil y una capas de ropa que llevaría debajo de un vestido de color verde esmeralda, confeccionado para la ocasión con la más suave y delicada de las sedas.

Mientras, en la tina, Gabrielle volvía a sucumbir ante sus placenteros pensamientos. Soñaba que esa noche sería la más bonita de la fiesta y Edward caería postrado a sus pies. Bueno, quizá Clarissa estuviera tan hermosa como ella, también... puede que incluso más hermosa, pero dado que ya estaba comprometida, no contaba...

Y es que aquella noche, los condes daban una fiesta en honor a su hijo mayor y heredero, Thomas Henry, que regresaba sano y salvo de una campaña en la India donde había destacado como un valeroso oficial de dragones en el sitio de Lucknow y por lo que había merecido la más alta condecoración que podía recibir un soldado en la batalla: la Cruz Victoria.

Gabrielle recordó con detalle la celebración de la semana anterior, en la que toda su familia se desplazó hasta Londres para asistir al desfile y posterior evento en Hyde Park en el que la reina Victoria impuso, ante la multitud que se congregó para vitorear a los héroes, la excelsa medalla a doce oficiales, entre ellos su hermano y el hijo de lord Loyd, su estimado Francis Edward.

Ambos caballeros pertenecían al noveno regimiento de dragones de caballería y habían destacado a la hora de reprimir una peligrosa sublevación en la India, rescatando a los compatriotas en apuros y ayudando a recuperar las ciudades de Delhi y Lucknow, que tan importantes eran para los intereses de la Compañía Británica de las Indias Orientales y la propia Corona y que tan peligrosas se habían vuelto para los súbditos británicos tras la revuelta de los nativos.

Ella, sentada entre los suyos en asientos reservados a las familias de los héroes, cerca del

escenario, observó sin perder un detalle y con una mirada henchida de orgullo y amor cómo su hermano, el capitán Thomas Henry Sinclair, recibía la Cruz Victoria inmediatamente después de que su adorado teniente Francis Edward lo hiciera.

Había grabado en su retina el momento y no paraba de rememorarlo. Había contemplado a Edward de lejos sobre el escenario aquel día, después de muchos años sin verlo, ya que era apenas una jovencita cuando se encontraron por última vez, pero no lo había olvidado.

Henry y Edward, de la misma edad, se habían conocido en el internado donde estudiaban y habían congeniado enseguida. El muchacho, huérfano de madre desde su más tierna infancia y con un padre siempre ocupado en el Palacio de Westminster donde ejercía una labor política como miembro de los Lores del Parlamento, solía pasar las vacaciones de verano junto a los Sinclair en su agradable residencia.

Y desde el primer momento en que lo vio, Gabrielle se había sentido atraída por él, a pesar de que no era más que un adolescente y ella tan solo una niña. Su inteligencia, amabilidad y caballerosidad lo habían convertido en el centro de su universo infantil.

Aún recordaba abochornada como Clarissa se había reído de ella cuando descubrió que el papá de las muñecas con las que jugaba se llamaba Edward. Aquello le sirvió para ser mucho más precavida y disimulada de cara a todos. Era muy pequeña para expresar sus sentimientos, sabía que le tomarían el pelo si afirmaba que Edward se casaría con ella, pero llegaría un día en el que sus sueños se harían realidad.

Y el momento había llegado, porque esa noche su hermano lo había invitado a la fiesta y a pasar unos días en la villa, y Gabrielle no iba a dejar escapar la oportunidad.

Capítulo 2

Revoloteaba atolondrada por la alcoba, buscando no recordaba muy bien qué, lista para bajar al salón donde su familia la estaría esperando para recibir a los invitados. Se encontraba tan nerviosa por hallarse de nuevo frente a Edward que se escudaba en un olvido de última hora para evitar salir del protector entorno de su dormitorio.

«¿Qué puede salir mal?», pensaba. Ya le había preguntado disimuladamente a su hermano si el teniente había contraído compromiso con alguna dama y, a duras penas, había aguantado el suspiro de alivio cuando este le dijo que su amigo seguía libre como el viento. Sin embargo, la muchacha temía que sus nervios le jugaran una mala pasada y dijera o hiciera alguna estupidez delante del oficial que le hiciera plantearse su idoneidad. «Porque los dos sentimos lo mismo, ¿verdad?». Oh, aquellas malditas dudas de última hora la estaban matando.

Sin embargo, el talante optimista de Gabrielle prevaleció y, suspirando, echó un último vistazo a su imagen ante el espejo. Pensó que nunca antes se había visto tan bonita, con su lustroso cabello castaño peinado en un primoroso recogido y sus mejillas sonrosadas que resaltaban el color miel, casi ambarino, de sus ojos. Él no tendría más remedio que rendirse a sus encantos, y, decidida, bajó al encuentro de su familia.

Se incorporó a la bienvenida familiar cuando ya muchos de los invitados habían llegado. Fastidiada, se enteró de que Edward había sido de los primeros en asistir y que, por tanto, ya los había saludado. Desde su posición en la recepción junto a su familia no podía ver nada. Se puso de puntillas para echar un vistazo a la sala y observó a elegantes damas y caballeros y a un buen número de uniformados oficiales llevando sus mejores galas, pero ni rastro del teniente.

Después de un rato que le pareció eterno, los saludos terminaron y Gabrielle pudo, al fin, dirigirse al salón. Sus ojos recorrieron la estancia buscando al elegido de su corazón, ese que le palpitaba a saltos en el pecho y que cabalgaba impaciente por ver de nuevo al caballero de sus sueños.

Los apuestos y elegantes oficiales se paseaban agasajados por ellos y ellas. Eran la principal atracción de la velada; su hermano Thomas Henry y el desaparecido a la vista, Francis Edward Loyd, entre ellos. Eran los héroes del momento, y su atractivo uniforme de chaqueta roja y

brillantes botones dorados era un reclamo para todos.

Recorrió el salón sorteando con habilidad el requerimiento de algunos invitados. Por fin consiguieron retenerla, en contra de sus deseos, para los usuales comentarios, chismorreos y felicitaciones por la condecoración de su hermano. Cuando ya perdía la paciencia y pensaba que languidecería atrapada el resto de la noche, lo vio.

Se encontraba a solo unos pocos pasos de ella. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Más alto de lo que recordaba, el pelo oscuro más largo de lo normal, los ojos verdes orlados de negrísimas pestañas, la mandíbula marcada a la perfección, sin rastro de barba sobre su rostro bronceado por el sol y luciendo su característica sonrisa contenida que prometía el paraíso.

Balbuceó una disculpa para escapar de la cháchara de sus acompañantes y se dirigió a su encuentro. Un fugaz pensamiento acerca de la conveniencia o no de acercarse sola a hablar con un hombre sin que nadie la introdujera pasó por su cabeza sin ser tenido en cuenta. Francis Edward Loyd no era un caballero desconocido, cuando menos era su amigo, razonó, y se quedó muy satisfecha.

A pocos pasos de él, se detuvo. Otros dos militares lo entretenían con su conversación y no supo qué hacer. Pero cuando estos se dieron cuenta de las miradas que aquella muchacha le dirigía al teniente, musitaron una excusa y, con sonrisas disimuladas, los dejaron solos.

Él la recorrió con sus impresionantes ojos verdes de arriba abajo descaradamente y ella dio dos pasos más en su dirección.

—Edward... eh, teniente Loyd —musitó, nerviosa—, siento no haber estado para recibirlo.

—¿Con quién tengo el placer de hablar?

—¿No... no me recuerda? —Como no obtuvo respuesta, añadió—: Soy la hermana de Thomas Henry.

Loyd entornó los ojos como buscando en su memoria, y para alivio de Gabrielle una sonrisa iluminó su rostro.

—Señorita Clarissa, ¡qué placer volverla a ver! La eché de menos al llegar.

Si en aquel momento un rayo hubiera caído sobre el cuerpo de exuberantes formas de Gabrielle no le habría causado más daño que las palabras de su adorado Edward. Le pitaron los oídos, apretó la mandíbula hasta el punto de que sus dientes rechinaron y destellos de luz aparecieron ante sus ojos. Puede que el corazón perdiera un latido, o dos, incluso.

Aguantando las ganas de salir corriendo al jardín y gritar hasta quedar afónica, Gabrielle hizo el mayor esfuerzo de contención de su vida. Se quedó plantada ante el teniente y, levantando altiva la barbilla, le espetó:

—Mi hermana Clarissa se encuentra al otro lado del salón, acompañada de su prometido. Es extraño que no lo recibiera a su llegada, suele ser muy puntual. Y mi hermana pequeña Valentine seguramente andará por ahí atiborrándose de pasteles. Yo soy...

—Gabrielle...

Una sonrisa triste asomó a los labios de la muchacha.

—Ahora sí se ha acordado. Encantada de saludarlo, teniente. Y... mis más sinceras felicitaciones por su bien ganada condecoración.

Y haciendo una desganada y brevísima reverencia, dio por concluida la conversación, se dio la vuelta y se marchó de allí conteniendo el picor de ojos que precedía al llanto.

Se escondió un rato en el jardín, sintiéndose terriblemente ridícula por haber depositado tantas esperanzas en su encuentro con el teniente. Había soñado con ese momento y había acabado convirtiéndose en una pesadilla. Suspiró, pero el dolor que sentía y la vergüenza se habían instalado dentro, y por mucho que exhalara no conseguía hacerlos desaparecer. Se sentía la joven más tonta y desdichada del mundo.

Apenas tuvo tiempo de recomponer su semblante al escuchar unos pasos cerca de ella.

—Gabrielle, cariño, ¿qué haces aquí, sola?

—Me acaloré demasiado dentro, madre, así que decidí salir a tomar un poco el aire.

Charlotte Sinclair se acercó a su hija y la tomó de la barbilla un instante, lo justo para enfrentar sus ojos húmedos.

—Soy tu madre, Gabrielle. Te conozco demasiado bien y sé que no te perderías un solo minuto de diversión dentro si no te ocurriera algo.

—No es nada, no tiene importancia...

—Se trata de Edward Loyd, ¿verdad?

La muchacha contuvo el aliento. ¿Era tan evidente?

—¿Cómo...?

—Llevas demasiados años suspirando por ese joven como para que sea un secreto... al menos para mí. ¿Qué ha ocurrido?

Gabrielle sintió que podría llorar un mar de lágrimas si le confesaba sus sentimientos por el teniente en ese momento: amor, decepción, infelicidad, deseo..., pero se contuvo y musitó en voz baja:

—No se acuerda de mí, madre... Me ha confundido con Clarissa.

La condesa de Blackwood frunció el ceño y midió cuidadosamente sus palabras antes de hablar:

—Es cierto que Clarissa y tú sois muy parecidas, querida, y él no te ve desde hace mucho...

Gabrielle negó con la cabeza. La decepción había sido tan grande que la explicación de su madre no le bastaría.

—No se acuerda de mí... —volvió a repetir, más para sí misma que para la condesa.

Charlotte tomó una decisión en aquel momento.

—Ven conmigo. Quiero darte algo.

Volvieron a entrar en la mansión por una entrada lateral, a salvo de interrupciones por parte de los invitados. Gabrielle siguió a su madre hasta su habitación situada en el ala derecha de la planta alta.

Entraron en la imponente alcoba de los condes, donde una vistosa cama con baldaquín presidía

la estancia. La condesa se dirigió hacia la peinadora y abrió el joyero que reposaba sobre ella.

En un pequeño cajoncito semioculto se encontraba un botón que había pertenecido a la familia durante generaciones. Charlotte lo había recibido de su tía Marianne y siempre les había contado a sus hijas que traía el amor y la felicidad a las que lo poseían.

Tomó la mano de Gabrielle y, abriendo su palma, lo depositó sobre ella.

—Ahora es tuyo, mi niña.

—¡Mamá! —Gabrielle admiró la pequeña reliquia de la familia que tantas veces había contemplado y escuchado su historia—. Yo pensaba que sería para Clarissa, ella es la mayor.

—Clarissa no lo necesita, y a ti te vendrá bien.

—¿Y qué pasa con Valentine?

—Oh, yo creo que Valentine se las apañará muy bien, estoy segura.

—¿Piensas que Edward se enamorará de mí si lo tengo?

—Te ayudará a encontrar el amor verdadero, pero no sé si será con Edward o con algún otro, tal vez.

—No digas eso. No puedo pensar en nadie más que en él.

—Mi querida niña... —Charlotte abrazó a su hija. A pesar de su carácter abierto, decidido, audaz y, a veces, atolondrado, Gabrielle tenía un punto débil y era su admiración y lealtad a Edward Loyd, algo que se había fraguado durante su infancia y se había convertido en amor... por su parte. Confiaba en que la reliquia de la familia la consolara de la decepción sufrida y la ayudara a tener esperanzas de que algún día sería correspondida y amada de la misma forma que ella amaba al teniente.

La muchacha guardó cuidadosa el botón en su pequeño bolsito a juego con el vestido. Charlotte la animó:

—Ahora, baja a la fiesta y ¡diviértete!

Gabrielle volvió al salón más por complacer a su madre y fingir que se encontraba mejor que por otra cosa. Ella le había entregado la reliquia familiar, y aunque no las tenía todas consigo de que aquello funcionara, quiso mostrarle su mejor sonrisa para que no se preocupara.

Se apostó en un rincón del salón, y en cuanto la condesa no estuvo cerca, volvió a caer en el malhumor, luciendo un semblante que no invitaba a la conversación, masticando mohína alguno de los canapés que de vez en cuando pasaban por su lado y preguntándose si sería demasiado escándalo dedicarse a trasegar una copa de champán tras otra para ahogar sus penas.

Desde aquel rincón del mundo donde había decidido esconderse, pudo ver a su hermana Clarissa bailando con su prometido, sonriendo a unos y a otros, charlando como buena aprendiz de anfitriona con todos los invitados. Clarissa era su ejemplo a seguir, el sumun de la elegancia, el saber estar y la belleza. Se había comprometido, no hacía mucho, con el caballero de sus sueños, y Gabrielle anhelaba un amor como el de ellos, que se hablaban sin necesidad de palabras y cuyas miradas se encontraban aunque estuvieran en extremos opuestos de una habitación.

¡Que se fastidiara el teniente! Si había creído que tendría una oportunidad con Clarissa, había llegado tarde, pensó. Un hipido salió de su garganta.

Y cuando creía que nada podría mortificarla más, lo descubrió bailando con una de sus vecinas, la muy rubia, muy bella y muy simpática miss Templeton. Por un momento estuvo tentada de marcharse corriendo del salón ante tanto oprobio o, tal vez, dirigirse al atractivo teniente, decirle cuatro cosas y borrarle de la cara esa expresión de engreimiento y autocomplacencia al sentirse el objeto de admiración y deseo de las damas en edad casadera, y de las otras, también.

Y es que ella no había dejado de reparar en el entusiasmo que los oficiales condecorados despertaban entre el sector femenino. Tan apuestos, tan elegantes, tan viriles, con sus chaquetas de gala rojas con charreteras y botones dorados, sus pantalones oscuros ajustados, sus botas altas, negras y brillantes, y la flamante condecoración sobre su pecho. Ellos eran los héroes, los valientes combatientes que estuvieron dispuestos a dar sus vidas por la gloria de Gran Bretaña y sus compatriotas, y ante esto... ¿cómo el teniente se iba a fijar en su insignificante persona?

—¿Qué tienes? ¿Te sientes mal?

Gabrielle se enfrentó al rostro de su hermano, que la miraba con el ceño fruncido. Si tuviera un hermano favorito, este hubiera sido él. Cuando llegó a casa después de la celebración en Londres, se sentó a su lado y se pasó las siguientes horas acompañándolo a todas partes. No supo cuánto lo echó de menos y cuánto había temido por su vida hasta que lo tuvo de nuevo junto a ella.

—Estoy bien.

—Pues cualquiera diría que te has tragado un sapo... o algo peor. ¿No te entretienes? —Gabrielle se encogió de hombros—. A ti te pasa algo... no puedo creer que mi hermana más alegre se haya convertido en una aburrida señora mayor de gesto agrio.

—¡Henry! —se indignó.

—Vamos a bailar.

Gabrielle protestó, pero su hermano ya la había tomado de la mano y se encaminaba hacia el baile. La música comenzó, y los pies de Gabrielle comenzaron a moverse solos, no en vano disfrutaba con la música y era una excelente bailarina.

—¿Por qué no te diviertes?

—Lo estoy haciendo, estoy bailando contigo. Además, me extraña que pierdas el tiempo conmigo cuando hay un montón de muchachas bonitas en la fiesta que se morirían porque las sacaras a bailar.

—Puede que saque a unas cuantas, pero tú tenías que ser la primera... —Aquello hizo sonreír a Gabrielle, aunque sus ojos aún continuaron tristes.

—Eres un truhan, Henry. No soy la primera, pero casi consigues que te crea.

Se hizo necesario un cambio de acompañante y se encontró bailando con otros oficiales. Cada uniforme rojo que aparecía ante sus ojos le suponía un sobresalto. Afortunadamente, volvió a

encontrarse con su hermano antes de acabar la melodía y no se había topado con el teniente de cruel y malísima memoria.

—¿Van a quedarse tus compañeros oficiales en casa?

—No, no estaría bien en un hogar con tantas mujeres bonitas... —contestó zalamero—. Solo Edward se quedará unos días, es como un hermano para vosotras. Recordaremos viejos tiempos, ¿no te parece?

—No sé si tendrá tiempo suficiente para recordar todo lo que ha olvidado...

Henry soltó una carcajada.

—¿Qué significa eso, Gabrielle?

—Oh, tú sigues siendo el mismo, pero creo que a nuestro querido amigo de la infancia se le ha subido la Cruz Victoria a la cabeza.

—¿Por qué piensas eso? —le preguntó entre risas.

—Porque el brillo del uniforme y de sus condecoraciones debe haberle borrado la memoria, me temo.

—¡Que me parta un rayo si te entiendo! ¿Qué quieres decir?

—Oh, déjalo. ¡Cosas mías!

Esas «cosas» siguieron rondando la cabecita de Gabrielle durante gran parte de la noche. Una vez que el baile terminó, los invitados se marcharon y pudo subir a su alcoba para descansar.

Se desvistió con la ayuda de Ada y, antes de meterse entre las sábanas, sacó de su bolsito el botón y, sin muchas esperanzas, lo depositó sobre la mesilla, junto a un libro de poemas de Wordsworth, su poeta favorito.

Y aunque deseaba arrancar todo lo sucedido de su pensamiento, no pudo evitar volver a darle vueltas una y otra vez.

Ella había soñado despierta con el reencuentro entre los dos. El teniente Loyd le diría lo mucho que la había recordado y echado de menos. Le tomaría una mano y le besaría los nudillos con delicadeza. Se admiraría al verla tan mayor y tan guapa y caería rendido a sus pies. Puede que aquello no sucediera automáticamente ni en ese orden, pero a su debido tiempo, todo iría encajando.

Sin embargo, la cruda realidad era bien distinta. ¿Cómo no contempló la posibilidad de que él no se acordara de ella? ¿Que solo recordara a su hermana mayor, la más cercana a su edad y la más bonita de las tres?

En realidad, sí había pensado en ello, pero le había resultado tan doloroso e increíble que decidió no mortificarse con ninguna opción en la que a Edward no le hicieran chiribitas los ojos al verla.

La cuestión era que él la había mirado de arriba abajo como un caballo al que se lleva a tasar y no la había reconocido ni por asomo. Encima, la había confundido con su hermana, no sabía muy bien por qué, pues no se parecían demasiado. Probablemente sería que, al decirle que era hermana de Henry, de la única que se había acordado era de Clarissa. Una vez más, Gabrielle la

segundona pasaba desapercibida.

Henry era, a sus veinticinco años, el mayor, el único varón y heredero, al que le costó un mundo recibir el permiso de sus padres para alistarse en el ejército. Le seguía Clarissa, la mayor de las hermanas, de veintidós años, la bella, inteligente, con don de gentes... bla, bla, bla... Valentine era la pequeña, dulce, sonrosadita y un poquito cotilla, como correspondía a una niña de doce años. Y ella, a sus diecinueve años, era... la mediana.

¿Y aún se preguntaba su madre por qué había sido toda su vida un terremoto, incapaz de acatar órdenes, estarse quieta y actuar con sensatez? La respuesta era bien sencilla para Gabrielle... porque en el momento en que se quedara quieta y comenzara a portarse como correspondía, se desvanecería en el aire y nadie la echaría de menos. Como le había ocurrido con Francis Edward Loyd en la terrible velada que acababa de terminar y que nunca podría borrar de sus pensamientos... ni de su desdichado corazón.

Capítulo 3

La mañana llegó, y no fue hasta que se refrescó con agua fría el rostro tras levantarse que el recuerdo de los acontecimientos de la noche pasada apareció de nuevo ante sus ojos, tan nítidos y brillantes como si los estuviera viviendo de nuevo.

Y conforme los rememoraba notaba un creciente enojo instalándose en su pecho.

¡Tantos años de su vida perdidos pensando que sus sentimientos eran correspondidos por alguien que ni siquiera la recordaba! Se sintió muy tonta... y muy enfadada, no solo con el teniente, también consigo misma.

Se puso un sencillo vestido con botones en la parte delantera; y mientras se peinaba, pues no tenía paciencia para esperar a la doncella, observó por la ventana de su alcoba a un caballero vestido con el uniforme de chaqueta roja, que se dirigía hacia el lago frente a la mansión. No tuvo dudas de que se trataba de Francis Edward.

Siguiendo un impulso salió deprisa, casi corriendo, de la habitación y, sin pararse a desayunar, cruzó la puerta en dirección al lago. Su hermana Valentine apareció de improviso.

—¿Dónde vas?

—No es asunto tuyo. Vete adentro.

—Pero...

—¡No!

El dedo amenazante de Gabrielle le dio a entender que no estaba de muy buen humor. Valentine temía los enfados de su hermana, así que aguantó su curiosidad y permaneció clavada en el mismo sitio viendo cómo se dirigía a la alameda que rodeaba el lago.

Los pensamientos de Gabrielle en ese momento tenían el sabor de la nostalgia de felices tiempos pasados en los que ella, sus hermanos y Edward eran más pequeños y solían jugar junto al lago, vigilados por un preceptor o por la institutriz de turno.

Los días de calor, los chicos solían terminar zambulléndose en el lago y refrescándose, mientras que Clarissa y ella —Valentine aún era muy pequeña— debían conformarse con mojarse los piececitos.

A decir verdad, más de una vez, el preceptor o la institutriz habían tenido que entrar en el agua

a sacarla, ya que Gabrielle, con toda la ropa puesta, había querido emular a su hermano y a su mejor amigo y se había metido de cabeza en el lago, sin pensarlo un segundo.

Tras una lucha encarnizada con una niña de ocho o diez años, ambos, vigilante y alumna, habían llegado a la orilla empapados de la cabeza a los pies; y tras repetirse la situación dos o tres veces a lo largo del verano, pese a las amenazas y castigos de sus padres, el cargo de cuidador de los niños quedaba vacante, verano tras verano.

Aquellos eran buenos tiempos, recordó Gabrielle, quizá injustos para las niñas, pero al menos podía hablar, jugar y tomar de la mano a Edward sin reglas que lo prohibieran. Ella pensaba que aquellos días y las vivencias que compartieron también habrían hecho mella en el alma de Edward y no los habría olvidado. Ahora se daba cuenta de su error. La única que conservó su recuerdo como un tesoro había sido ella.

Y no sabía muy bien por qué lo perseguía en estos momentos. Su presencia familiar allí era como un canto de sirena que la atraía. ¿Tal vez quería sorprenderlo junto al lago y hacerle recordar lo mucho que se quisieron... de niños?

Entró en el bosque y caminó en dirección al estanque, aunque lo había perdido de vista. Descubrió una tela de brillante color carmesí sobre unos matorrales y se acercó para descubrir la chaqueta, los pantalones y la camisa del teniente colgando de unos arbustos.

En el lago alguien nadaba con potentes brazadas, alejándose cada vez más de la orilla. Edward se había desnudado y metido en el agua, como cuando era niño.

Tragó saliva, nerviosa, sacó con cuidado la cabeza por si podía vislumbrar con mayor claridad al hombre, pero fastidiada tuvo que reconocer que solo podía ver sus potentes brazos en movimiento y su ancha espalda de músculos marcados.

Se fijó entonces en la maldita chaqueta del uniforme a la que culpaba del envanecimiento y la mala memoria del teniente. Razonó que desde que la llevaba puesta, Edward se comportaba como un ser superior, no se parecía en nada a su amigo de la infancia, y deseó hacerla desaparecer.

Pensaba en un método para ello cuando reparó en un hilo que sobresalía de una de las charreteras que, sujeta a un hombro, mostraba la divisa de su cargo con símbolos bordados en negro y oro.

Inconscientemente, tiró del hilo, y cuando se dio cuenta, la charretera caía, apenas sujeta al hombro por una última puntada.

—¿Qué haces?

Un grito casi escapó de su garganta ante la inesperada aparición de su hermana Valentine.

—¿Yo?, ¿qué haces tú aquí? Te dije que te quedaras en casa...

—El teniente se va a enfadar...

—¿Cómo sabes...? Ha sido un accidente, nada que no se pueda coser y no se note. Vete, vigila que no venga nadie, ahora mismo voy.

Valentine cumplió las órdenes a regañadientes. Gabrielle intentó colocar de nuevo en su sitio

la charretera, pero fue imposible. La chaqueta se fue resbalando entre los arbustos y quedó enganchada en la rama de uno de ellos.

La muchacha se agachó para recogerla, con un ojo puesto en el lago por si el oficial daba la vuelta. Tiró en varias ocasiones y no consiguió nada. Vislumbró al hombre chapoteando en el centro del lago y advirtió que ya comenzaba a nadar en su dirección, de regreso.

Nerviosa por dejar el uniforme donde estaba, agarró la chaqueta y tiró con fuerza para desengancharla de las ramas.

Oyó el aterrador sonido del tejido al romperse.

Temerosa de ver el resultado de sus intentos por desenganchar el uniforme, bajó la cabeza despacio, obligándose a mirar. Un enorme desgarrón cruzaba por completo la solapa derecha de la chaqueta. Uno de los botones dorados pendía a punto de soltarse, y la charretera había caído al suelo. La prenda había quedado inservible. Tuvo que ponerse una mano en la boca para no gritar.

Miró hacia atrás para asegurarse de que Valentine no la hubiera visto; y cuando sus ojos enfocaron de nuevo el lago, vio al oficial de pie, caminando por la orilla en dirección a donde su ropa y ella se encontraban.

Curiosamente, la tragedia ocurrida unos instantes antes desapareció de sus pensamientos en cuanto distinguió claramente que Edward se dirigía hacia ella desnudo, tal y como Dios lo trajo al mundo.

Y aunque no estaba bien que una jovencita viera de tal guisa a un hombre, incluso siendo su marido, Gabrielle no pudo menos que contemplar embobada el fantástico espectáculo que un caballero hecho y derecho como el teniente ofrecía a sus ojos atónitos, y que no tenía nada que ver con lo que ella había contemplado en los libros de Anatomía.

Nada que ver... en absoluto.

Francis Edward era como un dios griego frente a aquellas momias secas de los libros. El teniente de dragones Francis Edward era...

Se mordió los labios y sintió la garganta seca justo antes de dar un respingo al caer en la cuenta de que más pronto que tarde acabaría descubriéndola junto a su chaqueta desgarrada. Retrocedió asustada, intentando ocultarse entre los árboles, con la imagen del imponente cuerpo masculino aún en su retina. En cuanto consideró que era seguro, echó a correr.

Agarró del brazo a Valentine, que la esperaba jugando, y salió del bosque intentando dar a sus pasos y a su apariencia un aspecto normal, aunque su corazón aún cabalgara desbocado por lo ocurrido.

Poco después, Edward Loyd llegaba hasta sus ropas y enseguida se dio cuenta de que algún tipo de desastre había tenido lugar y no parecía un suceso natural en absoluto. Atisbó entre los matorrales por si vislumbraba al culpable y, furioso, salió corriendo, desnudo como estaba, por si estuviera cerca y pudiera darle alcance. Al llegar a la linde del bosque, se detuvo. Le había destrozado el uniforme, pero no saldría a campo abierto sin ropa, no estaba dispuesto a perder su dignidad también.

Distinguió a lo lejos a las hermanas de Henry hablando con unos sirvientes. Les preguntaría más tarde. Tal vez ellas habrían visto a alguna persona internarse en el bosque mientras él se estaba bañando.

Estaba muy enfadado. No quería pensar que alguien tuviera alguna razón para destrozar a propósito un uniforme que simbolizaba la grandeza de Gran Bretaña y representaba el respeto hacia la Corona. Pensó, consternado, que sería terrible que hubiera disidentes del Gobierno y la reina escondidos en Mansfield.

Tan pronto como pudo, Gabrielle se sacudió a Valentine de su lado. Necesitaba estar a solas.

En su habitación, dio rienda suelta a su frustración y sus nervios.

¿Qué había hecho?, se preguntaba una y otra vez. Había sido un accidente, de eso no cabía la menor duda, ¿no? Pero ¿cómo iba a explicarlo sin decir que había estado en el lago en el momento en que el teniente se daba un baño desnudo?

Aquello estaba descartado. Callaría y viviría con la culpabilidad sobre su conciencia para siempre. Tan pronto pensó en ello, le entraron unas ganas enormes de reír.

¿A quién quería engañar? Estaba apenada por lo ocurrido, pero en el fondo sentía que se lo merecía. Era un pensamiento mezquino, reconoció, pero tal vez el altivo y olvidadizo teniente bajaría sus humos ahora que no podría ponerse el uniforme sin caer en el ridículo.

Cuando creyó que las emociones y la culpabilidad no se reflejarían en su rostro porque ya las tenía bajo control, decidió bajar. Era casi la hora del almuerzo, volvería a encontrarse con el teniente en la mesa si nada lo remediaba.

Capítulo 4

Aquel almuerzo fue una tortura.

Edward le había detallado a su amigo lo sucedido y este se lo contaba a su padre ante toda la familia. Explicaba que el teniente había ido a nadar al lago y al salir se había encontrado con el uniforme destrozado. La chaqueta no tenía arreglo. Tendría que encargar una en Londres, por lo que no estaría lista para el resto de los días que pasaría allí, ni para los bailes y fiestas a los que los vecinos los habían invitado. Por supuesto, no podría lucir la Cruz Victoria sobre cualquier vestimenta que no fuera el uniforme de dragones, por lo tanto, quien había urdido aquello era muy consciente del daño que hacía.

Gabrielle abrió mucho los ojos y bajó la cabeza, pero antes le hizo una señal a Valentine, quien no hacía más que mirarla con cara de culpabilidad.

—Debemos tener cuidado en adelante —decía Henry—. Esto puede ser la muestra de que hay alguien contrario a nuestros intereses entre nosotros. Secesionistas escoceses, irlandeses, nativos de las colonias, tal vez.

Gabrielle levantó la cabeza súbitamente interesada.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó.

—Quien atenta contra un uniforme símbolo de la grandeza del Reino Unido es como si atentara contra nuestro país y sus instituciones.

Gabrielle estuvo a punto de poner los ojos en blanco.

—¿Y no pudiera ser que... fuera un accidente?

—Gabrielle, la chaqueta está destrozada —le aseguró su madre, quien escuchaba atenta las explicaciones de su esposo y lucía un semblante preocupado.

—Dejé la chaqueta sobre un matorral y la encontré en el suelo —le explicó Edward, a continuación.

—Puede que... resbalara...

—Tenía la charretera arrancada y el lateral derecho desgarrado. ¿Crees que eso se pudo hacer solo?

Gabrielle negó con la cabeza, contrita, ante la pregunta de su hermano. No pudo evitar mirar

de soslayo a Valentine, quien permanecía muda... de momento, aunque su rostro reflejaba a las claras que ocultaba algo. Si se les ocurría preguntarle, estaría perdida.

—Gabrielle —Edward volvió a dirigirse a ella. En otras circunstancias su atención la hubiera hecho muy feliz, pero en esos momentos hubiera preferido que la ignorase por completo—, os vi a Valentine y a ti frente a la casa poco tiempo después del... incidente. ¿Visteis, por casualidad, a alguien entrar en el bosque... algo sospechoso, tal vez?

No lo pensó un momento.

—No, nada... —Intentó que su voz sonara absolutamente inocente.

—Yo... —la vocecita de Valentine se oyó a continuación. Gabrielle clavó sus ojos en ella— tampoco.

—En realidad no estábamos prestando atención. Si una manada de caballos salvajes hubiera rondado la alameda, no nos habríamos dado cuenta. —Quiso añadir la muchacha para reafirmar su total inocencia en el *asunto.*

Edward la miró unos segundos más de lo que a ella le hubiera parecido correcto, y la joven bajó la cabeza, avergonzada. De inmediato se arrepintió de su gesto, pero no lo pudo evitar. Esperaba que no lo hubiera interpretado como muestra de culpabilidad.

—Voy a preguntar a todos los habitantes de Mansfield por si han visto algo o pueden darnos alguna pista —anunció su padre, el conde de Blackwood—. Siento mucho lo sucedido, Edward, en cuanto me levante de la mesa, mandaré la chaqueta a Londres, para que te confeccionen una de gala cuanto antes, será imperativo. Espero que en pocos días la recibas y puedas ir vestido como te corresponde.

—No debí ponérmela esta mañana...

—En absoluto, Edward. Es un orgullo y nuestra obligación es llevar el uniforme militar. Ya oíste a la reina, debemos expandir las hazañas y la gloria de esta gran nación con nuestra presencia y nuestras señas de identidad de la que tan orgullosos estamos —explicó Henry.

Gabrielle contuvo un resoplido. Por mucho que su excelsa majestad dijera, en verdad no era buena idea ir vestido con un uniforme de gala cuando se iba a nadar. Si no se hubiera sentido tan culpable, tal vez habría objetado, pero teniendo en cuenta su participación en el incidente, se mantuvo juiciosamente callada.

En cuanto los hombres salieron para hacer sus pesquisas, Gabrielle le hizo una señal a Valentine y se reunieron en la sala de música a salvo de oídos indiscretos.

—Ni una sola palabra sobre lo de esta mañana. —La hermana mayor fue directa al grano.

—Pero, Gabrielle..., tú descosiste la charretera del hombro...

—Aquello fue un accidente, lo sabes. No tengo nada que ver con todo lo demás —mintió descaradamente. A Valentine no podría explicarle nada, no se fiaba de ella.

—¿Y por qué no lo dijiste?

—¿Y que pensaran que yo fui la culpable de destrozarle la chaqueta? ¡Claro que no! ¿Cómo se te ocurre?

Valentine la observó con una mirada que a las claras expresaba que no se creía una sola palabra.

—Y entonces... ¿quién pudo ser? Tú estabas allí, verías algo...

—Apuesto que fue algún animal salvaje.

La niña abrió unos ojos como platos.

—Oh, pero no hay animales que puedan hacer eso en Mansfield.

—Por supuesto que sí. Seguro que se trata de un ciervo... de esos con una gran cornamenta... sí.

—Oh... ¿Y por qué un ciervo iba a hacerle eso al uniforme del teniente?

Gabrielle suspiró hastiada de las constantes preguntas de su hermana.

—Porque... porque seguro que no le gustaba el color de la chaqueta, le resultaría irritante.

Como el propio teniente y aquella conversación que ya se alargaba demasiado, pensó Gabrielle.

—No sabía que a los ciervos les molestaba el color rojo.

—Es que tienes doce años y todavía no has estudiado eso. También atacan a las niñas molestas y parlanchinas. Valentine, no digas una sola palabra de esta mañana. No estuvimos en el bosque —recalcó.

—Pero...

—Si dices algo, vas a meternos en un lío muy gordo, así que... mejor estate calladita —zanjó con una mirada muy elocuente.

Valentine asintió y salió de la habitación con una expresión circunspecta que extrañó a Clarissa, quien se cruzó con ella cuando se disponía a entrar para su ensayo habitual al piano.

—¿Me esperabas?

—¿Yo? —preguntó extrañada Gabrielle.

—Como estabas aquí y no vienes nunca, creí que querrías escucharme tocar...

—Es posible, pero... acabo de acordarme que tengo algo que hacer...

Pasar un rato soporífero aguantando el ensayo de su hermana al piano era lo último que le apetecía. Salió al jardín en dirección a los establos y contempló a su hermano y a Edward a lo lejos, cabalgando con inusitada destreza. Los dragones tenían una bien ganada fama de ser los mejores jinetes y los más osados, no en vano se decía de ellos que eran los ojos y los oídos de la Armada, pues eran los que cabalgaban en la avanzadilla de las tropas ejerciendo labores de reconocimiento del terreno, guardando los flancos de las columnas militares y cortando las comunicaciones y los víveres del enemigo.

Desde donde estaba Gabrielle, comprobó cómo jinete y caballo se fundían en uno solo, manteniendo una agilidad y viveza que nunca antes había visto y que eran fruto de un arduo entrenamiento.

Era todo un espectáculo que la mantuvo entretenida hasta que se perdieron en la lejanía.

Capítulo 5

El barón Archie Fitzjames y su esposa los habían invitado a una velada en su mansión.

La preocupada muchacha aludió encontrarse mal para no ir. Aquello era extraño, pensó Charlotte Sinclair. Gabrielle era de las que no se perdían ningún evento donde hubiera baile y diversión, así que, sin duda, debía hallarse en verdad indispuesta. Preocupada por su hija, pidió que le sirvieran una cena ligera en su habitación y la mandó a la cama.

Desde el balcón de su alcoba, observó como todos los miembros de su familia salían en dirección a la mansión Fitzjames. Edward iba con ellos, elegantemente vestido, pero sin su uniforme. Gabrielle creyó detectar un asomo de tristeza y amargura en su rostro.

Se sintió fatal. Aquello ya no era divertido. Allí estarían todos sus compañeros uniformados, menos él. Y todo era por su culpa.

Había sido un accidente, se repetía una y otra vez, sin convencerse. Al fin y al cabo, los hechos que desencadenaron el rasgón de la chaqueta se debían, sin duda, a su presencia.

Si al teniente Edward Loyd se le había subido el uniforme y la condecoración a la cabeza, tal vez estaba en su derecho, pues había pasado por innumerables peligros y penalidades para poder llevarlos con orgullo.

Recordó el somero relato que su hermano le hizo de aquellos meses pasados en la India y eso consiguió hacerla sentir peor. Desde luego se había comportado de manera odiosa con Edward, concedió, y se merecía que no la mirara a la cara.

Dejó la cena intacta sobre la mesa y se metió entre las sábanas. Antes de quedarse dormida, pensó en que, aunque no llevara el uniforme, Edward Loyd sería de los hombres más guapos de la fiesta y que miss Templeton estaría allí. Con aquel terrible y descorazonador pensamiento se quedó dormida.

Despertó sobresaltada al cabo de no sabía cuánto, pero ya era noche cerrada. Algo parecido a una pesadilla la había desvelado por completo.

Dio vueltas en la cama, incapaz de volverse a dormir, y se levantó al sentir algo de hambre. Quizá masticando se le pasarían los remordimientos. La comida estaba fría, así que decidió ponerse una bata sobre su camisón blanco y, tomando uno de los candelabros encendidos, salió

de la habitación.

Vislumbró luz en la cocina y pensó que la cocinera o su ayudante estarían aún despiertas. Entró animosa, deseosa de contar con alguna compañía que la distrajera. Comer con alguien la alegraría.

—Tengo un apetito voraz, me comería...

Pero no se trataba de las mujeres. Y de repente ya no le importó el hambre. Edward Loyd estaba sentado en la amplia mesa de la cocina, vestido con una camisa blanca abierta que mostraba su torso, despeinado y tomando una cucharada de algo que parecía un estofado del cuenco que se encontraba delante suyo.

—Oh... lo siento mucho... no sabía... —se disculpó desconcertada. Era tarde para dar media vuelta y huir. Él ya la había visto—. ¿No estaba en la fiesta?

—Estuve un rato, pero me cansé de explicar por qué no llevo el uniforme.

—Vaya... Creo que me marcharé para que pueda comer tranquilo...

—No me molestas, Gabrielle, quédate y haz lo que hubieras venido a hacer. Me gusta tu compañía... si no te incomodo.

Aquella casi súplica aceleró el corazón de la muchacha. Y su tono de confianza, tuteándola, como en los viejos tiempos, también.

Dejó el candelabro sobre la mesa, considerando que no era una buena idea quedarse dos jóvenes solos, uno de ellos llevando un delicado salto de cama sobre su camisón y el otro... mostrando más de lo que debería de aquel sugestivo y musculado pecho descubierto. Aunque lo peor era que Gabrielle no sabía si sería capaz de guardar un secreto que amenazaba con reflejársele en la cara y que la dejaría en muy mal lugar.

—¿Hay alguna novedad sobre...?

—Nada. —Él clavó sus ojos verdes sobre ella al contestarle.

—Vaya... —volvió a repetir—. Y... ¿has vuelto solo de la fiesta? —Quiso saber, tuteándolo a su vez.

—Sí. No quería que nadie en la casa se quedara sin la celebración por mi culpa. Así que me marché y di un paseo a caballo antes de volver. Por cierto, me extrañó saber que no estabas allí. Me dijo tu madre que te encontrabas mal. ¿Ya estás mejor?

—Algo así...

—Es una pena que lo ocurrido esta mañana haya estropeado los buenos recuerdos que conservaba del lago.

—¿De cuando Henry y tú os bañabais allí?

—Entre otros... De lo mucho que jugábamos en la orilla, todos juntos... No sé si te acordarás, tú eras muy niña.

—¡Claro que me acuerdo! Y no era tan pequeña...

Edward sonrió ante su protesta, y su sonrisa después de aquel semblante serio que ella había provocado le calentó el alma.

—Tú sí que no te acordabas de mí. Ayer no supiste quién era cuando te saludé y me confundiste con mi hermana. —No pudo evitar recriminarle, dolida.

—Me acordaba de una jovencita y traviesa Gabrielle Sinclair, pero, es cierto, no supe reconocer a la bella joven que tenía ante mis ojos y que se parecía mucho a la Clarissa que yo recordaba.

—No somos tan parecidas...

—Sí que lo sois. Las tres tenéis el mismo aire familiar, y recuerda que hace varios años que no te veo. Discúlpame, de todas formas, si te molestó que te confundiera...

—Oh...

—Clarissa sigue tan hermosa como siempre. Me ha alegrado saber de su compromiso con Phillip Hastings, es un tipo excelente. Pero tú, pequeña Gabrielle, has sobrepasado mis expectativas en cuanto a tu persona... No dudo de que muchos anhelan una sonrisa tuya, y tal vez pronto habrá algún afortunado que ocupe tus pensamientos...

Gabrielle esbozó una sonrisa tímida, mientras pensaba: «Ya lo hay, pero no lo sabe ni parece sentir ningún interés por ser el elegido».

Él parecía esperar alguna respuesta, ya que no apartaba la vista de ella mientras reposaba la cuchara en el cuenco. La estaba poniendo nerviosa.

—Tengo que irme... —Los remordimientos no eran buenos compañeros y estaban muy presentes en aquella conversación con el teniente, que estaba tomando un cariz muy íntimo.

—No te vayas aún... —La tomó un momento de una mano y la soltó casi al instante, arrepentido, quizá, de su vehemencia.

Para Gabrielle, aquel roce tan breve fue mágico y... sorprendente.

—Yo..., no estaría bien que alguien entrara y pudiera vernos...

—¿Te apetecería dar un paseo por el jardín? —La invitó, ignorando con descaro su comentario.

Una sonrisa iluminó el rostro de la muchacha y fue correspondida de igual forma por el teniente.

Unos minutos después, Gabrielle y Edward paseaban bajo la luz de la luna. Aquello era deliciosamente inapropiado, pensaba la muchacha, pero Edward no lo haría si no estuviera interesado en ella, ¿no? ¿O tal vez sospechaba de que estuviera implicada en... y quería sonsacarle? Desechó aquel pensamiento tan horrible, pero no por ello dejó de estar en guardia.

—Desde que estoy en Inglaterra, todo es tan placentero y pacífico que me hace pensar que lo que vivimos en la India no fue más que una pesadilla.

—Henry me habló de la rebelión y de cómo la convivencia pacífica se convirtió en un infierno.

—Espero que no entrara en detalles...

—No quiso hacerlo... Edward, cuéntame lo que quieras, te escucharé si te sirve de consuelo...

—No te preocupes, pequeña Gabrielle. Pasear contigo me hace bien, que estés a mi lado es

suficiente.

—Me alegra saber que me sigues considerando una amiga.

Él acortó la escasa distancia que los separaba y la miró en silencio durante unos segundos eternos.

—Si supieras... En los peores momentos solo el recuerdo de la traviesa Gabrielle me daba fuerzas para seguir luchando.

La muchacha tragó saliva y se pellizcó el brazo con fuerza... ¿Sería todo eso un sueño y, en realidad, se encontraría durmiendo en su habitación?

Su gesto de dolor desconcertó al oficial, quien se alejó unos pasos de ella, dejándola desamparada de repente.

—Edward, yo... yo... quisiera decirte... debería...

El sonido de un carruaje en la entrada la sobresaltó. Sus padres estarían llegando y se enfadarían mucho si la encontraban a solas y en camisón junto al teniente.

—Debo irme.

Salió corriendo para colarse rápidamente por una entrada lateral, una puerta de servicio que solía permanecer abierta. Edward Loyd se quedó plantado allí, con una mirada expectante, el deseo instalado en su alma y una terrible sensación de vacío ante la posibilidad de resultarle indiferente a aquella muchacha.

Capítulo 6

Al día siguiente volvieron a encontrarse, y al siguiente..., y comenzaron a pasar cada vez más tiempo juntos. Hablaron de los años que estuvieron sin verse, de sus recuerdos, de sus planes de futuro. Se contaron confidencias, pero él fue muy cuidadoso de no volver a atosigar con sus sentimientos a la muchacha, y ella trató por todos los medios de no recordarle en absoluto lo ocurrido con el uniforme.

Fueron a fiestas en compañía de la familia y descubrieron el placer de bailar juntos y lo mucho que echaban de menos la voz y el calor del otro cuando no se encontraban cerca.

Aquello era todo lo que Gabrielle había soñado un día; y, sin embargo, cuando meditaba sobre ello, reconocía que no lo disfrutaba porque tendría que ser sincera y hablarle a Edward de su participación en el «accidente» y no sabía cómo se lo tomaría. Aunque, en realidad, lo imaginaba. Estaba segura de que se sentiría tan dolido y decepcionado con ella que la apartaría de su vida.

Ella siempre había sido la traviesa Gabrielle, pero ya se le había acabado hacía mucho la dispensa ante sus travesuras de niña. Ahora la considerarían una arpía malintencionada.

Una tarde de las últimas que pasaría Edward en la mansión Mansfield, salieron a pasear a caballo. Gabrielle le había contado lo mucho que admiraba su forma de cabalgar, y él se había ofrecido a montar con ella y darle algunos consejos.

Aquello no suponía ninguna extravagancia si lo hacían a plena luz del día y donde cualquiera pudiera verlos. Los Sinclair no se caracterizaban por ser un modelo estricto de etiqueta y normas sociales y, además, conocían al teniente desde niño y era de su total confianza. Así pues, Gabrielle tuvo el enorme placer de cabalgar junto a su adorado Edward sin ninguna compañía molesta, en especial sin la de su hermana Valentine, que con sus miradas y gestos le recordaba constantemente su «metedura de pata».

Cabalgaron por las tierras de Mansfield y las haciendas cercanas y acabaron regresando a la mansión, donde se detuvieron en la alameda junto al lago para descansar y pasear un rato a pie.

La elección del lugar puso a Gabrielle bastante nerviosa. Edward le había pedido visitarlo juntos antes de regresar a casa, pero el recuerdo de lo ocurrido allí pocos días antes la inquietaba.

Dejaron los caballos ramoneando junto a unos matorrales y caminaron por la orilla.

—Tengo un nítido recuerdo de las tardes que pasamos jugando junto al lago.

—Nos divertíamos mucho, aunque yo siempre tenía que pelear y protestar para que me tuvierais en cuenta.

El oficial soltó una carcajada.

—Es cierto, eras muy pequeña...

—Y no me hacíais nada de caso. En cambio, todo lo que Clarissa proponía se llevaba a cabo...

—Clarissa aceptaba las normas y tú, no. Además, hacías trampas...

—Oh, ¿era tan evidente?

—Lo era...

—¡Vaya! Intenta ponerte en mi lugar... tenía que hacer un auténtico esfuerzo para estar a la altura de vuestras exigencias.

—Incluso meterte vestida en el agua pese a la prohibición de la institutriz. —Volvió a reír al recordarlo.

—Era una niña, Edward, no te rías...

—... que era capaz de cualquier cosa por conseguir sus propósitos. Eras admirable... y temible. Dime, Gabrielle, ¿sigues pensando igual? ¿Crees que el fin justifica los medios?

A Gabrielle la pregunta de Edward le cambió el semblante. ¿Era una coincidencia o sabía algo?

—No, no creo que el fin justifique nada —contestó rápidamente.

El rostro del oficial, que hasta el momento se había mostrado risueño, mudó a una expresión seria ante la pronta y seca respuesta de la muchacha.

—Es una pena que pienses así...

—¿Por qué? —preguntó temerosa.

—Porque ya que no me haces caso, pensaba raptarte y llevarte lejos, y para cuando te encontraran estarías obligada a casarte conmigo.

—Edward, ¿por qué me dices eso? Tú no harías nada parecido.

—Lo estoy pensando seriamente, Gabrielle. Siempre fuiste mi preferida y todas las veces que volvía a tu casa me encontraba deseoso de verte. No supe entender qué significaba todo eso hasta ahora, en que he podido tenerte cerca, recordar aquellos tiempos y reconocer que eres la mujer que mi corazón anhela.

—¡Edward! ¿Estás seguro... de tus sentimientos?

—Jamás he estado tan seguro de algo. Fuiste mi amiga favorita de niño, te quise cuando eras una jovencita y ahora que te has convertido en toda una mujer a la que, estúpidamente, no reconocí; me han bastado apenas unos días para estar seguro de que eres tú la elegida.

Gabrielle quiso saltar a sus brazos, gritarle un rotundo «sí», pero en ese momento pensó en el desgarro de la chaqueta y se contuvo. Debería confesarle la verdad, comenzar con total sinceridad aquella relación, pero no sabía cómo se lo tomaría cuando se lo contara.

Él percibió su indecisión y reflejó una profunda tristeza en sus brillantes ojos verdes.

—Si lo tienes que pensar tanto es que no...

—No, Edward...

—... no estás interesada, lo entiendo. Puedes desposarte con quien quieras, yo no soy más que...

—¡Oh, cállate! —Lo rodeó con sus brazos y lo atrajo torpemente hacia ella. Se aproximó a sus labios y lo besó con dulzura. A él aquel beso le supo a miel y a promesas de felicidad. La tomó entre sus brazos y la miró embelesado para besarla a continuación de forma apasionada, abriendo sus labios, dejando que la lengua tomara posesión de su boca, sintiendo como ella participaba voluntariosa.

Las manos de él comenzaron a recorrer, atrevidas, la silueta de ella, provocándole una miríada de sensaciones: cosquillas, placer, deseo, necesidad. Ella se pegó aún más a su cuerpo y notó la rigidez del miembro masculino sobre su abdomen. Un suspiro se escapó de sus labios y una mano curiosa se atrevió a tocarlo. Él no podía dejar que siguiera o tendría que hacerla suya en ese momento. Tomó aquella mano indiscreta y se la llevó a los labios para besarla.

—¿Es un «sí», entonces? —musitó sonriente.

Ella oyó su pregunta como si estuviera muy lejos, en un placentero y entretenido lugar del que no hubiera querido regresar. Se mordió los labios.

—Te contestaré esta noche —consiguió decirle—. Tengo algo que contarte y después tal vez cambies de opinión sobre mí.

—¿De qué se trata, Gabrielle? —preguntó súbitamente preocupado.

Pero la muchacha ya le daba la espalda y corría a por el caballo. La dejó ir. No quería presionarla. Le hubiera pedido la mano días atrás, pero siempre notaba cierta reticencia en ella, cierta contención que lo hacía desistir de su propósito. Finalmente, se decidió, se le acababa el tiempo. Y no entendía cómo, después de entregarse a él de forma tan vehemente, aún no lo aceptaba.

Esperaría a la noche. Los condes celebraban una cena de despedida en su honor, y al fin volvería a lucir su flamante uniforme recién llegado de Londres. Pero eso era lo que menos le importaba ahora. Todo su mundo dependía de la respuesta de Gabrielle.

Capítulo 7

Bajaba las escaleras que la conducían al *hall*, para después encaminarse hasta el comedor donde tendría lugar la cena, cuando descubrió una algarabía de voces masculinas en la puerta de entrada.

Se asomó enseguida y encontró a su padre, Edward Loyd y otros hombres preparados para salir a caballo.

—¿Qué ocurre, padre? —Quiso saber, inquieta.

—Han descubierto a dos sospechosos en el pueblo. Vamos a ir a por ellos.

—¿Sospechosos? ¿De qué? —preguntó aterrada.

—De entrar sin permiso en tierras de Mansfield, destrozar un uniforme militar y quién sabe qué más hicieron a su paso...

Gabrielle se tapó la boca con las manos. No era posible. Aquello era una pesadilla. ¡Si solo había sido un estúpido accidente! ¿Cómo era posible que todo esto estuviera pasando? Tenía que acabar confesando o aquel embrollo iría creciendo hasta el infinito y jamás volvería a dormir en paz.

—No, padre. Ellos no son culpables de nada...

—¿De qué hablas, Gabrielle? —La intensa mirada de Alexander Sinclair la hizo encogerse. Ella no se fijó en el rostro de atractivas facciones de su padre, sino en la cicatriz sobre el ojo, que tornaba a púrpura cuando se enfadaba. Por fortuna, eso no ocurría muy a menudo, pero en aquel momento, pese a que casi anochecía, era más que evidente.

—Nadie atentó contra la chaqueta del teniente.

—Explícate —le exigió.

Gabrielle deseó que se la tragara la tierra, pero como aquello no tuvo lugar, suspiró y se dispuso a pasar por el, posiblemente, trago más amargo de los últimos años.

—Yo fui quien la destrozó.

El conde de Blackwood miró fijo a su hija. Ella esperaba una expresión airada, una mirada furiosa, un gesto despectivo antes del correspondiente castigo que llegaría, sin dudar. Sin embargo, su padre le respondió con una media sonrisa irónica y un destello de burla en sus ojos.

Carraspeó antes de dirigirse a ella:

—Entonces no es conmigo con quien tendrías que hablar. Tendrás que ofrecerle tus excusas al teniente. Y si no las acepta, estaré de acuerdo.

Alexander Sinclair le hizo un gesto a Edward para que se acercara, se dirigió a su caballo y animó a los hombres que lo esperaban en la explanada más allá de las escaleras de entrada para que lo siguieran.

—¡Padre, no! ¡No es necesario!

—Déjalo, Gabrielle. Él sabe lo que hace.

—Pero no puede acusar a esos hombres de nada...

—Sí que puede, pero no de lo que tú crees...

Ella lo miró con una expresión de sorpresa.

—¿De qué, entonces?

—Eso es lo que menos importa en estos momentos. Lo que quiero saber es qué tenías que decirme esta mañana... ¿Tal vez tiene algo que ver con lo que le has contado a tu padre?

La expresión del teniente era una máscara imperturbable, pero eso a ella no la engañaba. La había practicado muchas veces a lo largo de los años para intentar salir airosa de sus travesuras. Con menor éxito conforme pasaban los años y su fama crecía. Estaba segura de que sospechaba algo, aunque a estas alturas ya daba igual. Iba a contarle la verdad.

—Fue un accidente, Edward. Yo no quería...

—¿A qué te refieres?

No se lo iba a poner fácil, pensó Gabrielle.

—Te seguí hasta el lago. Estaba muy dolida contigo porque no te habías acordado de mí y pensaba, no sé, recriminártelo... Cuando vi tu chaqueta, te juro que no quise estropearla, pero tiré de un hilo de la charretera y se descosió. Se cayó entre los arbustos, y cuando intenté desengancharla, tiré de ella y la rompí.

—¿A eso lo llamas un accidente?

—¡No fue mi intención! Aunque al principio me alegré, tengo que reconocer. Parecías tan envanecido con tu uniforme que creí que así se te bajarían los humos..., pero después... me arrepentí muchísimo de haber sido tan descuidada.

—Y mentirosa.

—Sí, y una persona horrible, también. —Se le quebró la voz al reconocerlo y bajó la cabeza para que él no pudiera ver sus ojos cuajados de lágrimas, pero lo pensó mejor y la levantó un tanto. Pudiera ser que sus lágrimas tuvieran un efecto disuasorio sobre el caballero y se compadeciera de su sufrimiento.

—Yo tampoco me he comportado muy bien haciéndote pasar por todo esto.

—Tú... ¿qué...?

—Supe que habías sido tú enseguida. Te vi en la explanada frente a la casa a poco que sucediera, y en cuanto tu hermano expuso el incidente en la mesa, tú solita te delataste... puede

que con la colaboración de la pobre y asustada Valentine.

—Pero... ¡no puede ser! ¡Disimulé muy bien!

—Y a mí no me ascendieron a teniente solo para que me pavoneara de mi uniforme, Gabrielle. Sé reconocer a un culpable por mucho que finja.

—Entonces... todo este tiempo... lo sabías.

No cabía duda, su expresión irónica y su gesto altivo lo decían sin necesidad de palabras.

—¿Y mi padre, también?

—Le pedí que no se extralimitara en sus pesquisas porque creía tener ya una clara culpable. Lo de hoy ha sido una broma sin importancia por su parte, que ha precipitado los acontecimientos. En realidad, van al pueblo a resolver otro asunto. Además, tú ibas a contármelo esta noche, ¿verdad?

—Sí —musitó apenada, y sintiendo temor ante la posible respuesta a un pensamiento que le brotaba del pecho, continuó—: Entonces lo tuyo ha sido también una broma para hacerme confesar, supongo. Todo eso de que me echabas de menos y de que... me amabas... es una táctica que os enseñan en el ejército de dragones para que los culpables confiesen, como a montar en caballo.

Edward mostró una amplia sonrisa.

—Claro que no, Gabrielle. No es a amar lo que enseñan en el ejército, en verdad. Eso es algo que he aprendido contigo, mi dulce y traviesa muchacha. Ya ves, ni siquiera que me destrozaras la chaqueta me desanimó... más bien, al contrario, hizo que me fijara irremediablemente en ti.

—Oh... Eso quiere decir que... ¿me perdonas?

—Solo si aceptas convertirte en mi esposa.

Gabrielle contuvo un grito de placer al oír que su anhelado y atractivo teniente no solo la perdonaba, además la quería como compañera de vida.

—¿Y bien? —preguntó expectante.

Ella se acercó a él y le susurró al oído su respuesta. Para que no hubiera duda alguna, sellaron su promesa con un largo y placentero beso.

Capítulo 8

Poco después, los invitados se reunieron en torno a la gran mesa de comedor. La mano mágica de su madre los había sentado juntos; y la preciosa Gabrielle y el apuesto teniente de dragones, vestido con su flamante chaqueta roja y su insignia al valor, charlaron ajenos a las miradas y sonrisillas que provocaban entre los invitados.

En cuanto el padre de Gabrielle regresara de sus pesquisas en el pueblo, Edward solicitaría una conversación con él. El teniente tenía la sospecha de que el perspicaz conde ya imaginaba sus intenciones.

Durante la cena, la conversación fue fluida y hablaron de la vuelta a la India, que se produciría en los próximos meses, y de la pronta partida de Edward rumbo a su hogar, donde pasaría un tiempo con su anciano padre.

Gabrielle se llevó una mano al pecho, preocupada, cuando se comentó su inminente regreso a la India. Edward, atento, le dedicó una mirada de ánimo y una sonrisa.

El conde de Blackwood regresó a tiempo para el postre y, tras la cena, el teniente se reunió con él en su despacho. Al poco se solicitó la presencia de Gabrielle.

—Gabrielle, querida, el teniente Loyd me ha pedido tu mano, a pesar de las molestias que la propietaria de esa mano le ha ocasionado a lo largo de estos últimos días. Si él no tiene queja, yo no tengo nada que añadir, más que preguntarte si estás de acuerdo.

—¡Papá! Te aseguro que todo fue un accidente...

—Si me dieran un penique por cada vez que he oído esa excusa...

—Esta vez es cierto —afirmó con absoluta convicción.

—Te pareces tanto a tu madre... Serías capaz de vender arena en el desierto. —Miró al teniente, que esperaba junto a la puerta—. Entonces ¿aceptas?

—Naturalmente. Sabía que sería mi esposo desde que tenía seis años —asintió muy ufana.

—Quizá tuve que haberte vigilado mejor, jovencita.

Alexander y Edward se miraron antes de soltar una carcajada.

Minutos después, la familia y las amistades más allegadas, que los habían acompañado durante la cena, fueron convenientemente informados. Podría decirse que a nadie le extrañó, en

el fondo, que la feliz pareja se hubiera decidido a dar el gran paso.

A decir verdad, sí hubo alguien a quien aquel futuro matrimonio le sorprendió. Valentine no las tenía todas consigo. Estaba casi segura de que su hermana no se había limitado a descoser la charretera... y segurísima de que no había intervenido un ciervo en el asunto ni por asomo. ¿Acaso era así como se conseguían los maridos?, se preguntó. Tendría que preguntarle a Clarissa, dudaba mucho que ella se hubiera comprometido con Phillip usando el mismo método.

Aún tuvo tiempo la feliz pareja de dar un paseo por el jardín. Era algo permitido si se mantenían a la vista de todos, que seguían charlando en el salón. Lo que se dijeran ya entraría en terreno privado y exclusivo de los dos.

—Estás magnífico engalanado con tu uniforme.

—Al fin de vuelta, pero desluce estando a tu lado.

—Yo pensé que este uniforme te había cambiado, te había hecho más soberbio, más orgulloso y arrogante. Creí que ya no eras el encantador muchacho que conocí.

—Puede que la vida y la experiencia me hayan cambiado o quizá hayan añadido nuevos rasgos a mi carácter, pero te aseguro que aún conservo los valores de mi infancia y no creo que haya variado demasiado mi forma de ser.

—Lo sé, mi querido dragón. Me llevé una impresión equivocada en nuestro primer encuentro tras muchos años. Supuse que me habías borrado de tu memoria.

—¿A la traviesa Gabrielle Sinclair? ¡Imposible! Eras mi favorita, ya te lo dije.

Una expresión de puro gozo acompañó la sonrisa abierta que le dedicó la muchacha. Lo hubiera besado si hubieran estado lejos de miradas vigilantes. Inconscientemente, volvió a depositar una mano sobre su pecho.

—Deja de taparte el escote, futura esposa mía. No me prives de tan anhelado paisaje, no te recordaba tan pudorosa. —Rio al recordar como a sus doce años aun insistía en meterse en el lago cuando Henry y él lo hacían, llevando tan solo un fino vestido de lino.

—Te aseguro que no pretendo privarte de nada en absoluto, como sé que tú tampoco lo harías. —Se relamió los labios al pensar en el espléndido espectáculo que sería poder verlo tal y como lo había descubierto en el lago el día del desastre, pero esta vez tan cerca de él que no tendría ocasión de escapar. ¿Quién querría hacerlo, de todas formas?—. Es solo que no quería que repararas en...

Dejó ver lo que su mano había estado ocultando a ratos y que se asentaba sobre la tela de su vestido, cerca del corazón, junto a un generoso escote que dejaba vislumbrar sus apetecibles encantos.

Edward contempló la tersura de su piel, el canalillo entre sus pechos y un precioso broche que adornaba el encaje de su escote. Volvió a fijarse en el canalillo y fue entonces que se dio cuenta de lo que representaba el broche de Gabrielle.

—¿Es el botón de un uniforme?

—Perteneció a una antepasada y me lo regaló mi madre la noche que llegaste. Es una historia

que algún día te contaré, pero que ahora no pienso desvelar. Baste decir que no ibas a ser tú el único que luciera una condecoración en la solapa. Admiro tu Cruz Victoria y bendigo a la reina por considerar tu sacrificio y otorgártela, pero mi broche es para mí tan valioso como la que tú luces. Simboliza mucho.

—No debería preguntar —manifestó el teniente alzando, pícaro, una ceja—, pero no pienso quedarme con la intriga... ¿Qué simboliza?

—¿Qué va a ser? ¿No está claro? Quiere decir que he cazado al dragón.

Y ante la espléndida e inocente sonrisa que la joven le mostró, el obnubilado teniente no pudo más que rendirse a sus encantos, tomarla de la cintura, atraer con dulzura su cuello y besarla con pasión, sin importar testigos del momento.

Y como nadie les prestó atención, ya que al parecer estaban ocupados en otras cosas, la cuestión se alargó peligrosamente y la sensatez desapareció, hasta el punto que decidieron recordar viejos tiempos y crear excitantes recuerdos nuevos junto a la orilla del lago.

Quizá una boda rápida sería necesaria, pero... ¿no era esa una buena noticia, al fin y al cabo?

Mi honorable teniente

Nieves Hidalgo

Capítulo 1

Portree. Isla de Skye. Norte de Escocia. 1882

La tranquilidad del pueblo se vio alterada por el ruido de las pisadas de los soldados que atravesaban la calle en formación. Quienes no se encontraban faenando en los campos o en la mar fueron saliendo de sus casas, extrañados ante la inesperada presencia militar que hacía mucho tiempo no veían en la zona. Se miraban unos a otros, como si alguno pudiese tener la respuesta a su llegada, y más de una moza dejó escapar un suspiro entrecortado a la vista de los aguerridos militares. No era para menos, ya que, a pesar del cansancio que se reflejaba en sus rostros, resultaban impresionantes con sus *kilts* de colores verdes y azules con rayas negras, sus chaquetas y sus bonetes. Todos llevaban mosquetes con bayoneta calada, salvo el hombre que los comandaba montado en un espléndido caballo negro, que lucía una espada ancha en su cadera y al que no parecía afectar la curiosidad de las gentes que los fueron siguiendo hasta la plaza principal. Alzó el puño cerrado y sus hombres se detuvieron como uno solo. Tras una helada mirada a los pueblerinos que cuchicheaban, abrió la mano. De inmediato, el grupo de militares rompió la formación para, por parejas, empezar a revisar el pueblo de arriba abajo. El reducido cuarteto que se quedó junto a su oficial se encargó de acallar los rumores y protestas que, como era de esperar, se elevaron.

Thomas Cork, el herrero, alertado por el repentino barullo, dejó a un lado la guadaña en la que trabajaba, bajó la potencia del fuego del hogar y salió de la fragua limpiándose las manos en el tiznado delantal, que lo estaba menos que su cara. Era un tipo bastante alto, de rostro duro, nariz bulbosa, cejas pobladas y labios tan finos que ni se descubrían bajo la espesa barba encanecida. Tenía malas pulgas, hablaba poco y bebía como un camello. Sin embargo, hacía unos meses la gente le había votado para que formara parte del concejo del pueblo porque, a pesar de ser un auténtico bruto, era honrado como pocos. Sin dejar de vigilar al que dirigía a los recién llegados mientras descabalgaba como si fuera el dueño del lugar, se adelantó un paso para poner una de sus manazas sobre la cabeza de un crío que estiraba el cuello y daba saltos, tratando de ver mejor a los uniformados.

—¿Por qué no estás en la escuela?

El pequeño lo miró, se envolvió más en la manta a rayas con que se cubría los hombros y estornudó tan fuerte que sonó como un disparo.

—Estoy resfriado, señor Cork. ¿Puede auparme?

—Entonces deberías estar en la cama —determinó, haciendo oídos sordos a la petición—, lejos del espectáculo. Vete a saber a qué han venido esos cabrones, chupaculos de esa zorra inglesa.

Coby, que así se llamaba el chaval, ocultó una risita tras su mano. Por más que el reverendo Kerr le dijese a Cork que su lengua lo condenaría a los infiernos, el herrero parecía no saber expresarse de otro modo. Y él, que tenía el privilegio de ayudarlo de tarde en tarde entregando encargos con los que se ganaba alguna moneda, aprendía rápido aquellas expresiones que luego, cuando la profesora no lo escuchaba, repetía a sus compañeros de clase; era el héroe de algunos muchachos.

—Ya que estás levantado, ve a avisar a Meltonrose y al reverendo. —Como tardaba en moverse elevó el tono—. ¡Ahora!

Viendo que el crío hacía lo ordenado, se dirigió muy decidido hacia el oficial de la Guardia Negra.

Coby salió a la carrera; no era la primera vez que Cork le soltaba una buena colleja y sabía lo que escocían. Atravesó, pues, el pueblo por callejuelas laterales, descubriendo a varios militares que aporreaban ya las puertas de algunos vecinos. Se preguntó, como tantos otros en el pueblo, qué era lo que buscaban.

Llegó con la lengua fuera a casa del señor Meltonrose, el mandamás y hombre más rico del pueblo, cuyos barcos siempre regresaban con las bodegas a reventar, le dijo en cuatro palabras lo que sucedía y luego corrió como un lebrel escocés persiguiendo a un ciervo hasta llegar a la iglesia. Entró como un tornado, obligando al anciano Kerr a dar un brinco y volverse asustado al escuchar la puerta golpear el muro. Se ayudó de un banco para incorporarse del rezo, porque sus huesos ya no eran lo que fueron, y cruzó los brazos sobre el pecho en actitud enojada, dispuesto a echarle una buena reprimenda. Coby trataba de recuperar el resuello apoyado en sus rodillas y haciendo el mismo ruido que un fuelle.

—Coby Duncan, estas no son formas de...

Al representante de la Iglesia no le dio tiempo a decir más antes de que el chicuelo le largase con atropello la misma información que acababa de pasar al *provost*[1]. Y sin esperar a más, volvió a salir a toda velocidad para tomar el camino que llevaba a la escuela. Cork no se lo había dicho, pero él se veía en la obligación de avisar también de las nuevas a la señorita Loyd.

***

—Taffy, ¿quieres dejar de pegar la nariz a la ventana y volver a tu sitio? —El chico, delgado como un junco, con el pelo del color de las zanahorias y una sempiterna sonrisa de canalla, pegó

la cara más, si cabía, al rayado cristal—. Taffy, ¿me has escuchado?

—Sí, señorita —respondió, sin quitar los ojos del exterior.

—¿Entonces...?

—Es que hay una *hairy coo*. ¿Qué cree que hace aquí, señorita Loyd?

La noticia causó la desbandada general y, segundos después, los nueve niños y seis niñas a quienes Ayla trataba de enseñar, al menos, lo elemental, se agolpaban en las dos ventanas con que contaba el aula, intentando quitarse el sitio unos a otros. Tanto ella como Aileen Crown, que deseaba ser maestra y la ayudaba en las clases dos días a la semana, se levantaron al tiempo para poner orden, ensordecidas de repente por las risas y comentarios en voz alta de los chicuelos. Para ellos cualquier cosa fuera de ayudar a sus padres en la tierra, cargar con las cestas de pescado hasta la lonja o acudir los días señalados a escuchar los sermones en la iglesia era un acontecimiento. Sin duda alguna la presencia de una de aquellas icónicas vacas de pelo largo y anaranjado, típicas de Escocia, lo era, porque que ella supiera nunca bajaban al pueblo.

Oteó por encima de las cabezas de sus alumnos lo justo para percatarse de que era cierto y Taffy no bromeaba. Aileen ordenó a los niños ocupar sus asientos y ella abrió la puerta para ahuyentar al animal y poder seguir con la clase. Coby casi se la echó encima. Llegaba medio ahogado, con la cara roja por la carrera, y había perdido la manta por el camino.

—Soldados, señorita Loyd. *Am Freiceadan Dubh* —dijo apenas sin voz.

—¿Cómo?

—La Guardia Negra —le tradujo la muchacha que le ayudaba en las clases, puesto que ella conocía pocas palabras en gaélico, aunque intentaba aprenderlo a marchas forzadas.

Eso sí que causó un revuelo entre los niños. Y a Ayla se le aceleró el pulso sin quererlo. El que más y el que menos había oído hablar de aquel cuerpo especial creado tras la rebelión jacobita de 1715 para patrullar en las Tierras Altas de Escocia, formado en su tiempo por hombres de los clanes Campbell, Fraser de Lovat, Grant y Munro. Se decía de ellos que impresionaba verlos desfilar al ritmo de tambores y gaitas; soldados recios, valientes, con determinación y espíritu de compañerismo, pero temibles como enemigos. Su lema: *Nemo me impune lacessit*, «Nadie me hiere impunemente».

No todos, desde luego, los admiraban. A pesar de que sus patrullas por las Tierras Altas conseguían atrapar a rebeldes y asesinos, muchos seguían pensando que no eran sino traidores a las verdaderas costumbres y tradiciones escocesas.

Después de hacer que Coby se sentara para recuperarse de la carrera, y con el apoyo de Aileen, regresó más o menos la calma, aunque los críos le preguntaban al recién llegado al mismo tiempo, creando una cacofonía insoportable; no era su costumbre, pero se vio obligada a dar un par de golpes en la mesa con la regla para poner orden.

La vaca había quedado olvidada y pastaba tranquilamente frente a la escuela.

—¿Podemos ir a verlos, señorita Loyd?

—Por supuesto que no.

—Ya ha oído a Coby, son soldados de la Guardia Negra.

—Como si es el gigante guerrero de Beinn Edra —repuso Aileen, refiriéndose a uno de los mitos más conocidos de Skye. Se le daba bien contar historias, los niños la querían y acabaría siendo una maestra excelente.

—Pero, señorita Crown...

—Sigamos analizando las frases y fin de la discusión —dijo Ayla mientras borraba la pizarra, dispuesta a poner un nuevo ejercicio.

Sin embargo, no pudo hacerlo. Se abrió la puerta y en el umbral se recortó la delicada figura de una nueva visita. A pesar de cumplir ya los cincuenta, Nimue Meltonrose podía haber pasado por una mujer más joven. De escasa estatura, delgada, con el cabello del color de las calabazas y el rostro plagado de pecas, parecía casi una adolescente. Engañaba su apariencia débil y delicada, porque hacía gala de un genio vivo que sacaba en contadas ocasiones.

—Yo que vosotras daría la clase por terminada. ¿Se puede saber qué hace una vaca ahí fuera? —No esperó respuesta—. Hay soldados en el pueblo y lo están revisando de arriba abajo.

—¿Buscan a algún prófugo?

—Es muy posible.

A las jóvenes no les dio tiempo a evitar que la chiquillería saliese del aula gritando como energúmenos, antes incluso de que les dieran permiso, como si los persiguiesen mil dragones. Hasta la vaca se asustó y escapó monte arriba.

—Coby ha venido a avisarnos —dijo Ayla, en tanto recogía su chal.

—¡Mal rayo les parta! Ojalá caiga sobre ellos en pleno la maldición del nueve de diamantes —deseó Nimue, aludiendo a la mala suerte y desgracia que traía esa carta de la baraja; según se contaba, había sido utilizada para pasar órdenes de ejecución durante la rebelión jacobita.

—Por favor, no digas esas cosas.

Ayla apreciaba de veras a aquella mujer, junto con Aileen era su mejor amiga desde que llegase. Gracias a ella había conseguido el puesto de maestra. Por lo que supo después de establecerse, una inglesa no tenía demasiadas posibilidades en Portree, el pueblo esperaba que una escocesa ocupase la plaza que dejase vacante la señorita Wells al casarse; su carta había sido desestimada y guardada en un cajón. Fue Nimue quien, viendo la necesidad de que los pequeños continuasen aprendiendo y la falta de formación de la joven Aileen, rescató su misiva del despacho de su marido, entró en la reunión del concejo sin siquiera pedir permiso y la puso sobre la mesa con un golpe seco.

—Han entrado en el pueblo como un elefante en una cacharrería.

—Tendrán sus motivos —dejó a las otras pasar delante y cerró la puerta dando dos vueltas a la llave, que luego guardó en el bolsillo de su falda—, no me imagino que los hayan enviado solo para darse un paseo.

—¿Tendrán sus motivos? Tú y tu alma generosa. Algún día te llevarás un disgusto de los gordos por querer ver siempre lo mejor de las personas.

—Y usted acabará con arrugas por pensar mal de todo el mundo —bromeó Aileen.

—Esas ya las tengo por culpa de mi marido, cariño, puedes jurarlo sin temor a equivocarte. —Sonrió también la otra, tomándose de su brazo.

Capítulo 2

Había un buen número de paisanos en la plaza, y los ánimos estaban exaltados.

El reverendo Kerr no paraba de mover las manos y hablaba deprisa, le pareció a Ayla que le explicaba algo al sujeto que vestía de oficial. A su lado, Thomas Cork, con cara de pocos amigos, apretaba sus enormes puños a los costados, con seguridad conteniéndose a duras penas para no atacarlo. Conociendo el carácter levantisco del herrero, la joven pensó que no sería extraño que el militar acabase con un par de huesos rotos, lo que podría dar con los de Cork en presidio. A George Meltonrose, sin embargo, no se lo veía por ninguna parte cuando, por su cargo, debería haber sido el primero en acudir a saber qué sucedía.

Vio que el oficial decía algo al ministro de la Iglesia, este retrocedía perdiendo el color de la cara y llevándose una mano al pecho; parecía a punto de desmayarse en tanto Cork se adelantó un paso en actitud belicosa. La cosa se estaba poniendo fea y Ayla decidió intervenir para evitar males mayores.

—¿Se encuentra bien, reverendo? —preguntó, poniendo al mismo tiempo una mano en el brazo del herrero para detenerlo—. Por favor, señor Cork, cálmese.

Otra mujer, en su caso, no se hubiera atrevido a meterse en la conversación. No se le hubiese pasado por la imaginación hacerlo meses antes, desde luego, pero las cosas habían cambiado mucho desde su llegada. Su interés por los pequeños, sus donativos de parte de su exiguo sueldo de maestra a las viudas de dos pescadores muertos en un naufragio tres meses antes y la ayuda desinteresada que prestaba al reverendo cuidando de los enfermos habían hecho que los habitantes de Portree acabasen por admitirla entre ellos. Y hasta solían seguir sus consejos cuando se daba el caso. Se inclinó un poco para recogerse el ruedo de la falda que se estaba embarrando cuando escuchó:

—Váyase a su casa, muchacha.

Aquel tono de voz, seco y autoritario, hizo que Ayla se irguiese como si acabase de picarla una serpiente. Lo que encontró ante ella la dejó momentáneamente sin capacidad de respuesta. El sujeto le sacaba una cabeza, y eso que ella era alta para ser mujer. Tenía un rostro de facciones duras, pero que muy bien podría haber pertenecido a un dios del Olimpo: el cabello oscuro, la

nariz patricia y unas cejas pobladas sobre unos ojos del color de la tormenta. Su mirada permaneció prendada más tiempo del prudente de unos labios ligeramente gruesos. Todo él parecía haber sido esculpido en acero; el uniforme, que le sentaba divinamente, no disimulaba el poder de sus anchos hombros, sus brazos o sus piernas, enfundadas en medias bajo el *kilt*. El Balmoral con el pompón y la pluma roja, algo ladeado, le daba un aire regio que impresionaba.

Ayla se sintió intimidada ante aquella mirada borrascosa. Pero fue solo un instante. Ella no era una muchachita desvalida a la que aquel soldado malhumorado pudiese dar órdenes. Desde que llegase a Portree vivía con humildad, pero ante el zopenco que tenía delante recordó quién era y a qué familia pertenecía. Se vistió en un santiamén de la altivez que solía caracterizar a muchos de su clase social, se calzó de insolencia y respondió elevando la barbilla con gesto autoritario:

—Para usted, señorita Loyd.

Podía haber echado mano de la posición que ocupaba su familia, pero no lo hizo. Se había ganado el respeto y el cariño del pueblo porque la veían como una más de ellos, de modo que resultaba impensable presentarse ante aquel oficial como la hija de Francis Edward Loyd, importante miembro del Parlamento condecorado en su juventud con la Cruz Victoria.

—Es usted inglesa. —No fue una pregunta, sino una afirmación.

—¿Algún inconveniente con eso, oficial?

—Pues bien, señorita Loyd: váyase a su casa —repitió con retintín, obviando su pregunta y a ella al segundo siguiente, para acariciar la testuz de su caballo y prestar atención al soldado que se acercaba—. ¿Qué hay, Preston?

—Hay una posada decente, mi teniente. Y un recinto adyacente que parece cómodo, donde podrían dormir los hombres.

—Encárgate de ello. Y de Kelpie, por favor —pidió entregándole las riendas de la montura.

—¡A la orden!

—Dado que no pienso irme a ninguna parte hasta saber qué hacen aquí —interrumpió ella al oficial, obligándolo a volverse para mirarla—, ¿sería tan amable de darnos una explicación a este abuso?

—Buscamos a unos contrabandistas. Le aseguro que voy a levantar hasta las piedras de la iglesia para dar con ellos... señorita Loyd.

—¿Por qué no han enviado al Cuerpo de Voluntarios de Fusileros?

—Yo no cuestiono las órdenes, reverendo. Las cumplo.

—En Portree nadie tiene que ver con contrabandistas, oficial —protestó Ayla.

—Por el bien de todos, espero que sea así. Y ahora, tengo cosas más importantes que hacer.

Ayla adivinó el final de la frase que él no había querido decir: «cosas más importantes que hacer... que hablar con una mujer». Una rabia sorda la invadió, se adelantó y le tomó por el brazo. Lo soltó una milésima de segundo después, había sido como tocar una roca.

—¡Ni se le ocurra dejarme con la palabra en la boca! —lo increpó cuando se dio la vuelta para mirarla, aunque le tembló un poco la voz.

Lean MacKay cerró los ojos, inspiró todo el aire que le permitieron los pulmones y lo soltó despacio contando mentalmente hasta diez. Lo cierto era que el primer sorprendido era él. Por norma, era un hombre cabal y tranquilo, que gustaba de dialogar antes que discutir; a pesar de ser militar, creía firmemente que se ganaba más con la palabra que con las armas. Sin embargo, acababa de comportarse como un pollino, pisoteando sus creencias. Ella lo miraba como si le hubieran salido cuernos y rabo, y no era para menos.

En su defensa, para sí mismo y no para los demás, solo podía decir que la visión de aquella muchacha lo había descolocado. Mientras ella había estado mirándolo con descaro, él había hecho otro tanto. No era una belleza de las que quitaba el aliento, pero a él se lo había robado la sonrisa que dedicó a sus vecinos al llegar. Vestía con sencillez, pero ni ataviada con sedas podría ser su porte más principesco: tenía el cutis inmaculado; el cabello, que sobresalía por debajo de la mantilla que llevaba sobre la cabeza, del color del chocolate con reflejos dorados; los ojos, verdes. Le había impactado, sobre todo, una boca de labios jugosos y rosados que, como un necio, deseó probar en ese mismo instante. Por unos segundos se sintió desorientado, anulado, por completo cautivo de aquella muchacha, envuelto en un deseo tan carnal como irracional. Eso lo irritó sobremanera porque no creía en los flechazos y, hasta entonces, siempre pudo dominar sus emociones.

De pronto se dio cuenta de que no podía pagar su falta de control con la joven que aguardaba como si quisiera asesinarlo, con los puños apoyados en la estrecha cintura que él, como un bellaco, soñó en rodear con sus manos. No quedaba nada de la sonrisa que lo hechizase, y el brillo juvenil de sus ojos había mutado en cólera.

Carraspeó, cruzó las manos a la espalda y se irguió un poco.

—Les ruego perdonen mis agrios modos. Señorita, le pido especialmente disculpas. —Sonrió de repente, clavando sus ojos en ella—. Ninguno de ustedes tiene la culpa de que llevemos días de marcha y estemos agotados. Espero de todos que colaboren con nuestro trabajo; cuanto antes encontremos lo que buscamos, antes nos iremos. Ahora, si me excusan...

Ayla, tonta ella, lo perdonó al segundo de ver su sonrisa y el hoyuelo que se le formaba en la mejilla derecha. No la engañaba, de todos modos, su repentina amabilidad: aquellos ojos grises seguían amenazando tormenta. Pero, ¡por Dios bendito!, si él sonriese más sería capaz de ganar batallas sin disparar una sola bala.

Capítulo 3

Lean se tomó un momento para, desde su posición, admirar cuanto le rodeaba, en tanto tres de sus hombres registraban otra cueva más. Llevaban más de una semana allí y aún les quedaba alguna por inspeccionar, los acantilados contaban con un buen número de ellas y en cualquiera los contrabandistas podían guardar sus mercancías.

Abajo, las olas rompían con inusitada violencia contra las paredes rocosas dejando estelas de espuma que desaparecían con la llegada de un nuevo embate de mar. Era muy posible que hubiese lugares más hermosos en el planeta, pero a él le parecía que su tierra abrazaba al nativo y al forastero con su belleza para no soltarlo jamás.

El paisaje, imponente y pintoresco, era un deleite para la vista cuando, como en ese momento, la bruma cubría parte de las rocas y las colinas, allá donde los ciervos rojos se escondían en los bosques de abedules, pinos y robles, seguramente persiguiendo a alguna *bean-shìdh*[2].

Se distrajo siguiendo el mayestático planeo de una pareja de águilas reales, hasta que la delicadeza de su vuelo le hizo recordar, por millonésima vez, a la señorita Loyd. No podía quitársela de la cabeza, verla a menudo en la calle lo perturbaba y cualquier cosa le recordaba a ella. Por eso, a pesar de no haber encontrado indicios de los contrabandistas, se había resistido a marcharse del pueblo, había enviado al grueso de sus hombres de regreso a la unidad, quedándose él con un retén de soldados que, sin ninguna suerte, continuaban explorando grutas, subterráneos y túneles abandonados hacía décadas, sin encontrar nada. Incluso se había planteado la posibilidad de que los traficantes hubiesen elegido otro punto cualquiera de la costa escocesa para sus actividades.

Era por la muchacha, por sacársela de la cabeza, que formaba parte de la patrulla, cuando podía haberse quedado cómodamente en la posada. Porque deseaba hacerse el encontradizo con ella. Porque necesitaba aquella mirada límpida como los lagos escoceses. Porque, no quería engañarse, cada vez que la veía sonreír a alguien sentía el alma ligera.

Sacudió la cabeza y prestó atención a los hombres que, con precaución de no resbalar, ascendían la pendiente.

—¿Algo que informar? —preguntó.

—La cueva, creo yo, teniente, no es sino un lugar para reunirse los chavales del pueblo. O los amantes. Quedan restos de fogata y un par de mantas deshilachadas. No tiene más de sesenta pies cuadrados, con una laguna de poca profundidad más allá de la cual solo existe una pared de roca.

—Regresemos al pueblo, aún queda claridad y varios edificios por registrar.

***

La luz comenzaba a escasear y las sombras iban haciéndose dueñas de la habitación. Prendió un par de lámparas de aceite, revisó el guiso que tenía junto a la chimenea, avivó el fuego y decidió continuar con la lectura de *Fausto*, de Johann Wolfgang von Goethe.

Aquella tarde había dado permiso a los niños para que Aileen los llevase de excursión, aprovechando de paso para una lección de Botánica, materia en la que la jovencísima aspirante a maestra era especialista; no en vano, desde su tatarabuela, los conocimientos sobre los efectos de las hierbas curativas habían pasado de madres a hijas.

Ella había tomado la decisión de darse una vuelta por la iglesia, por ver si era necesaria su ayuda. No lo fue, pero visitó a un par de ancianos y dio conversación a alguna de las viudas. Lo que la agotó fue tener que poner buena cara a los cuchicheos, más de hombres que de mujeres. Regresó a casa hastiada de tanto cotilleo; ese tipo de cosas era lo que la había alejado de Londres. Pero en todos los sitios era lo mismo, la gente hablaba y hablaba viendo las faltas ajenas y no las propias. Ella era una persona de genio vivo, pero no solía guardar rencor, de modo que la animadversión que continuaban teniendo algunos de sus ahora paisanos contra los soldados le sabía mal. No dejaba de reconocer, eso sí, que su presencia en el pueblo durante más días de lo esperado mantenía las espadas en alto; eran muchos los que renegaban de ellos por servir a la Corona inglesa. Y ella, aunque le doliese, reconocía que la historia les había dado motivos para el recelo, dejándoles el poso de la rebeldía en las almas.

Tampoco había ayudado a su buen humor encontrarse con el teniente MacKay a la salida del mercado de abastos. ¿Por qué no se iban de una vez? Que ella supiese, no habían encontrado nada. Entonces ¿a qué esperaban? No iba a negar que se le aceleraba el corazón siempre que lo veía de lejos, se cruzaban en la calle o él inclinaba la cabeza a modo de saludo desde la otra acera. Casualmente eso era lo que la fastidiaba, porque cada día le era más difícil olvidarse de su presencia y, más de una vez, hasta había perdido el hilo de la clase recordando su apostura y su sonrisa.

Soltó el aire con un gesto que hubiese recriminado su madre por poco femenino, con el que se hubiese ganado un pescozón de su tía abuela, y fue a buscar el libro, pero lo dejó sobre la cama al escuchar los fuertes golpes en la puerta de la vivienda. Al abrir se encontró con una pareja de soldados, a los que faltó cuadrarse ante ella.

—Señorita, tenemos orden de registrar su casa.

Ayla asintió, haciéndose a un lado para permitirles la entrada; ya le había extrañado no recibir

su visita hasta ese momento, cuando la mayoría de las casas, cuadras y almacenes habían sido inspeccionados. Nada tenía que ocultar, y aquellos hombres solo estaban cumpliendo con su deber. No cerró la puerta, sino que se quedó junto a ella con los brazos cruzados, sin perder detalle de lo que hacían. Parecían más incómodos que ella misma.

—Huele de maravilla, señorita —comentó uno de ellos, acaso para quitar hierro a la situación.

—Los invitaría a cenar, pero dudo mucho que el estirado de su teniente lo permitiese. —El recuerdo del oficial, al que volvió a catalogar de atractivo, la hizo hablar sin pensar.

—Mis hombres ya tienen lugar donde saciar su apetito, señorita Loyd, no debe preocuparse por ellos.

Ayla pegó un brinco al escuchar la voz, con un toque de burla, y sentir un aliento cálido junto a su oreja derecha.

—¡Dios, qué susto! No pretendía decir que...

—Sí que lo pretendía. Pero dejemos eso.

Ayla frunció los labios. La imponente imagen de Lean MacKay vestido de uniforme no la había abandonado ni dejado descansar bien. Cada noche apoyaba la cabeza en la almohada pensando en sus ojos grises, y cada mañana despertaba imaginando aquella sonrisa que le provocaba un hormigueo en el estómago. A eso se le llamaba «obsesión», se recriminaba. ¿Por qué le gustaba, cuando él parecía esforzarse por mostrar ante todos a un hombre frío, antipático y arrogante? Intuía que se trataba solo de una fachada, porque ella lo había visto ayudar a alguna mujer que iba cargada, bromear con los chiquillos y hasta soltar una carcajada cuando Coby le pidió prestada su espada para jugar. Trataba de esconder la ternura tras un muro de severidad.

«Mi honorable teniente», pensó, y reprimió un suspiro al fijarse en su boca que, con solo auparse, podría haberle besarlo. El ruido de un cacharro al caer la liberó del embrujo.

—Lo siento. —Escuchó a su espalda.

—Aquí no hay nada que pueda interesarles, no guardo licores o tabaco de contrabando —protestó.

—En apariencia —repuso MacKay, dando una ojeada general desde donde se encontraba, pero sin traspasar el umbral, porque ella le cerraba el paso a modo de barrera infranqueable.

Era una cabaña igual a tantas otras de cualquier pueblo de las Tierras Altas, con paredes de piedra y tejas de barro en el exterior; el interior era sencillo, con una habitación no demasiado grande que hacía las veces de cocina, salón y cuarto de estar, con un par de ventanas pequeñas, y otro cuarto al fondo; los muebles, los básicos. Eso sí, impoluta, ordenada, oliendo a brezo y con un jarrón de flores sobre la mesa que ponía una nota de alegría al cuarto.

Uno de los soldados le pidió permiso para pasar a lo que imaginaba era su habitación; Ayla se lo dio sin volverse, sin perder de vista el rostro pétreo que tenía ante ella y al que, ¡condenada fuese!, no podía dejar de mirar. Aquellos ojos grises la tenían fascinada. Solo dijo, ladeando un poco la cabeza por encima del hombro:

—Espero que no le incomode manosear la ropa interior femenina que hay en la cómoda,

soldado.

Como respuesta escuchó un carraspeo. La luz del cuarto bajó de intensidad cuando el militar se hizo con una de las lámparas, pero no pudo evitar regocijarse al apreciar que el teniente hacía esfuerzos por no echarse a reír. ¡Qué guapo era el condenado! Él dio un paso adelante; y allí, en la penumbra, tan cerca uno del otro, el corazón de la muchacha comenzó a latirle con rapidez.

—Mi teniente, tiene que ver esto —avisaron desde dentro.

—¿Me permite? —pidió él.

Ayla, intrigada, se hizo a un lado, siguiéndolo hasta la habitación. Maldijo en silencio al ver que habían abierto el baúl que tenía bajo la ventana; cubierto con un paño y un tiesto, ya casi se había olvidado de lo que guardaba en él.

Lean examinó el contenido del arcón con creciente interés. Sacó un vestido de color cobre con pequeñas perlas en el escote y el bajo, que debía costar más que su paga como oficial, y lo depositó con cuidado sobre la cama. Eso hizo que se fijase en el libro, una exquisita edición de *Fausto*.

—¿Puede explicarme esto, señorita Loyd?

—¿Qué tengo que explicar? No son más que vestidos.

—No, desde luego, de los que se puedan adquirir con un salario de maestra. Como tampoco ese libro o la joya que lleva al cuello.

Ayla cubrió el colgante con su mano derecha, lo hizo desaparecer bajo el escote del vestido y retrocedió; maldijo su descuido, nunca lo llevaba visible. A lo que él se refería no era una joya exactamente. Se trataba de un simple botón que había heredado. Su madre lo había lucido en un broche, pero antes de pasárselo lo convirtió en un colgante. Recordaba aquella tarde en que le aseguró, muy seria, que aquel botón la ayudaría a encontrar al verdadero amor junto a un caballero que vistiese uniforme. Para ella, no había sido más que una de tantas supersticiones estúpidas... hasta ese momento. Porque de pronto se imaginó que el teniente MacKay muy bien podría ser...

Cerró los ojos con fuerza para alejar tan disparatadas ensoñaciones.

—Mi tía abuela pensó que podría necesitarlos —gruñó al cabo de un momento, pues él esperaba una respuesta, pasando el peso de su cuerpo de un pie a otro cuando el teniente se la quedó mirando con fijeza.

—En un lugar como este, poco factible. ¿Y la joya?

—Es algo así como un... amuleto.

—Engarzado en oro —apuntilló MacKay con ironía, aproximándose a ella.

Sin querer, o adrede, las yemas de sus dedos rozaron la delicada piel de la garganta femenina al tirar de la cadena para contemplar la joya. La notó temblar de pies a cabeza. Hubiese sonreído al saber que la ponía nerviosa, si a él mismo no le hubiese atravesado, como un rayo, el imperioso deseo de acariciar su cuello, deshacer el recatado moño bajo que llevaba y meter los dedos en su cabello, pegarla a su pecho, besar su boca y...

—¿Y qué si lo está? —Cortó ella su encendida imaginación.

—Va a tener que explicarme muchas cosas si no quiere que la detenga por contrabandista, señorita Loyd. —Soltó la cadena.

—¡¿Está usted borracho?!

Lean miró a sus subordinados, les hizo un gesto con la cabeza y ambos abandonaron la vivienda. De nuevo en el salón, dio la vuelta a una silla y se sentó, apoyando los brazos en el respaldo. Los dos faros tormentosos que eran sus ojos en ese momento se clavaron en Ayla.

—Deme una buena razón para no arrestarla por contrabando.

Capítulo 4

—Cuénteme su versión —insistió MacKay en tono áspero, ante el silencio de la joven.

Ayla acabó por ceder. No venía al caso callar cuando él había visto más de lo conveniente; estaba entre la espada y la pared. Tomó otra silla, la arrimó a la mesa, cruzó las manos sobre la madera y preguntó, mirándolo de frente:

—¿Me promete que lo que le diga no saldrá de estas cuatro paredes?

—Soy un soldado, no un chismoso; guardaré el secreto de que es usted una posible delincuente y trataré de ayudarla a salir del aprieto.

—¡No sea absurdo, por amor de Dios! No soy ninguna transgresora. El colgante es un recuerdo de familia y los vestidos son míos.

—Comprados con su sueldo, ¿verdad? —ironizó él.

—Pues no. Desde luego que no. Podría haberlo hecho con la asignación que me pasa mi padre, pero en este caso son un regalo de mi tía abuela, lady Ophelia Wallwood. —Las oscuras cejas de MacKay se elevaron casi hasta el nacimiento del cabello al escuchar el título—. Si quiere puedo facilitarle la dirección de su mansión en Worksop y va a corroborar lo que digo.

Lean la miró durante un largo minuto sin abrir la boca porque la sorpresa era mayúscula. Había oído hablar de aquella dama cuando estuvo en Londres: viuda de Ernest Wallwood, era considerada como una mujer inteligentísima por unos y una subversiva por otros. Y la muchacha acababa de decir que era su tía abuela.

—¿Me está diciendo que su familia es...?

—Lo es. Pero prefiero que no se sepa en Portree.

—¿Acaso la han repudiado?

—Ni mucho menos. ¿De dónde ha sacado esa idea? Poseer títulos no implica ser dignos, teniente. En mi casa he tenido ejemplos constantes de equidad, sencillez y empatía, pero llegó un momento en que me vi obligada a entrar en sociedad y alternar con ciertos personajes, la mayoría de los cuales no merecen una segunda mirada. Ni siquiera entendían que mi anhelo por aprender y enseñar no se trataba de un simple capricho, sino de un sueño que he conseguido realizar aquí. Hubo incluso quien afirmó que había perdido el juicio.

—Ya veo —asintió. La entendía más de lo que ella creía porque, a fin de cuentas, él también había escapado; que hubiese sido para no volver a ver a su padre era otro asunto.

—He estado viviendo unos años con mi tía abuela, una mujer peculiar, estudiosa y abierta a nuevas ideologías que muchos verían como poco convencionales. Ella me ayudó a buscar este empleo y convenció a mis padres para que me permitieran venir a Escocia.

Lean se echó hacia atrás y guardó silencio de nuevo, asimilando lo que le acababa de contar. La historia era creíble, desde luego. Admiraba su valentía al haber abandonado todo por cumplir un sueño. No. La admiraba por eso y por más, porque desde que estaba en Portree no había dejado de escuchar alabanzas hacia ella: que si ayudaba al reverendo con los ancianos y enfermos en sus horas libres, que si llevaba cestas de comida y ropa a familias necesitadas... Cada vez que la señorita Loyd salía a la palestra se notaba el afecto que le tenían. Sus dudas sobre el modo en que una simple maestra tenía aquellos vestidos y conseguía dinero para sus gestos de caridad acababan de ser esclarecidas.

—Le pido, teniente —continuó ella—, que no me descubra, yo misma lo haré si llega el momento; me ha costado meses ganarme la confianza de estas gentes a las que he llegado a querer, no me gustaría que pensasen que los he engañado.

—Es lo que ha hecho, pero tiene mi palabra de que le guardaré el secreto —aseguró, con un amargo sabor en la boca. Una dama, nada menos. Por mucho que se hubiese encerrado en aquel pueblo de las Tierras Altas, provenía de una rica familia, y solo con chascar los dedos podría dejar todo aquello y regresar a su mundo. Si por un solo instante había imaginado que podía acercarse a ella, desde ese momento quedaba descartado. ¿Qué podía ofrecerle aparte de tener que seguirlo allá donde lo enviase el ejército?

Ella lo acompañó hasta la puerta. Se quedaron mirándose el uno al otro. En los ojos de Ayla había gratitud, sí, pero también algo más. ¿Quizá un poquito de deseo?, se preguntó Lean. No estaba seguro. Sí lo estaba del suyo, sin embargo. Era una locura, lo sabía, porque apenas conocía a la muchacha y él estaba en una misión que, si tenían suerte, finalizaría en pocos días. Pero el corazón, ese órgano bobo que pone la vida de cualquiera de cabeza, nunca entiende de tiempo ni circunstancias, solo lo lanza a uno a un torbellino de pasión para la que a veces no se está preparado. De haber podido, de haberse atrevido, la hubiera tomado en sus brazos y saciado aquel deseo irrefrenable que lo embargaba cada vez que la veía.

Con los nudillos, acarició la mejilla femenina y contuvo el aliento cuando ella apoyó una palma abierta en su pecho, donde el corazón le latía desbocado. Se fue inclinando hacia sus labios despacio, sin dejar de mirarse en aquellos lagos verdes que eran sus ojos, descubriendo un brillo especial en ellos, acaso adivinando que quería besarla. No encontró oposición. Se unieron sus bocas en un beso suave, delicado, repleto de promesas.

Fue Ayla quien le echó los brazos al cuello para atraerlo más hacia ella, pegando sus pechos al duro tórax del teniente escocés. Le hubiese gustado que MacKay profundizase la caricia, sentir sus manos sobre ella. Pero, como el caballero que era, se apartó un instante después, dejándola

mareada y deseosa de más. Solo se permitió darle un beso en la punta de la nariz antes de darle las buenas noches y marcharse.

Ya a solas, Ayla se dejó caer contra la puerta. Notaba en los oídos el retumbar de los latidos de su corazón como tambores de guerra. Se pasó la punta de la lengua por los labios, donde persistía el sabor de los masculinos.

—Mi dulce teniente —se repitió, sonriendo como una tonta y sabiendo ya que sí, que era muy posible que pudiera enamorarse de aquel orgulloso escocés.

Capítulo 5

Aparte de dos barriles de licor francés en casa del doctor Allanach, los soldados no encontraron nada de importancia durante los registros efectuados en los días siguientes. Nadie ignoraba en Portree la afición de su esposa Nelia a la buena bebida, aunque jamás se dejó ver ebria. Tampoco ignoraban que él sería capaz de bajarle la luna si ella se lo pidiera. Mucho menos, que traía el licor a través de un conocido que iba y venía de las costas inglesas a las francesas dos veces al año; en otoño solía hacer una ruta por los pueblos del norte de Escocia, en muchos de los cuales vendía sus productos, pasando indefectiblemente por allí. Y, ¿por qué engañarse?, a pesar de la enemistad de siglos anteriores entre los dos países, nadie se reprimía de adquirir alguna fruslería que estuviera dentro de sus posibilidades.

El temor a que los soldados de la Guardia Negra arrestasen a Allanach congregó en la puerta de la cabaña a unos cuantos vecinos, algunos dispuestos a enfrentarse con los militares; Tommy era uno de los suyos y, pudiendo haber ejercido en Edimburgo, había preferido quedarse en Portree. Muchos paisanos le debían la vida. Pero no hubo ocasión de reyerta, el teniente obvió los barriles. Sabía que el que podía pagárselo adquiría mercancía poco lícita, no era cuestión de llevarse a Allanach por un poco de licor o a cualquier dama por comprar un encaje francés. Él iba tras un grupo organizado, capaz incluso de matar por sus intereses.

Nelia, agradecida por la actitud nada beligerante del teniente, se encargó de contar a quien quiso oírla su amabilidad para con ella y su esposo. Y esa fue la causa de que tanto MacKay como sus hombres fueran invitados a la celebración que se llevaría a cabo días después: la boda de su hija Isobel.

En una comunidad bien avenida como era la de Portree, no hubo nadie que no quisiera poner su granito de arena para que el acontecimiento fuese un éxito que se recordaría durante los largos meses de invierno. Las mujeres se encargarían de preparar una buena cantidad de comida y los hombres ayudarían al médico a levantar la carpa donde se celebraría el convite, en previsión de que pudiese llover. Lean dio permiso al soldado que se lo pidió para cooperar con los trabajos, y hasta él echó una mano, contagiados todos por la alegría general.

El día de la boda amaneció despejado y poco frío, como si Dios hubiese querido contribuir con

sus dones. La novia estaba preciosa, y Ayla agradeció mentalmente a su madre que la hubiese obligado a aprender algo de costura, porque había bordado el cuello y los puños de la prenda como regalo de bodas. El ramito de brezo blanco prendido en el cabello, como marcaba la tradición a modo de buena suerte, hacía que Isobel pareciese una princesa de cuento. El novio, Roy Ferguson, llegó acompañado de tres amigos, todos ellos ataviados con *kilt*, chaqueta, faja y *sporran*[3]. El reverendo Kerr había dispuesto la desgastada alfombra roja en el pasillo central de la iglesia. No faltó la música de gaita a la entrada y salida del templo, deseando buena suerte al nuevo matrimonio, el ritual de enlazar las manos de los contrayentes con una cinta en señal de unión ni el intercambio de nudos entre la pareja como símbolo de alianza indisoluble.

Lean, a varios metros de la entrada de la iglesia, no había perdido de vista a Ayla que, por falta de espacio, tampoco entró en el lugar. Se le disparó el corazón al verla llegar acompañando a la novia, porque no creía haber visto a otra mujer tan preciosa como ella. Había elegido un atuendo algo más vistoso que los que solía llevar a diario, pero no dejaba de ser una falda larga de color marrón y un corpiño dorado bordado; sobre los hombros, un chal a juego con la falda le daba un toque de distinción. Lucía su cabello bajo los rayos del sol, sus ojos brillaban de alegría y su boca, esa que había probado muy brevemente, se estiraba con frecuencia con cada sonrisa.

El banquete fue abundante: *haggis* de cordero servido con puré de patata y nabos, sopa de pescado y puerro, mariscos frescos, salmón ahumado, distintos tipos de empanadas, huevos cocidos y variedad de dulces que hicieron las delicias de todos los presentes. No se escatimaron las jarras de cerveza ni el whisky, aunque el doctor no abrió el barril especial hasta los postres. Para cuando comenzó la música, la mayoría se encontraba achispado y las conversaciones y risas subían de tono.

Al sonido de la primera gaita se unieron otras, una flauta, un acordeón y un violín; un sonido alegre, rápido, animoso, que invitaba a bailar. Los asistentes se olvidaron, entonces, de llenar los estómagos, que no de empinar el codo, y comenzaron a dar palmas mientras que los más jóvenes formaban parejas.

Lean no escondió su sonrisa de placer al fijarse en que Ayla, sentada junto a la esposa del alcalde, no paraba de mover los pies bajo la falda. Sintió la imperiosa necesidad de tenerla en sus brazos. Atravesó, pues, la distancia que los separaba y le ofreció una mano, invitándola a bailar. Ella no se lo pensó, se levantó de un salto, agarró su palma y corrieron hacia el grupo de bailarines.

El hombre, a la izquierda; la dama, a la derecha; cuatro pasos adelante, giro; cuatro pasos hacia atrás... Se escuchaban risas, silbidos, algún que otro aplauso. Pero Lean no era consciente de la algarabía que lo rodeaba, no tenía noción sino de la mujer que estaba a su lado, sonriendo como una niña con zapatos nuevos, sonrosadas las mejillas debido a haberse excedido un pelín con el whisky o el licor del barril que Allanach compartió para el evento, y por el acaloramiento de la danza. No había que ser un experto bailando si uno escuchaba al hombre que iba dando las instrucciones antes de cada paso; ella sabía escuchar, sin duda, porque solo se confundió en un

paso que la hizo estallar en carcajadas. Se la imaginó con un vestido de seda que permitiera ver sus hombros desnudos, luciendo el peinado que le habría hecho una doncella y con joyas. No sería una carpa en un pueblo pesquero, sino en el engalanado salón de unos marqueses, duques o condes que la hubiesen invitado. Y volvió a morderle la angustia preguntándose cuánto tiempo aguantaría la delicada señorita Loyd hasta decidirse regresar a ese mundo.

Hacía mucho tiempo que Ayla no se sentía tan feliz. El júbilo de los que ya consideraba sus amigos era contagioso, así que comió más de la cuenta, bebió más de lo prudente y, al empezar la música, deseó probar si sería capaz de seguir aquel ritmo casi febril. Vio acercarse al teniente, con claras intenciones de pedirle un baile, tragó saliva con esfuerzo y dejó escapar un gemido. Nimue hubo de darle un codazo para que cerrase la boca. Y es que no había podido dejar de mirarlo durante toda la celebración, yéndosele los ojos al otro extremo de la larguísima mesa donde él se encontraba. Estaba tan atractivo con su uniforme de gala que creyó que el corazón se le saldría del pecho. Volvió a recordar el ligero beso que habían compartido y se preguntó con un suspiro si aquel día podría volver a probar sus labios.

Rio, coqueteó descaradamente con él mientras bailaban, y aceptó formar pareja con otros hombres mientras él lo hacía con otras muchachas, pero los ojos de ambos se buscaban a cada poco, como si estuvieran unidos por un hilo invisible. Y Ayla soñó con pasear al lado de su dulce teniente a la luz de las estrellas, sentirse abrazada por él, besarlo de nuevo y escuchar su voz de barítono confesándole que ella le gustaba. Un sueño, sin embargo, que se transformó en congoja, porque sabía que en breve se marcharía, destinado a cualquier nueva misión. De modo que cuando Lean, como si hubiese adivinado sus deseos, le preguntó si quería dar un paseo por las afueras, arrinconó la tristeza y se prometió disfrutar del momento para recordarlo siempre.

No se alejaron mucho antes de que él, comido ya por la necesidad de besarla y estrecharla entre sus brazos, la tomara por los hombros, bajara la cabeza y atrapase su boca como un sediento. Ella sabía a licor, a dulce, a gloria. Se entrelazaron sus lenguas en una danza singular, dando y tomando, regalando calidez y exigiendo entrega. Nunca antes un beso le había causado a MacKay ese impacto, fue como un disparo al corazón que lo dejó a merced de aquella preciosa mujercita de ojos verdes y sonrisa de diosa. Ayla hubo de sujetarse a la cintura del teniente al notar que las rodillas le fallaban.

—Si las circunstancias fueran otras... —comenzó a decir él, guardando silencio al instante.

—¿A qué te refieres? —lo tuteó.

—Si yo pudiera... Pero es imposible.

—¿Qué quieres decir, Lean?

Su nombre en los labios femeninos le sonó a música celestial. Daría su vida por escucharla llamarlo así cada mañana, cada noche, a cada momento.

—No importa. Pero yo...

Risas que se acercaban les obligaron a separarse. Se quedaron mirándose un momento, con los ojos brillantes y las respiraciones aceleradas. Lean hubiera deseado llevársela a la habitación que

tenía en la posada, tumbarla en su cama, desnudarla y hacerla suya, marcándola con cada milésima de pulgada de su cuerpo. No podía ni debía. Era un hombre de honor; y ella, una mujer que no merecía un revolcón rápido, sino toda una vida de caricias y amor.

Antes de que los dueños de las carcajadas llegasen hasta ellos y la descubriesen allí, lo que podría provocar malos entendidos y, tal vez, posteriores cotilleos, volvió a darle un beso rápido y desapareció entre las sombras.

Capítulo 6

Taffy Gibson asintió repetidas veces, se guardó la moneda en el bolsillo de su desgastado pantalón y echó a correr. Nunca antes había ganado un dinero con tanta facilidad, parecía que su suerte empezaba a cambiar. Desde que su padre desapareciese en el mar durante una tormenta, un año tras, las cosas habían ido de mal en peor. Aunque su madre se mataba a trabajar en lo que podía y algunos vecinos, entre ellos la señorita Loyd, les echaban una mano, apenas tenían para lo más necesario. De modo que el dinero que acababan de darle, y el que le habían prometido tras entregar el mensaje de regreso, llevaría al menos carne a la mesa; estaba asqueado de tanta verdura y tanto pescado.

El individuo que le encargó el trabajo lo vio alejarse, cerró el visillo de la ventana, se acomodó en el sillón y escanció más whisky en su vaso ya vacío. De no haber representado un riesgo, le hubiese gustado acudir en persona a la cita que, desde hacía dos años y una vez cada tres meses, se llevaba a cabo en *an uaimh bhroc*, la cueva del tejón. De hecho, debería haber enviado aviso a Reid Nolan para que, en esa ocasión, no desembarcasen ninguna mercancía. Pero el contrabando le reportaba buenos beneficios; estaba seguro de poder burlar a la Guardia Negra.

Taffy bajó al trote la calle que llevaba a la escuela, deseoso de llegar a ella, palpando la moneda en su bolsillo. La señorita Loyd les había prometido llevar empanada de carne para tomarla a media tarde. Y él compraría otra para su madre en el mercado, cuando volviese de cumplir el encargo: bajar a la cueva del tejón y esperar a un hombre con un solo brazo, llevando su mensaje de regreso. Aquella tarde no podría quedarse a jugar con los compañeros, pero era un sacrificio que haría con gusto con tal de ver la alegría en el rostro de su madre cuando le entregase la *scottish pie* de cordero.

***

MacKay pensó durante varios minutos si abrir el sobre que acababan de entregarle o tirarlo al fuego. Le importaba muy poco lo que tuviese que comunicarle el abogado de su padre, hacía tiempo que había dejado atrás todo lo que lo uniese a aquel odioso ser. Dándole vueltas entre los

dedos, se acomodó frente a la chimenea y clavó su mirada en las llamas que lamían los troncos. Desde la cocina llegaban efluvios de lo que la dueña de la posada estaba cocinando para la cena, abriéndole el apetito. No le había costado demasiado, tras la marcha de la mayoría de la compañía, conseguir habitaciones para él y sus hombres a pesar de la reticencia del dueño, un sujeto malencarado de prominente barriga; su esposa, más lista que él, lo convenció con rapidez ante el sonido de las monedas que le ofrecieron. Y la hospedería estaba limpia, que ya era mucho.

Rasgó por fin el sobre; las malas noticias mejor leerlas cuanto antes. Desplegó la cuartilla y pasó los ojos con rapidez por la escueta esquela.

> Su padre ha fallecido. Se reclama su presencia a la mayor brevedad posible para hacerse cargo de Mullach tùr. Con mis respetos. Mervin Grant.

Retuvo el aire en los pulmones durante un largo minuto, soltándolo luego de golpe. Lanzó los papeles al fuego, se frotó el puente de la nariz y cerró los ojos, reclinando la cabeza en el respaldo del asiento.

Mullach tùr. «La torre de la cumbre». La mansión en la que su madre se unió a Ray MacKay, en la que él había nacido y se había criado bajo el yugo de un hombre sin principios que buscaba cualquier excusa para molerlo a palos; donde ella acabó ahorcándose debido a sus engaños y de la que él escapó, alistándose en la Guardia Negra, para evitar matar a su padre con sus propias manos.

Mullach tùr no era solo una enorme residencia, era una institución en Ullapool que comprendía tierras de labranza y una flota de diez barcos pertenecientes a la Sociedad Británica de Pesquerías. Una posesión que ahora le pertenecía y a la que no podía renunciar, aunque quisiera, porque muchas familias dependían de él. Le dio la impresión de que el destino jugaba con él, porque en un par de semanas expiraba su contrato con el ejército.

Tomó el *plaid*, se cubrió con él, envainó la espalda y salió a la calle. Necesitaba respirar, notaba que se ahogaba de pensar en la responsabilidad que acababa de caer sobre sus hombros. Fuera, había comenzado a caer una suave llovizna que pronto podría convertirse en aguacero, pero que agradeció. Sin darse cuenta de la dirección de sus pies, tomó el camino que llevaba a la escuela. Al percatarse del trayecto frenó, asintió y continuó andando; sí, el destino le guiaba los pasos, las cosas habían cambiado para él. Debía hablar con Ayla.

***

Borró el encerado, recogió la mesa, se echó el chal por los hombros y avisó a los niños, que ya salían en tropel.

—Derechos a casa, está oscureciendo y va a llover, no quiero que agarréis un resfriado. Coby, cúbrete bien, aún no te has recuperado del tuyo.

Mientras cerraba la escuela, observó que Taffy tomaba la dirección del acantilado en vez de la del centro del pueblo. Se había comportado de forma extraña durante la clase, mirando a cada poco hacia el exterior. ¿Qué le preocuparía? Era un niño al que no le gustaba dar demasiadas explicaciones sobre sus problemas. ¿Tal vez los tenía en casa? Para evitar que se metiese en algún lío, decidió seguirlo. No fue consciente de que, a poca distancia, Lean MacKay se quedaba mirándola con el ceño fruncido, empezando luego a seguirla a ella.

Capítulo 7

Lo que comenzase como un ligero chubasco acabó convirtiéndose, en efecto, en una tromba de agua que la caló hasta los huesos. Se escondió tras una roca cuando el crío, nervioso, echó un vistazo hacia atrás. Tiritó y hubo de taparse la nariz para no estornudar y delatar su presencia. De repente, una prenda pesada cayó sobre su cabeza y hombros. Dio un respingo, pero se relajó de inmediato al ver de quién se trataba, y se arrebujó en el cálido *plaid*.

—Escóndete, que no nos vea.

—¿A quién andas vigilando?

—A Taffy. No sé qué se trae entre manos.

El niño caminaba ya por la playa hacia el hombre que acababa de saltar a tierra desde una barca varada en la orilla. A pesar de la creciente oscuridad, el farol que mantenía en alto les dejó apreciar la falta de un brazo. Lean hubiese jurado que estaba sorprendido por la presencia del crío, pero hablaron un momento y luego dio media vuelta para regresar a la chalupa, donde lo aguardaba otro tipo. Antes de que Taffy hubiera coronado el montículo, llegando hasta donde ellos se encontraban escondidos, el bote había rodeado el bajío y desaparecido.

El terror del pequeño cuando se vio descubierto y Lean lo agarró por el cogote fue auténtico. Durante un minuto se resistió a abrir la boca a las preguntas del militar, pero el teniente lo asustaba, su profesora le recordaba que no debía mentir, estaba empapado, tenía frío y quería irse a casa.

—Me han pagado una corona y me darán otra cuando entregue el mensaje —acabó confesando—. No hago nada malo, solo de recadero. En casa hace falta el dinero, usted lo sabe, señorita Loyd.

—Yo te entregaré un soberano si nos cuentas todo —aseguró Ayla, haciendo que el niño abriese mucho los ojos ante la cantidad prometida—. ¿Qué recado debes entregar y a quién?

Una vez enterados del mensaje, Lean puso sus manos en los hombros de Taffy, lo miró muy serio y dijo:

—Ve a dar el recado como tenías previsto. Y de nuestro encuentro, ni una palabra si quieres ganarte el soberano de la señorita Loyd y una corona mía.

Dos días después, Reid Nolan, apodado el Manco, y cuatro de sus esbirros eran arrestados por los soldados de la Guardia Negra a la entrada de la cueva del tejón, junto a un abultado alijo de contrabando. George Meltonrose fue detenido una hora más tarde, mientras presidía una reunión, con el revuelo consiguiente al expandirse la noticia entre los habitantes de Portree de que llevaba tiempo actuando con los secuaces de Nolan. La única que no pareció sorprenderse de la corrupción de su marido fue Nimue. Más de un vecino hubiese deseado que ella ocupara un puesto en el concejo, dada su capacidad, pero habrían de pasar años antes de que una mujer pudiese tener voto y ser elegida para un cargo político. Nadie se opuso, eso sí, a que fuese ella quien se hiciera cargo de todos los negocios de su esposo, seguros de que repercutirían en beneficio de sus paisanos.

***

A MacKay no le dolía tanto tener que recorrer las 237 millas que lo separaban de Edimburgo para firmar su baja como abandonar a la mujer de la que se había enamorado como un loco. Cargó las alforjas en el caballo y se volvió hacia ella para grabar en su memoria sus ojos y su sonrisa. Su misión había finalizado y él tenía obligaciones.

—¿Volveré a verte? —preguntó Ayla, intentando retener las lágrimas. Lean le había contado sobre el fallecimiento de su padre y sus deberes para con los arrendatarios que se habían convertido en su responsabilidad. No era, como había creído, un simple oficial de la Guardia Negra, sino un terrateniente adinerado. Entendía que tuviera que marcharse, pero apenas podía respirar sabiendo que, tal vez, sus obligaciones les impedirían volver a estar juntos. Hasta era posible que hubiese alguna muchacha en Ullapool deseosa de convertirse en su esposa. ¿Quién le decía a ella que no la olvidaría?

Lean tragó saliva con esfuerzo. Había heredado una propiedad nada despreciable, tierras y un próspero negocio, pero seguía sintiendo que ella merecía mucho más. Había sido educada para casarse con alguien de alcurnia, para llevar un título y codearse con la alta sociedad de Londres. No podía pedirle que pasase su vida en un pueblo de las Tierras Altas de Escocia.

—Me gustaría poder mostrarte cada habitación de Mullach tùr, las tierras que rodean la propiedad, pasear contigo junto a Loch Broom, abrazarte en la proa de uno de mis barcos... —confesó con voz soñadora estrechándola contra su pecho, embriagándose del perfume del cabello femenino que acarició con deleite, con el alma rota por tener que dejarla.

—Teniente MacKay, ¿eso es una proposición?

—Lo sería, porque estoy enamorado de ti y querría pasar el resto de mi vida a tu lado. Pero no puedo pedirte que renuncies a todo por estar conmigo, Ayla. Y jamás querría que dejases de realizar tu sueño de ser maestra.

—Allá donde vas habrá una escuela, ¿verdad?

—La hay —asintió mirándola con creciente esperanza.

—Dame un mes para poner al día a Aileen, será una excelente sustituta. Luego iré a Londres. Imagino que tu casa tendrá las suficientes habitaciones como para alojar a mis padres y a mi tía abuela, porque los tres querrán conocer al hombre con el que voy a casarme.

—¿Quieres decir que...?

—Que iré a Ullapool, Lean, si tú quieres. Porque te amo. Este colgante —lo sacó para acariciarlo con los dedos, abrir el cierre y ponérselo a él— me ha traído el verdadero amor, y no pienso renunciar a él. Guarda el botón hasta que volvamos a estar juntos.

Se besaron con ansia, sabiendo entonces que no era un adiós, sino un «hasta pronto».

—Dos meses como máximo, mi amor —dijo él—. Si no te presentas, te buscaré incluso en el infierno.

—Dos meses como máximo —repitió ella, instándolo a montar.

—Te amo más que a mi vida, inglesa —aseguró antes de volver a besarla. Luego montó, hizo una señal a sus hombres y el grupo se alejó hacia la salida del pueblo seguido por los chiquillos que corrieron un buen tramo tras los caballos.

Ayla se rodeó el cuerpo con los brazos y una sonrisa de felicidad estiró sus labios. Sí, iría a Ullapool en breve, porque allí estaría su corazón y debía de recuperarlo.

Una esposa inadecuada para el vicario

Christine Cross

Prólogo

Londres. Mayo de 1903

Martin entrelazó las manos a la espalda y se dedicó a contemplar el jardín a través del gran ventanal del salón. Las rosas habían comenzado a florecer y suaves tonos rojizos, blancos y rosados lo llenaban todo. «Seguro que en el aire ya se huele el perfume», pensó, dejando escapar un suspiro resignado mientras el silencio se alargaba en la estancia.

—No veo por qué no puedes quedarte aquí, en Londres —gruñó de nuevo su padre. Ya había perdido la cuenta de las veces que había escuchado esa misma frase—. Podrías casarte con Emily, y yo me encargaría de conseguirte una buena parroquia.

—Padre, se lo he dicho antes, no voy a casarme con lady Emily Peckham. No la amo y...

—¿Qué tiene que ver el amor en todo esto?

Martin esbozó una sonrisa cínica.

—Por si no lo recuerda, padre, soy un reverendo. El amor es mi oficio.

—Tonterías —lo interrumpió el conde, golpeando la mesa con la palma de su mano al tiempo que se ponía de pie—. Conoces a Emily desde que erais niños, y sabes que sería una esposa perfecta para ti. Además, como tercer hijo varón de esta familia, tu elección era la Iglesia y...

Dejó que su padre continuara con su discurso, sabiendo que sería inútil discutir con él. Aquella costumbre de las familias aristocráticas de que el primer hijo varón heredase el título, el segundo obtuviese una comisión en la Armada y el tercero se entregase a la Iglesia hacía tiempo que había caído en desuso. Si él había escogido aquel camino, se debía simplemente a que había sentido el llamado de Dios. El problema del conde de Whitmore no era que no aceptase su vocación, sino que deseaba poder seguir controlando a sus tres hijos para que hicieran su voluntad, indicándoles incluso con quién debían unirse en santo matrimonio.

Sin embargo, él no pensaba dar su brazo a torcer. Prefería el campo a la ciudad, por eso había hablado con su obispo para que lo comisionara a una nueva parroquia, lejos de Londres, y había rogado al Buen Dios que le concediera lo que pedía. Sus oraciones habían sido efectivas. Por fin tenía un nuevo templo, y así se lo había comunicado a su padre.

Nada le impediría marcharse a Escocia.

Capítulo 1

Ullapool, Escocia. Principios de junio de 1905

Llevaba poco más de dos años en la parroquia, y aunque al principio la gente se había mostrado recelosa por el hecho de que les hubieran enviado un vicario inglés, parecía que se iban acostumbrando a su presencia, pensó tras despedir en la puerta a un par de feligresas que le habían llevado un pastel de carne, a pesar de que contaba con una excelente cocinera.

Al entrar en la cocina, Ailsa se limpió las manos en el mandil y le quitó el pastel de las manos para dejarlo sobre una encimera.

—No se haga ilusiones. Esto se debe a que es usted un hombre guapo, reverendo —le dijo, como si respondiera a sus pensamientos—. Si fuera usted escocés, otro gallo cantaría. La gente acudiría a usted.

Martin sacudió la cabeza y se acomodó en un asiento frente a la mesa de la cocina, donde tenía algunas cartas y otros documentos extendidos sobre ella. A pesar de que tenía su propio despacho, se había dado cuenta de que no le gustaba estar solo.

—No veo qué tiene que ver la procedencia de uno con...

—Todo el mundo sabe que los ingleses no son de fiar —lo interrumpió la mujer con una convicción que rayaba lo ofensivo.

Si él hubiera sido más susceptible, probablemente se habría molestado. Pero además de ser un hombre de Dios, en el que no cabían ese tipo de actitudes, esa clase de pensamientos le parecían un tanto medievalistas. Los tiempos habían cambiado, estaban al comienzo de un nuevo siglo. Claro que a Ailsa eso parecía darle igual, lo mismo que a los miembros de su feligresía.

—Pero usted confía en mí.

—Tanto como lo hacía en mi difunto marido, que Dios lo tenga en su gloria.

Tras pronunciar esas palabras, sobre la masa que estaba preparando descargó un fuerte golpe con el rodillo de madera que sonó ominoso y le provocó una ligera inquietud.

—¿Él también era inglés? —se atrevió a preguntar con cautela.

—No, pero le gustaba demasiado la bebida y se jugaba el dinero ajeno.

Martin torció los labios en una mueca. La comparación no era muy halagüeña, se dijo mientras

tomaba otra de las cartas que le habían llegado hacía dos días y que aún no había tenido tiempo de abrir. Rasgó el sobre con el abrecartas.

—No entiendo cómo se me puede acumular el trabajo cuando hay tan poco que hacer aquí —murmuró para sí.

—Porque se ha pasado todo el tiempo haciendo visitas a la gente, aunque le haya servido de bien poco —respondió la mujer, chasqueando la lengua—. ¿Y se puede saber por qué debe usar mi cocina cuando tiene su propio despacho?

—Porque es más cómoda. —Le dedicó una sonrisa candorosa que provocó que ella pusiera los ojos en blanco.

—Y porque así puede robarme mis galletas —lo acusó Ailsa al tiempo que le propinaba un manotazo, como si fuera un niño.

Martin no soltó la galleta que había tomado del plato y ocultó una sonrisa mientras la mordisqueaba y continuaba revisando documentos.

—¡Por todos los demonios! —exclamó, enfadado, tras echarle un vistazo a la misiva que sostenía en la mano.

—No mente al diablo en la casa de Dios —lo reprendió Ailsa, santiguándose. Frunció el ceño al ver el semblante descompuesto del reverendo. Le caía bien..., para ser inglés. Aparte de poseer la belleza de un ángel, con su cabello rubio ondulado y sus ojos de un azul intenso, era un hombre amable y justo. Nunca lo había visto alterado, hasta ese momento—. ¿Qué es lo que sucede? Tal vez no sea capaz de ayudarlo, pero al menos puedo escucharlo.

Dejó la masa a un lado, se limpió las manos y se acomodó en una silla frente a él, que la miró y suspiró con cansancio, apretándose el puente de la nariz con los dedos.

—No es nada grave.

—Entonces ¿por qué esa cara? Si tiene solución, la tiene; y si no, pues no la tiene —repuso con pragmatismo, mirándolo con sus ojos grises—. Créame, he criado cinco hijos y sé lo que digo.

Quizá fuese por su espíritu práctico o quizá porque no tenía a nadie más con quien hablar, pero Martin decidió confiarle sus preocupaciones.

—Mi padre quiere que me case —declaró al tiempo que dejaba escapar un largo suspiro.

Ailsa asintió.

—No veo qué tiene eso de malo. Usted es joven y ya tiene edad para formar una familia. Además, ¿no es ese el deber de un reverendo?

—Por supuesto, y no tengo nada en contra del matrimonio —le aseguró.

—¿Y cuál es el problema?

Martin contempló el rostro pacífico de Ailsa. «Sí, ¿cuál es?», se preguntó. Podía casarse con Emily y se acabarían todos sus pesares. Sacudió la cabeza. No pensaba ceder ante las presiones del conde.

—Mi padre ha decidido con quién debo hacerlo y cuándo. Probablemente, también ha

determinado cuántos hijos debo tener. —Torció el gesto en una mueca de fastidio. A sus oídos había sonado como un niño quejicoso y mimado que no quería comerse el postre—. La cuestión es que el mes que viene vendrá a verme y traerá a la joven en cuestión consigo.

—¿No le gusta la muchacha que le ha elegido?

—Conozco a Emily desde que éramos niños, es como una hermana para mí. —Se mantuvo en silencio durante unos instantes y ella no lo interrumpió, como si percibiera que aún le quedaba algo por decir—. El conde está habituado a controlar la vida de sus hijos y a que todo se haga como él quiere. Está obsesionado con ese enlace y con conseguirme una parroquia en Londres, pero yo prefiero vivir en la sencillez y tranquilidad del campo.

Ailsa clavó en él sus ojos grises y lo observó con calma. Creía comprender el problema. Su hijo mayor, Callum, debería haberse encargado de llevar la granja tras la muerte de su padre, pero él quería estudiar en Edimburgo. Su tío Thomas, hermano de su padre, se opuso a ello. Si ella no se hubiera impuesto diciendo que Callum podía hacer lo que le viniera en gana, el muchacho habría terminado siendo un infeliz viviendo una vida que no deseaba. El reverendo solo necesitaba un pequeño empujoncito para seguir su propio camino.

—Bueno, como dice un proverbio escocés: «*Na sluaig na saiget segair*». Los ejércitos que no atacan son atacados. —Tradujo para que él pudiera comprenderlo—. Usted ya es mayorcito, búsquese su propia esposa. No creo que ni siquiera su padre se atreva a disolver un vínculo sagrado.

—¿Cómo voy a escoger a una joven y casarme con ella en tan solo un mes?

Su tono sonó escandalizado, aunque no era para menos. Tenía treinta y dos años, y llevaba los cinco últimos buscando una compañera adecuada para él, sin ningún éxito. La mayoría de las damas que conocía, o bien eran superficiales, o bien odiaban el campo. ¿Cómo iba a lograr en un mes lo que no había conseguido en cinco años?

—¿Es usted ciego?

Martin parpadeó, confuso, ante aquella pregunta para la que no encontraba un sentido.

—Por supuesto que no.

Ailsa cabeceó mostrando su acuerdo.

—Entonces imagino que durante el tiempo que lleva en Ullapool se habrá fijado en algunas de las jóvenes solteras que acuden cada domingo a escuchar su sermón. —Se puso de pie y volvió a su faena de amasar, dando por zanjada la cuestión.

Él, sin embargo, no lo veía ni tan claro ni tan sencillo. Aunque le había dado a entender a su padre que deseaba casarse por amor, sabía, por experiencia, que eran pocas las parejas que gozaban de ese privilegio. Pero si decidía seguir el consejo de Ailsa, tendría que conformarse con que hubiera cierta atracción y respeto mutuo. Sin embargo, había otras cualidades que buscaba en la mujer que se convirtiera en su esposa: quería que fuera amable, alguien en quien confiar y en quien apoyarse, sencilla y discreta, de carácter tranquilo y moderado, que apreciase la vida en el campo y que tuviera espíritu de fe. Quería una compañera, una amiga y una buena

madre para sus hijos. Un mes no era tiempo suficiente... Por desgracia, no contaba con más. Mucho se temía que su padre fuese capaz de organizarle una encerrona para obligarlo a contraer matrimonio con Emily.

—No es que no las haya visto —respondió tras emitir un largo suspiro—, pero apenas he cruzado un par de palabras con alguna de ellas.

—Pues tendrá que poner algo de su parte.

Martin esbozó una sonrisa irónica ante su respuesta. Por supuesto que lo había intentado, aunque no conocía la razón para el comportamiento generalizado que observaban sus feligreses cada domingo. Apenas concluía el servicio, quienes habían acudido a él se apresuraban a abandonar la iglesia casi antes de que él hubiese pronunciado el «amén».

—Está bien —aceptó de todos modos—. ¿Tiene usted alguna sugerencia acerca de las damas que serían más adecuadas?

—Melissa Stewart y Fiona Campbell le han traído el pastel, ¿no? También está la joven Megan Ross y, por supuesto, las hijas de MacKay, suelen sentarse en el primer banco de la iglesia.

Se sintió un poco abrumado al escuchar los nombres y tiró del alzacuellos, que había comenzado a apretarle. Miró de nuevo la carta de su padre y pensó que, tal vez, no necesitaba casarse. Bastaría con realizar un compromiso formal. El conde tendría que aceptarlo.

Capítulo 2

«Las hijas de MacKay», repitió para sí. Había visto al hombre acudir al servicio dominical acompañado por su esposa y sus dos hijas. Ambas jóvenes poseían, sin duda, una gran belleza, aunque no podían ser más distintas entre sí.

—¿Cómo se llaman?

—¿Las hijas de Lean MacKay? —inquirió Ailsa mientras terminaba de meter en el horno la masa que había preparado para hacer pan—. Caroline es la mayor, y su hermana se llama Edith.

Martin frunció el ceño. No es que aquello le hubiera servido de mucha ayuda, ya que nunca las había visto de cerca y, puesto que no debía haber entre ellas una gran diferencia de edad, no podía distinguir quién era quién.

—¿Cuál de las dos es Caroline? —la interrogó de nuevo. Ailsa, que había comenzado a cortar las verduras, se volvió a mirarlo. En sus ojos grises pudo apreciar un destello de incredulidad, así que se encogió de hombros—. Nunca he hablado con las muchachas, solo con su padre.

Ella se quedó pensativa un instante y luego asintió para sí.

—Lean MacKay adora a su esposa y a sus hijas, es muy protector con ellas. ¿Sabía que es teniente, o lo fue, de la *Am Freiceadan Dubh*? La Guardia Negra —aclaró. Sonaba muy orgullosa, aunque él no tenía idea de a qué se refería. Todavía le quedaba mucho por aprender de Escocia, sus costumbres y sus habitantes—. En fin. Respondiendo a su pregunta, reverendo, Caroline tiene el cabello negro, como su padre, y los ojos del mismo tono verde que posee su madre. ¿Sabe ya cuál de las dos es?

Por supuesto que lo sabía, y la descartó de inmediato como candidata a esposa, a prometida o a lo que fuera. Aquella joven le provocaba dolor de cabeza cada domingo, incluso había pensado en escribir un sermón dedicado solo a ella. Suponía una constante fuente de distracción. Desde que daba comienzo el servicio dominical, y mientras los demás feligreses de la congregación mantenían una actitud de silencio y respeto, ella no dejaba de removerse en el banco, de toquetear las cintas de su sombrero o de mirar a través de la ventana junto a la que se sentaba, como si deseara escapar afuera. Y a él le daban ganas de arrojarla por ella. No era un pensamiento muy cristiano, desde luego, pero considerándose un hombre de gran paciencia y

moderación, incluso cuando lidiaba con el conde, nunca había conocido a alguien como ella, capaz de trastornarlo de aquel modo.

—Sí, el pequeño terremoto —musitó en voz baja.

Ailsa parpadeó sorprendida, luego sus labios se distendieron en una sonrisa franca sobre su ancho rostro.

—Es algo inquieta, sí, pero las dos son buenas muchachas: educadas, alegres, serviciales y de buen corazón. Si quiere mi opinión, creo que son las mejores opciones para usted —le aseguró, cabeceando un asentimiento para afirmar sus palabras—. Además, su madre es inglesa.

Ciertamente, aquel último dato resultaba interesante. Su padre consideraba que todos los escoceses eran unos bárbaros, con lo que era probable que se negara a emparentar con ninguno de ellos, antes sería capaz de repudiar a su hijo. Pero si su prometida llevaba sangre inglesa en las venas, tal vez podría aceptarla.

Caroline quedaba descartada, así que decidió cortejar a la hermana menor. Frunció el ceño, pensativo. «¿Cómo había dicho Ailsa que se llamaba la joven?». Bueno, no importaba, ya lo recordaría. Dobló la carta de su padre y volvió a guardarla en el sobre. El tiempo corría en su contra, por lo que cuanto antes comenzara con su plan, mucho mejor.

Caroline MacKay entró en Mullach tùr, la casa familiar, mascullando maldiciones por lo bajo. Estaba segura de que su madre la reprendería si la escuchaba, pero también la comprendería si le explicaba los motivos de su enfado y, probablemente, se echaría a reír. Porque todo había sido culpa del señor John, el maldito urogallo que en buena hora se le ocurrió adoptar como mascota.

Había ido a llevarle unas bayas y el muy ladino comenzó a picotearle el bajo de la falda de tartán que solía llevar cuando trabajaba en el huerto. Ese había sido el comienzo de una persecución y una pequeña batalla, en la que a ella se le había caído el colgante que su madre le había dado. Se trataba de una reliquia familiar, un antiguo botón de un uniforme militar que pasaba de generación en generación a las mujeres de la familia, otorgándoles la posibilidad de alcanzar el verdadero amor y la felicidad, al menos así aseguraba la leyenda que su madre le había contado cuando se lo entregó.

Aunque carecía de valor monetario, sí que guardaba un valor sentimental para las tres mujeres de la casa, sobre todo para su madre, que aseguraba que gracias al colgante había conseguido el amor de Lean MacKay. Ella, por su parte, no le había dado mucha credibilidad a la historia, al menos hasta que había llegado al pueblo el reverendo Martin Halsbury. Se había enamorado de él a primera vista, y cada domingo le suponía una tortura acudir al servicio dominical. Temiendo que él se percatara de sus sentimientos, pasaba el tiempo removiéndose en su asiento y mirando por la ventana, en lugar de mirar su apuesto rostro.

Ese fue el motivo de que persiguiera al señor John hasta el establo, al darse cuenta de que el ladronzuelo se había apoderado del colgante. Si se lo hubiera tragado, no habría tenido reparos

en retorcerle el pescuezo y servirlo estofado en la cena. Por suerte, no había hecho falta, ya que finalmente pudo recuperarlo.

—Por Dios bendito, señorita Caroline, ¿de dónde ha salido usted? —exclamó horrorizada Melissa, una de las doncellas, cuando la vio en el vestíbulo.

—He librado con el señor John una batalla a vida o muerte en el establo —le respondió, mostrándole las señales de los picotazos que había recibido en la refriega.

—Ya le dije que ese bicho solo iba a causarle problemas.

—Tienes razón, me lo dijiste —admitió al tiempo que retiraba una hebra de heno que sobresalía de la manga de su camisa y que le estaba provocando cosquillas—. Puede que esta vez sea yo misma la que le pegue un tiro a ese traidor. En fin, ¿sabes dónde se encuentra mi madre?

—En la salita azul, señorita, pero... —Se detuvo de golpe cuando la joven comenzó a sacar algunos huevos del bolsillo del mandil que llevaba sobre la falda y a ponérselos en las manos.

—¿Puedes hacerme el favor de llevarlos a la cocina? —le pidió mientras se alejaba deprisa hacia uno de los corredores laterales.

—Sí, señorita, pero... ¡Ay, Señor! —Tuvo que hacer malabares para que ninguno de los huevos acabase estrellado en el suelo. Cuando logró evitar que uno escapara de su mano, dirigió una mirada alarmada a la muchacha—. Señorita Caroline, no puede...

Sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro derrotado. A la señora MacKay no le iba a gustar que la interrumpiera de esa guisa.

Caroline llegó a la puerta de la salita azul con el ceño fruncido. Algo había estado golpeando su muslo durante el corto trayecto. Metió la mano en el mandil y descubrió que aún tenía un huevo. Sosteniéndolo entre sus dedos, y con una sonrisa de diversión, abrió y se coló en el interior de la salita.

—Madre, el señor John y yo nos hemos revolcado en el heno en una...

Martin, que acababa de tomar un sorbo de té, se lo tragó de golpe para no escupirlo y comenzó a toser cuando se atragantó. Sacó un pañuelo de su levita negra y se tapó la boca con él, al tiempo que pedía disculpas, aunque no sabía bien por qué lo hacía, ya que la principal culpable de su situación lo miraba con los ojos tan abiertos por el horror que parecía que estuviera contemplando al mismísimo Satanás, mientras que la madre y la hermana no se inmutaron y ni siquiera se sonrojaron ante el conocimiento del inmoral comportamiento que había revelado la joven. Amén de su aspecto, con aquel atuendo de campesina y hebras de heno enredadas en su cabello negro y pegadas a sus ropas que —no pudo evitar fijarse en ello— revelaban su exquisita figura de cintura estrecha, senos generosos y caderas redondeadas. Carraspeó, incómodo consigo mismo por haberse dejado embargar por aquella tentadora visión. Por suerte, la intervención de la señora MacKay evitó que tuviera que hablar.

—El señor John es un urogallo —le aclaró ella, aunque él continuó tan confuso como antes—. Caroline, ¿dónde están tus modales? Saluda a nuestro vicario.

Ella tragó saliva y asintió. El tono tranquilo de su madre le advirtió de que se hallaba muy

molesta, aunque esa era la menor de sus preocupaciones en ese momento. ¿Por qué demonios nadie le había avisado de que estaba allí el reverendo? Ahora que la había visto con ese aspecto desastroso y había escuchado sus palabras, malinterpretándolas, seguramente, había perdido la oportunidad de impresionarlo. «Bueno, al menos de impresionarlo como yo quería», se corrigió, porque a tenor del gesto que cubría su semblante, sí que lo había hecho.

Se apresuró a meter de nuevo el huevo en el bolsillo del mandil y se retiró este de la cintura. Con la paja que la cubría de la cabeza a los pies nada podía hacer.

—Buenos días, reverendo...

El silencio que precedió a la última palabra irritó a Martin. «¡Por el amor de Dios!, ¿ni siquiera recuerda mi nombre?», pensó con cierto resquemor.

Intentó apelar a su paciencia, aunque le resultaba difícil teniendo a la muchacha delante mientras veía las hebras de heno que sobresalían de su cabello y volvía a escuchar en su interior las palabras que ella había pronunciado al llegar. Inevitablemente, la unión de las dos cosas conjuraba en su mente imágenes que perturbaban su espíritu... y también su cuerpo, ya que, a pesar del alzacuellos, seguía siendo un hombre.

—Reverendo Martin Halsbury, señorita MacKay —respondió con un tono ronco y grave que esperaba pudiera pasar por una actitud de severidad y no revelase la verdad: se había excitado como un adolescente enfebrecido.

Capítulo 3

Caroline ocultó el mandil detrás de su espalda y suplió su falta de modales hasta ese momento con una perfecta reverencia. Los nervios la habían traicionado. Encontrarse con el vicario en el salón de su casa había hecho que se aturullase. Estaba segura de que él debía considerarla la mayor pecadora del universo, a tenor del ceño fruncido con el que la observaba.

Echó una mirada de reojo a su hermana Edith, sentada en perfecta compostura y manteniendo una actitud modesta, a pesar de que dedujo, por el ligero temblor de sus hombros, que se estaba riendo. Con todo, la imagen que ofrecía con su belleza serena era totalmente opuesta a la primera impresión que ella había dejado en el reverendo Halsbury. Tenía que cambiar eso o perdería la oportunidad de conquistarlo. Por eso, aunque vio el gesto disimulado que le dirigió su madre para que abandonara la salita, la ignoró por completo y decidió acomodarse en el sillón junto al vicario.

—¿Ha venido a visitarnos? —le preguntó, en un intento por dar comienzo a una conversación.

La risilla de Edith, que pronto transformó en una tos, y la ceja alzada con que él la obsequió le indicaron que había vuelto a meter la pata.

—Eso parece —respondió él, lacónico.

Ella gimió en su interior, maldiciendo su incapacidad de pensar cuando tenía cerca al hombre que había decidido convertir en su esposo, y apretó con fuerza el mandil que sostenía entre las manos para calmar sus nervios. De inmediato se escuchó un sonoro ¡crac! y una mancha oscura se extendió por la tela, dejando sus manos pegajosas. Mantuvo el rostro inexpresivo, a pesar de que él tenía la mirada fija en su regazo. Cuando la alzó hacia ella, Caroline lo obsequió con una sonrisa tan cándida como la de un bebé.

—Es uno de los huevos del señor John —le explicó con el mismo tono que habría usado si estuviera hablando del clima o de las buenas cosechas de ese año.

Martin notó las gotas de sudor que le corrieron por la espalda, al tiempo que intentaba ignorar el sentido que su mente alterada había dado a esas palabras y la reacción que estas habían provocado en su masculinidad. El silencio se había vuelto tan palpable en la salita que sintió la necesidad de romperlo. Carraspeó para aclarar su garganta.

—Creí que el señor John era un urogallo.

—¡Oh!, yo también lo creí así, hasta que me fijé en sus huevos —le confesó Caroline, entusiasmada porque él hubiese decidido continuar la conversación.

—¡Por todos los santos, Caroline! —la reprendió su madre.

Una carcajada musical rompió la tensión que crepitaba en el ambiente. Edith se cubrió la boca con una mano al ver la censura en los ojos de su madre y trató de serenarse.

—Le pido disculpas, reverendo Halsbury —le dijo Ayla, dirigiendo una mirada severa a Caroline y a Edith—. Creo que sería mejor si continuásemos la conversación sin la presencia de mis hijas.

Ambas se levantaron con presteza ante la sutil orden de su madre. Aunque le habría agradado permanecer un poco más de tiempo junto al vicario, Caroline no se atrevió a protestar para no disgustar aún más a Ayla. Él se había puesto también de pie, en un gesto de cortesía hacia ellas, y en ese momento besaba la mano de Edith mientras le aseguraba que había sido un placer conocerla. Cuando lo vio dirigirse hacia ella, le extendió también su mano, que él tomó en la suya. Su agarre era firme, cálido y... pegajoso.

Martin torció los labios ligeramente al recordar el asunto del huevo roto y soltó a la joven de inmediato, reprimiendo la necesidad de tomar su pañuelo y limpiarse.

—Señorita MacKay...

Caroline esperó la continuación de sus palabras, pero eso fue todo lo que dijo. No le quedó otro remedio que abandonar la salita con el ánimo desolado, sintiendo que su primer paso hacia la conquista del corazón del reverendo Martin Halsbury había constituido un rotundo fracaso.

—Deja de reírte, por favor —le suplicó a su hermana una vez que se encontraron en el interior de su dormitorio, que conectaba con el de Edith por medio de un vestidor común.

—Es que ha sido... —Tumbada sobre la cama, dejó escapar una nueva carcajada, sujetándose el estómago que le dolía de tanto reír—. ¡Por Dios, Caroline, has estado magnífica!

—No creo que madre opine igual. —«Ni tampoco el reverendo», añadió para sí mientras comenzaba a despojarse de sus ropas, arrojando hebras de heno sobre el suelo de madera—. Seguro que me espera una buena reprimenda.

Edith se mostró de acuerdo con ella. Se sentó en la cama y observó a su hermana, que acababa de sentarse frente al espejo del tocador e intentaba poner algo de orden en su cabello.

—Deja que lo haga yo —le pidió, acercándose a ella y quitándole el cepillo de la mano. Frunció los labios en un mohín de contrariedad al ver las hebras de heno—. ¿Qué es lo que te ha sucedido? No sueles ser tan atolondrada —le dijo mientras comenzaba a retirarlas de entre su negros rizos.

Caroline dejó escapar un suspiro.

—Me gusta el reverendo. Quiero casarme con él.

A Edith se le escapó de la mano el cepillo que acababa de coger y cayó al suelo con un golpe seco.

—Lo siento —se disculpó, agachándose a recogerlo y comprobando que no se había roto el mango de marfil. Luego contempló con incredulidad a su hermana a través del espejo—. No estoy segura de haberte entendido bien. ¿Estás hablando de matrimonio?

Ella asintió, y masculló un juramento cuando sintió el tirón de pelo en el mechón que Edith mantenía sujeto, aunque todavía no había comenzado a peinarla.

—Eso he dicho —le aseguró—. Es lo lógico cuando dos personas se aman.

—Pero si apenas lo conoces, Caro. ¿Cómo puedes haberte enamorado de él? —Al ver que fruncía el ceño, se apresuró a añadir—: No niego que sea un hombre atractivo, pero tú ni siquiera lo miras cuando estamos en la iglesia.

—Eso es porque me da vergüenza. Ya has visto lo que ha pasado hoy, he quedado como una tonta. —Observó su propio reflejo en el espejo. Todavía llevaba el cabello alborotado y, aunque se había quitado la camisa, aún encontró hebras de heno en su ropa interior y otras pegadas a su piel—. Debe de pensar que soy una inmoral.

Edith no supo si echarse a reír ante el recuerdo que evocaron sus palabras, pronunciadas en un tono contrito, o enfadarse con ella por lo absurdo de sus comentarios. Sin embargo, conocía bien a su hermana y sabía que esto último se lo tomaría a mal.

—A lo mejor cree que eres divertida.

Las miradas de ambas se cruzaron en el espejo y, sin poder evitarlo, se echaron a reír.

—¿Viste la cara que puso cuando entré? —Sacudió la cabeza y se limpió las lágrimas del rostro.

—Lo mejor fue tu comentario de que no sabías que el señor John era hembra hasta que no viste sus huevos —declaró Edith, sin poder contener la risa—. Creí que al reverendo le iba a dar una apoplejía. ¿No te parece que es demasiado serio? —le preguntó una vez que ambas se serenaron.

Caroline solía ser muy impulsiva y no quería que su decisión de contraer matrimonio con el vicario fuese fruto de un instante del que se arrepentiría después toda la vida.

—No lo es. Martin tiene un lado amable y divertido —le aseguró.

—¿Acaso has prestado alguna vez atención a sus sermones?

—Yo... —Lo cierto era que en la iglesia, aunque le daba vergüenza admitirlo, solía estar más atenta al sonido de su voz que al contenido de sus palabras—. Lo he seguido cuando salía a caminar —confesó.

—¡Caroline! ¡¿Lo has espiado?!

El tono horrorizado de Edith provocó que se sonrojara.

—¡No! Lo vi un día por casualidad —le explicó, girándose para mirarla una vez que acabó de peinarla—. Luego volví a verlo al día siguiente, y me di cuenta de que tenía la costumbre de salir a pasear siempre a la misma hora, así que... —Se encogió de hombros, dejando que su hermana sacara su propia conclusión—. En una ocasión se encontró con la pequeña Tinny, y estuvo riendo y jugando con ella. También lo he visto acompañar a la anciana señora MacAllister.

—¿Cuánto tiempo llevas siguiéndolo?

Ella, avergonzada, bajó la mirada hacia las manos, que retorcía nerviosa sobre su regazo.

—Más de seis meses —respondió, con un tono tan suave que a Edith le costó escucharla.

—Lo de casarte con él lo dices en serio. —Comprendió. Aquello no era fruto de un impulso momentáneo—. Bien, entonces te ayudaré en lo que pueda.

Ella se levantó de un salto y abrazó con fuerza a Edith.

—Eres la mejor hermana.

—Por suerte, soy tu única hermana —se burló al tiempo que se deshacía de su abrazo. Tomó entre sus dedos el botón que colgaba del cuello de Caroline y lo acarició con el pulgar—. Espero que la leyenda que nos contó mamá sea cierta y que tu querido reverendo se enamore de ti.

Capítulo 4

—¡¿Qué?! ¡Pero no puede haberse enamorado de mí!

Ayla miró a su hija, sorprendida. Bueno, tuvo que mirar a ambas, porque la reacción de las dos la había dejado algo confundida. Caroline, a la que siempre le sobraban las palabras, permanecía callada como una tumba en un cementerio, y lucía tan pálida como uno de los moradores de dicho lugar. Edith, en cambio, que siempre se mostraba ecuánime y comedida, había elevado tanto la voz que aún le dolían los oídos.

—No he dicho que el reverendo Halsbury se haya enamorado de ti —replicó con tono paciente. En momentos como ese, echaba de menos a Lean—. Solo digo que ha pedido permiso para cortejarte. Sin embargo —continuó, alzando la mano para detener a su hija antes de que volviera a protestar—, dado que vuestro padre no se encuentra aquí, y este es un asunto que debemos tratar ambos, le he dicho que deberá esperar a que vuelva de su viaje y que, mientras tanto, puede salir a dar algún paseo con las dos, si así lo desea.

Edith suspiró aliviada, aunque echó un vistazo a Caroline y vio que aún no había desaparecido de su semblante el gesto mohíno.

—No entiendo por qué no lo has rechazado en mi nombre, madre —se quejó—. Tú siempre has dicho que quieres que nos casemos por amor.

—Es cierto —admitió, cabeceando ligeramente—, pero el amor no cae del cielo, cariño, a veces hay que ir a buscarlo. ¿Cómo vais a enamoraros si no le dais oportunidad a ninguno de los caballeros que conocéis? El reverendo es un hombre joven, atractivo, honorable y de buena cuna, según me ha dicho, su padre es el conde de Whitmore. Es lógico que desee buscar una esposa y formar una familia. No te estoy pidiendo que te cases con él —añadió contrariada, al ver que retorcía sus manos con nerviosismo—, solo que le des una oportunidad. Regresará esta tarde a las cuatro y media.

Sus palabras le provocaron un sobresalto, y Edith se mordió el labio inferior, pensativa. No podía negarse, ya que representaba una buena oportunidad para su hermana, pero necesitaba saber primero cómo se había tomado ella la noticia.

—Caroline me acompañará, ¿verdad?

—Por supuesto, no sería bueno que te vieran caminando a solas con el reverendo Halsbury. Además —añadió con una sonrisa, al tiempo que se levantaba del sillón—, ella conoce mejor que tú los lugares para pasear. Estoy segura de que el señor Halsbury aún no ha tenido tiempo para salir a descubrir la belleza de Ullapool, así que esforzaos por mostrársela, buscando un paseo adecuado. Tengo que ir a ver a la señora MacCowan, me ha dicho que tenía un problema con la cena de esta noche.

El silencio invadió la salita cuando su madre cerró la puerta tras ella. Edith se volvió hacia Caroline, pero esta miraba hacia el gran ventanal por el que se veía el jardín. Sus ojos, sin embargo, parecían extrañamente vacíos, sin el brillo habitual que chispeaba en ellos.

—Lo siento —le dijo, a falta de cualquier otra palabra que pudiera transmitir su malestar con mayor exactitud. Adoraba a su hermana y no quería verla sufrir de ningún modo.

Ella se encogió de hombros.

—No es culpa tuya. Es obvio que eres la más guapa de las dos, al menos eso quiere decir que el reverendo tiene buen gusto —intentó bromear, aunque lo cierto era que le había dolido aquella noticia y sentía como si se le hubiera resquebrajado el corazón.

Edith tenía una preciosa cabellera de un tono castaño claro que asemejaba a la miel, unos hermosos ojos grises claros que había heredado de su padre y una piel blanca y perfecta. Al contrario que ella, con sus alborotados e indomables rizos negros y el cutis salpicado de pecas por haber tomado demasiado el sol. El color de sus ojos era bonito, como los de su madre, pero a ella le hacía parecer un gato. Y luego estaba... todo lo demás: allí donde su hermana era menuda y delicada, ella poseía abundancia de encantos, por decirlo de algún modo.

—Pues ese es el problema. —Oyó decir a su hermana, sacándola del momentáneo pozo de las lamentaciones en el que se había sumergido—. El reverendo es mucho más guapo que yo, con ese aspecto angelical que tiene, así que acapararía toda la atención cada vez que fuéramos juntos, y eso me disgustaría.

Caroline se quedó mirándola, con las cejas alzadas por la incredulidad, y luego se echó a reír. Su risa franca serenó el ánimo de Edith al ver que por fin había vuelto a la normalidad. Había temido que no lograra sacarla de aquel estado de apatía. Por lo general, su hermana derrochaba vitalidad y no era de las que se rendían ante los desafíos, pero, si bien sabía que no le tenía envidia, sí que a veces lamentaba no ser tan guapa como ella, algo que en absoluto era cierto. Caroline era preciosa, aunque bastante obstinada en algunas cuestiones.

—Bueno, en eso tienes razón, es más guapo que tú. —Le guiñó un ojo con complicidad mientras sonreía, aunque poco a poco su gesto se desdibujó hasta convertirse en un suspiro—. Si te casaras con él, podrías vivir en Londres, como siempre has querido. Ya has oído a mamá, es el hijo de un conde.

Edith frunció el ceño con fingido enfado.

—¿De verdad crees que me casaría con un hombre al que no amo solo por poder viajar a Londres? —Antes de que pudiera responderle, se acercó a Caroline y tomó sus manos,

apretándoselas con cariño—. Míralo de este modo, si paseamos con el reverendo, tendrás más oportunidades para conocerlo y para que él descubra lo maravillosa y divertida que eres.

Caroline soltó sus manos y la abrazó.

—Voy a luchar por él —le dijo cuando se separó de ella.

Bajó la mirada hacia su pecho y sus dedos sujetaron aquel botón perteneciente a un antiguo uniforme militar que una de sus antepasadas había convertido en un precioso colgante engarzado en oro. Lo acarició con suavidad, notando bajo sus yemas el grabado del metal, algo desgastado ya por el paso del tiempo. «Si él es mi amor verdadero, conseguirás que su corazón me pertenezca».

Martin se presentó a las cuatro y media en punto en la puerta de Mullach tùr, con su traje negro, su alzacuellos blanco, que últimamente parecía apretarle demasiado, y un sombrero, puesto que la temperatura era excelente y el sol calentaba bastante.

Miró hacia la puerta y se preguntó de nuevo si estaba haciendo lo correcto. ¿No sería mejor enfrentarse al conde y decirle que no pensaba casarse más que con la mujer que él mismo eligiera y olvidarse de aquel cortejo insensato? A pesar de estos pensamientos, se encontró de pronto haciendo sonar la aldaba. Le abrió una de las doncellas, que le pidió que aguardara en el vestíbulo, pues las señoritas no tardarían en bajar. Tuvo que reconocer que no lo había engañado cuando, poco después, la señorita Edith MacKay descendía la escalinata.

Era una espléndida visión, con aquel sencillo vestido de paseo en tonos verdes que se ceñía a su estrecha cintura; mangas cortas, fruncidas con encaje blanco, y una falda con un amplio ruedo que descansaba sobre el suelo. Sus dedos sostenían con delicadeza las cintas de un sombrero de paja.

—Buenas tardes, señorita MacKay. —Se acercó a ella y tomó su mano para besarla—. Está usted preciosa.

A pesar de que lo había dicho con sinceridad, se dio cuenta de que su admiración por ella se equiparaba a la que experimentaba frente a las bellas imágenes de las vidrieras de su iglesia, puramente estética.

—Es usted muy amable, reverendo Halsbury.

Su voz era agradable, delicada y correcta, justo lo que buscaba en su esposa. Sin embargo...

—Creí que íbamos a dar un paseo.

Martin elevó la mirada hacia la escalera para contemplar a la dueña de aquella voz vibrante, llena de energía y vitalidad, que sonaba como si estuviera sonriendo. Tragó saliva al verla con aquella camisa blanca de amplio escote sujeta por un corpiño de tela que se ajustaba bajo los generosos senos. La falda de tartán no arrastraba por el suelo, al contrario, permitía la vista de unos tobillos bien torneados.

—Eso es lo que vamos a hacer, señorita MacKay —respondió, acompañando sus palabras con

un carraspeo para aclararse la garganta que parecía habérsele secado.

Vio cómo la muchacha ladeaba graciosamente la cabeza, al tiempo que lo observaba de arriba abajo con una sonrisa burlona en los labios. No se había fijado antes en ellos, pero eran carnosos y de un suave tono rosado.

—Entonces ¿por qué ha venido vestido con su uniforme de trabajo?

Él abrió la boca y la cerró al instante, apretándola con fuerza.

—Soy un ministro de Dios, señorita MacKay —replicó, un tanto molesto por la burla de ella —, y sigo siéndolo tanto con esta ropa como sin ella.

—Supongo que sí, pero no creo que a sus feligreses les gustase verlo predicar desnudo. O tal vez sí...

La mirada que ella deslizó sobre su cuerpo fue como el toque del badajo en una campana, haciendo vibrar cada fibra de su ser y provocando que sus mejillas se tiñeran de rubor.

—¡Caroline! —exclamó Edith, escandalizada.

—Será mejor que nos marchemos ya.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta abierta, esperando que la brisa que soplaba en el exterior lo calmase un poco y le devolviera la cordura que parecía perder a causa de aquella irritante muchacha.

Capítulo 5

Edith aprovechó que el reverendo se había adelantado para encargarse del carruaje, cuyos animales de tiro cuidaba en esos momentos un niño, y se acercó a su hermana, cogiéndola del brazo.

—¿Qué se supone que estás haciendo, Caroline? —la reprendió—. Creí que ibas a hacer lo posible para conquistarlo, no para que saliera corriendo.

Ella se encogió de hombros mientras retorcía la falda de tartán entre sus dedos.

—Lo siento, me pongo demasiado nerviosa cuando lo tengo tan cerca, y ya sabes que se me suelta la lengua cuando estoy así —se disculpó. Luego tomó una bocanada de aire y se detuvo unos instantes para mirar a su hermana—. De todas formas, Edith, así es como soy. No me gustaría que terminase enamorado de una imagen falsa de mí. Quiero que me ame por ser quien soy, y si no lo consigo, entonces...

—Entonces es que no es digno de ti —completó ella, dedicándole una sonrisa tranquilizadora —. Está bien, lo comprendo. Pero, por lo que más quieras, no vayas a hacer ninguna barbaridad.

Caroline asintió, aunque aquel gesto no tranquilizó demasiado a Edith. Mientras se dirigía hacia el coche se asentó en ella, con mayor firmeza, la decisión de ayudar a su hermana, mostrándose ante el reverendo como la joven más sosa y aburrida de Ullapool.

Martin recuperó las riendas y el dominio de sí mismo. Ayudó a subir al carruaje a las dos jóvenes y puso el par de rucios a un ligero trote.

—¿Hacia dónde vamos?

—Hay un sendero que bordea el río Ullapool y está muy bonito en esta época del año —comentó Edith, mirando a su hermana, que se había acomodado en el asiento de atrás del faetón. Cuando la vio asentir, señaló en una dirección—. Baje por esta calle y luego gire a la derecha, por la principal.

Él siguió sus indicaciones y enseguida lo asaltó el olor a mar y a sal cuando llegaron a la calle principal, que corría paralela a la playa. Sobre la arena dorada descansaban algunas barcas de pescadores, con las redes puestas a secar al sol. Varios niños correteaban alegres bajo la atenta mirada de sus madres, que charlaban en grupos mientras separaban la pesca en cubos.

Aquel modo de vida le parecía relajante. La sencillez con la que vivían aquellas gentes le llenaba el corazón.

—Debe ser muy distinto a Londres.

Martin se volvió para mirar a Edith. El tono con el que había pronunciado aquellas palabras tenía acentos de melancolía.

—¿Nunca ha estado allí?

—Mi madre nos llevó cuando éramos apenas unas niñas a visitar a los abuelos, pero a mi padre no le gusta Londres, y a Caroline tampoco —añadió, sacudiendo la cabeza, como si no comprendiera cómo era posible que a alguien no le gustase—. A mí me encantaría vivir allí, visitar sus tiendas, acudir a los teatros, pasear por Hyde Park...

Él se tragó un suspiro mientras la oía cantar las alabanzas de aquella ciudad que deseaba no volver a pisar. Giró ligeramente la cabeza hacia atrás y observó a Caroline. No parecía estar escuchando a su hermana. Tenía la mirada perdida en el profundo mar que se extendía ante sus ojos y una sonrisa suave acariciaba sus labios. No llevaba sombrero, por lo que la brisa agitaba sus rizos negros y el sol bañaba su rostro. «Seguramente le saldrán más pecas», pensó.

Una imagen de sí mismo lamiendo aquellas motas invadió su mente y sintió un tirón en la ingle. Sus manos se cerraron con más fuerza sobre las riendas y los caballos resoplaron inquietos al percibir su repentina tensión. Se centró en recuperar el control de sí mismo.

—¿Usted no? —Oyó que le preguntaba Edith.

Martin la miró, parpadeando confuso.

—Eh... Yo...

—¡Oh!, debe girar aquí a la derecha —lo interrumpió ella, haciéndolo sentirse aliviado.

Edith aprovechó la concentración de él para observarlo mientras maniobraba con el carruaje para tomar la curva. Ella no solía ser demasiado conversadora, pero, en beneficio de su hermana, no había dejado de hablar casi desde que salieron de Mullach tùr. Sin embargo, se había dado cuenta, con satisfacción, de que el reverendo se hallaba distraído contemplando a Caroline que, al contrario que ella, había permanecido en silencio. «Bien por ti, Caroline», pensó, complacida.

No tardaron en llegar al lugar que habían propuesto. El río Ullapool descendía rumoroso en su camino hacia el mar, flanqueado en ambas riberas por frondosos árboles y pequeños matorrales. Un camino serpenteaba junto a su orilla, alfombrado a los lados por el verdor de la hierba salpicada de flores silvestres.

Martin ayudó a bajar a Edith del carruaje y luego a su hermana. Sintió cómo lo atravesaba una corriente cuando ella apoyó la palma de su mano sobre la suya; sin embargo, no lo vio a los ojos mientras descendía, sino que evitó su mirada, igual que solía hacer durante sus sermones. «¿Por qué tiene que ser tan irritante?», se preguntó, apretando los labios, molesto por su actitud.

Tampoco pudo ofrecerle el brazo para dar un paseo, puesto que de inmediato se alejó hacia el lecho del río. Con un suspiro, se volvió hacia Edith y la invitó a caminar con un gesto galante. Anduvieron por el sendero con paso tranquilo, disfrutando de la agradable brisa que se agitaba

bajo la sombra de los árboles, meciendo las hojas de sus copas. Se dijo que era el momento para conocerla mejor y ver si podría considerar la idea de un compromiso.

—¿Os gusta salir a pasear, señorita MacKay?

—Sí, lo hago de vez en cuando, aunque no tan a menudo como Caroline, que ama la naturaleza. —Ante la mención, Martin dirigió su mirada hacia la hermana. Se sobresaltó al ver que se inclinaba sobre el cauce del río—. Yo prefiero la ciudad, tanta... tranquilidad me aburre. Me gusta poder encontrarme con la gente, saludar e intercambiar comentarios acerca del clima o de la moda.

Él asintió, distraído, sin dejar de seguir los movimientos de Caroline, que recogía flores y parecía observarlo todo como si fuera la primera vez que lo viera. A veces se echaba a reír, con una risa cantarina y musical mientras jugueteaba con alguna mariposa que pasaba a su lado. Puede que el pensamiento fuese algo pagano, dada su condición de ministro de Dios, pero ella le recordaba a una ninfa de la primavera. Estaba casi seguro de que, si él no se hallase presente, la joven se habría descalzado para hundir los pies en la suavidad de la hierba.

Edith siguió la dirección de su mirada y ocultó una sonrisa, porque todo lo que el reverendo hacía era asentir y responder con monosílabos a su conversación, que debía llegar a sus oídos tal como llegaba el rumor de la corriente del río, como un sonido monótono de fondo.

—Es preciosa, ¿verdad?

—Sí... Yo... Quiero decir... —balbuceó al percatarse de la intención de su pregunta, sintiendo que el rubor prendía sus mejillas—. Toda la vista es preciosa, el paisaje... ¡Está loca!

La brusca exclamación sobresaltó a Edith, que se giró para mirar a su hermana. Caroline se sujetaba al tronco de un árbol, inclinándose sobre el río para alcanzar algo, supuso que alguna de las hierbas con las que solía hacer emplastos medicinales.

Quiso advertirle al reverendo de que no era necesario alarmarse, pero este ya había salido corriendo hacia Caroline.

—¡Reverendo Halsbury!

Caroline escuchó el grito y volvió la cabeza para saber qué ocurría. Al descubrir la figura del reverendo acercándose a toda prisa, frunció el ceño con preocupación. «¿Qué demonios le ocurre?».

—¡Es usted una insensata, señorita MacKay! Apártese de ahí de inmediato. —Oyó que le gritaba él.

—¿Por qué? Lo he hecho muchas veces. Solo quiero...

Se sobresaltó cuando él se acercó demasiado con la mano extendida y dio un paso atrás de forma involuntaria. Su pie resbaló sobre la hierba de la orilla y su cuerpo se precipitó al agua. Notó el firme agarre de la mano masculina en la suya, aunque insuficiente para detener su caída. Ambos cayeron, hundiéndose en el lecho del rumoroso río.

Martin se esforzó por no soltar a Caroline para evitar que el agua la arrastrara, aunque la corriente no era demasiado fuerte. Tiró de ella y la atrajo contra su cuerpo, envolviendo su

cintura con un brazo mientras luchaba por ponerse de pie. Cuando lo logró y ambos emergieron chorreando agua, se dio cuenta de que el río no era demasiado profundo, apenas los cubría hasta las caderas. Ella se echó a reír. Una carcajada franca, musical, que vibró a través de su cuerpo hasta alcanzar su corazón.

—¡Oh, vamos! No se habrá enfadado, ¿verdad? —le dijo Caroline al ver que él mantenía su habitual expresión seria, que no cambió tras sus palabras.

Tragó saliva y notó un aleteo intenso en el estómago. Nunca lo había tenido tan cerca, hasta el punto de que podía contemplar sus preciosos ojos del color del cielo, que la miraban en ese momento con una extraña mezcla de enfado y algo más que no supo identificar. Su corazón comenzó a latir con fuerza al ser consciente de la calidez de su brazo en torno a su cintura y de la solidez de su pecho, donde ella tenía apoyada su palma.

Sintió que el aire le faltaba y entreabrió los labios en busca de él. De repente le pareció que su rostro se encontraba mucho más cerca. El calor que emanaba de sus cuerpos evaporaba con rapidez la humedad que los bañaba. Se inclinó un poco más.

—¿Os encontráis bien los dos?

Martin reaccionó al escuchar aquella voz y se alejó de Caroline. «¡En nombre de Dios!, ¿qué estoy haciendo?», se reprendió a sí mismo, apartándose de ella como si su contacto le quemara. Frunció el ceño, molesto, y dejó escapar un gruñido. Había estado a punto de besarla.

Capítulo 6

Había intentado mantener las distancias desde aquel día y, sobre todo, había evitado volver al río. Además, si bien había vuelto a salir con Caroline y Edith, le pareció conveniente acompañar también a otras damas en algún paseo. Su decisión había tenido dos consecuencias imprevistas. Por un lado, se había extendido por el pueblo el rumor de que andaba buscando esposa, lo cual había hecho que se viera asediado por casi todas las jóvenes solteras de Ullapool; y, por otro, se había dado cuenta de que echaba de menos a las hermanas MacKay, e incluso durante los sermones buscaba que su mirada se cruzase con la de Caroline, a pesar de que ella seguía evadiéndolo. Dejó escapar un suspiro profundo.

—¡Por amor del cielo!, me está poniendo nerviosa con tanto suspiro —refunfuñó Ailsa, abandonando el pastel de carne que estaba preparando para la comida y sentándose frente a él en la mesa—. O me cuenta lo que le sucede o se va de mi cocina y me deja trabajar en paz.

Martin se contuvo de suspirar de nuevo y observó a la mujer. Sus ojos grises mostraban sinceridad y una pizca de preocupación junto con la exasperación de la que había hecho gala con anterioridad. Se frotó la nuca. Aquel asunto de buscar esposa le estaba provocando dolor de cabeza.

—Cada vez que salgo a la calle, o cuando termino el servicio religioso, me veo rodeado de un buen número de candidatas a esposa del vicario —señaló, con un matiz de agobio en su tono.

—Eso tiene fácil solución —lo interrumpió Ailsa—. Elija a una de ellas y se deshará de las demás.

—Sí, por supuesto. La verdad es que yo deseaba conocer más a la señorita MacKay, a Edith —le aclaró—, creo que podría ser una buena esposa para mí. Pero como su padre se encuentra de viaje, he tenido que encontrarme siempre con las dos, y lo cierto es que Caroline es irritante y una fuente continua de distracción. Durante el primer paseo se cayó al río y en el segundo se subió a un árbol para bajar un gatito; siempre la saluda todo el mundo, sobre todo los caballeros, claro —declaró con manifiesta irritación—. Es demasiado extrovertida, demasiado alegre, parece que quisiera beberse la vida a sorbos grandes. Me distrae su risa musical, es como... como el sonido de una cascada, y es realmente franca, siempre dice lo que piensa. Y luego están sus

ojos...

—Son preciosos —comentó Ailsa, interrumpiendo su repertorio de alabanzas a la muchacha de los MacKay.

—¡Sí!, pero siempre evita mirarme —espetó, un tanto molesto—, es como si huyera...

Ailsa se levantó del asiento y regresó a su pastel de carne, dejando al reverendo con la palabra en la boca. Ya había escuchado suficiente.

—No necesita continuar.

Martin la miró sin comprender. ¿Acaso se había quejado demasiado? Por lo general, solía ser un hombre más equilibrado, pero Caroline MacKay tenía la facultad de acabar con su cordura.

—Creí que iba a darme usted algún consejo.

Ella se volvió y lo señaló con la cuchara de madera que llevaba en la mano.

—Más bien tengo una pregunta, reverendo Halsbury, sobre la que debería reflexionar. ¿Cómo puede usted considerarse un pastor de almas cuando no conoce siquiera su propio corazón? —Sacudió la cabeza, como si el hecho le resultase incomprensible.

—Pero...

—Salga de mi cocina y vaya a dar un paseo para templar su cabeza. Estoy segura de que si busca un poco en su interior hallará la respuesta que está buscando. Mi difunto marido, que Dios lo tenga en su gloria, aunque no me gustaría encontrármelo allí cuando me llegue la hora —añadió con una mueca de disgusto—, bebía y se jugaba el dinero, pero no tenía problemas para reconocer cuándo necesitaba un buen revolcón.

—¡Señora Ferguson! —exclamó entre escandalizado y avergonzado.

—¡Oh!, no me venga con sermones, reverendo —replicó, agitando la cuchara de madera frente a su nariz—. Usted habrá escuchado a muchos pecadores y debería reconocer los síntomas. Mire en su corazón y sea sincero con usted mismo. Y ahora, largo de aquí. Déjeme trabajar o no tendrá un plato caliente en la mesa para la comida.

Martin salió de la estancia. Al pasar por el vestíbulo, recogió su nuevo sombrero, ya que el otro se lo había llevado la corriente del río, y abandonó la casa con el ceño fruncido, dispuesto a dar el paseo que le había recomendado Ailsa. «¿Qué diantres ha querido decir con eso de que no conozco mi propio corazón?».

—¿Dónde vas?

Caroline se detuvo y se volvió para mirar a su hermana, que acababa de salir de su dormitorio.

—Voy a llevarle algo de ropa y comida a la madre de Tinny.

—¿Sigue enferma? —le preguntó, algo preocupada. La mujer había tenido unas fiebres que casi la habían consumido. Era viuda y tenía cinco hijos pequeños a los que alimentar.

—Ya no tiene fiebre, pero se encuentra algo débil. Si se alimenta bien y descansa, se recuperará —respondió, convencida de ello.

Edith asintió y observó con atención a su hermana. Sus ojos habían perdido el brillo habitual y andaba más distraída. Hacía tres días que no veían al reverendo, y la última vez había sido durante el servicio dominical. Sabía que a Caroline le había dolido enterarse de que lo habían visto paseando con Melissa Stewart y con Megan Ross.

—Estoy segura de que volverá a invitarnos a dar una vuelta pronto.

Caroline no necesitó que le explicara a quién se refería y solo se encogió de hombros. Tal vez si insistía en decir que no le importaba lo que hiciera el reverendo Martin Halsbury, terminaría creyéndoselo. Aunque la punzada que sintió en el corazón contradijo sus pensamientos.

—Me voy ya, o no llegaré a tiempo de vuelta para la comida.

La casa de la señora Keith, la madre de Tinny, se hallaba a las afueras del pueblo, en el camino hacia Morefield. Para llegar había que cruzar el puente que atravesaba el río Ullapool y caminar medio kilómetro. Fue saludando a los vecinos con los que se encontró y algunos niños dejaron la playa y la acompañaron por la calle principal. Iba distraída, charlando con una de las pequeñas, y se sorprendió cuando escuchó una voz que pronunciaba su nombre.

—Vaya, pero si es nuestra querida Caroline.

Al mirar a Fiona Campbell, sintió que un dolor le atravesaba el pecho. Junto a ella se encontraban Melissa Stewart y... Martin.

—Buenos días, Fiona. Melissa. Reverendo Halsbury...

Retiró la mirada de él enseguida, para que no alcanzara a ver los sentimientos que bullían en su interior: la tristeza y la decepción.

—Hace un día estupendo para pasear, ¿no crees? —le dijo Fiona, casi recostándose contra el brazo de Martin, que mantenía sujeto—. Claro que es mejor hacerlo en buena compañía que sola. Nosotras nos hemos encontrado al reverendo Halsbury, que se ha ofrecido a acompañarnos.

Martin tensó la mandíbula. En realidad, ellas prácticamente lo habían obligado a acompañarlas. Él solo quería un momento a solas para reflexionar, y se había visto arrastrado por las dos jóvenes, a pesar de su negativa. Se sentía molesto por lo que Caroline pudiera pensar de esa situación, porque sus reflexiones en el camino lo habían conducido a una conclusión: había comenzado a enamorarse de aquel pequeño terremoto.

Cuando la había divisado desde lejos, hablando con los niños mientras mantenía una sonrisa en los labios, su corazón había sufrido una sacudida. Y ahora que la tenía cerca, solo deseaba pasar un poco más de tiempo con ella para averiguar el porqué de la tristeza que había vislumbrado en sus ojos.

—Yo no estoy paseando. —Oyó que le respondía ella a la señorita Campbell—. Voy a casa de la señora Keith.

—Y yo había quedado en acompañarla —se apresuró a decir él, liberándose de las garras de la joven para ofrecer su brazo a Caroline—. Precisamente, iba en su busca cuando me tropecé con las señoritas Ross y Campbell. Ahora que ya la he encontrado, será mejor que nos apresuremos para no hacer esperar a la señora Keith. Ha sido un placer, señoritas.

Caroline fue incapaz de pronunciar una sola palabra mientras tiraba de ella por la calle hacia adelante.

—Reverendo, es por aquí —le dijo, finalmente, al ver que iba a tomar un camino equivocado.

Martin intentó serenarse. Se había comportado de forma impulsiva y no demasiado cortés, puesto que solo quería librarse de aquellas dos cotorras insufribles —que el Señor lo perdonase por aquellos pensamientos—, y si atendía a las palabras de Ailsa y miraba en el fondo de su corazón, que latía con fuerza en su pecho, deseaba pasar tiempo a solas con Caroline. La deseaba a ella, se corrigió.

La joven miró al reverendo. Aunque el silencio mientras caminaban resultaba agradable, también la ponía nerviosa. La situación la había tomado por sorpresa y no sabía bien qué debía hacer. Quizá tendría que decirle que no hacía falta que la acompañara, cuando era obvio que él... Abrió los ojos, sorprendida, al caer en la cuenta de lo sucedido.

—¡Les ha mentido!

Martin torció el gesto en una mueca ante aquella explosión de sinceridad.

—Ha sido una mentira pequeña. La estoy acompañando, ¿no es cierto?

—No tiene por qué...

—Quiero hacerlo..., Caroline.

Capítulo 7

Un millar de mariposas aleteó en su estómago cuando él pronunció su nombre con un tono suave y profundo que se metió bajo su piel, provocándole un estremecimiento. Edith había tratado de convencerla en varias ocasiones de que el reverendo sentía algo por ella, pero había hecho caso omiso a sus palabras, pensando que las decía solo para consolarla. En ese momento no podía sino preguntarse si habría en ellas algo de cierto.

Habían llegado al viejo puente de madera y se detuvo sobre él. El rumor del agua bajo sus pies componía una melodía alegre, y el aire estaba lleno de la fragancia de los robles, del brezo, del musgo y de los helechos.

—¿Por qué? Pensé... creí que no le caía bien —le dijo, sin rehuir en esta ocasión su límpida mirada azul.

—¿Porque me arrojaste al agua, haciendo que perdiera mi mejor sombrero? —respondió, tuteándola por primera vez y sintiendo algo liberador en ello—, ¿o porque provocaste que se rompiera la chaqueta de mi traje cuando me hiciste subir a aquel árbol para coger al gato que habías rescatado...?

—Yo no provoqué nada —se defendió, indignada—. Usted solo se enganchó en una...

—Son de un verde intenso.

Caroline parpadeó confundida.

—¿Qué...?

—Tus ojos —le aclaró—. Se vuelven de un verde intenso cuando te enfadas. Siempre he tenido curiosidad por su tonalidad, ya que tiendes a evitar mirarme.

Ella tragó saliva y lo contempló con una mezcla de fascinación y cautela. Su corazón bombeaba cada vez con mayor rapidez y temió que pudiera salírsele del pecho.

—No habrá bebido, ¿verdad, reverendo? —Le dirigió una mirada llena de desconfianza.

Martin se echó a reír. Fue una carcajada profunda que expulsó fuera todos sus temores, sus dudas y preocupaciones, arrojando lejos al hombre sombrío y serio en el que se había convertido. «El amor es mi oficio», le había dicho a su padre. Pero había olvidado que el amor estaba repleto de alegría, de ilusión por la vida y por lo que traerá el mañana, del gozo de compartir tiempo,

risas, miradas y roces. Sentir el calor de otro ser humano, la caricia de sus labios suaves sobre la piel. Para no probar los de Caroline, colocó las manos a la espalda para no atraerla hacia sí y dejarse llevar por el deseo.

Porque, finalmente, había reconocido que la deseaba con un afán ardiente, intenso y desesperado, como solo un hombre enamorado podía necesitar a la mujer que amaba. Él, que tanto predicaba el amor, se había vuelto ciego a él y no había sabido reconocer el sentimiento que, casi sin darse cuenta, había invadido su corazón. Caroline no era la mujer adecuada para un vicario, pero era la mujer adecuada para él.

—Ha bebido —confirmó Caroline sorprendida, y un tanto asustada, por el cambio que se había obrado en él.

Nunca antes lo había visto reírse así; y aquel sonido caótico, perfecto, había provocado que quisiera lanzarse a sus brazos y que él la hiciera girar mientras reían juntos. Sus ojos no solo contenían el cielo, ahora brillaba con fuerza el sol en ellos, sin rastros de esas nubes de seriedad y circunspección que le hacían fruncir el ceño a diario.

Martin leyó la confusión en su semblante y su sonrisa se amplió.

—Solo un zumo de bayas que me ha preparado Ailsa —le respondió, risueño—. Me siento mejor que nunca. Permíteme. —Tomó la cesta que ella llevaba y le ofreció su brazo para proseguir su camino.

Caroline lo aceptó sin titubeos, aunque durante el trayecto no dejó de echarle miradas de soslayo mientras él hablaba sin parar de la belleza de la naturaleza y de la tranquilidad que se respiraba en el campo.

—No creo que a mamá le guste la idea.

—Por eso no se lo vamos a decir.

Edith miró a su hermana y dejó escapar un suspiro de resignación, segura de que nada la haría cambiar de opinión. Sin embargo, no dejaba de preocuparle todo lo que le había contado Caroline a su regreso de la casa de la señora Keith. Primero le narró lo bien que el reverendo se había portado con Tinny y sus hermanos, jugando con ellos, ayudando a bañar a los pequeños y a vestirlos; o la manera tan delicada y dulce en que había tratado a la señora Keith, que se había despedido de él diciéndole que era un ángel —algo de lo que la misma Caroline estaba convencida—. Luego, cuando comenzó a hablarle de su conversación en el camino y el cambio que parecía haberse dado en su personalidad y, especialmente, en su trato con ella, no pudo evitar pensar que a lo mejor era un perturbado.

—A mí tampoco me gusta la idea de que pasees a solas con él —le confesó. Se levantó de la cama, donde se habían acomodado para hablar, y se puso a recorrer la habitación con pasos nerviosos—. ¿Y si te hace algo?

Caroline la miró, sinceramente confundida.

—¿Por qué iba a hacerme...? —Se interrumpió de repente y abrió los ojos conmocionada—. ¡Oh, por favor, Edith! No está loco. Solo... ha cambiado. Ya no es tan estirado; y ahora me mira, me mira de verdad.

—Está bien, lo haré —claudicó con un suspiro—. Saldré de casa contigo y luego os dejaré solos, pero si no regresas dentro de dos horas, Caroline Elizabeth MacKay, yo misma te traeré de una oreja. Y si mamá nos descubre, me eximirás de toda responsabilidad.

—De acuerdo, y ahora, vámonos.

Edith puso los ojos en blanco.

—¡Por el amor de Dios, todavía falta una hora! —se quejó—. Además, no puedes ir vestida así, ¿no crees?

Caroline echó un vistazo a su atuendo y torció el gesto. Acababa de volver del establo, de darle de comer al señor John y de atender a los caballos.

—Tienes razón, me daré un baño.

El tiempo pasó demasiado rápido después de eso, pero cuando fueron al encuentro del reverendo, estaba satisfecha con su aspecto. Edith se despidió de ella, tras darle nuevas advertencias, y Caroline inspiró hondo y se acercó a Martin. Seguía vistiendo su traje negro y su alzacuellos, pero se veía más relajado, como si estuviera más cómodo con él.

—Buenas tardes, reverendo Halsbury —lo saludó con formalidad. Él le dirigió una sonrisa tan genuina y pícara que a ella se le encogieron hasta los dedos de los pies.

—Buenas tardes, Caroline. —La miró de arriba abajo y le gustó lo que vio. Llevaba un sencillo vestido de tartán que dejaba sus cremosos hombros al descubierto. De su cuello colgaba una cadena de oro que se perdía entre el valle de sus senos. Tragó saliva y tiró de su collarín—. Eh... Bien, ¿por dónde pasearemos hoy?

—Quiero enseñarte un lugar.

—¿Vamos a navegar? —le preguntó al ver que se acercaba a un grupo de barcas varadas en la playa.

—Buenas tardes, señorita MacKay —le dijo un joven, saliéndole al encuentro—. Hemos preparado todo lo que nos pidió.

—Muchas gracias, Jeremy.

Entre varios chicos arrastraron una de las barcas hacia la orilla. Martin le ofreció la mano a Caroline para ayudarla a subir y luego entró él, se sentó en el banquillo y tomó los remos. Un par de muchachos empujaron la barca hasta que esta se meció con suavidad, acunada por las olas del mar.

—Mi padre posee varios barcos de pesca —le explicó ella. Martin se había quitado la chaqueta y se había arremangado la camisa blanca, y no pudo evitar fijarse en cómo sus músculos tensaban la tela mientras remaba, bordeando la costa—. Jeremy se encarga de supervisar que descarguen el pescado.

Durante el breve trayecto, ella le habló de su familia. Martin la escuchó con atención,

deleitándose en la forma en que los rayos de sol arrancaban destellos caoba a su cabello negro. Él le habló de su familia hasta que llegaron a una pequeña cala. Vararon la barca en la arena y tomaron las cosas que Jeremy había dejado en ella: una cesta de pícnic, una manta y una linterna de gas.

—Esta cueva fue refugio de contrabandistas hace un par de siglos y...

—Caroline... —la interrumpió.

Ella se volvió hacia él con el corazón retumbando en su pecho. Había pronunciado su nombre de una manera extraña. La luz de la lámpara jugaba con las sombras en el interior de la cueva.

—¿Sí?

—Hay algo que quiero contarte. Hace casi un mes recibí una carta de mi padre. El conde quiere que me case con una dama a la que conozco desde que éramos niños y va a venir a Ullapool para asegurarse de que se cumplen sus deseos —le explicó. Vio cómo se envaraba y la decepción nublaba su mirada; aun así, prosiguió—: Pero, aunque le tengo cariño a Emily, no estoy dispuesto a vivir mi vida según la voluntad de mi padre, así que decidí buscar una dama adecuada que pudiera presentarle como mi prometida, aunque luego rompiéramos el compromiso, ya que solo deseo casarme por amor.

—Com... comprendo —logró decir, a pesar del dolor que le quemaba en el pecho—. Por eso propusiste cortejar a Edith.

Martin se acercó y tomó su rostro entre sus manos con dulzura.

—Así es, pero nunca imaginé que me enamoraría de su hermana, una escocesa obstinada, terca, a la que le gusta el riesgo, que disfruta la vida. Una mujer preciosa, alegre, sencilla y generosa. Te amo, Caroline —susurró contra su boca—. ¿Me harías el honor de convertirte en la esposa de este pobre vicario?

Ella le echó los brazos al cuello mientras sus labios dibujaban una sonrisa enorme.

—¡Sí!

Martin la besó, dejando que el amor que sentía se desbordase desde su pecho.

Capítulo 8

Finales de julio de 1905

El fin de las sesiones en el Parlamento había retenido a su padre en Londres más tiempo del que habría deseado, pero hacía dos días que Martin había recibido un telegrama anunciando su llegada. Por suerte, ese tiempo extra que les había proporcionado había servido para que él pudiera comunicarle sus intenciones a Lean, el padre de Caroline, cuando regresó de su viaje.

—¡Por todos los...! —Ailsa apretó los labios con fuerza para no soltar un juramento—. ¿Quiere hacer el favor de calmarse? Es imposible preparar la cena si usted está siempre en el medio.

—Lo siento, señora Ferguson —se disculpó Martin de inmediato, acomodándose en una silla frente a la mesa de la cocina, aunque solo duró unos instantes sentado—. Tal vez si me prepara un té...

Ella chasqueó la lengua con disgusto. Tomó un par de vasos, que colocó sobre la mesa, y, a continuación, sacó una botella de una de las alacenas.

—No hay nada mejor que un buen vaso de whisky para curarlo todo —declaró, sirviéndole un poco del licor ambarino—. Es lo único bueno que me enseñó mi esposo...

—... que Dios lo tenga en su gloria —completó Martin, al tiempo que apuraba el contenido del vaso de un solo trago. Resopló como los caballos cuando lo sintió arder en su estómago.

—*Uisge beatha*, «agua de vida» lo llamaban nuestros antepasados, aunque a mi marido, más que dársela, se la quitó —comentó más para sí misma que para él, mientras volvía a llenar ambos vasos—. Con tres de estos en el cuerpo, podrá vencer a ese viejo dragón. Ya lo verá. Será usted como... ¿Cómo se llamaba ese muchacho que luchó contra un dragón?

—San Jorge.

—Eso. Pues, por San Jorge. —Elevó el brazo en un brindis y apuró la bebida de un trago.

Martin la imitó, aunque no estaba seguro de que el santo fuera a echarle una mano con su padre.

El sonido de las ruedas de un carruaje traqueteando sobre el empedrado de la calle lo alertó. Sintió de inmediato un peso en el estómago, si bien no supo si era a causa de los nervios o del

whisky que había ingerido. Se mareó un poco cuando se puso en pie de golpe, pero por fortuna, y aunque no estaba habituado a beber, fue capaz de caminar recto.

Cuando salió a la puerta de su casa, uno de los lacayos había abierto ya la portezuela del carruaje y ayudaba a Emily a descender. Estaba preciosa con aquel vestido rosado que favorecía su cutis y hacía destacar sus ojos azules. Su cabello, de un tono dorado que parecía besado por el sol, estaba recogido sobre la nuca, formando pequeños tirabuzones. Sin duda, era una mujer hermosa, pero no era Caroline, pensó.

—¡Martin! —exclamó emocionada cuando lo vio.

Se acercó a él, extendiendo sus manos, que él tomó entre las suyas antes de besarla en la mejilla.

—Bienvenida, Emily.

Ella miró hacia atrás y vio que el conde estaba descendiendo del carruaje.

—Lamento todo esto —dijo en un susurro, volviéndose a mirarlo—. He sido incapaz de decir que no.

—Lo sé, nadie puede negarle nada al conde de Whitmore. —Contempló la figura de su padre, que se había detenido a observar la casa y su iglesia, que se hallaba a un lado de esta. En su rostro apareció una mueca de desdén, y Martin suspiró. Sabía que no iba a ser fácil—. Bienvenido a Ullapool, padre.

—Esto no es más que un pueblucho —rezongó—, y tú eres el hijo de un conde, de un par del Reino.

—Y un siervo del Señor.

—Por suerte, no tendrás que pasar mucho tiempo más aquí. En cuanto te cases con Emily, te quedarás en Londres, en alguna de las parroquias del West End.

Martin torció el gesto. Su padre ni siquiera había esperado a entrar en la casa para sacar el tema. No lo había saludado ni le había preguntado cómo se encontraba, después de más de un año sin verlo. Su única preocupación era que se cumplieran sus deseos. Sacudió la cabeza con pesar.

—Me temo que eso no va a ser posible, padre.

—Tonterías. Tengo los contactos necesarios para conseguirte esa parroquia, y Emily está encantada de ser tu esposa.

Vio cómo en el semblante de la joven aparecía un gesto de consternación, pero permaneció en silencio.

—Es posible que así sea, padre, pero yo ya tengo una prometida, y esperamos casarnos pronto. —Disfrutó de la sorpresa que se dibujó en los rostros de ambos, aunque Emily se recuperó enseguida y el alivio pintó una sonrisa en sus labios—. De hecho, hoy comeremos en su casa —añadió, consultando su reloj de bolsillo—. Podemos ir a pie, ya que se encuentra cerca.

Le ofreció su brazo a Emily y comenzó a caminar.

—¡Bravo por ti! —le susurró ella, encantada con la situación.

Martin sentía que el corazón le latía con fuerza en el pecho mientras observaba al conde, que aún permanecía perplejo por la noticia.

—¿Viene, padre?

Lord Whitmore marchó tras su hijo, intentando asimilar sus palabras.

—¡Por el amor de Dios, Martin, no puedes casarte con una mujer de este pueblo de bárbaros! —exclamó, furioso, una vez que se sobrepuso.

—Que yo sepa, no hay ninguna ley que me lo prohíba. Además, Caroline es una dama. Su padre es teniente de la Guardia Negra, aunque dejó su cargo para ocuparse de su herencia, y su madre es inglesa.

—Tendrás que romper el compromiso —le ordenó.

—No voy a comportarme como un canalla solo por cumplir sus deseos, padre. Amo a Caroline y pienso casarme con ella —replicó con sencillez—. Aquí es.

La casa de los MacKay era una mansión de buen tamaño, con grandes ventanales en la fachada blanca de dos pisos y un patio empedrado al frente. A un lado se hallaban los establos y un granero. Apenas entraron en el patio, la puerta principal se abrió y salieron Lean y Ayla, seguidos por Edith. Martin se preguntó dónde se habría metido Caroline.

—Es bonita. —Oyó que le decía Emily. Por suerte, su padre había dejado de hablar.

—Bienvenidos a Mullach tùr, lord Whitmore y lady Peckham. Soy Lean MacKay, y ellas son mi esposa Ayla y mi hija, Edith. Es un placer conocerlos.

Madre e hija efectuaron una perfecta reverencia que disminuyó la animosidad del conde, aunque tal vez tuviera también algo que ver la impresionante envergadura de Lean MacKay y su mirada acerada.

—Gracias por recibirnos —respondió su padre, recuperando un poco sus buenos modales—. Así que tú eres la prometida de mi hijo.

—N...

Martin no pudo terminar la frase. Un revuelo procedente del granero los sorprendió. Se oyó un chillido femenino y una serie de chasquidos guturales, metálicos. El urogallo saltó por la ventana al patio.

—¡Maldito seas, señor John! Esta vez pienso retorcerte el pescuezo y convertirte en caldo para cenar —gritó Caroline, saliendo como una exhalación del granero en persecución del ave. Se detuvo a mitad de su camino, al reparar en la presencia de los invitados—. ¡Oh, Dios mío!

—Ella es mi prometida —declaró Martin con tono risueño.

Caroline se acercó presurosa, sacudiéndose del vestido las hebras de paja que se le habían adherido y evitando mirar a su madre, quien sin duda estaría a punto de sufrir un ataque cardiaco.

—Siento mucho este escándalo —se disculpó ante el conde y la joven que lo acompañaba, una muchacha muy bonita, con aspecto de muñeca de porcelana—. El señor John se ha enfadado porque... —Se detuvo al escuchar el suave carraspeo de su madre, comprendiendo que estaba hablando de más, y se sonrojó. Extendió su mano para saludar al conde—. Es un placer tenerlo

con nosotros, milord.

Lord Whitmore contempló su mano extendida como si fuera un animal venenoso y ella temió haberlo ofendido. La dama que lo acompañaba se había cubierto la boca con la mano enguantada. Cuando miró a Martin, este dejó escapar una repentina carcajada que la sorprendió y la molestó a partes iguales. Ella estaba intentando corregir la mala impresión que había causado por culpa del señor John, y Martin no estaba ayudando en nada.

De pronto todos comenzaron a reírse, e incluso el conde esbozó una tibia sonrisa, y Caroline pensó que todos se habían vuelto locos. Miró a Martin, frunciendo el ceño, pero él sacudió la cabeza, con los ojos humedecidos por la risa, y señaló la mano que ella aún mantenía extendida. Bajó la cabeza y descubrió, horrorizada, que llevaba unas cuantas plumas pegadas a su palma. Se tragó un gemido de consternación y cerró la mano en un puño, ocultándola con rapidez tras su espalda.

—Lo lamento muchísimo —se disculpó azorada.

Martin sonrió y se acercó a ella. Retiró de su cabello otra pluma, que se había quedado entre sus rizos.

—Estás preciosa —le susurró para tranquilizarla. La miró con amor, pensando que aquello era cierto—. Caroline, te presento al conde de Whitmore. Padre, esta es Caroline MacKay, mi prometida. Ella es la mujer a la que amo con todo mi corazón, la que será mi esposa y madre de mis hijos.

Epílogo

Ullapool. Marzo de 1906

El fuego crepitaba en el hogar, calentando la amplia estancia. Martin se hallaba sentado en su sillón favorito, frente a la chimenea, mientras repasaba el sermón que debía pronunciar ese domingo. Caroline se había sentado en su regazo, con la cabeza reclinada contra su hombro. Aunque no era la postura más cómoda, le encantaba sentir su peso y la calidez que desprendía. Pero, sobre todo, le gustaba embriagarse con su aroma, una mezcla a brezo, canela y brisa fresca.

—¿Hay algo interesante? —le preguntó cuando vio que terminaba de leer la carta que Edith había enviado desde Londres.

—Tu padre sigue tan gruñón como siempre, pero le consiente todos los caprichos. Creo que se está ablandando —comentó. Esbozó una sonrisa al escuchar el bufido descreído de su esposo—. Emily y ella han estado yendo casi todos los días al teatro, y Edith no hace más que mencionar a un tal señor Lindsay, con el que han coincidido en varias ocasiones.

Durante la semana que duró su visita a Mullach tùr, su hermana y Emily habían hecho buena amistad e intercambiado correspondencia. Cuando volvieron para la celebración de su boda, Emily le había rogado al conde de Whitmore que invitara a Edith a su casa de Londres para la Temporada. Quizá fuera porque creía que Emily acababa de sufrir una decepción al no poder casarse con su hijo, o tal vez por otro motivo que desconocían, pero aceptó. La presencia de Edith en Whitmore House había suavizado las relaciones de Martin con su padre.

—Vaya, eso suena sospechoso —declaró este, dejando a un lado el libro de los sermones cuando Caroline comenzó a depositar suaves besos sobre su cuello que provocaron la reacción de su entrepierna—. ¿Tienes frío, esposa?

Lean MacKay les había dado como regalo de bodas una pequeña mansión en los terrenos que había heredado tiempo atrás; y a pesar de que mantenían las chimeneas encendidas, las corrientes de aire eran constantes.

—Puede ser —respondió, colocándose a horcajadas sobre él. Soltó un gemido cuando percibió el grueso abultamiento bajo los pantalones de su esposo—. Por lo que veo, tú tienes calor.

—Demasiado —susurró en su oído, mordisqueando el lóbulo de su oreja—. ¿Crees que me

podrías ayudar a enfriarme un poco?

Ella se echó hacia atrás para mirarlo. Martin vio el fuego que ardía en las profundidades verdes de sus ojos y siguió el movimiento de su mano, que acariciaba despacio la cadena del colgante que portaba al cuello y que él le había regalado, ya que Caroline le había entregado el suyo a Edith para que encontrase su amor verdadero, como ella había encontrado el suyo. Luego lo heredaría la primera de las hijas que cualquiera de las dos tuviese. Cuando la vio hundir sus dedos en el valle entre sus senos, él tembló de anticipación, ansiando lamer aquellas cumbres rosadas.

—Solo si me prometes que iremos a ver a tu padre el próximo año.

Sus palabras fueron como un jarro de agua fría que apagó en un instante todo su ardor.

—¿Por qué tendríamos que visitar al viejo dragón? Sabes que odio Londres, y tú también.

Se inclinó hacia delante y comenzó a besar su cuello, mientras sus manos se perdían bajo la falda, acariciando sus blancos muslos, en un intento de que olvidara aquella petición.

—Lo sé, pero... me gustaría que... conociera a su nieta —respondió, ahogando un jadeo cuando él rozó el centro de su feminidad, y maldiciendo de inmediato cuando se detuvo de golpe ante la noticia.

Martin la miró con los ojos abiertos por la sorpresa.

—¿Una hija? ¡Estás embarazada! —exclamó entusiasmado, atrapando su boca en un beso ardiente que fue tornándose poco a poco dulce y reposado—. Un momento, ¿cómo sabes que será una niña? —le preguntó, frunciendo el ceño.

—Porque tiene que heredar el colgante.

—¿Y si es un niño? —insistió él.

—Entonces, reverendo Halsbury, tendremos que seguir intentándolo muchas veces hasta que sea una niña.

—Pues, por mí, podemos comenzar ya. —Besó sus labios con dulzura—. Te amo, señora Halsbury.

Volvió a besarla con pasión. No salieron de la estancia hasta que el fuego de la chimenea se apagó, aunque nada podía consumir el que ardía en sus corazones.

Un baile del destino

Mia Heywood

Capítulo 1

1925

Adaline tenía dos cosas muy claras en la vida. La primera era que no había nada como Londres. A pesar de que su familia provenía de Escocia, ella se había criado en la capital inglesa y no la cambiaba por ningún otro lugar en el mundo. Le encantaba salir a pasear, conocer todos sus rincones y, por supuesto, ir por las noches a bailar con sus amigas a alguno de aquellos locales que tan de moda se habían puesto (por mucho que sus padres desaprobaran aquel comportamiento tan poco adecuado para «una señorita bien educada»). La segunda era que no creía en nada que no pudiera ver. Evidentemente iba a la iglesia con su familia los domingos y fiestas de guardar, pero hacía mucho que había dejado de tener fe en dioses y elementos sobrenaturales. Daba igual lo muchísimo que se esforzaran por hacerla cambiar de opinión, ella se negaba a aceptar que existieran cosas intangibles. Y eso incluía el amor. Hacía mucho que había dejado de creer en aquellos cuentos de viejas de amores verdaderos y encuentros del destino, a pesar de que en su familia existía una antigua leyenda de la que nadie parecía dudar. Hacía muchas generaciones que, según se decía, el amor sonreía a aquellos que poseían una antigua reliquia familiar, un colgante que pasaba de generación en generación.

Un colgante que, sin saber muy bien cómo, había acabado en sus manos.

Sus tíos se lo habían dado hacía apenas unas semanas, durante su última visita a la parroquia en la que vivían en Escocia. Su madre la había enviado al exilio escocés tras haberla descubierto bailando con un músico en un local. Le había dicho que se estaba desviando del buen camino y que un poco de distancia le aclararía la mente, así que no se le había ocurrido nada mejor que ordenar a la doncella que hiciera su maleta y obligarla a subir a un tren de camino al norte. Durante gran parte del trayecto se había planteado huir, pero había recuperado el juicio justo a tiempo para no cometer ninguna insensatez. Si se escapaba, sus padres sí que pondrían el grito en el cielo y le quitarían toda su herencia. Y ella, aunque tratara de ser una mujer moderna del nuevo siglo, aún no tenía ninguna forma de mantenerse a sí misma, así que no le había quedado más remedio que transigir y pasar unas largas semanas en Escocia. Al menos le había servido para avanzar con algunas lecturas y ponerse al día con su querida tía, a la que hacía demasiado

que no veía.

Fue justo en mitad de una de esas charlas, mientras la interrogaba sobre sus posibles pretendientes y Adaline renegaba del matrimonio y el amor, cuando había decidido entregarle el colgante.

—Ya sabes que esto lleva generaciones en la familia —le había dicho mientras se lo ponía en la mano y se la apretaba con fuerza—. Tu prima ya se ha casado y no lo necesita, así que ahora ha llegado tu turno de encontrar el amor verdadero, Adaline.

—Tía, no diga tonterías. No son más que supersticiones sin ningún tipo de credibilidad —había replicado ella, tratando de zafarse, en vano, de su agarre—. Dudo que esto me haga encontrar algo que ni siquiera existe.

—Mi pequeña escéptica... —Ella había resoplado, aunque ni mucho menos se había dado por vencida. Conocía de primera mano la magia de aquel colgante y no estaba dispuesta a dejar que su sobrina la menospreciara—. Tú guárdalo bien y ten fe.

Ella había querido replicar de nuevo, pero, al final, había optado por guardar silencio. Nada de lo que dijera haría cambiar de opinión a su tía y no le apetecía pasarse sus últimos días enfadada en la parroquia, así que había fingido una sonrisa y aceptado el colgante. Aunque no creyera en la leyenda, lo conservaría como una reliquia familiar, un recuerdo de sus antepasados.

Por eso lo había llevado con ella de vuelta a Londres, guardado en un pequeño estuchecito que había dejado casi olvidado en uno de los cajones de su cómoda.

Lo que ella no se imaginaba era que aquel pequeño colgante pondría su vida del revés en tan solo unos días.

Capítulo 2

—¡No puedo creerme que por fin estés de vuelta del exilio!

Grace, la mejor amiga de Adaline, la abrazó nada más entrar al salón.

—¡El exilio! —exclamó Edith, su madre, horrorizada—. Solo ha pasado unas cuantas semanas en Escocia visitando a sus tíos.

—Es un decir, señora Lindsay —se apresuró a responder la joven, consciente de que lo mejor sería no revelarle a aquella mujer el contenido de todas las cartas que su hija le había enviado durante su estancia en el norte. Dibujó su mejor sonrisa y tomó asiento frente a su amiga—. Sé que Adaline ha disfrutado mucho del viaje, pero yo ya la extrañaba.

—Y yo a ti.

—Esta noche vamos a salir a cenar, ¿por qué no vienes?

—Adaline ha decidido pasar más tiempo en familia a partir de ahora —respondió Edith por ella con determinación. Era evidente que aún estaba enfadada por lo que había sucedido antes de su castigo—. Ha reflexionado sobre su comportamiento y se ha dado cuenta de que esos locales que tanto frecuentáis no son apropiados para una señorita.

Grace, que ya se había preparado para aquello gracias a las indicaciones de su amiga, dibujó una falsa expresión de sorpresa y se llevó una mano al pecho en una actuación digna de los mejores teatros de la ciudad.

—Oh, pero nosotros ya no vamos a esos sitios, señora Lindsay. Después de lo que pasó con Adaline nos dimos cuenta de lo errados que estábamos, así que hemos dejado de asistir a esas veladas. Era solo una invitación para una cena informal.

—Madre, por favor —le pidió Adaline con su mejor sonrisa de no haber roto nunca un plato —. Hace mucho tiempo que no veo a mis amigas y será solo una cena tranquila.

Edith intentó mantenerse firme. Se suponía que su hija estaba castigada sin acudir a reuniones de amigos hasta nuevo aviso, pero parecía que aquellas semanas en Escocia la habían hecho madurar y, quizá, ese pequeño voto de confianza podría ser positivo. Así se daría cuenta de que su objetivo nunca había sido molestarla, sino ayudarla. No querían que, por culpa de aquellas noches que tan divertidas le parecían en aquel momento, se ganara una mala reputación que le

impidiera conseguir un buen marido.

—Por favor, señora Lindsay —insistió Grace—. Le prometemos que Adaline estará aquí temprano.

La mujer paseó la mirada entre ambas, suspiró y claudicó. Al fin y al cabo era solo una cena. Nada malo podía pasar allí.

—Pero tienes que regresar temprano.

—Se lo prometo.

Adaline contuvo un grito de emoción, aunque compartió una mirada cargada de significado con su amiga. Todo estaba saliendo según sus planes.

***

Unas horas más tarde, la joven salió de su casa y cruzó la calle para entrar a la de Grace. Saludó a los señores Steward de forma educada y, después, subió al dormitorio de su amiga, ya que esta había mandado a por ella a la doncella porque, al parecer, necesitaba su ayuda para elegir la ropa. Pero cuando atravesó la puerta, se la encontró perfectamente arreglada, sentada en su tocador mientras se tomaba una cena fría a escondidas.

—Por fin llegas —le dijo nada más verla—. Venga, vamos, date prisa. Ya deben de estar esperándonos.

Adaline sonrió. A pesar de lo que le habían prometido a su madre (y también a los padres de Grace), aquella noche no irían precisamente a cenar, sino a bailar en un nuevo local en el que tocaban jazz y se reunían todos los jóvenes de su edad.

—No sé cómo darte las gracias por esto, Gracie —le dijo mientras comenzaba a quitarse el aburrido vestido que había tenido que ponerse para que sus padres no sospecharan de sus verdaderas intenciones—. ¿Cuál puedo usar?

—El que quieras, pero apresúrate.

Adaline paseó la mirada por los vestidos de su amiga y, tras meditarlo los pocos segundos que tenían, eligió uno precioso de color rojo, bastante más corto que el que traía de casa, y se lo puso. Se miró en el espejo y giró sobre sí misma, haciendo que los flecos del vestido se agitaran a su alrededor.

—Estás guapísima.

—Tú también —respondió mientras se comía, a toda prisa, su porción de cena. Grace se había puesto aquella noche un elegante vestido negro con lentejuelas y una cinta en la frente—. Cuando regresemos, tengo que pasarme por aquí para cambiarme de nuevo. ¿Estás segura de que tus padres no se enterarán de nada?

—Ni la mayor tormenta de la historia podría despertarlos, no te preocupes. —Le hizo un gesto a su doncella—. Sube mi abrigo y el de la señorita Lindsay.

—Pero, señorita...

—Tranquila, no te dirán nada. Hazme caso y tráelos aquí. No podemos dejar que la vean salir así.

La doncella titubeó, pero finalmente accedió. No tardó en regresar y ayudarlas a ponerse sus chaquetas para que pudiera, por fin, marcharse.

—Padre, madre, volveré después de cenar, ¿de acuerdo? —les dijo Grace a ambos, que seguían en el salón en la misma postura en la que los había dejado Adaline hacía unos minutos.

—Estupendo —respondió su madre con una sonrisa afable—. Pasadlo bien en la cena.

Las dos se marcharon de la casa, enganchadas del brazo, y, por fin, dejaron salir toda la emoción que llevaban horas conteniendo.

—¡No puedo creerme que el plan de verdad haya funcionado! —gritó Adaline—. No sabes las ganas que tengo de esto, Gracie. Lo necesito.

—No sé cómo has sobrevivido tantas semanas en una parroquia en mitad de la nada. Yo habría enloquecido.

—Lo habría hecho de no haber sido por mi tía. Pero ya necesitaba más vida de la de verdad en sociedad, de la que solo se encuentra en Londres.

Se montaron en el coche que las aguardaba preparado en la entrada y, tras darle una «pequeña propina» al chófer, consiguieron que las llevara hasta el local donde las estaban esperando.

—¡Chicos, mirad quién ha regresado del exilio escocés! —exclamó Grace nada más llegar a la mesa en la que ya todos tenían sus bebidas.

—¡Ada!

Hubo gritos, aplausos e incluso algunos vítores que atrajeron la atención de las mesas cercanas, aunque a ella no pudo importarle menos. Dudaba que hubiera allí alguien que pudiera informar a sus padres de sus verdaderos planes.

Pidieron también unos cócteles y se los tomaron mientras todos se apresuraban a poner al día a Adaline de lo que se había perdido por culpa de su castigo. Le hablaron de fiestas, del chico con el que una de sus amigas había empezado a quedar de manera formal, de algún que otro cotilleo... hasta que la orquesta comenzó a tocar piezas más animadas y decidieron dejar las charlas para otro momento y empezar a bailar.

Adaline danzó con todos sus amigos e incluso con algún guapo desconocido que se le acercó y la invitó. Se movía al compás de la música y solo salía de la pista para tomar una copa tras otra, tratando de refrescarse. Cada vez sentía más calor, mas no estaba dispuesta a dejar que nada la detuviera.

Continuó contoneándose más y más acalorada e incluso algo mareada por culpa del alcohol y el calor, aunque no quiso darle importancia. Tenía tantas ganas de bailar que no iba a permitir que aquella pequeña sensación la detuviera.

Hasta que, de repente, el mundo comenzó a darle vueltas y todo se oscureció.

—¡Adaline!

El joven con el que bailaba impidió que cayera al suelo, aunque sus gritos alertaron a toda la

sala. La música paró de sonar y un corrillo se formó alrededor de la muchacha desmayada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Grace, asustada—. Oh, Dios mío. Le prometimos a su madre que solo iríamos a cenar. ¡Nos matará si le sucede algo y se entera de la verdad!

—¿Hay algún médico en la sala? —comenzaron a preguntar varias personas—. ¡Que alguien ayude a esta joven, por favor!

Y entonces, casi como si de una aparición divina se tratara, un hombre surgió de entre la multitud. Era moreno, alto, bien parecido, y tenía unos penetrantes ojos verdes que se posaron en la joven desmayada.

—Yo soy médico —anunció—. Dejen que le eche un vistazo.

Se agachó junto a ella y la sujetó de la muñeca para tomarle el pulso. Era regular y bastante fuerte, por lo que su vida no corría peligro. Le apoyó una mano en la frente, para comprobar que no tenía fiebre, y movió su cabeza hacia ambos lados con delicadeza. Un pequeño quejido se escapó de sus labios y él sonrió.

—Probablemente se ha desmayado por la agitación —dijo. Se giró e hizo un gesto a uno de los camareros—. Tráigale un poco de agua para refrescarse. Está volviendo en sí.

Aguardó unos instantes, aún sujetándola, hasta que ella por fin abrió los ojos con lentitud.

—Bienvenida de nuevo, señorita —la saludó, ampliando la sonrisa—. Le ha dado un buen susto a todos los presentes.

Adaline fue incapaz de contestar. No entendía qué había pasado ni cómo había acabado ahí, ni muchísimo menos quién era aquel hombre que la sostenía. Por un momento incluso creyó, a pesar de su escepticismo, que era una especie de aparición, porque jamás se había cruzado con un caballero tan apuesto como aquel.

—¿He... he muerto? —preguntó, aún confusa.

El hombre se echó a reír y negó con la cabeza. Justo entonces el camarero llegó con una copa llena de agua y se la tendió.

—No, tranquila —respondió mientras la ayudaba a incorporarse para que pudiera beber—. Ha sido solo un pequeño desmayo. Aunque debería pedir cita con un médico para que la examinaran en profundidad. Yo solo me he asegurado de que no fuera algo mortal.

—No creo que eso sea necesario, muchas gracias. —Adaline buscó con la mirada a sus amigos y le hizo un gesto a Grace para que la ayudara a levantarse—. Había bebido un poco y tenía mucho calor.

—Aun así, déjeme insistir, señorita...

—Lindsay.

—Señorita Lindsay —repitió él—. Mi consejo profesional es que acuda a una consulta. Puedo darle la dirección de la mía, si lo desea. Le haré un hueco mañana a primera hora.

—No será necesario, gracias. —Consiguió al fin ponerse de pie y se estiró el vestido con nerviosismo. La mayoría de las personas se habían dispersado al comprobar que estaba bien, pero aún había algunos curiosos observándola y quería alejarse de ellos cuanto antes—. Gracie,

¿te importa si nos vamos?

—No, por supuesto, Ada.

El hombre se removió algo incómodo. A pesar de que él mismo sabía que aquel desmayo no había sido grave, no se quedaba tranquilo sabiendo que aquella joven no quería asistir a que le hicieran un chequeo, ni mucho menos viendo cómo se marchaban totalmente solas a aquellas horas algo intempestivas.

—¿Necesitan que las acompañen? Puedo llamar a mi chófer y...

—No será necesario, doctor —lo interrumpió Adaline—. Gracias por su ayuda, pero estoy perfectamente y puedo regresar a casa por mis propios medios, así que buenas noches.

Quiso replicar, pero la joven no le dio tiempo. Se agarró del brazo de su amiga y se perdió entre la multitud, que había vuelto a sus bailes, copas y conversaciones. Suspiró. Solo esperaba que llegara sana y salva.

Adaline y Grace no tardaron demasiado en salir. Avisaron de sus planes a sus amigos y, tras despedirse, se marcharon de la fiesta.

—Se ha hecho un poco más tarde de lo que esperaba —murmuró Grace al escuchar las campanas de la iglesia cercana—. Debemos darnos prisa o tus padres se darán cuenta de que no hemos ido a cenar.

Las dos se subieron al coche, que ya las esperaba, y no tardaron en llegar al hogar de los Steward, donde, tal y como ella había previsto, todos dormían ya. Subieron en silencio al piso superior, acompañadas de la doncella, y Adaline volvió a ponerse el vestido que había llevado de su casa.

—Muchas gracias por esto —susurró a su amiga cuando regresaron al piso inferior—. Necesitaba algo así.

—Yo también. Te he extrañado mucho.

Se abrazaron, y Adaline por fin salió de casa de su amiga y cruzó hasta la suya. Cuando el mayordomo le abrió, le indicó con gesto serio que sus padres la esperaban en el salón y ella fue incapaz de contener un bufido. Aquello no le gustaba en absoluto.

—Madre, padre —los saludó nada más pasar—. ¿Qué hacen aún despiertos?

—Lo mismo podríamos decirte a ti —replicó la mujer—. Nos prometiste que irías solo a cenar.

—Y eso he hecho, madre.

—Estas no son horas de cenar. Ni muchísimo menos horas apropiadas para que una señorita como tú esté en la calle.

—Madre...

—No me interrumpas. Quiero la verdad, Adaline: ¿dónde has estado?

Sintió una punzada de nervios, pero se obligó a mantener el semblante tranquilo y seguir con sus mentiras. No quería acabar de nuevo en Escocia o algo peor, por lo que no podrían descubrirla.

—Cenando. Los padres de Grace se lo pueden confirmar si quiere.

—Hueles a alcohol y no me vengas con la excusa de que has tomado una copa de vino o de champagne porque eso no huele tanto.

—Bueno, yo... —titubeó. No había caído en aquello, así que no había inventado nada que pudiera excusarla—. He bebido un poco comiendo, sí...

—Adaline, si de verdad piensas que vamos a creernos algo así, eres una ilusa.

Y entonces una idea cruzó su mente. Probablemente no era la mejor y sabía que, de haber tenido un poco de tiempo, se le habría ocurrido una superior, mas tendría que conformarse con eso y esperar que los distrajera.

—Me he desmayado.

—¡¿Qué?!

Tanto su padre como su madre se levantaron de sus asientos y se apresuraron a examinarla, asustados al escuchar aquella confesión.

—No ha sido nada grave, solo un pequeño susto, pero hemos tenido que quedarnos más rato allí mientras me recuperaba y me han dado algo de coñac, aunque dudo que haya sido la mejor elección.

—Pero ¿te encuentras bien? —insistió su padre.

—Sí, habrá sido el calor.

—No, eso no me parece motivo suficiente. —Su madre posó una mano en su frente, aún preocupada—. Mañana por la mañana iremos a la consulta del doctor Howard. Lo llamaré a primera hora, seguro que nos hará un hueco.

—Madre, no es...

—Por supuesto que lo es —la interrumpió—. Debemos comprobar que todo está bien y no te ocurre nada grave, Adaline.

Ella protestó, pero su madre no le dio opción a réplica. Irían a ver al médico a la mañana siguiente quisiera ella o no. Por suerte tenía toda una noche por delante para perfilar los detalles y que aquel hombre no descubriera el verdadero motivo de su desmayo.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, justo después del desayuno, el chófer llevó a Adaline y a su madre hasta la consulta del doctor Howard, donde ya las esperaban. Nada más despertarse, Edith había llamado al médico al que su familia llevaba años acudiendo y él no había dudado en despejar su agenda para poder recibirlas cuanto antes.

Cuando llegaron, la secretaria les pidió que aguardaran en la sala de espera y Adaline, muerta de nervios pero dispuesta a que nadie descubriera su mentira, cogió un periódico y comenzó a leer con fingida despreocupación las últimas noticias.

—Señora y señorita Lindsay —las llamó la mujer poco después, atrayendo su atención—. El doctor Howard las recibirá en su consulta.

—Muchas gracias.

Adaline dejó el periódico en su sitio y siguió a su madre, que ya estaba prácticamente esperándola en la puerta de la habitación. Entraron juntas, aunque se detuvieron de forma abrupta al ver a aquel hombre que... no era precisamente el viejo doctor Howard que ambas esperaban. En lugar de aquel médico serio, con el pelo ya cano a juego con su bigote y unas pequeñas gafas que descansaban sobre su nariz, al otro lado del escritorio se encontraba un hombre joven, muy bien parecido, ataviado con una bata y con unos preciosos ojos verdes.

Unos ojos que Adaline ya había visto antes.

—Disculpe, debe tratarse de un malentendido —intervino Edith—. Teníamos cita con el doctor Howard.

—Yo soy el doctor Howard —replicó él, que también había reconocido a la joven que se había desmayado en la sala de baile la noche anterior y no podía apartar la vista de ella.

—No quisiera contradecirlo, pero eso es imposible. El doctor es bastante mayor que usted.

—Supongo que habla de mi tío, el doctor Robert Howard. Yo soy el doctor Nathaniel Howard.

—Oh, ¿y no podría atendernos él? Es nuestro médico desde hace años y, no quiero desconfiar, pero usted me parece excesivamente joven para esto.

Nathaniel tuvo que contenerse para no poner los ojos en blanco. Aquella era la tercera persona que le decía eso en lo que llevaban de día, y la jornada acababa de comenzar.

—Soy un médico muy competente, señora Lindsay. Me he formado en las mejores universidades y he trabajado en varios hospitales, por lo que puedo lidiar con cualquier problema sin pestañear.

—Me alegra saber eso, pero ¿no está su tío? He hablado personalmente con él esta mañana y sabía que veníamos a verlo.

—No se preocupe, señora Lindsay. —Una vez a su espalda las hizo girarse y la mujer soltó un suspiro de alivio—. Aún no me he marchado.

—¿Aún?

El doctor asintió. Era la frase que más había repetido en los últimos días, aunque no podía culpar a sus pacientes por extrañarse al encontrarse a su sobrino en el lugar que él llevaba muchos años ocupando.

—Voy a retirarme —anunció—, y mi querido sobrino Nathaniel, que es un gran profesional, se hará cargo de la consulta a partir del mes que viene. La edad empieza a pesarme y sé que estoy dejando el barco en las mejores manos.

—Oh, eso es horrible. —Edith se sonrojó al darse cuenta de lo que acababa de decir y su hija contuvo una pequeña carcajada—. Quiero decir que perderlo como doctor será terrible, aunque me alegro de que se tome un tan merecido descanso y que su sobrino pueda hacerse cargo de sus pacientes.

—Pronto se acostumbrarán a él, ya lo verán. Y hoy, si se lo permiten, será quien examine a la señorita bajo mi supervisión, por supuesto.

—Sí, por supuesto, no habrá ningún problema. ¿Verdad, Adaline?

Ella quiso protestar. No tenía nada en contra de ese hombre, pero ¿qué pasaría si decía delante de su madre que ya se habían conocido y lo que había sucedido realmente la noche anterior? No podía arriesgarse, mas tampoco quería darle motivos a su progenitora para sospechar, así que acabó por asentir y aceptar que Nathaniel la examinara.

—Me desmayé anoche cenando —soltó a bocajarro para tener el control de la historia. No quería darle la oportunidad de decir ni una palabra—. Probablemente se debió al calor, pero mi madre no se quedaba tranquila y ha insistido en venir.

—Así que estaba ¿cenando? —Nathaniel enarcó una ceja—. ¿No estaba haciendo ningún tipo de esfuerzo?

Vio una chispa de pánico en sus ojos y tuvo que aguantar una carcajada. No le costó entender lo que estaba sucediendo: Adaline había salido a bailar a escondidas de sus padres y temía que la descubrieran.

Por suerte para ella, él también había tenido una vena rebelde, por lo que estaba más que dispuesto a cubrirle las espaldas.

—No, solo... cenando y charlando con mis amigos.

—¿Le ha sucedido con anterioridad? ¿Se ha mareado en los últimos días?

—No, nunca me había pasado y me he encontrado como siempre.

—De acuerdo. Deje que la revise, entonces.

Le pidió que se quitara la chaqueta y el sombrero, y que se sentara en una camilla para poder llevar a cabo el examen. Su madre se puso también de pie y la siguió para comprobar que todo estaba en orden.

Después de unos cuantos minutos en los que intercambiaron alguna mirada de complicidad, Nathaniel se dio por satisfecho y le indicó que ya podía regresar a su asiento.

—¿Y bien, doctor? —preguntó Edith—. ¿Le pasa algo a mi hija?

—Tiene la tensión algo baja, pero todo lo demás está bien —respondió. Miró de reojo a su tío, que asintió de forma casi imperceptible. A pesar de todos los años que llevaba trabajando, le intimidaba tenerlo ahí, observando, y necesitaba su aprobación—. No tienen de qué preocuparse.

—¡Menos mal! —exclamó la mujer aliviada—. ¿Y debe hacer algo para mejorar su tensión?

—En principio debería bastarle con beber más agua, evitar el alcohol y hacer ejercicio moderado. Si volviera a encontrarse mal, trataríamos de aplicar algún otro tratamiento.

—Me encargaré personalmente de ello —le aseguró ella al tiempo que se ponía de pie y le hacía un gesto a su hija para que la imitara. Ella titubeó, aunque acabó por seguirla para no levantar sospechas—. Muchas gracias por su atención y, doctor Howard, espero que disfrute de esta nueva etapa. Estoy convencida de que deja la consulta en buenas manos.

—Eso espero, señora Lindsay. Permítame acompañarlas.

Los tres salieron de la consulta, aunque Adaline se detuvo antes de llegar a la puerta principal.

—¡Uy, qué despiste! —exclamó como si acabara de percatarse de algo. Aunque ni mucho menos—. Se me ha olvidado el sombrero en la consulta. En seguida vuelvo.

Se dio media vuelta y regresó, aguantando una sonrisa. Había dado la actuación de su vida. Si las actrices estuvieran mejor consideradas en Inglaterra, podría haberse convertido en una.

Entró a la consulta y Nathaniel levantó la vista y sonrió. Sabía que volvería.

—Así que un mareo cenando, ¿cierto? —bromeó.

—A mis padres no les gusta que salga a bailar —se excusó—. Muchas gracias por encubrirme, doctor Howard.

—Llámeme Nathaniel, por favor. Creo que ya tenemos confianza.

—Pues muchas gracias, Nathaniel. —Cogió su sombrero y se lo puso—. Me ha salvado del exilio escocés permanente.

Él enarcó una ceja, confuso, aunque ella le quitó importancia con un gesto. Era demasiado personal para explicárselo a un desconocido.

—Lo mejor será que me marche. Mi madre me espera.

—Espere un momento, Adaline —la detuvo, poniéndose de pie—. ¿Puedo llamarla por su nombre?

—Supongo que sí.

—Me ha sorprendido mucho verla atravesar la puerta de la consulta esta mañana.

—A mí también encontrarlo al otro lado del escritorio. Soy paciente de su tío desde que nací,

así que no esperaba ver al desconocido que me socorrió anoche ocupando su asiento.

—Ha sido raro, ¿cierto? De todos los locales de Londres, de todos los consultorios médicos... ¿Qué probabilidades había de que nos cruzáramos dos veces en menos de veinticuatro horas?

—El mundo está lleno de casualidades —respondió ella. También consideraba que aquello era algo extraño, mas no quería darle demasiadas vueltas.

—O quizá se trata del destino —la tanteó él. Sabía que podía sonar absurdo, pero no podía quitarse de encima la sensación de que aquel encuentro no había sido un accidente.

—No creo en el destino, Nathaniel.

—¿De verdad? ¿Ni un poco siquiera?

—Nada en absoluto —afirmó ella con decisión—. No creo en nada que no pueda ver. Me sorprende que usted, siendo un hombre de ciencia, sí que lo haga.

—Hay muchas cosas ahí fuera que no tienen explicación, Adaline, y esta podría ser una de ellas.

—Así que cree que hay un motivo para que esta mañana hayamos vuelto a coincidir —recapituló Adaline—. ¿Y cuál piensa que es?

—No lo sé, pero me encantaría invitarla a cenar para averiguarlo.

La joven notó cómo se le ponía la cara completamente roja. ¿Aquel doctor tan apuesto, que parecía salido de una novela, acababa de invitarla a salir? ¿Con intenciones más o menos formales? Aquello no se lo había visto venir, desde luego, y por eso se quedó paralizada, sin saber muy bien qué responder. Por una parte le apetecía aceptar aquella invitación, pero por otra...

—No sé si es adecuado —susurró—. Es mi doctor.

—Hay cientos de consultas en Londres. Puedo recomendarle algún otro médico que sea casi tan bueno como yo, si eso es lo que la preocupa.

Una pequeña sonrisa se le escapó a Adaline al escuchar el piropo que Nathaniel se había echado a sí mismo. Sabía que se lo pasaría bien si aceptaba salir con él, pero no lograba decidirse.

—No lo sé, Nathaniel.

—Está bien. No insistiré —repuso él, levantando ambas manos en son de paz—. Si el destino quiere que estemos juntos, volverá a unir nuestros caminos, así que podríamos dejarlo en sus manos, aunque usted no crea en él. ¿Qué le parece?

Ella suspiró, aliviada. A pesar de su escepticismo, estaba dispuesta a dejar que una supuesta fuerza externa decidiera. O que las casualidades volvieran a reunirlos. Al fin y al cabo, la ciudad era grande, mas no infinita, así que sus caminos podrían encontrarse de nuevo.

—Me parece una buena idea. —Sonrió y le tendió una mano que él no dudó en estrechar—. Hasta que nos volvamos a encontrar, Nathaniel.

—Hasta que el destino nos vuelva a unir, Adaline.

La vio marcharse y se dejó caer de nuevo en la silla.

Se moría de ganas de ver qué les deparaba el destino.

Capítulo 4

No tuvieron que esperar demasiado para volver a encontrarse. Apenas unos días después, el destino los cruzó de nuevo en uno de los numerosos salones de té de la capital. Y ambos supieron que aquello tenía que significar algo.

—¿Ese no es aquel hombre tan guapo que te ayudó cuando te desmayaste? —le preguntó Grace, señalando de forma poco disimulada una mesa cercana—. El sobrino del doctor Howard.

Adaline, que tampoco era la reina del disimulo, se giró y no pudo evitar dibujar una sonrisa al verlo sentado en una mesa. Aunque aquella expresión se congeló al darse cuenta de que estaba con otra mujer. Sintió una punzada en el estómago y se encontró a sí misma preguntándose quién sería y si tendría algún tipo de relación con ella, si bien esperaba que no. No le había parecido un mal hombre, por lo que dudaba que la hubiera invitado a salir estando con alguna otra mujer, pero nunca se sabía.

Nathaniel levantó justo entonces la cabeza y, a pesar de que Adaline trató de apartar rápidamente la vista, la descubrió mirándolo. Sonrió al verla. Notó una corriente que no daba opción a dudas atravesando su pecho: sentía algo por aquella joven. Así que no lo dudó y, tras disculparse con su acompañante, anduvo hasta su mesa para saludarla.

—Parece que el destino ha vuelto a hacer de las suyas, Adaline.

—Eso parece, sí —respondió ella con cierta cautela. Miró a Grace, que observaba aquel intercambio con curiosidad, y la señaló—. Esta es mi amiga, la señorita Steward.

—Grace —se apresuró a añadir ella.

—Y este es el doctor Howard.

—Nathaniel —se presentó él también para que estuvieran en igualdad de condiciones—. Un placer conocerla, Grace. Aunque creo que ya nos hemos visto antes, ¿cierto?

—Sí, cuando Adaline decidió asustarnos con su desmayo.

—¡Oh, ni que hubiera sido culpa mía!

—No lo fue en absoluto —intervino Nathaniel—. Por cierto, ¿ha vuelto a marearse estos días?

—No, todo ha estado perfecto, muchas gracias. —Miró hacia la otra mesa y, aún con aquella molesta sensación en el estómago, prosiguió hablando—: No quisiera que dejara a su

acompañante sola durante mucho rato.

—No se preocupe. Mi hermana no suele necesitar compañía constante. Es un alma libre e independiente.

—¿Su hermana?

Fue incapaz de disimular su alegría al saber que Nathaniel no estaba en una cita, sino que había acudido a tomar un té con su hermana menor.

—Sí, Victoria. —Se quedaron en silencio durante unos instantes, mirándose a los ojos, hasta que por fin él se atrevió a retomar la conversación—. No quisiera parecer impertinente, pero creo que nos dejamos algo pendiente en nuestro último encuentro.

Adaline tuvo que contener una carcajada. Ella también lo recordaba perfectamente. Habían dejado su futuro en manos del destino y este había parecido responder.

Así que, pese a su escepticismo, estaba más que dispuesta a aceptar esa cita. Si es que él volvía a pedirle salir, por supuesto.

—Me acuerdo, Nathaniel. Y, respecto a eso, ¿tiene alguna pregunta que hacerme?

Él amplió su sonrisa y se agachó para quedar cara a cara con ella. Vio un brillo de diversión en sus ojos y supo que a ella aquella casualidad (o lo que quiera que hubiera sido) la había alegrado tanto como a él. Aun así, no quiso ceder con tanta facilidad.

—Es posible.

—Soy toda oídos. —Se inclinó un poco hacia delante, reduciendo las distancias entre ambos mientras el corazón comenzaba a bombearle con fuerza—. ¿Algo que decir, entonces?

Y en aquel momento, sin presentar ningún tipo de resistencia, Nathaniel decidió claudicar. De nada iba a servirle fingir que no deseaba aquello con todas sus fuerzas.

—¿Le apetecería cenar conmigo, Adaline?

Quiso dejar unos segundos antes de contestar, para mantener el misterio, mas fue incapaz de hacerlo.

—Me encantaría. ¿Mañana? Mi dirección está en la ficha de la consulta.

—Mañana nos veremos, entonces. —La cogió de la mano y le besó el dorso de forma caballerosa—. Un placer volver a encontrarla, Adaline.

—Lo mismo puedo decirle.

Se separaron y, tras despedirse también de Grace, Nathaniel regresó con su hermana, que lo esperaba impaciente y no tardó en empezar a cotillear.

—¿Quién es esa joven? —le preguntó—. Parecíais muy... amigos.

—Es una larga historia.

—Tenemos toda la tarde para que me pongas al día —insistió ella—. ¿Hay algo entre vosotros?

—Aún es pronto para saberlo. La he invitado a cenar mañana.

Victoria contuvo una exclamación de emoción. Su hermano no solía invitar a mujeres a cenar. Lo había visto bailar con alguna, pero nunca salir a cenar.

Aquella mujer debía tener algo especial.

—Quiero saberlo todo. Desde el principio. Me da la sensación de que esa joven podría convertirse en mi cuñada, así que quiero conocerlo todo de ella.

***

Adaline estaba muy nerviosa. Aquellas habían sido las veinticuatro horas más largas de su vida y no podía esperar a que por fin llegara Nathaniel. Su cena era en lo único que había pensado desde que había salido del salón de té, acompañada de una Grace que estaba emocionadísima por aquella situación. Casi parecía que era ella quien había quedado con el joven.

La que estaba significativamente menos emocionada era su madre. Le gustaba la idea de que su hija se casara con un médico (porque ella ya se estaba imaginando la fabulosa celebración de la que se hablaría por todo Londres), mas no le parecía tan bien que su hija saliera a cenar a solas con un hombre.

—Madre, estamos en el siglo XX —insistía Adaline mientras esperaba que Nathaniel fuera a recogerla—. El mundo ha cambiado mucho. Ahora las mujeres pueden salir a cenar a restaurantes.

—¿Sin ningún tipo de carabina? —Negó con la cabeza—. No me parece adecuado.

—Ya no vivimos en la época de Jane Austen.

—Aun así. ¡Es un desconocido!

—Conoce a su tío desde hace décadas y sabe que son una familia respetable. Dudo que sea un mal hombre.

—Sigue sin convencerme esto.

—Madre, usted también fue joven y seguro que quería salir a divertirse.

—La época eduardiana era muy distinta a esta.

El sonido de la puerta las sobresaltó. El mayordomo se acercó a abrir y entró al salón, acompañado de Nathaniel. Iba con un elegante traje de chaqueta y el pelo algo despeinado. Estaba realmente guapo; tanto que Adaline estuvo a punto de sonrojarse.

—Buenas noches —saludó él al matrimonio, a pesar de que no le había quitado ojo a la joven desde que había llegado. Estaba preciosa con un vestido largo beige con algunas lentejuelas y el pelo recogido y adornado con una cinta—. Perdonen que venga sin avisar, pero quería pasar a saludarlos y presentarme formalmente antes de llevar a Adaline a cenar.

Amplió su sonrisa y, por fin, miró al otro hombre. Quería causarle buena impresión para que no pusiera objeciones a aquella cita.

—Padre, este es el doctor Nathaniel Howard —lo presentó su hija.

—Encantado de conocerlo, doctor. Tengo entendido que va a hacerse cargo de la consulta de su tío a partir de ahora.

—Así es.

—Lo echaremos de menos, pero hay que dejar paso a las nuevas generaciones.

—¿Su chófer lo está esperando fuera, doctor? —intervino Edith.

—Le he dado la noche libre, señora Lindsay. Me gusta conducir, así que he aprovechado para traer yo mismo el coche.

—¡Oh, eso es fantástico! —Una idea cruzó la mente de Edith justo en ese momento. Ya sabía cómo evitar que su hija cenara en un restaurante a solas con un hombre—. ¿Por qué no se queda aquí a cenar con nosotros? Nuestra cocinera es maravillosa y siempre hace comida de sobra, así que seguro que habrá para todos.

—Pero, madre...

—La comida casera siempre es mejor que la de los restaurantes, ¿no le parece? —siguió insistiendo ella, desoyendo a Adaline—. Y así podremos conocerlo mejor. Entenderá que nos preocupe no saber con quién va a cenar nuestra única hija.

Nathaniel fingió una pequeña sonrisa. No le apetecía en absoluto aquel cambio de planes, pero no sabía cómo rechazar su invitación sin parecer descortés. No quería que pensaran que sus intenciones no eran honestas, ni que ocultaba algún oscuro secreto. Así que, por mucho que le fastidiara tener que renunciar a su cena con Adaline, acabó por aceptar la invitación de la señora Lindsay.

—Será un honor cenar con ustedes, si no soy una molestia, por supuesto.

—Por supuesto que no. Avisaré de que, al final, seremos cuatro.

Adaline refunfuñó de forma audible y Nathaniel le dedicó una pequeña mirada de disculpa. Lo habían prácticamente arrinconado y no le había quedado más remedio que decir que sí.

No tardaron demasiado en pasar al comedor, donde agasajaron al hombre con una cena de tres platos que, a pesar de ser bastante improvisada, hizo las delicias de todos. También aprovecharon para interrogar al doctor, que respondió a todas sus preguntas con paciencia y estoicismo, tratando de causarle la mejor impresión posible a aquel matrimonio.

—¿Y por qué decidió dedicarse a la medicina? —le preguntó Edith cuando ya tomaban el postre—. ¿Por tradición familiar?

—Algo así. Siempre he admirado la labor de mi tío, así que estaba decidido a ser como él. Cuando la guerra empezó, yo era bastante joven y estaba a punto de comenzar a formarme en Oxford, así que, temiendo que me reclutaran y como ya tenía clara mi vocación en la vida, mi tío movió algunos hilos para que pudiera trabajar como médico durante la contienda —explicó. Fijó la vista en su copa, nervioso. Sentía las miradas de todos los presentes clavadas en él, especialmente la de Adaline—. Vi cosas terribles, pero todo aquello no hizo más que reforzar lo que ya sabía: quería ayudar a los demás, salvar vidas. Además, siempre le estaré agradecido a mi tío porque consiguió que no luchara en el frente. Varios amigos perdieron la vida y estoy seguro de que yo también lo habría hecho si no me hubieran dado esta oportunidad.

Adaline sintió un nudo en la garganta. Ella aún era una niña cuando la guerra comenzó, y su madre decidió llevársela a Escocia por seguridad, pero recordaba las noticias que oía comentar a

su madre y su tía, el clima de miedo que parecía envolverlo todo y, especialmente, a los soldados que volvían heridos del frente. No podía ni imaginarse lo duro que habría sido trabajar con ellos, luchar cada día por salvarles la vida para que pudieran regresar con sus familias.

—Seguro que hizo una labor encomiable —susurró, consiguiendo que él levantara de nuevo la vista. Al ver la sonrisa tan pura que le estaba dedicando, Nathaniel acabó también por sonreír—. Definitivamente, muchos hombres pudieron volver a casa sanos y salvos gracias a usted.

—Sin lugar a dudas —añadió su padre—. Les debemos mucho a los médicos que sirven en las guerras, así que, en nombre de toda la nación, muchas gracias por su servicio, doctor Howard.

Terminaron de cenar y los dos hombres se retiraron a fumar y tomar una copa mientras Adaline y su madre iban al salón.

—¿Está contenta? —le preguntó la menor cuando estuvieron sentadas la una frente a la otra—. Al final se ha salido con la suya y no he cenado en ningún restaurante sin carabina.

—Esto ha sido mucho más apropiado. Además, así tu padre y yo hemos podido conocerlo.

—¿Y cuál es el veredicto?

—Que parece un muy buen hombre y que, si vuelve a invitarte a salir con intenciones honradas, no tendremos problema en darte permiso para ir con él.

—Al menos hemos sacado algo bueno de esta cena...

Los dos hombres no tardaron en regresar, aunque el doctor se excusó diciendo que era tarde y debía regresar ya a casa.

—Muchas gracias por su invitación, señores Lindsay. Ha sido una velada fantástica y la comida estaba deliciosa.

—Gracias a usted por quedarse. ¿Le veremos pronto de nuevo?

—Eso espero. —Miró a Adaline y sonrió—. Mañana unos amigos organizan una cena en su casa y me gustaría que me acompañara, si a usted y a sus padres les parece adecuado, por supuesto.

—No tengo ningún compromiso, así que estaré encantada de acompañarlo, Nathaniel. Y mis padres no tienen ningún inconveniente, ¿verdad, madre?

La mujer negó con la cabeza. Aquel médico era un futuro marido fantástico, así que no sería ella quien se interpusiera entre ambos.

—Pues mañana la veré de nuevo entonces.

—Lo estoy deseando.

Capítulo 5

Al día siguiente, a la hora acordada, Nathaniel llamó a la puerta y Adaline, que no quería que volviera a repetirse la escena del día anterior, se despidió de sus padres y lo recibió en el vestíbulo.

—¿No me deja pasar a saludar a sus padres? —bromeó él al ver que ella se dirigía directamente hacia la puerta.

—No quiero arriesgarme. —Se detuvo y suspiró—. Aunque supongo que sería descortés no hacerlo. Pero tiene solo un minuto. No pienso permitir que me dejen aquí encerrada una noche más.

—No tardaré ni un segundo más, le doy mi palabra.

Nathaniel entró al salón, saludó al matrimonio y, tras prometerle que regresaría con Adaline a una hora apropiada, la escoltó hacia su coche, que había dejado justo en la entrada.

—Es precioso —dijo ella cuando le abrió la puerta para que pudiera subirse.—. Me encantaría saber conducir, pero mi padre dice que no es de señorita.

—Yo le enseñaré si lo desea —contestó él, sonriendo. Le gustaban las personas que no se conformaban con seguir lo establecido. Cerró y caminó con paso rápido al otro lado, para poder subir él también y arrancar—. ¿Lista?

—Por supuesto. ¿Dónde es la cena de sus amigos?

—Debo confesarle algo —guardó silencio unos instantes, tratando de mantener el misterio, y ella se inclinó hacia él hasta que por fin siguió hablando—: no vamos a ninguna cena.

—¿Ah, no?

Adaline sintió una pequeña chispa de ansiedad. ¿Dónde la estaba llevando? ¿Con qué intención? Él, al percatarse de aquello, se apresuró a tranquilizarla.

—Fue solo un pretexto para que sus padres la dejaran salir de casa y no volvieran a detenerla, mas no tiene nada que temer. Tengo un plan mucho mejor, Adaline.

Ella suspiró, aliviada al saber aquello, aunque no tardó en acercarse de nuevo a él e interrogarlo con la mirada.

—Vamos a cenar a un sitio que le va a encantar, se lo aseguro.

—¿Y no teme que mis padres lo descubran y se den cuenta de que no es tan modélico como aparenta?

—¿Creen que soy modélico?

—Mucho —le confirmó ella—. Estoy segura de que si anoche les hubiera pedido mi mano, se la habrían concedido sin dudarlo.

—Todo a su tiempo.

La joven se sonrojó al escuchar aquello y apartó la mirada, y él no pudo evitar reír. Lo decía completamente en serio, pero no quería insistir y asustarla.

Recorrieron el resto del camino en silencio hasta que Nathaniel dejó el coche frente a un local. Se bajó y ayudó a Adaline a hacer lo mismo mientras un hombre con un traje elegante se acercaba para aparcar el vehículo.

—Nunca había estado aquí —comentó ella mientras atravesaban la entrada. Miraba a todas partes, asombrada por la lujosa decoración con sus candelabros y lámparas—. Es precioso.

—Pues espere porque aún no hemos llegado a la mejor parte.

Un camarero se acercó a saludar a Nathaniel, al que parecía conocer bien, y les pidió que lo siguieran. Los dos lo hicieron... y Adaline no pudo evitar lanzar una exclamación al entrar a la sala principal. Era el lugar más increíble que había visto en su vida, y eso que había visitado algunos de los locales de fiesta más famosos de Londres, mas ninguno podía compararse con aquel. A un lado había mesas perfectamente ataviadas para la cena, con su cubertería de plata, su porcelana y sus copas del mejor cristal de importación. Al otro lado había una gran pista de baile y una orquesta tocando, animando el ambiente e instando a los presentes a dejarse llevar por la música entre plato y plato.

Se sentaron en la mesa que les indicó el camarero y pidieron un par de copas de vino y unos platos de carne con guarnición.

—Mi doctor me dijo hace poco que no debía tomar alcohol, pero espero que no le importe que hoy me beba una copa.

—Su doctor hará la vista gorda. —Levantó su bebida, ofreciéndole un brindis, y ella hizo lo mismo—. Por una maravillosa noche, Adaline.

—Por una maravillosa noche, Nathaniel. Y, por cierto, creo que podríamos empezar a tutearnos, ¿no te parece?

Él amplió la sonrisa al escuchar que lo trataba de «tú» por primera vez. Le gustaba tantísimo cómo sonaba que solo esperaba poder seguir haciéndolo durante mucho tiempo.

—Brindo también por eso.

Entrechocaron sus copas y decidieron salir a bailar mientras esperaban que les llevaran la comida. Como aún era temprano, no había demasiadas parejas, pero a ellos no les importó en absoluto y comenzaron a deslizarse al ritmo de la música.

Poco a poco, y aprovechando los giros que daba Adaline, fueron acercándose el uno al otro, quedando cada vez más y más cerca.

—¿Sabes? Me alegra mucho estar aquí contigo esta noche —susurró él, aproximándose a ella aún más. Estaban tan cerca que sus respiraciones se entremezclaban—. Me alegra mucho que el destino decidiera unirnos.

—El destino o un colgante —bromeó ella, haciéndole enarcar una ceja. Se echó a reír, pero le quitó importancia agitando la cabeza—. Un viejo cuento familiar en el que no creo, aunque... debo admitir que ha sido una enorme casualidad. Incluso a mi escepticismo le cuesta explicarla.

—¿Estoy oyendo a una escéptica admitir que, quizá, nos une algo sobrenatural?

—Puede ser —admitió ella casi a regañadientes. Nathaniel le acarició la cintura con el pulgar y ella suspiró—. Quizá haya algo que nos una que va más allá de lo humano.

—Algo que ha hecho que, en el momento adecuado, no pudiéramos dejar de cruzarnos. —Él le dio otra vuelta y, cuando volvió a sostenerla entre sus brazos, le acarició una mejilla con delicadeza. La vio cerrar los ojos y pensó, sin poder evitarlo, que aquella era la estampa más hermosa que había visto en toda su vida—. Adaline, ¿puedo...?

—Oh, cállate y bésame de una vez.

No se hizo de rogar. Terminó de recorrer la escasa distancia que los separaba y la besó como si el mundo estuviera a punto de acabarse, como si no estuvieran en mitad de una pista de baile.

Aquel fue el primero de muchos bailes y besos que llegarían con el paso de los años. Porque, como Adaline aprendió aquel día, aunque no creamos en el destino, este tiene planes para nosotros y nos aguarda cuando menos lo esperamos.

Nota de las autoras

Estimada lectora:

Como habrás podido apreciar *Siete maneras de enamorar a un caballero uniformado* es una pequeña joya con una amplia variedad de tramas, personajes y épocas que ha aunado a una interesante diversidad de escritoras de romance histórico, desde las más noveles hasta las más reconocidas nacional e internacionalmente.

Decimos que es una joya porque hemos tenido el placer de contar, además, con Ruth M. Lerga y Nieves Hidalgo de nuevo, tras algún tiempo sin escribir. Nos sentimos privilegiadas y afortunadas por tenerlas entre nuestras páginas.

Bethany Bells y Noa Alférez nos acompañaron en nuestros inicios. La vida se interpuso y no pudo ser. No obstante, las tenemos presentes y esperamos contar de nuevo con ellas para próximos proyectos.

Nos ha encantado colaborar estrechamente para que nuestros relatos se entrelacen, tengan coherencia y el misterioso botón que una antepasada conservó en el siglo XVIII vaya pasando como una herencia de exclusividad femenina de generación en generación hasta el siglo XX.

Aunque hemos intentado adaptarnos a las diferentes épocas y no tomarnos muchas licencias históricas, es posible que encuentres alguna, pero siempre en beneficio de crear una lectura fluida que pudiera encajar con lo que deseábamos plasmar. Para todas, algunas más que otras, nos ha supuesto un verdadero reto ceñirnos a estos relatos, ya que nos habría gustado explayarnos más para poder explorar en mayor profundidad los matices y detalles que enriquecen la historia.

Hemos disfrutado escribiéndolos. Esperamos que tú también lo hayas hecho al leerlos. Si es así, cuéntanoslo. Nos sentiremos muy felices de oír tu opinión.

Las autoras

Agradecimientos

Queremos agradecer especialmente y de nuevo la presencia de Ruth M. Lerga y Nieves Hidalgo entre las páginas de este libro. Echábamos de menos su escritura, y su colaboración ha sido como un regalo mágico y especial.

Tenemos en mente también la paciencia y atención de nuestra editora Lola Gude. Gracias por estar, siempre.

Gracias a nuestra correctora y a nuestra diseñadora de portada.

A nuestras familias, por el tiempo que les quitamos y que ya no volverá. Esta pasión nuestra por escribir...

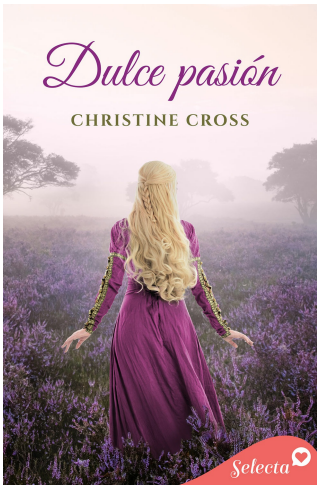
Y por supuesto, a vosotras, lectoras, que estáis del otro lado y sois nuestro referente, nuestro principio y fin... Nada de esto tendría sentido sin vosotras.

Si te ha gustado

Siete maneras de enamorar a un caballero uniformado

puedes disfrutar de estas









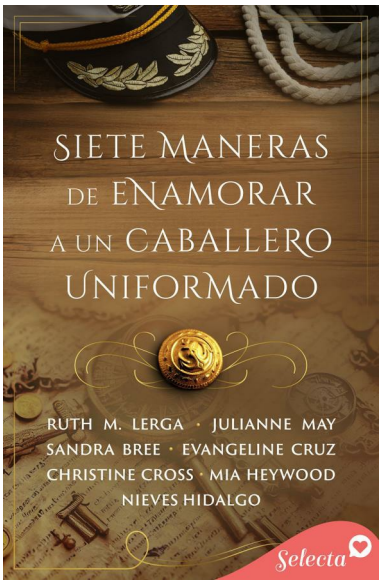

RUTH M. LERGA
Matrimonio en guerra
LOS KNIGHTLEY 1
Selecta


Mia Heywood
Un vizconde para evitar un escándalo
Amar a un Fitzwilliam 1
Selecta


La ansiada venganza de
lady Storm
MAYEDA LAURENS
Selecta


A un beso del pasado
ANA F. MALORY
Selecta

Siete reconocidas autoras de novela romántica se unen por, primera vez, para ofrecer a sus lectoras esta deliciosa antología. ¡No querrás que se acabe!



Un recuerdo.

Un legado que atraviesa generaciones.

Un lazo que va más allá de la sangre.

Un sentimiento inevitable.

Sin importar los siglos y el paso del tiempo, los corazones más pasionales se abren camino y luchan en contra de los mandatos, incluso de la razón.

Pero solo gracias a la valentía de unas mujeres irresistibles y de unos hombres uniformados triunfa el más poderoso de los sentimientos: el amor.

Descubre las apasionantes historias de amor de mujeres de una misma familia a través de los años y las circunstancias.

Ruth M. Lerga nació en Sagunto… no hace tanto tiempo. Lectora voraz, pasión inculcada por su madre, comenzó a inventar historias siendo una niña, pero no se animó a escribirlas hasta que una larga convalecencia la obligó a permanecer quieta durante más de dos años.
Como resultado de aquel período surgió la serie de Una noche en Almack's, cuya primera novela, *Cuando el corazón perdona*, fue galardonada con el Premio Vergara.
Disfruta escribiendo Regencia, como demuestra en su última saga, *Los Knightley*, pero también contemporánea, ya sea ambientada en España, con la serie *Enredos con la ley*, o en otros países cuando se esconde tras el seudónimo de *Brandy Manhattan*.
Cuando no está escribiendo o leyendo intenta jugar al ajedrez, hacer fotografía o montar a caballo… hasta que una hora después regresa a por más letras, necesitada de nuevas historias. Solo la separa del teclado su otra gran pasión: sus sobrinas.

Julianne May, nacida en diciembre de 1985 en Buenos Aires, Argentina, es una autora de novela romántica.
Titulada en relaciones públicas, le encanta estudiar, pero su mayor pasión es crear mundos que le permitan viajar sin importar dónde esté. Es por eso que, desde muy pequeña, se ha dedicado a explorar el arte para alimentar esa llama interior. Sin embargo, solo en la escritura encontró el medio ideal para plasmar esos universos y, al sumergirse en las aguas de la romántica, supo que sería un viaje sin retorno.
Como fiel admiradora de Jane Austen, no pudo evitar enamorarse de la Regencia inglesa, y así surgieron la trilogía *Caballeros de las sombras* y la serie *Los Preston*.
Actualmente, aunque también escribe comedias, continúa navegando por el apasionante océano de las novelas románticas históricas.

Sandra Bree Sandra Bree es una escritora madrileña, madre de tres hijos y ávida lectora de novelas románticas. Y es en este género en el que ha desarrollado su carrera literaria.
Sandra ha escrito desde siempre, pero no se había atrevido nunca a compartir con nadie ninguna de sus obras hasta que se decidió a hacerlo a través de una web de novela romántica. A partir de entonces la escritura pasó de ser una afición a ser una profesión. Sus libros se ambientan en todos los subgéneros: histórico, actual, suspense, comedia…
De entre sus novelas hay que destacar ***¿Y sí nos lo montamos juntos?, Y de repente llegaste tú, La princesa y el comandante, Corazón de pirata***, o sus obras pertenecientes a diferentes series: de Minstrel Valley, ***La última oportunidad de la señorita Grenfell***, de Ebrias de amor, ***Chus y vino… Bálsamo divino*** y de Un cuerpo muy especial, ***Un geo para mi body***.

Evangeline Cruz nació en el cálido sur de España, donde vivió hasta que, finalizados sus estudios universitarios de Lengua y Literatura Inglesa, decidió viajar y conocer mundo. Ha residido en Inglaterra, Italia y Austria y, actualmente, vive en España y trabaja como profesora, compaginando esta labor con la escritura.
Fue finalista del I Premio Chic de novela. Ha publicado una novela de romance histórico medieval, *La bastarda del rey Sancho*, con la editorial internacional Cherry Publishing y *Así pasen los años*, una novela romántica de época, con Ediciones Kiwi.
Lectora compulsiva desde niña (siendo sus géneros favoritos los clásicos, la historia y el romance), ha escrito desde siempre, especialmente, romance histórico.
Se embarca ahora, con ilusión, en la aventura de publicar su primera novela *Seducción escocesa* con el sello Selecta, sinónimo de calidad en las novelas de romance.

Nieves Hidalgo es madrileña de nacimiento y devoradora impenitente de lectura. Escribe desde siempre por simple afición y durante años lo compaginó con su trabajo. En la actualidad se dedica en exclusiva a escribir. Comenzó escribiendo novelas románticas a principios de los 80, para el disfrute de sus amigas y compañeras de trabajo. En el 2007, movida por la insistencia de su más querida amiga, envió a varias editoriales algunas de sus novelas, y pronto tuvo respuesta de uno de los más importantes sellos de novela romántica en nuestro país: Ediciones B. Su primera novela publicada, *Lo que dure la eternidad* vio la luz en Marzo del 2008 de la mano del sello Vergara, que ha seguido apostando por sus novelas. Ha publicado también con Esencia y Booket, ambos sellos de Planeta.

Christine Cross es el pseudónimo que usa la escritora Marta Luján para sus novelas de romance histórico y contemporáneo. Nacida en Cuenca, en 1970, ya desde niña sentía pasión tanto por la lectura como por la escritura. Deseaba que sus historias hicieran soñar a muchos lectores y los enamoraran. Tras vivir durante veinte años en el extranjero, regresó a España y decidió dedicarse a la escritura de forma completa. Siendo una apasionada lectora de novela romántica, en 2018 comenzó a publicar romance histórico con la editorial Selecta: historias ambientadas en el Londres victoriano y de Regencia; algo que continúa haciendo en la actualidad, con cerca de treinta títulos publicados en diversas editoriales y géneros.
Christine Cross es una gran amante de la Historia, de las culturas antiguas y de todo lo relacionado con la mitología. Disfruta de una buena lectura, del cine clásico y de un buen anime japonés.

Mia Heywood es el seudónimo para novela histórica de la escritora María Heredia (Estepona,

1995). Enamorada de la literatura y el siglo XIX, Jane Austen es su autora de cabecera (aunque suene a cliché) y le encantan las historias que la transportan a la época del Romanticismo, la Regencia o el reinado de la reina Victoria. *La perla y el bandido* es su primera incursión en la romántica histórica, pero no será la última.



Edición en formato digital: diciembre de 2024

© 2024, Ruth M. Lerga, Julianne May, Sandra Bree, Evangeline Cruz, Nieves Hidalgo, Christine Cross, Mia Heywood
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-29-3

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Alcalde.
[2] Hada, en gaélico.
[3] Dado que el *kilt* no tiene bolsillos, el *sporran* es un bolso para llevar objetos personales.

Índice

Siete maneras de enamorar a un caballero uniformado

Siempre contigo

- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Epílogo

Un destino para el capitán

- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6

Entonces, él la besó

- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6

La travesura de Gabrielle

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Mi honorable teniente
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Una esposa inadecuada para el vicario
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Epílogo
Un baile del destino
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5

Nota de las autoras
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre las autoras
Créditos
Notas